EL ÉXITO DEL ERROR

Los viajes de Colón

JOSÉ LUIS COMELLAS

La fascinante personalidad de Cristóbal Colón se ha prestado a una enorme cantidad de estudios, unos espléndidos, otros apasionantes en exceso, sobre sus orígenes, la génesis de su idea, sus condiciones como navegante, su obra como descubridor y como administrador de sus descubrimientos. Colón no se acaba nunca. José Luis Comellas, autor de dos libros sobre aspectos astronómicos del descubrimiento y sobre Colón como cartógrafo, intenta aquí un estudio, riguroso y apasionante a la vez, sobre los viajes de Colón a la luz de la oceanografía, la astronomía, la meteorología, las técnicas de navegación de la época, el régimen de los vientos, corrientes y mareas, que nos explican por qué el gran navegante llegó a donde llegó, y cómo consiguió hacerlo. Tal vez no se ha realizado nunca un estudio multidisciplinar de este tipo, que resulta sorprendentemente revelador.

Y al mismo tiempo, el autor, a la hora de interpretar los descubrimientos, procura deslindar tres vivencias simultáneas, pero monstruosamente contradictorias, en el alma colombina: lo que el Almirante ve, lo que cree ver y lo que quiere hacer creer que ha visto. El análisis de esta triple visión puede contribuir a comprender mejor la desconcertante personalidad del descubridor.



José Luis Comellas

El éxito del error

Los viajes de Colón

ePub r1.0
Igonzalezp 11.06.18

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *El éxito del error*

José Luis Comellas, 2005

Diseño de cubierta: lgonzalezp

Editor digital: lgonzalezp

ePub base r1.2

Edición digital: epublibre, 2018

Conversión a pdf: FS, 2019





DECLARACIÓN DE INTENCIONES

Diríase que resultan absolutamente necesarias unas palabras previas para justificar la presencia de un nuevo libro sobre Cristóbal Colón. Sirvan tan siquiera para precisar lo que aquí se pretende y lo que no se pretende. En absoluto se ha querido una biografía completa de Colón, un personaje sobre cuya vida existen trabajos excelentes. Sería pretensión inútil incrementar el elenco con uno más al uso. Ciertamente, se va referir en estas páginas el lugar y la fecha, en que, con una probabilidad que hoy raya en la seguridad, tuvo lugar su nacimiento, y el lugar y la fecha en que, esta vez con seguridad absoluta, tuvo lugar su muerte. Pero no pretendemos extendernos en estos puntos más de lo estrictamente necesario, porque no forman parte de los objetivos que ilustran nuestra intención. Tampoco van a merecer más que unas páginas las andanzas de Colón por su Mediterráneo natal, por más que en sus aguas hubiera podido revelarse como un interesante marinero y cartógrafo, pero muy difícilmente esas andanzas hubieran modificado por sí solas la historia universal. Tampoco va a encontrar el lector excesiva información sobre la administración de Colón como virrey y gobernador de las tierras descubiertas, de acuerdo con las atribuciones que le fueron concedidas en las Capitulaciones de Santa Fe: los detalles sobre estos extremos son tan abundantes y bien conocidos como tristes, porque Don Cristóbal nunca demostró poseer grandes cualidades como gobernador y administrador de territorios,

y menos por lo que se refiere a su capacidad para conocer a los hombres y hacerse obedecer por ellos en las tareas ordinarias del gobierno. De aquí que nos merezcan mucha más atención los viajes del Almirante que las estancias, incluidas las propias estancias en la Península entre navegación y navegación.

Tampoco debe esperar el lector una obra erudita y profusa, dedicada a un estudio exhaustivo de los más ínfimos detalles, incluidos aquellos que para nada enriquecen la historia, pero que están ahí. Se han evitado todas aquellas citas que no resultan indispensables, sobre todo en aquellos casos en que las fuentes, especialmente el propio Colón, son más elocuentes que el historiador de hoy, por mucho interés que este haya puesto en el empeño. Todos los datos a que en este libro se alude —excepto aquellos que resultan ser obvias inferencias, o sean el resultado de cálculos hoy factibles—, están firmemente apoyados en las fuentes o en autoridades indiscutibles. Cualquier lector debidamente interesado puede consultarme acerca de esos datos o esas fuentes, que he aprendido a conocer bien en una vida en que siempre me ha atraído de un modo especial la aventura colombina; pero me he permitido, por interés del propio lector medio, a prescindir de un aparato erudito que pudiera entorpecer la fascinación de una de las aventuras más extraordinarias de la historia.

En 1991 y 1995 he publicado dos libros relacionados con la ciencia y la náutica de Colón. En cierto modo el que ahora se presenta es un complemento de ellos. Dos puntos me han interesado particularmente y son los que centran el contenido de este trabajo. El primero y principal, los viajes de descubrimiento, y particularmente el primero de ellos, que es el que encierra el Descubrimiento mismo. Sin este viaje y su resultado, es decir, el «Descubrimiento» por

excelencia, ni la historia del mundo hubiera sido la misma, ni la propia historia de Colón hubiese sido, para su suerte o su desgracia, la que acabó siendo. Si Cristóbal Colón es un personaje que no se acaba nunca, acerca del cual siempre es posible —sin necesidad de recurrir a teorías aventuradas o a hipótesis absurdas— nuevas y reveladoras conclusiones, también su viajes, y especialmente el primero, permiten tratamientos capaces de decir —¡todavía a estas alturas!— cosas nuevas, si recurrimos con el rigor necesario a lo que hoy pueden decirnos la oceanografía, la hidrografía, la astronomía, la climatología local o general, el cálculo de las mareas, de las corrientes, de los centros de acción que determinan los vientos o las calmas en las distintas épocas del año… y, por supuesto, la relación de los hechos con el calendario válido en los tiempos de Colón, que no es el mismo que el de los nuestros: y de aquí también la posibilidad de rectificar algunos malentendidos que se han mantenido hasta ahora. Una visión multidisciplinar, en que se tengan en cuenta las distintas ciencias capaces de explicarnos mejor las incidencias de la aventura colombina puede revelarnos todavía multitud de aspectos nuevos o cuando menos poco conocidos.

El segundo punto que trata de informar el contenido de este libro es quizá un poco más difícil de determinar; y más difícil todavía es la posibilidad de que consiga aportar algo nuevo. El autor, navegante por vocación en gran parte frustrada, que ha trabajado en los campos de la astronomía, de la meteorología, de la climatología de situaciones generales, de pandeos de marea, de frontogénesis, de cartografía histórica o de naves bajomedievales o del Renacimiento, ha de confesar su absoluta ignorancia en una ciencia que hubiera sido —tal vez— insustituiblemente útil en este caso: el estudio de la psicología humana. No

conocemos un estudio —aunque ese estudio pudiera existir— sobre la psique de ese personaje enigmático a más no poder que se llamaba Cristóbal Colón. Al menos, ciertos intentos de interpretaciones del alma, de la vida interior del gran descubridor, aunque puedan encerrar grandes aciertos, no han llegado a convencernos del todo, y algunos de ellos parecen excesivamente aventurados o puramente ensayísticos. Un hermoso libro de Consuelo Varela, *Cristóbal Colón, retrato de un hombre*, nos revela detalles muy significativos de su personalidad y sus circunstancias, pero, con prudencia, se detiene ante todo intento de análisis psicológico. No es fácil penetrar en muchos secretos colombinos —ya por el prurito del propio personaje de fomentarlos y en mantenerlos, ya por una siempre problemática interpretación de las fuentes, en muchos casos contradictorias—, y en este sentido nada más lejos de nuestro objeto que la pretensión de ahondar en ellos. Lo que tal vez ocurre es que, en muchas ocasiones, no se ha distinguido con justeza entre los hechos y los mitos, entre los hallazgos reales y categóricos, y las interpretaciones que el descubridor —y otros, guiados por él— hicieron más tarde. Parece que es necesario, en cada caso, al seguir el desarrollo de lo sucedido, distinguir entre una realidad que se nos presenta evidente y que a veces puede seguirse sin dificultad día a día, milla a milla, y lo que es producto de la imaginación, de la fantasía o de los sueños más desbocados, dos formas de relato que en la prosa colombina coexisten entremezclados con la más asombrosa e increíble promiscuidad.

No es siempre fácil distinguir entre lo que Cristóbal Colón *ve* y analiza con admirable precisión, lo que a la hora de interpretarlo, *cree ver*, y lo que, a la hora de relatarlo —a los Reyes Católicos o a otros destinatarios— quiere *hacer creer*

que ha visto. Esta triple vivencia, real o virtual, según queramos considerarla, constituye, junto con el hecho categórico de los descubrimientos, uno de los contrastes más fascinantes de la multiplicidad del alma colombina. Sin tener en cuenta esta triplicidad, no llegaríamos a comprender nunca del todo la aventura de los descubrimientos. Esa triplicidad vivencial está relacionada con una idea —una *idée fixe*— de Colón bien conocida, que le acompañó toda su vida de descubridor hasta su misma muerte: la de llegar a Asia navegando hacia occidente por el Atlántico. Todo tenía que ajustarse a este plan, todo tenía que coincidir con él, aun a costa de la más suprema negación de la evidencia; cuanto no se presta a este ajuste o es depreciado, o pasa a un segundo plano o es desfigurado hasta extremos increíbles. En esta lucha enfebrecida entre la realidad obvia y los sueños imposibles radica el trágico destino de Colón, descubridor de un Nuevo Mundo, que, sin embargo, se empeña en haber llegado o en estar llegando por un camino nuevo a una parte del mundo viejo. La aventura de Colón hay que seguirla paso a paso, hay que vivirla intensamente como él mismo la vivió. Como tal aventura, constituye uno de los ejemplos más fascinantes de toda la historia de los viajes de exploración del mundo. El propósito de este libro es, en definitiva, seguir en la medida de lo posible, con el máximo rigor histórico, pero sin sacrificar en ningún momento el dramatismo de los empeños y los logros, los viajes de un hombre desconcertante y genial que en mil ocasiones se empeña en sorprendernos, y lo consigue plenamente.

INTRODUCCIÓN

«Nada que toque a Colón puede ser limpio y diáfano», escribe Juan Gil en una luminosa monografía sobre los mitos colombinos. Parece que no debiera ser así. Colón es uno de los personajes más conocidos y estudiados de su tiempo. La «Bibliografía Colombiana», compuesta por Paolo Emilio Taviani en los años ochenta del siglo XX, incluye nueve mil títulos. Hay realmente muchos más. Sobre todo, a raíz de la conmemoración del Quinto Centenario, ese número casi se ha duplicado. Sobre Colón han investigado cientos de eruditos de inestimable valía. Información, ciertamente, no nos falta. Docenas de autores coetáneos, entre los que se cuentan excelentes humanistas y cronistas que llegaron a conocerle personalmente —incluyendo a su propio hijo Hernando— nos proporcionan toda clase de detalles sobre su aspecto físico, sus ideas y su carácter. Por si ello fuera poco, Colón fue también un infatigable (y magnífico) escritor. La colección de textos publicada recientemente por Consuelo Varela recoge quinientas páginas de indudable autoría colombina, algunas de ellas de excepcional importancia, en las cuales nos da cuenta de su vida, de sus andanzas, de sus inquietudes y sus hallazgos. Y sin embargo, cuando creemos haber llegado a una conclusión segura, surgen nuevos datos o tesis que la ponen en tela de juicio. Dedicar una vida de investigador a descifrar el enigma de Colón es una aventura de desenlace casi tan incierto como el del primer viaje de

1492. Nada más extraño y desconcertante que el contraste entre los enigmas colombinos y el hecho categórico y definitivo de su descubrimiento.

El que las cosas sean así se debe a la conjunción de una serie de circunstancias. Entre ellas cabe recordar el hecho de que Cristóbal Colón es de por sí una figura apasionante, apasionada y sobre todo polémica: siempre lo fue, desde los años de sus periplos, en que produce la impresión de no tener más que entusiastas partidarios o encarnizados enemigos, porque siempre concitó pasiones y contradicciones. Ocurre también que él mismo, cualesquiera que fueran las razones que pudieran impulsarle, reveló muy pocas cosas acerca de su persona y de sus orígenes. El mismo Hernando Colón confiesa que su padre «quiso que su patria y origen fueran menos ciertos y conocidos». El cronista Francisco de Medina comenta que el descubridor, «ni aun provocado por sarcasmos, quiso nombrar a sus abuelos». La verdad es que nunca mencionó siquiera a sus padres. Y Menéndez Pidal comenta que «como la raposa borra su rastro con el rabo, así Colón quiso borrar su juventud». No parece que exista nada infamante en su ascendencia, sino un prurito, razonable, o irracional, tendente a envolverla en el misterio. En su momento encontraremos tal vez alguna explicación, siquiera débil, de esta buscada oscuridad. Más misteriosa fue su pretensión ante el rey de Portugal o los Reyes Católicos de conseguir una ayuda decisiva para un proyecto descubridor acerca del cual se negó a revelar el menor detalle concreto. Colón estuvo a punto de ser rechazado definitivamente justo por su manera sibilina de explicar lo que realmente quería y la forma en que pensaba llevarlo a cabo. Solo su fabulosa capacidad de persuasión (una de sus mayores virtudes) logró al fin, contra toda lógica, la venia a su proyecto. Gran parte

de la vida de Colón y de sus principales designios es un misterio a causa de una deliberada obsesión por mostrarse siempre críptico, como si fuera dueño de un secreto que ni a sus patrocinadores podía revelar. En su lugar será preciso aludir también a muchas de sus intencionadas quimeras o ambigüedades.

El Almirante de la Mar Océana pasó varias veces ante sus contemporáneos como un loco, o cuando menos como un hombre tendente a los desvaríos, por obra de su inveterada tendencia a mezclar los sueños con la realidad, la fábula con la ciencia, o por su comportamiento desconcertante. No estaba loco en el sentido literal del término, ni parece que en momento alguno quisiera aparecer como tal. Fernández Armesto exagera muy probablemente cuando con cierto sentido de humor —un poco británico, puesto que es profesor en Oxford— comenta que si Colón estaba un poco loco, tuvo la rara virtud de volver locos a un buen número de sus estudiosos, tan absurdas son muchas de las teorías sobre su origen o sus viajes. Se ha hablado de un Colón genovés, mallorquín, menorquín, corso, catalán, gallego, alemán, portugués, francés, inglés, griego, escandinavo, hasta suizo. Unos le hacen pirata, otros hijo del navarro príncipe de Viana. La imaginación portentosa de quienes se han dedicado a inventar el origen de Colón —unos con cierto ingenio, otros con inferencias monstruosas o con falsificación de documentos— no tiene parangón con la que se ha empleado en el estudio de ningún otro personaje histórico. Lo mismo puede decirse acerca de muchas teorías desarrolladas especialmente a raíz del Quinto Centenario de su hazaña acerca de la ruta que siguió en su primer viaje, o sobre la isla a la que arribó (un periódico americano ofreció un premio a quien adivinase la identidad de la isla, y el adivinador premiado, según hoy se sabe, se equivocó

estrepitosamente). Colón no estaba precisamente loco: fue sin duda más genio que loco; pero tuvo la virtud o el vicio de contagiar su imaginación fantasiosa y quimerista a muchos de sus estudiosos, sobre todo a los simples aficionados, que tampoco tenían por qué estar locos. También ha permitido, y de ello debemos estar satisfechos y agradecidos, un buen número de estudios impecables y de alta calidad.

Una de las claves del carácter de Cristóbal Colón —que en este punto tampoco tenemos la menor intención de descifrar — la constituye esa multiplicidad de su mundo interior, lleno de contradicciones, hasta el punto de que no resulta disparatado afirmar de él que no es un hombre de doble personalidad, sino de muchas y concomitantes personalidades a un tiempo. Es a la vez un místico e iluminado, tal como le ha visto Milhou, capaz de sentir revelaciones sobrenaturales y visiones celestiales, y un materialista interesado que, en plena gloria y ya rico, se atreve a disputar al pobre Rodrigo de Triana los diez mil maravedíes de juro del premio al primer avistamiento; o que, más tarde, comprobada la escasa rentabilidad de las tierras descubiertas, pretende vender a los indígenas como esclavos, con la indignación consiguiente de los Reyes Católicos. Es un observador perspicaz y extraordinariamente agudo de la realidad, que describe con rigor minucioso y precisión científica todo lo que observa, y al mismo tiempo, a veces en la misma página, se entrega a especulaciones monstruosas sobre lo observado, que imaginan lo imposible. Es un hombre arriscado, decidido, que intenta imponer a todos su criterio, y al mismo tiempo muestra una lamentable falta de autoridad, y de capacidad organizadora que le hará caer en desgracia cuando intenta administrar, dotado por los monarcas de todas las prerrogativas, los mismos territorios descubiertos. Eso, sí, es un hombre terco como él solo, que

se mantiene en sus trece hasta contra toda evidencia, pero preciso es reconocer que solo tan increíble tenacidad le llevó —sin que él, en principio, pudiera imaginarlo— al hallazgo de un nuevo Mundo. Y algo le dominó sobre todo: una idea clave y axial que se propuso llevar a cabo contra todas las dificultades del mundo: una idea a la que consagró su vida, su ingenio, sus fuerzas, su salud, sus amigos; una idea que mantuvo frente a todas las oposiciones y a todas las dificultades, una idea que le convirtió en uno de los hombres más famosos de la historia y al mismo tiempo —última y suprema contradicción— en un gran fracasado.

Colón antes de 1476

De acuerdo con la versión con enorme diferencia más probable, Cristoforo Colombo nació en Génova —o en la vecina Saona— hacia 1451, y era hijo de Domenico Colombo, cardador de lana, y de Susana Fontanarosa. Hoy es frecuente afirmar que la fecha de nacimiento es unos años anterior a la citada (que en principio sería la misma de Isabel la Católica), y por tanto el gran navegante pudo ser un poco más viejo que su protectora: es un asunto que no debe preocuparnos demasiado. Colón no murió víctima de los años, sino de sus dolencias, contraídas en sus largos y duros viajes. Se sabe que Cristoforo Colombo tuvo como mínimo tres hermanos, Bartolomeo, Giacomo (Diego) y Bianchinetta: de esta última conocemos bien poco. Bartolomé y Diego le acompañaron después a Portugal, y estuvieron más tarde en las tierras descubiertas.

Bartolomé de Las Casas afirma que la ciudad de Santo Domingo fue llamada así en recuerdo del padre. La coincidencia es más que llamativa. Por lo demás, Pedro Mártir de Anglería declara a Colón «ligur», esto es, natural de Génova o sus alrededores y otros coetáneos lo consideran

genovés sin lugar a dudas. Ningún autor de su tiempo menciona otro posible lugar de nacimiento. Y al fin, Colón, después de haber ocultado una y otra vez sus orígenes, declara en el documento de establecimiento de mayorazgo: «que en siendo yo de Génova, pues que de ella salí y en ella nací…». No es fácil explicar el sigilo, hasta ese momento, del descubridor. Domenico Colombo pertenecía a una familia modesta, pero honrada, y Cristóbal, aunque pudo haber dicho otra cosa, jamás presumió por escrito de una ilustre cuna. Solo su hijo Hernando, tal vez más preocupado que su padre por la cuestión, afirma que era «de buena familia». Las razones de la discreción del gran navegante deben ser otras. Se ha hablado con gran insistencia de su origen judío, aunque sin pruebas precisas.

No es fácil explicar, aunque no hay razones para dudarlo, su afición por las cosas del mar. La *Historia del Almirante* pretende que este estudió en la universidad de Pavía, versión incompatible con la contenida en el mismo libro, según la cual Cristóbal comenzó a navegar a la temprana edad de catorce años. El mismo Colón, en una carta a los Reyes Católicos, escrita en 1492, declara que lleva veintitrés en la mar: entonces comenzó a navegar a los dieciocho, si nació en 1451; tal vez a los veintipocos si era unos años más viejo. Lo más que puede admitirse es, que como él mismo afirma en una ocasión, aprendiera de «hombres doctos» nociones de gramática (probablemente latín, una lengua que no dominaba, pero en la que se desenvolvió con relativa soltura; y de aritmética). Luego llegaría a dominar la geografía y sería un magnífico cartógrafo. No es posible admitirle estudios universitarios, sí en cambio una insaciable curiosidad y un afán de aprender que hicieron de él un autodidacta. La mayor dificultad no estriba en este punto, sino en el un poco forzado encaje entre el «Cristoforo

Colombo, lanero de Génova» que aparece una y otra vez en los documentos de su ciudad natal, y el experimentado navegante que ya parece haber sido en sus años mozos, y por supuesto en su vida portuguesa, que comienza en 1476.

Los biógrafos cuentan, sin valerse de otro criterio que la pura lógica, que Colón debió empezar su carrera del mar como joven grumete en barcos que transportaban lana y otros productos entre Génova y Saona. Más tarde pudo extender el ámbito de sus correrías por gran parte del espacio mediterráneo. Por testimonio propio, se sabe que hacia 1474-1475 estuvo en la isla de Chíos, de donde se traía la almáciga, y donde el futuro descubridor pudo obtener las primeras noticias, más o menos confusas, sobre las fabulosas riquezas del Oriente. Cabe suponer que allí se iniciaron, siquiera en germen, sus sueños. La versión, llevada al cine, según la cual Colón, en Chíos, mantuvo un duelo con un pirata, al cual arrebató un mapa vital para su futuro descubrimiento, es pura fantasía ahistórica. En otra ocasión, y por declaraciones propias, sabemos que Colón navegó de Marsella a Túnez, sirviendo a Renato de Anjou, muy posiblemente en un barco de guerra. Y con el deseo que siempre tuvo el descubridor de lucir sus cualidades náuticas, nos cuenta que los marineros temían viajar a aquel país musulmán, y él los engañó cebando la aguja, esto es, girando la rosa de los vientos respecto de la verdadera dirección de la brújula, haciéndoles creer mediante una carta de rumbos en una ruta falsa. Esta declaración parece revelarnos tres hechos de cierta importancia: primero, que Colón era ya en el Mediterráneo un experto en navegación loxodrómica y sabía entenderse con la brújula y los mapas; segundo, que comandaba la nave, porque solo un supremo responsable puede permitirse el lujo de engañar a los tripulantes; y tercero, que sirvió, como ya se sospechaba por otros datos

indirectos, a Renato de Anjou, enemigo jurado de Alfonso V de Aragón en su disputa por el reino de Nápoles. Es lógico que si Colón hubiera dado a conocer este hecho antes de su hazaña transatlántica, hubiera provocado la indignación de Fernando el Católico, con la consiguiente imposibilidad de proponer su aventura. De aquí tal vez el prurito —¡en este caso sí justificado!— de mantener en secreto su pasado.

Colón, a lo que parece, fue ya, a los veintitantos años, un buen navegante mediterráneo. Pero que llegó por entonces al Atlántico, cuando menos una vez, es absolutamente cierto y absolutamente necesario, puesto que el 13 de agosto de 1476 volvió a nacer frente a las costas de Portugal. Un barco genovés que transportaba almáciga fue sorprendido frente al cabo San Vicente por un corsario francés, que para mayor confusión de confusiones, se llamaba Guillaume de Casenove-Coullon: de aquí que algunas versiones poco fiables pretendan que el superviviente que consiguió llegar a la costa era el pirata. Los barcos se abordaron y se enzarzaron en una batalla mortal, en el curso de la cual estalló un barril de pólvora, ardieron las velas, después los mástiles y finalmente los navíos se fueron al fondo del mar. La tragedia ocurrió a dos leguas (¿dos millas?) de la costa. Solo un hombre consiguió salvarse, nadando hasta el extenuamiento, agarrado a un remo: era un mozo fornido, pelirrojo, inteligente y bien enterado de los asuntos de la mar, al parecer también del Atlántico, que fue recogido cerca de Sagres, dijo llamarse Cristóbal Colón, y vivió desde entonces en Portugal, muy bien considerado, dibujando cartas náuticas y participando como un consumado navegante, en diversas expediciones. Es este el Colón histórico, el Colón que conocemos bien, con todas sus cualidades y sus ambiciones, el hombre que habría de descubrir el Nuevo Mundo.

1. LA ERA DE LOS DESCUBRIMIENTOS

La Alta Edad Media fue una época de escasa vocación exploradora en el ámbito de Occidente. Europa vivía recluida en sí misma, en sus castillos, en sus monasterios, en sus pequeñas ciudades amuralladas, y en sus extensos agros, cuyo cultivo era el principal medio de sustento de una sociedad en general sencilla y de escasa cultura. Aunque eran frecuentes los intercambios, cabe decir que el hombre altomedieval tiende en líneas generales a la autarquía. El padre de familia que trabaja el campo es también capaz de hacerse un asiento o una tosca mesa de tablas donde comer los alimentos que produce el agro cercano, o la carne de los animales del aprisco familiar. La mujer sabe hilar y tejer la lana de esos mismos animales, y los hijos aprenden pronto a hacer de todo. La leyenda de la autarquía altomedieval es en parte falsa —por ejemplo, jamás dejó de emplearse el curso de la moneda, y los grandes señores adquirían productos tal vez de un relativamente lejano origen—, pero la idea general de un cierto confinamiento no deja por eso de ser válida. No parece disparatado imaginar un mundo pequeño, familiar, afincado para casi todos en el horizonte visible de cada día.

Aquel panorama comenzó a cambiar lentamente, sobre todo a partir del siglo XII. Por un lado, creció la población como no lo había hecho en varias centurias. Por otro, se consagró la división del trabajo, de suerte que el que fabricaba muebles no era el mismo que dominaba la técnica

de los telares o de los tornos de alfarero. En otras palabras, el trabajo se especializó y aparecieron los «artífices». Se multiplicó el intercambio de productos diversos y bien acabados al mismo tiempo; y para este intercambio resultó imprescindible ese bien multilateral, susceptible de ser permutado por otro bien cualquiera, que es el dinero. El intercambio, que ya no solo el trabajo, engendraba riqueza en los pequeños mercados locales, luego en las grandes ferias periódicas que se celebraban en lugares determinados y en fechas determinadas, que todo el mundo conocía. Los mercaderes, en cuanto intermediarios y transportistas, se hicieron tan ricos o más que los propios productores. Las ciudades aumentaron su tamaño y población, con su monumental catedral gótica, su palacio comunal, su mercado, sus gremios de artífices y mercaderes, y el flujo de bienes hacía posible que estas ciudades estuvieran surtidas de productos que no se daban naturalmente en el entorno.

El desarrollo del tráfico exigía cada vez más viajes, caravanas, convoyes de barcos que surcaban los mares o los grandes ríos navegables de Europa, un conocimiento cada vez más perfecto de otros países. No solo se viajaba por intereses, sino que se hicieron más frecuentes las peregrinaciones —a Roma o a Santiago, por ejemplo—, así como la predicación y la difusión de las órdenes religiosas, que ya no se dedican, como antes, a la vida monástica, sino que se establecen en las ciudades, como los franciscanos y los dominicos; salen a la calle, buscan a la gente, viajan para predicar y extender la fe. O la expansión del arte, que ya no conoce fronteras y difunde las nuevas escuelas y los nuevos estilos por distintos países. Viaja también la cultura, especialmente con la aparición de las universidades, a las que van a estudiar gentes venidas de fuera, o los propios profesores, que expresándose en ese idioma de la cultura

europea que es el latín, van a explicar a distintos centros culturales del continente.

Europa se hacía cada vez más pequeña; luego comenzaría a hacerse cada vez más pequeño el mundo, porque fue aumentando el interés por países más y más lejanos. En los toscos, pero deliciosos mapamundis medievales aparecía relativamente bien representado el continente europeo, con tanta más precisión cuanto más cerca del Mediterráneo: un detalle que nos hace ver que fue en el entorno del Mare Nostrum donde más ampliamente se desarrolló el arte de hacer mapas. La parte peor representada de Europa es siempre la península escandinava. Nunca deja de aparecer el norte de África, aunque se desconocía la verdadera extensión de este continente, y, sobre todo, si constituía o no una barrera infranqueable entre los océanos Atlántico e Índico. En este punto, ya la opinión de los geógrafos clásicos —cada vez mejor conocida— estaba dividida. El continente asiático aparecía como un inmenso espacio macizo, en que se entremezclaban países reales con otros imaginarios. En ningún mapa faltaban la India y la Sérica o China, separadas por una o dos grandes penínsulas que cabría identificar con Malasia e Indochina. Muchos mapas medievales no tienen inconveniente en dibujar, en el extremo del Oriente, casi siempre como una isla maravillosa e inaccesible, el Paraíso Terrenal.

El interés por llegar a lejanas tierras —que se imaginaban riquísimas y codiciables— fomentó el desarrollo de la navegación. Hubo una etapa mediterránea, en la que se consagraron puertos comerciales de la importancia de Venecia, Génova, Pisa (entonces con salida al mar), Barcelona, Valencia, Palma de Mallorca. Los navegantes mediterráneos no solo atravesaron con facilidad los variados rincones el mar interno, jalonados de magníficas islas, sino

que se lanzaron a atrevidas aventuras atlánticas, aunque hoy resulte difícil saber exactamente hasta dónde llegaron. Estas aventuras estaban inspiradas, qué duda cabe, por un interés comercial, pero tampoco son de despreciar el afán explorador, el deseo de abrir rutas nuevas, o de llegar a países fabulosos, que con tanta profusión aparecen en las leyendas medievales: la isla de San Brandán, la isla Antilia, la isla de las Siete Ciudades, la isla de Brasil o Berzil, y otras muchas. Bien pronto se generalizó la leyenda del Preste Juan, un monarca cristiano en tierras orientales, que acabó convirtiéndose en uno de los atractivos más poderosos de los exploradores. Podía necesitar ayuda, rodeado como estaba, de países musulmanes: o bien, por el contrario, podía resultar un aliado fundamental para una gran cruzada, que reconquistase definitivamente los Santos Lugares. Motivos para la gran aventura no faltaban.

Sabemos que hacia 1300 los navegantes mediterráneos atravesaron el estrecho de Gibraltar y se adentraron audazmente en el Atlántico, el Mar Tenebroso. Sus aventuras en aguas occidentales son mal conocidas, y por proceder de fuentes indirectas y muy vagas se prestan a ciertas dudas, e incluso a incredulidades, por parte de los historiadores, pero sí son ciertos muchos de sus periplos, realmente admirables para la época en que tuvieron lugar. Los navegantes mediterráneos no se detuvieron ante lo desconocido. Fueron los primeros exploradores europeos desde los tiempos de los vikingos. Lancellotto Malocello encontró en 1312 las islas Canarias, y una de ellas, Lanzarote, lleva todavía su nombre. Poco después los genoveses hermanos Vivaldi exploraron por la costa africana todo el territorio que hoy corresponde a Marruecos. El portulano mallorquín de Dulcert (1339) ya señala con precisión un gran trecho de la curva de África, hasta el

Sahara, y hacia 1346 Jaume Ferrer llegaba, al parecer, a lo que hoy se llama Río de Oro —que no es río ni tiene oro— en el territorio de Sahara Occidental. En 1341 fueron descubiertas las islas Madeira, y no faltan noticias vagas sobre la llegada de los navegantes mediterráneos hasta las lejanas Azores.

Los mediterráneos abrieron los caminos del Atlántico, pero serían los pueblos atlánticos los que iban a aprovecharse de la iniciativa. A mediados del siglo XIV las actividades de venecianos, genoveses, catalanes o mallorquines se reducen notablemente. Parece como si hubieran perdido el afán de explorar. La verdad es más compleja, y con seguridad tiene que ver con la dura crisis económica que siguió a la Gran Peste Negra de 1348-1350, una de las más grandes catástrofes de la época bajomedieval, que, según las fuentes de la época, acabó con un tercio de la Humanidad. Aun sin necesidad de admitir cifras tan terroríficas, es indudable que provocó una tremenda crisis, no solo demográfica, sino social y económica, —la famosa «crisis del siglo XIV»—, que se cebó muy especialmente en los pueblos del Mediterráneo, y sobre todo en las grandes ciudades, propicias al contagio, más que en el campo. La demanda, fundamentalmente urbana, disminuyó, los comerciantes que tenían dinero se dedicaron a comprar tierras o casas y a vivir de rentas, mientras que los que no lo tenían se arruinaron y cesaron en su actividad. El tráfico disminuyó, y las navegaciones, especialmente las poco rentables, se hicieron menos frecuentes. Por el contrario, los reinos atlánticos de la Península —Castilla y Portugal—, fueron los menos castigados por la peste, y no desaprovecharon la oportunidad que les tendía la historia. Justo desde aquel momento se inicia allí una era de prosperidad llena de vida y de energías, que habría de

reservarles importantes protagonismos en los tiempos modernos.

Marco Polo

No todos los viajes se hicieron por mar, o exclusivamente por mar. Algunos trajinantes italianos, venecianos en especial, se adentraron en las inmensidades de Asia, en busca de los perfumes del Oriente, las perlas de Ceylán, los tapices y alfombras persas, las finísimas lanas de Cachemira, los tesoros de Samarcanda, los rubíes de Malabar, o las preciosas sedas y porcelanas de la China. Fueron muy pocos, y el viaje duraba años, porque habían de unirse a caravanas árabes, persas o mongolas de objetivos limitados, y cambiarse, en su momento, a otras caravanas. Se sabe que los hermanos Niccolò y Matteo Polo llegaron hasta China en un recorrido inmenso que salió de Venecia en 1260 y terminó de regreso en la misma ciudad en 1269. No hay noticias de que hicieran un buen negocio, pero el hecho es que en 1271 decidieron repetir el viaje, esta vez acompañados del joven hijo de Niccolò, Marco. Marco Polo, muchacho despierto y vivaz, con una capacidad asombrosa para adaptarse al medio y aprender idiomas, se convirtió en uno de los viajeros más famosos de todos los tiempos, aunque sus correrías no llegaron a ser bien conocidas hasta la difusión de la imprenta, es decir, hasta la segunda mitad del siglo XV. El viaje duró esta vez cinco años, por Constantinopla, Persia, Tabriz, Ormuz, las mesetas de Asia central, el interminable desierto de Gobi, las altísimas montañas del Pamir, hasta que en 1275 llegaron a la corte de Kubilai Khan. Entonces China estaba gobernada por la dinastía mongol. El joven Marco cayó muy bien al Gran Khan, a cuyo servicio se puso. En 1277 fue nombrado miembro de su Consejo privado, y luego, como legado,

embajador, informador o espía, recorrió un inmenso espacio, pues los mongoles dominaban entonces uno de los imperios más grandes jamás conocidos, que se extendía desde los confines de Rusia hasta el Pacífico. Como mandatario del Gran Khan, conoció bien China, pero no del todo la cultura china, cuyo idioma nunca llegó a aprender. Los mongoles, monoteístas, acogían con gusto a las cristianos, y mantuvieron en la corte su cultura específica, hasta el punto de que Kublai intentó introducir, aunque sin éxito, la escritura alfabética. Seguramente tiene razón P. Demiétreville cuando afirma que «Marco Polo no vio China más que a través del prisma mongol».

La nostalgia de la patria lejana acabó venciendo, y después de una misión a Birmania, en 1288, tuvo ocasión de viajar a Persia en 1292, y de aquí emprendió el regreso definitivo a Italia, a donde llegó en 1295. Este viaje de vuelta lo hizo en parte por mar, tuvo ocasión de ver el estrecho de Catigara (Malaca), la India, y conoció noticias de un príncipe cristiano, que no cabe identificar sino con el Preste Juan (el emperador de Etiopía), aunque Polo no estuvo nunca en África. Una vez en Venecia, su vida resulta sorprendentemente poco conocida. Parece que a nadie interesó demasiado su aventura, y, a lo que parece, no le hicieron mucho caso; cuando menos, las referencias que sobre él existen son muy escasas. Qué duda cabe de que Marco Polo pasó los mejores años de su vida en China. Por si fuera poco, durante una guerra entre Venecia y Génova cayó prisionero de los genoveses en 1296, y hubo de pasar varios años en el exilio. En Génova conoció a un poeta y escritor pisano llamado Rusticello, al cual relató toda su odisea. Fue Rusticello el que le animó a escribir unas memorias del viaje, si no fue él mismo quien las escribió. Así nació el *Libro de las Maravillas*, una extensa obra en 234

capítulos. Contra lo que se cree, esta obra no es apenas un libro de viaje, sino una descripción de las ciudades y comarcas donde estuvo el veneciano. No tiene como finalidad informar, sino asombrar. De aquí que resulte tan difícil reconstruir el itinerario, que el orden resulte un tanto caótico, y que sea muy difícil distinguir lo que Marco Polo llegó a ver o lo que supo por referencias. El *Libro de las Maravillas*, efectivamente, tiene mucho de fantástico y está sobrado de imaginación (proceda esta de Polo o de Rusticello). Destaca sobre todo el afán de ponderar las riquezas del Gran Khan, con sus palacios de mármol, sus tejados de oro, sus joyas increíbles y su poderío inmenso. El Yangtsé tiene un ancho de diez millas, y lo surcan continuamente 200 000 naves que lo remontan y otras tantas que descienden a favor de su corriente. Tan grande es la riqueza del país, «que no hay hombre capaz de creerlo». Y el Gran Khan «posee el mayor tesoro del mundo».

Diríase que el relato de Marco Polo causó sensación en su tiempo, y si embargo no es así. Tengamos en cuenta que la imprenta no nació hasta casi dos siglos más tarde, y las copias circularon muy lentamente. Jacques Heers pretende que la obra apenas fue conocida hasta el siglo XVI, lo que tal vez pueda resultar una exageración. La primera edición impresa data de 1485. No es seguro que Cristóbal Colón llegara a leerla, al menos con detalle, hasta que compró el libro, a lo que parece, en 1496. Pero ya en su primer viaje menciona accidentes descritos en la obra de Polo, como la Península de Mangi, o los puertos de Quinsay y Zaitón: además de buscar con ahínco el imperio del Gran Khan, que parece haber sido el principal objetivo de 1492. O conocía el relato, u oyó detalles que en su tiempo eran repetidos de boca en boca. De lo que no cabe la menor duda es de que el descubridor se sentía literalmente alucinado por las

inmensas riquezas de Catay, nombre que entonces se daba a China, y por el cercano reino de Cipango, o Japón, cuyo monarca vivía en un palacio cubierto por tejas de oro. El nombre de Cipango, del cual ha derivado la palabra Japan-Japón, viene justamente de *Je Pen Kuo*, o País del Sol Naciente, una denominación que también perdura hoy: no es, por tanto, producto de una invención maravillosa. Su descripción puede resultar enormemente exagerada, como tantas otras del veneciano. La influencia de las leyendas difundidas por Marco Polo en el descubridor de América fue decisiva, y causa probable tanto de sus viajes como de sus equivocaciones. Entre ellas cabe destacar una: la inmensa distancia de Europa a China por el camino del Este, como que se tardaban varios años en alcanzarla. Por tanto, puesto que la Tierra era redonda, podía resultar mucho más fácil llegar a ella por el Oeste[1].

Los medios

Si el descubrimiento efectivo de América para la historia universal tuvo lugar a fines del siglo XV y no en el siglo IV, ni tampoco resulta imaginable que hubiera de esperar hasta el siglo XX, el hecho se debe a una razón histórica en que cuentan la consagración del estado moderno, el interés por romper horizontes del hombre renacentista, la búsqueda de nuevas fuentes de riqueza —y especialmente de los metales preciosos, entonces una obsesión—, el desarrollo de la cultura, y también, por supuesto, el progreso de los medios de navegación. Aun sin haber llegado a dominar estos medios, no cabe en el ámbito de lo imposible que el hombre de edades anteriores (ahí está el caso de los vikingos) hubiera conseguido llegar de Europa a América; pero no se puede suponer que hubiera podido obtener partido de su descubrimiento en cuanto forma de enlace permanente entre

dos mundos. Conocidos los aspectos más elementales que puedan interesarnos acerca de la coyuntura histórica, preciso es ahora recordar por un momento alguno de los elementos técnicos que hicieron posible el arte de navegación a grandes distancias.

a) La brújula

Notables innovaciones técnicas facilitaron las hazañas de los navegantes mediterráneos en el siglo XIII, y se extendieron durante la centuria siguiente al Atlántico. Una de ellas fue la brújula. En realidad, la utilización de la piedra magnética o de la aguja imantada como medio de orientación es muy antigua. Todo parece indicar que los primeros en utilizar sus servicios fueron los chinos. Se ha dicho que por el año 3000 antes de Cristo los chinos empleaban «piedras» —piedra imán— que les servían para orientarse, y el emperador Tachen Chinnan confió a sus mensajeros unos aparatos que les permitían guiarse en el camino. Hoy tiende a creerse que los chinos suelen exagerar la antigüedad de sus inventos. Dícese que la primera noticia segura data del siglo III después de Cristo, y se refiere a agujas de hierro imantadas, que, colocadas sobre un flotador en un recipiente de agua, señalaban los puntos cardinales.

Fueron los árabes —que no inventaron muchas cosas, pero supieron transmitirlas— quienes introdujeron la brújula en el Mediterráneo hacia el siglo XI, y pronto comenzaron a utilizarla los cristianos, que la perfeccionaron definitivamente. El propio nombre de *bussola*, cajita, parece revelar que sus primeros usuarios europeos fueron los italianos, y encontraron la mejor solución: la aguja imantada giraba libremente sobre un eje vertical dentro de un pequeño recipiente (sin agua, por supuesto) que podía ser abierto a voluntad. Se atribuye la introducción de la brújula

a Flavio Gioja, de Amalfi, aunque la atribución no es segura. La aguja aparece ya claramente aludida por A. Neckam (1195), Guyot de Provins (1205) y Jacques de Vitry (1218), lo que prueba que ya había desbordado el ámbito italiano y se conocía también en la Europa atlántica.

Como es bien sabido, la aguja imantada es atraída por los polos magnéticos de la Tierra, que no coinciden con los polos geográficos, de suerte que en muy pocas regiones las brújulas señalan exactamente la dirección Norte-Sur. Es este un inconveniente que hubo de ser subsanado con un cierto ingenio. Uno de los recursos más utilizados fue «cebar la aguja». La expresión puede inducir a confusión. Lo que se cambiaba no era la aguja, sino la rosa de los vientos que iba sobre ella: se la hacía girar a derecha o izquierda, según los casos, hasta que los «pétalos» coincidieran exactamente con los puntos cardinales. Como en su lugar hemos observado, Colón presume de haber sabido «cebar» la aguja ya en su etapa mediterránea. Ahora bien, como la brújula se dirige hacia el polo magnético, es lógico que no señale la misma dirección en todas partes. En Europa se conocían especialmente las «agujas flamencas», en que la rosa aparecía notablemente desviada hacia el oeste, (para corregir la desviación de la brújula al este), y las «agujas genovesas», en que la desviación era menor. Efectivamente cuanto más cerca del polo las agujas se desvían más (¡cómo que en el polo Norte señalan al Sur!), y cerca del ecuador se desvían menos. Un hecho curioso: cuando vino a España el rey Carlos I —luego Carlos V de Alemania— viajó de Ostende a Laredo, donde le esperaban los altos dignatarios españoles. Sin embargo, los barcos llegaron a Villaviciosa de Asturias, sin duda porque iban provistos de «agujas flamencas», que, de acuerdo con las marcaciones de los mapas, les hicieron desviarse más al Oeste. Se conoce que en la flota no había

ningún piloto español, que sin duda hubiera corregido el error.

Algo más todavía: en los siglos XIII al XV, las agujas se desviaban hacia el NE, y por consecuencia había que «cebarlas» girando la rosa de los vientos hacia la izquierda. Desde fines del siglo XVII las brújulas se desvían hacia el NO, habiendo alcanzado su más fuerte declinación magnética a principios del siglo XIX: ¡entonces Colón, operando con los mismos criterios que en 1492, hubiera llegado a Boston! Naturalmente, en el siglo XIX se conocían bien las líneas isogónicas. Suelen atribuirse a Colón descubrimientos que nunca realizó. El más grosero es el de la esfericidad de la Tierra, una burda falacia difundida por Washington Irving. Que la Tierra es redonda fue un hecho intuido ya por Aristarco de Samos, y demostrado cumplidamente por Aristóteles con tres argumentos impecables. En la Edad Media esta esfericidad fue defendida por Alberto Magno, a mediados del siglo XIII, y nadie le contradijo. Otra cosa es que muchos navegantes de mediana cultura lo ignorasen, y, dado lo corto de sus singladuras, el tema les traía sin cuidado. Colón ni descubrió ni demostró facticamente la esfericidad de la Tierra, puesto que no llegó a Asia por el Occidente, sino a América. Esta demostración de hecho, aunque ya a nadie sorprendió, correspondió a Juan Sebastián Elcano treinta años más tarde, cuando dio la vuelta al mundo. Tampoco Colón descubrió la declinación magnética, como pretende Humboldt, —él mismo «cebó» la aguja en años juveniles, precisamente porque se lo habían enseñado —, pero sí un hecho nuevo: la variación del valor de la declinación magnética no en función de la latitud, que eso ya se conocía, sino de la longitud geográfica. Este hecho iba a proporcionarle angustiosas zozobras en el transcurso del

primer viaje. Habremos de volver necesariamente sobre el asunto.

b) Los mapas

No es ninguna casualidad que la introducción de la brújula haya coincidido con la aparición de los portulanos. Los portulanos son unos mapas náuticos en los que aparecen marcados una serie de rumbos. Nacieron evidentemente en el Mediterráneo, a fines del siglo XII, y conservamos preciosas colecciones de los siglos XIII y XIV. Lo que preferentemente nos llama la atención en un portulano es que se trata de un mapa del mar, no de la tierra. A veces aparecen señaladas algunas ciudades importantes de tierra adentro, como Milán, París o Toledo, pero no es esto lo más frecuente. Al marino solo le interesan los puertos, y, para llegar a ellos, los caminos del mar; y estos aparecen marcados en multitud de líneas de rumbos, de acuerdo con las indicaciones de la brújula: toda esta extensa maraña de rectas que se cruzan, formando una verdadera red sobre los mares, es la más señalada característica de un portulano. Una vez situado el navío —teóricamente— sobre una de estas líneas del mapa, solo hace falta seguir la que conduce hasta el puerto de destino, de acuerdo con las indicaciones de la rosa de los vientos solidaria a la brújula. A primera vista, estas líneas parecen arbitrarias, no conducen de ningún puerto a ningún otro; pero al piloto le era fácil «transportar» un rumbo al punto que le interesaba. Tal vez no exista una línea que lleve exactamente de Barcelona a Marsella, o de Génova a Palermo; pero es fácil encontrar un rumbo paralelo que, transportado por una escuadra o un compás pueda unir las ciudades portuarias. Es más, todos los portulanos que conocemos —genoveses, pisanos, valencianos, mallorquines— son primorosas obras de arte

que, a lo que parece, estaban dedicadas a grandes señores, con hermosos dibujos que representan castillos, catedrales, ciudades costeras, todas con sus consiguientes banderas de soberanía, especialmente cuando se trata de halagar la vanidad del destinatario. Es posible que un portulano de uso común, más preocupado por la precisión que por la belleza, conceda más importancia a la representación de rumbos útiles entre puertos importantes que a dibujar castillos, catedrales o cortejos de caballeros.

Un portulano representa cuidadosamente puertos de grande, mediana o hasta pequeña importancia, e incluso fondeaderos útiles en lugares despoblados de la costa, para que los barcos sepan dónde protegerse o hacer aguada; también ponen interés en indicar islas o escollos, para evitar el encuentro de los navegantes con obstáculos que puedan poner en peligro su viaje. Los nombres de los puertos, cabos, ríos, aparecen siempre escritos sobre tierra en rótulos perpendiculares a la costa, para no entorpecer el dibujo geométrico de los rumbos; de aquí que la línea de costa aparezca resaltada por esta sarta interminable de nombres —cientos, o hasta miles de ellos— que nos permiten conocer las denominaciones geográficas de aquellos tiempos. Una característica que no siempre se ha señalado: la mayor parte de los portulanos aparecen ligeramente desviados de los puntos cardinales: el Mediterráneo no discurre de Este a Oeste, sino de estenordeste a oestesuroeste; Roma está más al norte que Barcelona, el mar Negro casi a la altura de las islas Británicas, Italia se encuentra mucho más «acostada» que en los mapas actuales, o la Península Ibérica aparece un tanto «colgada» hacia la izquierda. Esta desfiguración de la realidad no obedece a ningún error, sino a las indicaciones de la brújula, que no en balde los portulanos son mapas destinados a seguir las indicaciones de la aguja: y ya

sabemos que la declinación magnética era entonces distinta que ahora: los portulanos del siglo XIV aparecen más «inclinados» que los del XV, y estos más que los del XVI. Es este un criterio de gran utilidad para datar la antigüedad exacta de un mapa náutico, o para descubrir copias o falsificaciones hechas fuera de tiempo.

Conforme portugueses y españoles —en menor medida ingleses y franceses— se lanzan a las aventuras del mar en el siglo XV, los portulanos reflejan con detalle, a veces con admirable precisión técnica, las costas del Mediterráneo, y las atlánticas de la Península Ibérica, Francia y las Islas Británicas. El Báltico —tradicionalmente pintado de verde, quizá por su escasa profundidad— aparece mucho menos preciso, y con menos puertos en sus costas, y la Península Escandinava está muy groseramente dibujada. Todo ello testimonia cuáles eran las rutas más frecuentadas por los más cultos navegantes de la época. También, conforme avanza el siglo XV, se incluye la costa del África Occidental, a veces hasta el Congo, y con toda clase de detalles. A los portugueses les interesaba disponer de indicaciones muy precisas sobre las costas que estaban explorando, y demostraron ser tan buenos dibujantes de portulanos como los mediterráneos.

Apenas hace falta decirlo. A Cristóbal Colón, en orden a la realización de su gran proyecto, no le servía un portulano. Aquellos mapas estaban destinados a guiar a los navegantes desde un punto de partida bien definido hasta un punto de destino también muy definido. Colón podía imaginar el país o la parte del mundo a la que se dirigía, pero no conocía en absoluto sus coordenadas, ni siquiera imaginaba el nombre del puerto al que iba a arribar, si es que esperaba arribar a puerto alguno. Su aventura fue un lanzarse a la inmensidad

del Océano, y, si esta inmensidad tenía fin, ir en demanda de unas tierras mal definidas en el conocimiento de los europeos. Con todo, sabemos que en Portugal se ganó la vida como dibujante de portulanos. Siempre fue un maestro en el arte de elegir los rumbos y en la navegación por estima. No pensemos por tanto que, por distinto a los demás que fuera su proyecto, sus conocimientos iban a resultarle inútiles.

Por supuesto, a Colón le hubiera hecho falta un mapamundi. En la Edad Media se trazaban ya mapas del mundo, que contemplaban sus tres grandes partes: Europa, Asia y África. El Renacimiento, con el nuevo incremento de las teorías tolemaicas y de los autores clásicos, más las experiencias de Marco Polo y otros viajeros, permitió concretar un poco mejor la situación de la India, de las costas malayas, de la lejanísima China y el todavía más remoto Japón. Con todo, aquellos mapamundis no le fueron de más utilidad que los portulanos, y más contribuyeron a desorientarle que a otra cosa. En gran parte, el descubrimiento de América se debió —si queremos fortuitamente— a los errores de los geógrafos clásicos y renacentistas. Colón se equivocó, pero, evidentemente, no fue el único equivocado.

c) Los barcos

Es preciso aludir, para terminar nuestro conocimiento de los medios de la época, a los instrumentos fundamentales que hicieron posible la navegación, los navíos. En este sentido, Europa cobró una clara delantera sobre el resto del mundo en cuanto a la construcción de naves rápidas, ágiles y resistentes. Un elemento que parece carecer de importancia y fue sin embargo decisivo en la historia es la *quilla*, esa especie de columna vertebral de la que parte todo

el costillaje del buque. La quilla es un largo y fuerte listón de madera que recorre toda la longitud de la embarcación, de proa a popa, justo en el centro de su obra viva o parte sumergida. Se dice que la quilla nació en el puerto alemán de Kiel, de donde tomaría su nombre, aunque es cierto que ya las naves vikingas, por el siglo X, estaban provistas de una sobresaliente quilla, a la cual debían justamente sus excepcionales cualidades marineras. No hace falta recurrir a la mecánica vectorial o aludir a los empujes tangenciales para recordar, simplemente, que la quilla es una pieza fundamentalísima en una barco de vela, puesto que puede combinarse con la orientación de las velas respecto del viento para que el buque navegue hacia adelante, sople el aire de popa, de través, e incluso con viento relativamente contrario. La quilla, y el timón, que nació más tarde —durante mucho tiempo se usó un remo a popa para gobernar la dirección— permitieron navegar con casi todos los vientos. Por supuesto, un barco de vela no puede ir exactamente contra viento, pero puede «ceñir» o navegar de bolina, haciendo bordadas, en zigzag, un método que a la larga puede llevar la nave hasta el punto desde que sopla el viento. Cuando los sistemas de velas, quilla y timón se perfeccionaron, un barco, ya en los tiempos de Colón, podía navegar en todas direcciones, si bien, apenas es preciso decirlo, resultaba mil veces preferible marchar con viento de popa, o bien —era casi igual— de costado. El invento europeo que fue la combinación quilla-timón cambió la historia. Si Colón pudo buscar por mar las lejanas tierras donde imperaba el Gran Khan, mientras que el poderoso monarca oriental no pudo soñar siquiera en llegar a Europa, fue porque los juncos chinos eran navíos de fondo plano, sin quilla ni timón, y solo podían navegar con viento en popa. El poderoso Celeste Imperio fracasó por dos veces en su

intento de conquistar Japón, y sus barcos apenas pudieron llegar a Indochina, porque los vientos contrarios obligaban a escalas interminables. Las comunicaciones con Birmania o la India se hacían por tierra. Si Europa llegó en la Edad Moderna a ser dueña del mundo —y hasta a dar la vuelta al mundo— a la quilla y al timón se lo debe.

Al mismo tiempo, entre los siglos XIII y XV se perfeccionaron hasta el extremo los tipos de barcos. El barco mixto de vela y remos fue característico del Mediterráneo, desde los tiempos de los fenicios, griegos, cartagineses y romanos hasta los de los catalanes, levantinos, mallorquines, marselleses, genoveses, písanos o venecianos. Una de sus formas, la galera, se mantuvo por su agilidad hasta el siglo XVI. Todavía en Lepanto (1571) lucharon cientos de galeras. Pero para el transporte de grandes cargas eran precisos barcos de mayor porte y capacidad, como las fustas, las urcas, las carracas, las naos. Estos navíos de alto bordo eran absolutamente necesarios en el Atlántico, donde no siempre era posible la navegación de cabotaje y donde los temporales eran mucho más violentos y duraderos. En la navegación oceánica se impusieron los barcos sólidos, altos, impulsados exclusivamente por velas. Los portugueses consagraron un tipo de barco que habría de hacer historia en la maravillosa aventura de los descubrimientos: la carabela. Se dice que la carabela es una versión occidental del *carabo* árabe, y probablemente es verdad; también podría interpretarse la palabra en el sentido de un barco cuya «vela» puede orientarse de «cara» al viento. Lo característico de la carabela es su velocidad, su agilidad de maniobra, y sobre todo su prodigiosa capacidad para navegar con toda clase de viento, o para «ceñir» frente a él con mucha mayor eficacia que cualquier otro tipo de barco. Las carabelas de velas latinas (triangulares) eran estupendas

para ceñir; en cambio, resultaban incómodas para navegar con el viento en popa; las velas redondas (no eran realmente redondas, sino cuadradas, pero se llamaban así porque podían girar en redondo sobre el mástil) resultaban más adecuadas para navegar en popa: no tendremos más remedio que referirnos a este extremo cuando sigamos a Colón en su primer viaje. Las carabelas, relativamente pequeñas, con una eslora de 20 a 25 metros y un desplazamiento de 50 a 80 toneladas, cumplieron un papel fundamental en la historia de los descubrimientos geográficos, que hubiera sido distinta, y probablemente más lenta, de no haber podido disponer portugueses y españoles de barcos de este tipo. De las carabelas colombinas, sabemos que la *Pinta* era la más «velera», es decir, la más rápida, según el relato del propio Almirante, y solía avanzar siempre en cabeza de la pequeña formación. De ella sabemos que consiguió sortear los más tremendos temporales en el viaje de vuelta, hasta arribar a Bayona de Galicia. Sin embargo, la *Niña*, un poco más pequeña, poseía excepcionales cualidades marineras, hasta el punto de que cruzó por lo menos seis veces el Atlántico y realizó singladuras extraordinarias. No obstante, y como ya es bien conocido, Colón viajó en una nao, la *Santa María*, en parte porque no encontró una tercera carabela, y en parte también porque un Almirante debía navegar en una nave más majestuosa. La *Santa María* era sólida, como todos los barcos norteños, pero más lenta y poco ágil, «poco apta para descubrir», según confiesa el propio Colón; navegó siempre a la zaga de las carabelas, obligando a estas a reducir velamen en muchos momentos: pero quizá desde entonces se hizo costumbre que la nao «almiranta» cerrase la formación. La *Santa María* sería el primer barco europeo que zozobrase en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, aunque el hecho no debe interesarnos

demasiado, la historia de la carabela se acabó con la historia de los descubrimientos. Hacia 1530 ya no navegarán al Nuevo Mundo más que naos o pesados galeones. Lo que interesaba no era encontrar nuevas tierras, sino colonizar las descubiertas, llevar hombres y cargamentos, y las carabelas eran demasiado livianas para esta misión. Eso sí, cumplieron un casi insustituible protagonismo histórico en la era de los descubrimientos En su momento no tendremos más remedio que referirnos otra vez a ellas.

Los portugueses

... e vos xulgaredes qual e o mais excelente:
si ser rei do mundo, ou ser desta gente

La orgullosa afirmación de Camoens en el más sonoro de los poemas épicos del Renacimiento tiene plena razón de ser. La hazaña de los portugueses en el costeo de África, desde la conquista de Ceuta, en 1415, hasta la llegada de Vasco de Gama a la India, en 1498, representa casi un siglo de arriesgadas aventuras marítimas que imponían las inmensas distancias, las dificultades de abastecimiento, el desconocimiento de las tierras y los mares —hasta no saber siquiera si África era una barrera entre el Atlántico y el Indico que podía llegar hasta la *Terra Australis Incognita*, lo que hoy llamamos la Antártida— las tormentas, los desiertos, los calores sofocantes, las interminables calmas ecuatoriales, los enemigos de todas razas y culturas, hasta alcanzar, en un progreso lento, valeroso y tenaz, su codiciada meta y cambiar la geografía conocida del mundo y la propia historia universal.

Los motivos de tan prolongado periplo son muchos, y resulta muy difícil señalar cuál fue más importante, si es que la importancia concedida a esos motivos no cambió, que lo más probable es que cambiara, a lo largo de ochenta años. La expansión de Castilla hacia el Sur cortó a los reinos vecinos,

Aragón y Portugal, la oportunidad de proseguir su vocación reconquistadora. Esta circunstancia, aparentemente una limitación histórica, supuso la extraordinaria expansión de los reinos de la Corona de Aragón por el Mediterráneo, hasta destinos antes inimaginados; y la de Portugal hacia la aventura atlántica que habría de conducir a los lusitanos a su más importante misión histórica. En esta misión juega un papel fundamental el interés económico: el comercio con las tierras hasta entonces apenas conocidas de África, la búsqueda de metales preciosos, de gemas, de especias, de productos desconocidos en Europa, hasta llegar a las riquísimas tierras de la India y del Extremo Oriente, descritas por los clásicos, y admiradas desde los relatos de Marco Polo. También influyó la búsqueda de nuevas islas y pesquerías. No dejó de influir el deseo de difundir la fe cristiana por países musulmanes —en cierto modo la continuación de la Reconquista más allá del Estrecho— o el hallazgo del país del Preste Juan, personaje entre histórico e imaginario, objeto de una de las más bellas leyendas de la época; o las muchas y atractivas fábulas de la Baja Edad Media: la isla de las Siete Ciudades, habitada por cristianos (portugueses o castellanos) huidos de la invasión musulmana, y, a juzgar por lo que se decía, una tierra feliz y riquísima; o la asombrosa Ofir, o la Antilia (anteísla, o isla situada en los antípodas), o la tierra de Berzil o Brasil, de la cual se contaban maravillas, y, por supuesto la casi sobrenatural isla de San Brandán, que había llevado a este personaje irlandés —por otra parte rigurosamente histórico, aunque sus viajes hayan sido exagerados al máximo—, una isla situada, a lo que se creía, muy cerca del Paraíso Terrenal. Cuenta ciertamente, por qué no, la insaciable curiosidad del hombre que inicia la Edad Moderna, que quiere conocer nuevas tierras y nuevos mares, y llegar más

allá, *plus ultra*, venciendo de una vez la limitación simbólica impuesta por las Columnas de Hércules. Todos estos incentivos, y muchos más, impulsaron a los portugueses, incluso contra toda esperanza, a seguir su camino hasta el final.

Como queda dicho, el primer paso fue la conquista de Ceuta, en 1415. En aquella operación participó el infante don Enrique, llamado pronto *El Navegante*. La verdad es, que salvo aquella expedición, don Enrique nunca navegó: se mareaba terriblemente. Pero amaba como nadie las cosas de la mar y sus misterios, de suerte que se convirtió en el principal impulsor de las exploraciones portuguesas. Parece que su hermano don Pedro, que viajó por Europa, le trajo una copia del *Libro de las Maravillas* de Marco Polo, así como varios mapas. Estas informaciones no harían más que aumentar su afición. Don Enrique el Navegante es una de las personalidades más simpáticas y admirables de su tiempo: realista y soñador a la vez, supo infundir ánimos en los exploradores de los mares, y participó de todo corazón en la aventura, siquiera fuese dirigiéndola. Más científico que político, se rodeó de pilotos, astrónomos, cartógrafos y matemáticos, y con ellos estableció en Sagres, junto al cabo San Vicente, la más completa escuela de náutica de su tiempo.

Pasaron los años. No fue hasta 1432-1434 cuando ocurrió el hecho decisivo. La tradición pretende que uno de los mejores navegantes que exploraban los costas africanas, Gil Eanes, alcanzó el cabo Bojador, a la altura del trópico de Cáncer, y allí se detuvo espantado ante una barrera de aguas hirvientes. Es posible, aunque no seguro, que en el siglo XIV los hermanos Vivaldi llegaran a latitudes más bajas, pero lo hicieron sin temor porque carecían de los prejuicios de los

humanistas. Sin embargo, en los albores del Renacimiento, muchos geógrafos habían resucitado las teorías de los grecolatinos sobre la *zona perusta*. Tanto griegos como romanos sabían muy bien que las costas de la orilla sur del Mediterráneo eran mucho más cálidas que las de la orilla norte. En Egipto hacía mucho más calor que en la Hélade, y las temperaturas en Nubia eran ya insoportables. Gran parte de Libia estaba cubierta de un desierto calcinado. Una especie de regla de tres, perfectamente lógica, pero falsa, hizo creer a Aristóteles, como a Estrabón o Séneca, que las regiones cercanas al ecuador eran absolutamente inhabitables. Si había hombres en el hemisferio sur, el hecho no podía comprobarse, y tal vez no fuera posible hacerlo nunca. La tradición generalizó la idea de que la *zona perusta* se extendía entre los trópicos de Cáncer y de Capricornio, y la temperatura era allí tan elevada, que algunos afirmaban que hasta la mar hervía.

Algo de esto sabía Gil Eanes por lejanas referencias, y, pese a su sentido común, se encontró con la sorpresa de que la terrible leyenda era cierta. Aterrorizado, regresó a Portugal para dar cuenta de la espantable noticia. Don Enrique, más científico que muchos teóricos de su tiempo, hizo lo mejor que en un caso semejante puede hacerse con un marino ibérico: llamarle cobarde. Gil Eanes, en 1434, emprendió de nuevo el costeo de África, decidido fieramente a perecer en el intento. Llegó de nuevo al cabo Bojador y vio la barrera de aguas que espumeaban. Sin embargo, la temperatura no era tan cálida como para eso. La tal barrera podía ser simplemente una restinga de rocas que prolongaba el cabo varias millas mar adentro. Gil Eanes navegó hacia el Oeste para alejarse de la costa, y una legua más allá encontró que la barrera blanca desaparecía. Arrumbó al sur, y se adentró en aguas libres, un mar azul que se prolongaba

indefinidamente delante de su proa, y continuó gozoso su aventura. Los caminos del mar estaban abiertos. Fue el triunfo de la razón sobre la superstición, de la curiosidad sobre el temor, del sentido común sobre la leyenda. No hay inconveniente en admitir que en aquel momento comenzaba la Edad Moderna.

El camino no era fácil, de todas formas. La costa africana aparecía cada vez más desierta e inhospitalaria, además de rectilínea, y no era fácil encontrar provisiones ni puertos abrigados. Y lo peor era el regreso. Era posible avanzar hacia el sur siguiendo los vientos alisios, pero el camino de retorno, describiendo continuas bordadas frente a un aire seco, pero fuerte y destemplado, se hacía interminable, a pesar de la facilidad de las carabelas para ceñir frente al viento. Con otros barcos, los portugueses probablemente no hubieran podido coronar su aventura. Con rigor y tenacidad, estudiaron todas las posibilidades del «tornaviaje», y al cabo del tiempo encontraron que, navegando mar adentro, era más fácil la maniobra. Era preciso alejarse de la costa y practicar la navegación de altura, una modalidad a la que hasta entonces casi nadie se había atrevido (y sin esta experiencia, tal vez Colón nunca hubiera concebido su genial idea). Navegando lejos de tierra, los portugueses descubrieron las islas Madeira, y bastante más tarde, un poco por casualidad, pero con inestimables consecuencias, dieron con el lejano archipiélago de las Azores. Entre tanto, los castellanos habían llegado a las Canarias, y poco a poco emprendieron su conquista: los destinos de los dos pueblos ibéricos se cruzaban. Los portugueses eran más exploradores que conquistadores. Castilla, con mayor potencial demográfico, decidió siempre ocupar los territorios descubiertos. Con todo, la conquista de las Canarias fue lenta y realizada a empujones aislados. No terminaría hasta

después del primer viaje de Colón, aunque las Canarias constituyesen desde el primer momento una base de fundamental importancia para la aventura del Nuevo Mundo.

También los portugueses progresaban lentamente en el costeo de África, donde las realidades, al menos de momento, eran mucho menos prometedoras que las ilusiones. Pero jamás desmayaron en el empeño. En 1442, Nuño Tristâo llegaba a Río de Oro, en lo que hoy es el Sahara Occidental. Allí no había ni río ni oro (los nombres con que los exploradores bautizaban sus hallazgos eran optimistas, para estimular nuevas expediciones); pero sí, por fin, un profundo entrante de la costa que servía de excelente puerto natural. Tampoco es descartable que los portugueses tuviesen allí noticias de yacimientos de oro más allá del desierto. El costeo prosiguió por la actual Mauritania. Los indígenas se mostraban hostiles, pero los exploradores se mantenían impertérritos. En 1445 Cerda Mosto alcanzaba Cabo Verde y descubría las islas del mismo nombre (otra vez nombres falsos: el cabo apenas tiene vegetación, y las islas ofrecen un aspecto desolado). Sin embargo, a partir de allí, la costa se presenta algo más amable: se divisan árboles espaciados, y, lo que es más prometedor, se encuentran algalia y plumas de avestruz. Cuanto más avanzaban los portugueses hacia el sur, más prodigiosamente se transformaba el paisaje: la sabana, luego la selva, árboles inmensos y desconocidos, animales que nunca habían visto: no era cierto que cuanto más se avanza hacia el ecuador más desierta y desolada se encuentra la tierra, todo lo contrario. Las lluvias eran frecuentes y los ríos caudalosos. Los habitantes, de raza negra, no eran belicosos y hostiles como los árabes, se mostraban amistosos y traían a los expedicionarios todo lo que podían, ¡incluso las primeras

pepitas de oro!, a cambio de cualquier otra cosa que los portugueses pudieran ofrecerles. Las esperanzas comenzaban a convertirse en promesas. En 1448 fundaron los portugueses su primer establecimiento permanente, Arguim. Y hacia 1460 alcanzaron Sierra Leona, donde la costa tuerce al Oeste: ¡parecía abierto el camino de la India! No solo esto, sino que los indígenas les traían colmillos de elefantes (de ahí el nombre de Costa de Marfil), y una cantidad creciente de oro. En 1469, Alfonso V de Portugal concedió a Fernando Gomes la exclusiva de la exploración de la costa africana, con el encargo de avanzar cien leguas por año, en un plazo de cinco años. Así, en 1471, Gomes llegó a Costa de Oro (hoy Ghana). No había oro en aquella costa, pero esta vez el nombre no era del todo engañoso: los africanos traían más oro que nunca, aunque los portugueses no llegaron a saber exactamente dónde lo recogían. En realidad habían estado más cerca de los yacimientos años antes, cuando costearon la zona de Senegal y Guinea Bissau; pero era más fácil transportarlo por río (el Volta, el Níger y sus afluentes) hacia la costa sur.

Los portugueses habían encontrado un maravilloso filón, y nunca mejor empleada esta palabra, y, por su parte, los naturales estaban encantados con el trueque. Hoy nos parece inmoral cambiar oro por cascabeles, espejos o gorros colorados; pero todo depende del valor que cada cultura conceda a las cosas. La verdad es que el oro es un metal muy poco útil: ni siquiera es blanco como la plata, se parte con facilidad, no sirve para fabricar armas ni instrumentos de ninguna clase. Su única cualidad está en que no se oxida, y por tanto conserva su brillo por tiempo indefinido: sin duda por este hecho pasó a ser, en las culturas orientales, un símbolo del valor que nunca se altera, y por tanto un bien permanentemente intercambiable. Este sentido de

apreciación, que tal vez no deja de encerrar un prejuicio, le convirtió en un metal «precioso», y los europeos —desde los tiempos de Grecia y Roma— aceptaron este mismo esquema de valores. Para los negros, en cambio, ver su propia cara en un espejo por primera vez en su vida era un privilegio impagable. Cada parte creía salir ganando con el cambio. Y en cierto modo era así.

La guerra de sucesión por el trono de Castilla, en que se embarcó Alfonso V —y en ella perdió el tiempo y el dinero— supuso una sensible desaceleración en la empresa africana. Con todo, en 1481, los portugueses fundaban San Jorge de la Mina (en la actual Ghana), que muy pronto iba a convertirse en el más importante de sus asentamientos. Tampoco allí había minas, pero era el lugar en que los naturales traían mayor cantidad de oro. Y este oro africano cambió la historia del mundo. Pronto el rey de Portugal pudo acuñar sus preciosos cruzados de oro. Luego el metal amarillo llegó a Francia, los Países Bajos, Alemania. Con él se comerciaba en las famosas ferias de Lyon o de Augsburgo. Sin duda tiene razón Pierre Vilar cuando afirma que entonces el oro representaba mucho más que una concupiscencia. El Renacimiento estaba llegando a su máximo esplendor. El patriciado urbano, en Flandes, en Alemania, en el norte de Italia, se había convertido en una clase poderosa, capaz de medir sus fuerzas con los antiguos nobles. Se habían desarrollado la industria, la tecnología, el comercio, la navegación, los instrumentos de crédito, la cultura, la imprenta: el mundo europeo estaba llegando a una época esplendorosa de increíble vitalidad. Solo faltaba una cosa: el metal precioso. Aumentaba la producción y la calidad de los artículos producidos, pero escaseaba el bien multilateral capaz de ser intercambiado por cualquiera de ellos. Europa se lanzó a una desesperada búsqueda del metal precioso. Los

turcos habían bloqueado los caminos de Oriente. Y sin metal acuñable todo aquel esplendor podía venirse abajo. Los Függer, banqueros de Augsburgo, encontraron minas de plata en Schwatz, en el Tirol, y comenzaron a explotarlas. Fue un respiro, pero no suficiente. El oro africano fue otra inyección decisiva. Mucho más decisiva sería después (aunque Colón, que buscaba el Extremo Oriente, apenas pudo adivinarlo) la fabulosa aportación del metal precioso americano.

Hasta entonces, el oro había llegado con cuentagotas al Norte de África, en interminables caravanas que lo transportaban desde el Malí y el alto Volta. Tombuctú, en el codo del Níger, entre la selva y el desierto, se convirtió en una ciudad fabulosa, de donde partían aquellas doradas caravanas. La costa sur del Mediterráneo se aprovechó de la afluencia del metal precioso, mucho más que la costa norte, ocupada por los cristianos, para quienes la adquisición del oro se encarecía considerablemente. Solo en España, el musulmán reino de Granada se aprovechó del tráfico e intercambiaba sus productos, especialmente la finísima seda de los telares de la vega granadina, por el metal amarillo. Parece probable —aunque nunca se ha concedido importancia al hecho— que el factor económico haya jugado un papel primordial en la preservación del reino de Granada durante dos siglos. Los castellanos habían conquistado Andalucía occidental, pero no hicieron grandes esfuerzos por continuar su obra secular en la zona del reino nazarí. Más exactamente: de vez en cuando amenazaban a Granada, y sobre todo al comienzo de cada reinado el monarca castellano realizaba una entrada en el territorio, en ademán de continuar el proceso de la Reconquista. Los granadinos compraban la paz por medio de un fuerte tributo económico, las «parias», que se renovaban una y otra vez. El oro

africano llegaba así a Castilla, y no es despreciable la idea de que el hecho haya contribuido a su prosperidad a fines del siglo XIV y hasta la mitad del XV. Granada se había convertido en la gallina de oro, y no resultaba conveniente acabar con ella. Ahora bien: desde 1460, y sobre todo a partir de 1480, las caravanas que atravesaban el Sahara cargadas de metal aurífero comenzaron a disminuir. Para los africanos era mucho más rentable enviarlo por los ríos a San Jorge de la Mina y otros asentamientos donde ya estaban establecidos los portugueses. El camino del Sahara era dificilísimo, y además enriquecía a otros. Tombuctú perdió su esplendor, y Granada vio disminuidos drásticamente los aportes de oro. Cuando los Reyes Católicos exigieron a Abulhassan el pago de las parias acostumbradas, el sultán granadino respondió con una bravata que en el fondo hacía de la necesidad virtud: «en las forjas de Granada ya no se labra oro ni plata, sino hierro para utilizarlo contra sus enemigos». Y era verdad: Granada ya apenas recibía oro. Cuando los Reyes Católicos, terminada la guerra de Sucesión y las primeras y más urgentes reformas de sus reinos, emprendieron la guerra de Granada y finalizaron la secular obra de la Reconquista, obraron con absoluta coherencia: se comieron la gallina.

Entretanto los portugueses prosiguieron su aventura. En 1472, Fernando Póo descubrió el delta de Níger, y en una incursión audaz alcanzó la isla que durante siglos llevó su nombre —hoy Malabo—, ya en la línea ecuatorial. Justo entonces llegó la desilusión. Los exploradores, convencidos de que estaban ya camino del Océano Índico, descubrieron que, pasado el golfo de Guinea, la costa torcía de nuevo en dirección sur. Después de todo, era posible, como opinaban muchos geógrafos, que una barrera infranqueable se interpusiera entre el Atlántico y el Indico. El oro africano

había compensado en parte sus esfuerzos, pero el sueño de alcanzar la India tenía un atractivo invencible: pensando en la India, en sus maravillas, sus leyendas y sus riquezas, habían luchado durante medio siglo contra la mar, los vientos y los hombres. ¿Sería el suyo un sueño imposible? Pero el nuevo monarca, Juan II, era un hombre inasequible al desaliento. Mejoró los medios, contrató a los mejores navegantes y creó la Xunta dos Mathemáticos para conferir un carácter más científico a las exploraciones. Un instinto especial decía a los portugueses que África terminaba en alguna parte, y se reanudó con más ímpetu que nunca la aventura del mar. Preciosos portulanos dejaron cientos de nombres jalonando toda la costa africana. Es curioso observar desde este momento un cambio fundamental en la toponimia, en que creemos no se ha reparado nunca. Hasta entonces encontramos en los mapas nombres como Cabo Verde, Angra dos Cavallos, Ilha das Garças, Terra Fermosa. A partir de aquí notamos Terra de Fernando Póo, Costa de Rodrigo Nunes, Río de Gonçalvo, Río de Gil: algo ha cambiado en la mentalidad de los exploradores. Hemos llegado al pleno Renacimiento, y ahora se busca no solo la riqueza o la recompensa, sino la perpetuación de la hazaña: esa «tercera vida», distinta a la de este mundo y también a la del más allá, que es la fama que atraviesa los siglos. Y en un impulso en verdad admirable, pese a todos los obstáculos —incluyendo la eterna costa hacia el sur y la desaparición de la estrella Polar bajo el horizonte—, la exploración se aceleró. En 1484, Diego Cao descubrió el río Zaire y llegó hasta Cabo Negro. Y en un salto que permite pasar en muy pocos años de África central al extremo sur del continente, en 1487, en una famosa y bien organizada expedición, dotada ya con los mejores instrumentos náuticos, Bartolomeu Dias conseguía doblar la punta austral de África,

que él llamó Cabo de las Tormentas, y que Juan II hizo bautizar enseguida como Cabo de Buena Esperanza. El camino de la India quedaba abierto definitivamente. Justo por entonces, apareció en escena un hombre entre estrafalario y genial, que decía haber encontrado un camino mejor.

2. LA GÉNESIS DEL PROYECTO COLOMBINO

A partir de 1476, en que Cristóbal Colón llegó a Portugal en circunstancias dramáticas, es posible reconstruir con cierto detalle el curso de su vida, aun cuando muchos aspectos de su personalidad, sus ideas y sus planes sigan encerrando un misterio nada fácil de desentrañar. Es de suponer que hubiera sobrevivido al naufragio de su barco sin absolutamente nada en el bolsillo, pero Colón era hombre hábil, con una facilidad prodigiosa para granjearse ayudas, y muy poco después le encontramos en Lisboa, convertido en un prestigioso navegante atlántico, y vendiendo mapas náuticos, en cuyo diseño era extraordinariamente hábil. Es de suponer que los detalles de las costas atlánticas, especialmente de las africanas, los tomara de los portugueses. Pronto hizo venir desde Italia a su hermano Bartolomé, que era mejor dibujante que él (por supuesto, no tan buen cartógrafo), y parece que los dos hermanos trabajaban juntos. También Cristóbal dibujaba con soltura y excelente dominio de los colores. Por desgracia, no conservamos ningún mapa elaborado por él (como no sea, a lo sumo, un dibujo esquemático de la isla Española), pero si es autor del mapa hoy conservado en la Biblioteca Nacional de Francia (necesariamente anterior, aunque tal vez no por muchos años, a 1492), que el almirante La Roncière le atribuye, preciso es reconocer que fue tan

buen artista como dibujante que como cartógrafo. También es verdad que reparando en muchas de las apostillas o notas al margen, que hoy se pueden leer en los libros consultados por Colón —especialmente en la *Imago Mundi* de Pedro de Ailly, y en la *Historia Rerum ubique gestarum* de Eneas Silvio Piccolomini—, hoy en la Biblioteca Colombina de Sevilla, muchas de estas notas están indicadas por el dibujo de una mano que señala el párrafo que se quiere destacar: no solo la mano, sino especialmente el puño de encaje que adorna la muñeca aparecen dibujados con una delicadeza sorprendente: son obra de un artista.

Con todo, Colón no se limitó a ganarse la vida como cartógrafo, sino que muy pronto se lanzó a la navegación de altura. En una carta posterior a los Reyes Católicos, data en 1477 —o sea solo un año después de haber arribado a Portugal— un viaje a Galway, en Irlanda, que luego prolongó nada menos que hasta la lejanísima Islandia (Thule), que el navegante genovés sitúa a 73 grados Norte, y no a 63 «como algunos dicen». La verdad es que Islandia se encuentra a 63º. Colón siempre tiende a exagerar la lejanía de las tierras a dónde llega: un hecho que no disminuye el valor de su hazaña, tan temprana y tan estimable, apenas avezado a los rigores del Atlántico Norte. Por cierto que en Galway según propia declaración —escrita en una de sus apostillas— se encontró con algo sensacional: «hombres de Catay [China] vinieron hacia el este. Nosotros vimos muchas cosas notables, y especialmente en Galuei, en Irlanda: un hombre y una mujer en unos maderos arrastrados por la tempestad de modo admirable». No existe ninguna otra noticia de esta aparición de navegantes exóticos. De ser cierta, pudieron ser indios americanos, tal vez esquimales —groenlandeses, si se quiere americanos, al fin y al cabo— o bien podían proceder de algún lugar del norte de Europa. Resulta difícil admitir la

inmensa casualidad de que estos náufragos llegaran a Galway precisamente durante la escala de Colón en aquel puerto. Lo más probable es que el navegante genovés hubiera debido escribir, en lugar de «vimos», «hemos oído decir». Tal vez se trate de una lejana leyenda más o menos desfigurada. Tampoco es fácil suponer que aquellos supuestos americanos —ya que en modo alguno cabe imaginar japoneses u orientales de cualquier otro país— hubiesen arribado «en unos maderos». ¿Tal vez en una canoa, milagrosamente superviviente después de una travesía del Atlántico? Todo es posible, aunque ni siquiera probable. Tengamos en cuenta que el monje San Brandán, protagonista de audaces navegaciones —en su mayor parte leyendas— había vivido en un monasterio cercano a Galway. Leyendas parecidas podían conservarse en Irlanda.

Por el contrario, que hombres del Norte habían llegado a tierras del Nuevo Mundo mucho antes de los viajes de Colón es un hecho tan conocido que apenas es necesario referirse a él en este punto. Por de pronto, los vikingos. Erico el Rojo, en el siglo X, descubrió Groenlandia («tierra verde», un nombre probablemente propagandístico, si bien es cierto que aquel siglo parece haber registrado las temperaturas más altas de la era cristiana), y su hijo Leif Eriksson llegó a Terranova y muy probablemente a la península de Labrador, en el continente americano, una tierra a la que se denominó Vinland, «tierra del vino», otra denominación atrayente y por supuesto falsa. Muchos restos tenidos por vikingos en lo que hoy son Estados Unidos se han demostrado ser falsos (y nada digamos del famoso mapa de Yale, descubierto por el profesor Skelton en 1965, al que los americanos dieron una extraordinaria publicidad hasta que en 1974 se comprobó que se trataba de una falsificación). Pero aunque es muy probable que tanto Leif Eriksson como Thorfin Karlsefni

hayan estado en territorios americanos, aquellas audaces navegaciones no tuvieron continuidad histórica, y pronto, por la dificultad de llegar a tan lejanas tierras, o por la hostilidad de los «skraelinger» (¿esquimales, indios?), los viajes fueron suspendidos. De hecho, no tuvieron repercusión en la historia universal, como la tuvieron los de Colón.

Probablemente los vikingos no fueron los únicos europeos que llegaron a América en la Edad Media. Los pescadores gallegos, vascos y probablemente portugueses que por los siglos XIV y XV se adentraban en el Atlántico en busca de buenas capturas, hablaban de la «terra de bacallaos», tierra que no cabe identificar más que con Terranova. Lo que ocurre es que aquellos pescadores pudieron abordar más de una vez aquellas costas para hacer aguada o buscar provisiones, pero les interesaban mucho más los bacalaos que la «tierra», a la que no parece que hubieran concedido mayor importancia. Sin embargo, es posible que Colón haya oído hablar de alguna de aquellas navegaciones. Por lo menos Bartolomé de Las Casas, que conoció a Diego Colón, y de él parece haber recibido muchos documentos del Almirante, nos cuenta que «un marinero que se llamó Pedro de Velasco, gallego, dijo a Cristóbal Colón que yendo aquel viaje de Irlanda fueron navegando y metiéndose tanto al noroeste, que vieron tierra», una tierra desconocida. Tampoco sabemos si esta versión es rigurosamente cierta, por más que se nos facilite el nombre del navegante. ¿Será este navegante el famoso «protonauta» que habría llegado a una tierra al otro lado del Atlántico y habría transmitido a Colón su descubrimiento? No parece probable, por cuanto Colón, una vez concebida su idea quiso seguir otro camino. Jamás parece habérsele pasado por las mientes el proyecto de atravesar el Atlántico Norte o explorar al Oeste de

Irlanda. Con todo, si la noticia es cierta o cuando menos aproximada, puede haber influido en su ánimo, o pudo haberle hecho concebir el propósito de atravesar el Océano en demanda de tierras nuevas.

Sin embargo, todo parece indicar que la mayor parte de las navegaciones de Colón se efectuaron por la ruta de los portugueses, es, decir, costeando África por el Sur. Al fin y al cabo, fue durante nueve años «un marino portugués», y francamente distinguido, por cierto. Colón tuvo una predisposición especial para relacionarse con personas importantes, y a los pocos años de su presencia portuguesa casó con doña Felipa Moniz de Perestrello, hija del gobernador de las Madeira. Perestrello había muerto antes de este matrimonio, y no sabemos si Cristóbal llegó a tener contacto con él. Sí es evidente que la unión familiar le puso en relación con altas instancias del mundo de la navegación y de las decisiones políticas de seguir adelante por el camino de África hacia la India. Sabemos que Colón participó en una misión encomendada al astrónomo Josef Vizinho, a quien Juan II encargó medir exactamente la latitud geográfica de los distintos puntos en que se iban estableciendo los portugueses. El propio genovés declara haber participado por lo menos en una de las mediciones de Vizinho, como ayudante o colaborador suyo en la Isla de los Ídolos, que hoy se identifica con la isla Sherbro, cerca de las costas de Sierra Leona. La fecha elegida, un 11 de junio, entonces correspondiente al solsticio del verano boreal, parece indicar que se valieron de la altura del sol a mediodía. La latitud calculada fue de cinco grados y algunos minutos. Colón presume de haber realizado esta operación para demostrar su pericia en las medidas con el astrolabio, aunque luego, en su primer viaje, cometería grandes errores, tal vez con otro tipo de instrumento. La verdad es que no conocemos la

capacidad inicial de Colón como calculista. Más tarde, llegaría a ser un maestro extraordinario.

Otro viaje realizó por la costa africana, que le llevó hasta el fuerte de San Jorge de la Mina, el riquísimo establecimiento en que los portugueses conseguían las mayores aportaciones de oro. Probablemente, fue la ocasión en que llegó más al sur, no lejos ya del golfo de Guinea: aunque Colón asegura, y se equivoca o presume de lo que no es, que el castillo de la Mina se encuentra al sur del ecuador, es decir, en el hemisferio austral. ¡Siempre pretende haber llegado más lejos de lo que realmente llega! Esta costumbre no le abandonará nunca. Cristóbal Colón, que había comenzado su vida marinera como navegante del Mediterráneo, se convirtió en pocos años en un marino experimentado en las expediciones atlánticas más audaces que se estaban realizando en su tiempo. Haber navegado de Islandia al golfo de Guinea era una experiencia de la que no todos podían presumir. No cabe duda, y el hecho queda patente a partir de su primer viaje transatlántico, que fue un marino dotado de unas condiciones y una intuición extraordinaria para la navegación de altura. Por discutida que haya sido su personalidad, nadie puso en duda jamás sus cualidades excepcionales, como navegante. Estaba preparado como pocos para aventuras todavía más arriesgadas.

Los «indicios»

Es realmente imposible averiguar cuándo concibió Colón su gran proyecto. Tal vez fue prendiendo en su alma poco a poco, conforme aumentaban sus sospechas de la existencia de tierras a Occidente. Hernando Colón, en su *Historia del Almirante* —escrita solo por él o con ayuda, que eso se discute— trata de razonar los motivos que condujeron al proyecto descubridor: «llegando a decir las causas que

movieron al Almirante al descubrimiento de las Indias, digo que fueron tres: fundamentos naturales, la autoridad de los escritores y los indicios de los navegantes». La lógica de esta enumeración parece irreprochable, y hasta es posible que Hernando Colón, que conoció las tesis de su padre no solo después de que este hubiera descubierto las Indias, sino de que se hubiera convertido en un erudito, estuviera convencido de que fueron esas tres las causas que le movieron a su primer viaje, y de acuerdo justamente con el orden citado. Hoy es preciso alterar cuando menos ese orden. Pero siempre cabe empezar por los «fundamentos naturales». Ya queda indicado que Colón en absoluto descubrió la esfericidad de la Tierra: esta verdad era comúnmente admitida desde el siglo XIII, y la habían teorizado muy bien los clásicos. Los mapamundis medievales y prerrenacentistas representaban con la mayor fidelidad las tierras conocidas, siquiera fuese de referencias, y los tres grandes continentes: Europa, Asia y África. Esta última aparecía dibujada solo en su parte norte, ya que el sur era desconocido, y ni siquiera se sabía si se soldaba a la *Terra Australis Incognita*, que Estrabón consideraba necesaria para contrapesar a las tierras septentrionales; pero esa tierra, si existía, se hallaría muy al sur, y constituiría más un obstáculo que un atractivo, no intuyéndose más continentes al oeste de Europa o al este de Asia. Ahora bien: la tierra es redonda. Se representaba inevitablemente sobre un plano, pues era preciso dibujarla en un papel, en un pergamino o en una vitela, o piel de becerro fina y suave: la primera idea de dibujarla sobre una esfera es de Martín Behaim, que trazó su famoso globo casi al mismo tiempo que los viajes de Colón (quien no llegó a tener conocimiento de aquel globo). Pues bien: la tierra representada en el extremo occidental o izquierdo de los mapas es la Península Ibérica; a lo sumo, en

los últimos tiempos, las Canarias y las Azores. Y la tierra representada en el extremo derecho u oriental es la Sérica, o Catay (China), y a lo sumo, Cipango o Japón. No hay nada más a la derecha o a la izquierda. Comoquiera que la Tierra es redonda, podemos curvar el mapa hasta darle la forma de un cilindro: la Península Ibérica quedará muy cerca de China y Japón, con un reducido trozo de mar (el Atlántico) por medio.

La idea de que se podía llegar desde las costas occidentales de Europa hasta Extremo Oriente navegando por el Atlántico es en realidad muy antigua. Aristóteles, en el libro segundo de su tratado *Del Cielo y de la Tierra*, después de demostrar convincentemente que nuestro mundo es esférico, añade que por tanto se puede navegar desde las Columnas de Hércules hasta las tierras de Oriente «en pocos días». Resulta así que la genial idea de Colón se le ocurrió a Aristóteles dieciocho siglos antes. Averroes, que introdujo a Aristóteles en la Europa medieval (y a quien alude Colón llamándole Abenruiz), repite casi las mismas palabras. Y Séneca debía estar pensando en el aserto del griego cuando observaba en sus *Naturalia Quaestionum*: «en realidad, ¿qué distancia hay entre las playas extremas de Hispania y de la India? Poquísimos días de navegación, si sopla para la nave un viento favorable». Aristóteles, Séneca, Averroes, se adelantan a la idea de Colón, y al mismo tiempo incurren en el mismo error que él: creer que la distancia de las costas europeas a las del Extremo Oriente, navegando por el Gran Océano es muy corta. Ni la idea de Colón es de Colón, ni el error de cálculo de Colón es suyo: cayó en él porque leyó a los clásicos, o, más bien, como hoy se cree, porque se lo oyó decir a otros que los habían leído. Lo asombroso no es que al descubridor (inintencionado) de América se le hubiera ocurrido llevar a cabo aquel proyecto, sino que no se le

hubiera ocurrido a nadie antes. No hay más remedio que suponer, si necesitamos dar una explicación a esta aparente inconsecuencia, que el mundo de los científicos estaba entonces mucho menos relacionado con el de los navegantes de lo que hoy podemos suponer. Lo que creían saber los cosmógrafos no era lo que creían saber —y a veces sabían con más conocimiento empírico—, los conocedores de la mar. Con todo, la pregunta que acabamos de formular sigue siendo válida.

Ahora bien: toda la teoría de que nuestro navegante concibió su aventura porque conocía a los clásicos o a los renacentistas se nos ha venido en gran parte abajo en los últimos años, o cuando menos ofrece serias dudas. Don Cristóbal, es cierto, llegó a ser con el tiempo un erudito o un semierudito, pero, a lo que parece, alcanzó esa condición *después de haber descubierto América*. Los estudios realizados por Juan Gil sobre las famosas apostillas de Cristóbal Colón (algunas parecen incluso de su hijo Hernando) demuestran que estas notas están tomadas a partir de 1496, es decir, con posterioridad al segundo viaje. Es más, todos los libros que hoy se conservan en la Biblioteca Colombina ¡fueron comprados cuando su propietario ya había estado en el Nuevo Mundo! Colón no se ilustró *para* descubrir América, sino que, creyendo haber llegado a las Indias (Extremo Oriente) y contradicho por los españoles que le rodeaban, incluso por algunos de sus amigos, como Juan de la Cosa o Andrés Bernáldez, adquirió todos los libros que pudieran demostrar sus pretensiones. Esto supuesto, se debilitan muchas de nuestras hipótesis sobre cómo concibió Colón su idea de atravesar el Atlántico. Cabe suponer, y todo apunta en esa dirección, que Cristóbal Colón fue un hombre curioso, que deseaba «saber los secretos de este mundo», como escribió en una ocasión. Pero, a lo que parece, y

aunque nunca fue del todo un ignorante, la mayor parte de sus conocimientos cosmológicos fueron adquiridos en una época relativamente tardía. ¿Cómo llegó entonces a concebir su idea? ¿Por pura intuición? ¿O bien por obra de los *indicios* de que ahora vamos a ocuparnos? Existe una tercera explicación, y esa explicación se llama Toscanelli. Vamos de momento con los *indicios*.

Recordemos que fue muy pronto, apenas llegado a Portugal, cuando nuestro hombre realizó su viaje a Irlanda, y allí tuvo, de una manera u otra, las más sensacionales revelaciones. Lo que para otros no dejaba de ser quizás una curiosa leyenda, tuvo para Cristóbal una sugestión infinita. También, según Las Casas, el futuro descubridor tuvo noticia de que la mar había arrojado a las playas de la Isla Flores, una de las más alejadas de las Azores, «dos cuerpos de hombres muertos, que parecían tener las caras muy anchas, y de otro gesto que tienen los cristianos». (Evidentemente, Fray Bartolomé conocía muy bien las caras de los indios, y parece que las está describiendo). No sabemos si esta noticia tiene conexión alguna con la anterior o si fue con motivo de su viaje al norte, o en otra ocasión, cuando oyó hablar al gallego Pedro de Velasco de una gran tierra situada muy lejos, al oeste de Irlanda. Pero también en sus expediciones al sur oyó hablar de islas y tierras situadas más hacia Occidente. Estaban la riquísima isla de las Siete Ciudades, la no menos maravillosa de San Brandán, la Antilia, el Berzil, hasta la isla de las Sirenas. Es más: muchos, en Madeira o en las Canarias, aseguraban ver tierras hacia el oeste. Se trataba muy probablemente de espejismos, frecuentes en las regiones del trópico. Estas islas aparecían cualquier día en lontananza, y luego se esfumaban de la vista inexplicablemente. El mismo Almirante, en su primer viaje, recoge la versión de que los vecinos de la isla de

Hierro «cada año veían tierra al oeste... y otros tantos de la Gomera afirmaban lo mismo con juramento». La leyenda de las islas fantasmas duró mucho tiempo, hasta el punto de que en 1721 el capitán general de Canarias organizó una expedición para encontrarlas. Y nada menos que el 10 de agosto de 1958 la prensa española dio la noticia de una isla que se divisaba claramente al oeste de La Gomera, y hasta el diario *ABC* publicó una fotografía de ella. Nadie duda hoy de que se trataba y se trata de espejismos, puro efecto óptico; pero en el siglo XV aquellas apariciones tenían que despertar una sugerencia muy superior a la que es hoy imaginable, y alimentar la credulidad de las gentes, que habían convertido las islas en una realidad tan palpable que hasta estaban dispuestas a apostar jurando por su existencia. No faltaba tampoco entonces una hipótesis racional, aunque absurda: aquellos objetos que aparecían y desaparecían en el horizonte eran realmente islas, pero *islas flotantes*, que variaban de ubicación, y solo de vez en cuando se hacían visibles en determinado lugar. La leyenda de las islas flotantes se mantuvo por mucho tiempo.

No menos sugestivas eran las noticias de objetos que aparecían en la mar, arrastrados por la corriente, y procedentes, al parecer, de tierras y civilizaciones desconocidas, ya que no se trataba de objetos usuales. La misma *Historia del Almirante* recoge la versión del piloto portugués Martín Vicente, que encontró a 450 leguas [probablemente se refiere a millas] al oeste del cabo San Vicente «un madero ingeniosamente labrado y no con hierro». Un palo labrado del mismo tipo fue encontrado en Madeira por Pedro Correa, cuñado de Colón. Es prácticamente imposible que objetos fabricados por indios americanos puedan llegar a una zona de vientos constantes de componente Este... a no ser que supongamos un largo

rodeo más arriba de las Azores. Más probable es que se trate de objetos africanos, aunque tampoco resulte fácil la explicación. Más bien pudo tratarse de toscos restos europeos, más o menos desfigurados por la mar. Pero como eran hallados más al Oeste de las islas conocidas, su carácter de «indicios» procedentes de la otra orilla del Océano resultaba sumamente sugestivo. Muchas personas vieron o tuvieron noticia de estos «indicios», y, sin embargo, solamente una quiso comprobar sus orígenes. Una vez más nos tropezamos con el interrogante de cómo es posible que, con tales motivos de sospecha, la idea del viaje de Colón no se le hubiera ocurrido antes —al menos que nosotros sepamos— a otro navegante cualquiera. Hay que tener en cuenta, por otra parte también, como advierte Fernández Armesto, que el proyecto de un descubrimiento «práctico», es decir, acompañado del derecho de ocupación y beneficio de islas muy ricas y probablemente habitadas, tenía que apoyarse en la concesión de un señor muy poderoso, y Colón tenía una facilidad muy grande para procurarse ayudas oficiales. Otros marinos más modestos o con menos capacidad de gestión no la tenían. Lo cierto es también que al futuro Almirante, siempre fino observador, no se le escapaban estas cosas, y tomó nota de ellas con más interés que muchos de sus contemporáneos. Quizá tenga razón Fernández de Enciso cuando en 1559 escribe que el descubridor no se inspiró tanto en Ptolomeo, Plinio, Estrabón o Marino de Tiro «como en la experiencia de nuestros tiempos, que es madre de todas las cosas». El salto que dio respecto de la mayoría de sus contemporáneos no fue la intuición de «islas» lejanas en el Atlántico, sino el deseo concreto de ir a ellas.

¿Un predescubridor?

La hipótesis de los «indicios» como clave del

Descubrimiento cobra un nuevo y sensacional cariz cuando se abre paso una de las más fascinantes teorías sobre la cuestión: Colón no habría sido el descubridor del Nuevo Mundo, sino que habría seguido las huellas de otro. Por extraño que parezca, la teoría es casi tan antigua como el propio Descubrimiento. Comenzó a circular por la isla Española a fines del siglo XV, en boca de personas que decían haber oído la versión del propio Colón o de un confidente suyo. La recogen los primeros historiadores de Indias, entre ellos Bartolomé de Las Casas, López de Gómara, Fernández de Oviedo, y hasta un cronista mestizo, el Inca Garcilaso de la Vega. El rumor era lo suficientemente sensacional como para que se difundiera por todas partes. Lo calla, naturalmente, la *Historia del Almirante*, que en nada quiere disminuir los méritos de la iniciativa del descubridor. La versión varía ligeramente de un autor a otro, pero en sus líneas generales es la misma. De acuerdo con esa versión, una carabela que (según Fernández de Oviedo) iba de España a Inglaterra, fue desviada por las tempestades hacia el oeste. Después de muchos días de avatares y peligros, los navegantes llegaron a una tierra lejana y exótica, llena de riquezas, entre las que se contaban metales preciosos. Al cabo, los descubridores decidieron regresar a su patria. La navegación fue tan penosa e interminable por culpa de los vientos contrarios, que pereció la mayor parte de la tripulación. Unos pocos supervivientes consiguieron llegar en lamentables condiciones a la isla de Porto Santo, en las Madeira, donde acabaron muriendo a pesar de las atenciones que les prestó el gobernador, suegro de Colón, o más probablemente, el futuro Almirante.

Este habría hablado con el piloto, «el cual —esto lo cuenta Las Casas— en reconocimiento de la amistad vieja o de aquellas buenas y caritativas obras, viendo que se quería

morir [que se iba a morir], descubrió a Colón todo lo que les había acontecido, y el paraje donde esta isla [la Española] dejaba o había hallado, todo lo cual traía por escrito». El Inca Garcilaso llega a dar su nombre: Alonso Sánchez de Huelva. Nada ha podido saberse, sin embargo, de este piloto. Los cronistas recogen la versión, porque resulta enormemente sugestiva, pero con la prudencia del historiador tienen buen cuidado a la hora de darla por cierta. «Que esto pasara así o no —advierte Fernández de Oviedo— ninguno de verdad lo puede afirmar, pero aquesta novela así anda por el mundo». Oviedo no habla de «novela» en sentido despectivo, sino de historia contada o leyenda. Una leyenda lo suficientemente atractiva como para haber interesado a multitud de curiosos de la historia. Más tarde, conforme las investigaciones fueron haciéndose más rigurosas, la «novela» ha ido perdiendo visos de verosimilitud. Vignaud y Morison han hecho ver la imposibilidad de que una «tempestad» pueda arrastrar un navío de la ruta España-Inglaterra hasta América. Todas las tempestades de larga duración se registran con vientos del oeste. Hubieran podido arrastrar navíos desde la zona de las Antillas, primero por obra de ciclones, luego de borrascas, hasta las costas europeas, nunca al contrario.

¿Que la historia es absolutamente falsa? No necesariamente. Lo único que puede explicarla sin un exceso de inverosimilitud es un cambio de escenario. El barco no se dirigiría a Inglaterra, sino que habría ido por la ruta de los portugueses hacia el Sur, tal vez introduciéndose mar adentro para evitar compañías desagradables (los portugueses prohibían a los españoles aquella ruta). Una vez en el «callejón de los alisios» donde los vientos pueden soplar muy fuertes, aun sin llegar nunca a un verdadero temporal, el barco pudo ser arrastrado contra su voluntad

hasta muy al Este: o bien buscaba explorar el Océano en busca de nuevas islas. Tal vez se trataba de un navío de «velas redondas», bueno para navegar en popa, pero con dificultades para ceñir. Y así habría llegado, pretendidamente o no, a una lejana isla llena de sorprendentes riquezas. Lo difícil pudo ser, como ya advierte Oviedo, el regreso, si el piloto no fue capaz de encontrar la «vuelta de poniente», más al norte, en la zona de los vientos variables. El mismo Colón, que supo dar con ella muy hábilmente al regreso de su primer viaje, estuvo a punto de quedar atrapado por los alisios a la vuelta del segundo. Que tal cosa ocurriera no es en absoluto inverosímil; lo es quizá más la tremenda casualidad de que los supervivientes fallecieran a poco de su regreso, y que Colón estuviese precisamente allí, y fuese de hecho el único testigo útil del caso.

La hipótesis, quizá precisamente por demasiado sugestiva, ha sido desechada por los historiadores modernos. Todo parece quedarse en una más de las fantásticas leyendas que rodean la figura y los proyectos de Colón. Sin embargo, la ha resucitado, hace no muchos años, uno de los mejores colombinistas del siglo XX, Juan Manzano. Su tesis no ha sido apenas aceptada por la crítica, pero tampoco existen motivos para rechazarla sin más. Manzano parte del hecho de que el barco del protodescubridor no habría sido arrastrado hacia el oeste en la ruta España-Inglaterra, sino, como ya hemos apuntado, en la de los portugueses, al sur de las Canarias. Los alisios habrían podido empujarlo sin remedio hasta una costa lejana y desconocida, que Manzano identifica con la isla de Haití-La Española: en este punto coincide con el testimonio de Las Casas. Y al regreso no habría podido con los alisios, fuertes y constantes, que habrían abocado a un viaje interminable en que se habrían agotado las provisiones

y toda la tripulación habría caído enferma. Sobre todo, la tesis de Manzano se apoya fundamentalmente en dos hechos del viaje colombino. El primero es el prurito del Almirante, realmente inexplicable —hoy lo hubiéramos calificado de disparate técnico— de navegar siempre por el paralelo 28º, y corregir cuidadosamente cualquier desviación para mantenerse tercamente en línea: como si el objetivo buscado se encontrase precisamente en esa latitud. Por eso se disgustó tan profundamente, cuando, ante un motín de la tripulación, Martín Alonso Pinzón impuso el rumbo suroeste. ¡Se estaba desviando de la única referencia que tenía! Finalmente (esto ya es historia bien conocida), arribó a las Bahamas, y luego, por indicación de los indios, más al suroeste todavía. Y cuál no sería su sorpresa al encontrarse en aquella latitud mucho más baja con los accidentes descritos por el predescubridor. El hecho necesita una explicación técnica, pero basta saber que en esta equivocación hubiera incurrido un piloto que se guiase exclusivamente por la brújula y no por la Polar. Veamos el precioso mapa de Juan de La Cosa (otro piloto que, como autor de mapas de rumbos, se guiaba por la brújula): ¡la costa norte de La Española coincide exactamente con la latitud de La Gomera! En errores de este tipo cayeron muchos navegantes hasta que se generalizaron métodos para el cálculo de latitud basados en la altura del sol o de la estrella Polar (en un libro anterior, fundamentándome en la reconstrucción de la ruta colombina, creo haber dejado en claro, que ante las dudas dramáticas que surgieron, el Almirante escogió una ruta intermedia entre la que señalaba la estrella y la que indicaba la aguja). Y, efectivamente, con la mayor sorpresa por su parte, Don Cristóbal encontró en la Española los accidentes que estaba buscando, y por si fuera poco, los indios le regalaron brazaletes de oro, y le dijeron

que en el interior de la isla había yacimientos muy grandes del codiciado metal. Justo un par de días más tarde, el 9 de enero de 1493, encontró una península alta, boscosa, rematada por un cono perfecto, que parece una isla hasta que se está encima de ella y se descubre que no lo es. Colón la describe con todo detalle y la bautiza como Monte Christi. E inmediatamente abandona su costeo, deja para otra ocasión la observación astronómica que tenía que efectuar el 17 de enero, y decide regresar sin más a España, porque «ya había encontrado lo que buscaba». La frase es significativa, aunque no constituye una prueba apodíctica.

La idea del predescubrimiento es tan sugestiva como discutible, y tan difícil de demostrar como de refutar sin dejar resquicio alguno a la duda. Es un tema en que se impone la prudencia. Lo único cierto es que, como comenta lucidamente Bartolomé de Las Casas, y cualquier observador atento puede advertir desde el primer momento, «Cristóbal Colón tenía tal certidumbre de descubrir tierras y gentes como si en ellas personalmente hubiera estado... Tan cierto iba de descubrir lo que descubrió y hallar lo que halló, como si dentro de una cámara con su propia llave lo tuviera».

Toscanelli

Probablemente más que las ideas originales de Colón y que los «indicios» que este pudo encontrar —salvo en la aventurada hipótesis de que hubiera hablado con el protonauta desconocido— debió influir en su proyecto la teoría de un físico florentino, Paolo del Pozzo Toscanelli, al que el descubridor no llegó a conocer y con el que probablemente no llegó nunca a escribirse, pese a lo que se afirma en la *Historia del Almirante*; pero del que por referencias le llegaron las ideas fundamentales que le condujeron al viaje descubridor. De modo que la supuesta

«idea de Colón» fue en realidad una idea de Toscanelli. Mucho antes de que el navegante genovés llegara a tener un conocimiento cabal de la geografía clásica, Toscanelli, que era un sabio renacentista, se había imbuido de ella, y las teorías de Aristóteles, de Ptolomeo, de Estrabón, de Posidonio, de Marino de Tiro, de Séneca, o de autores prerrenacentistas que abundaban en lo mismo, como Pedro de Ailly o Eneas Silvio Piccolomini, así como los relatos de Marco Polo (a ninguno de los cuales parece que Colón haya leído directamente, o sobre los que haya tenido un acabado conocimiento antes del gran viaje) le infundieron una idea disparatada, pero que habría de cambiar de una vez para siempre el curso de la historia.

Casi siempre se ha dicho que el conocimiento del mundo del hombre medieval descansaba en la ignorancia y la superstición, y solo con el Renacimiento fue posible hacerse cargo de las dimensiones del mundo y de la distribución sobre él de tierras y mares. En realidad, los hombres medievales no se habían formulado demasiadas preguntas sobre la cuestión, pero los clásicos que inspiraron a los renacentistas cayeron en gruesos errores que hubieran conducido a los navegantes ilusos a la catástrofe, de no existir una realidad que los sabios antiguos —y los modernos hasta el momento— no pudieron siquiera imaginar: América. Julio Rey Pastor afirma que lo que permitió a Colón descubrir el Nuevo Mundo fue la «razón independiente» del hombre renacentista. Nada más lejos de la realidad. Colón fue un hombre fantasioso que concedió más importancia a la intuición que a la razón, y que se basó, no en las leyendas medievales, sino en teorías clásicas o renacentistas totalmente erróneas. Ya hemos comentado cómo Aristóteles o Séneca estiman que llegar de las costas occidentales de Europa a las Indias —navegando hacia el Oeste, se entiende

— era cosa de «pocos días». Se equivocaban, naturalmente, pero la idea de buscar hacia el Oeste lo que está hacia el Este no es en sí disparatada, si tenemos en cuenta la esfericidad de la Tierra: todo depende de la distancia a que se encuentre el objetivo buscado, en una u otra dirección. La esfericidad de la tierra fue admitida también por los teóricos medievales, por lo menos desde el siglo XIII; pero la idea de la relativa cercanía de Europa a Asia por el Atlántico fue obra de los clásicos.

Se ha dicho que el error de Colón (en realidad el error de Toscanelli) consistió en confundir los estadios alejandrinos con los atenienses, dos medidas de longitud que tenían valores muy diversos. Eratóstenes, mediante un cálculo de asombrosa precisión, utilizando la longitud de la sombra en Alejandría y en Siena a la misma hora de un mismo día, llegó a la conclusión de que la circunferencia de la Tierra medía 248 000 estadios. Si admitimos para el estadio el valor de 165 metros que suele asignársele, la Tierra tendría 40 900 Km de circunferencia. ¡O Eratóstenes acertó por casualidad, o sus medidas tuvieron una precisión increíble! Por el contrario, Posidonio calculaba un valor de solo 180 000 estadios, por lo que la circunferencia de la Tierra tendría solo un 72 por 100 de su valor real. Algunos autores sostienen que este fue el valor admitido por Toscanelli: y de aquí su idea de que la travesía del Atlántico es relativamente breve. La aserción es más discutible que admisible, por cuanto ni Toscanelli ni ningún sabio de su tiempo tenían una idea cierta sobre la longitud del estadio, y, por su parte, el florentino no alude nunca a esta diferencia de valores. Parece que la confusión del buen humanista tiene otra fuente, más moderna y por cierto no menos asombrosa. Veamos. En el siglo X, el califa Al Mamún encargó al astrónomo Al Farghani (conocido por los renacentistas y

citado luego por el propio Colón como Alfragano) que calculase las dimensiones de la Tierra. Al Farghani solicitó a una serie de marinos que midiesen cuántas millas hay que navegar para que la altura de las estrellas, a su paso por el meridiano, varíe en un grado de diferencia. Los resultados que le facilitaron fueron, por supuesto, un tanto diversos, pero Al Farghani no se limitó a hallar la media aritmética, sino que buscó una media ponderada, concediendo mayor valor a los testimonios que él sabía más fiables. Así llegó a la conclusión de que un grado, medido sobre la esfera terrestre, tiene una longitud de 56 2/3 millas (digamos 56,66). Multiplicó ese valor por 360 y halló que el perímetro del planeta es de 56, 66 x 360 = 30 398 millas. De acuerdo con la longitud que se atribuye a la milla árabe de entonces, más de 1900 metros, la circunferencia de la Tierra sería de 40 255 kilómetros. ¡Un valor todavía más asombroso que el de Eratóstenes!

El error radica, de acuerdo con las teorías más acreditadas, en que Toscanelli leyó «millas», y no leyó mal: pero entendió, pues que otras no conocía, *millas cristianas*, llamadas también latinas, cuya longitud se estima en 1477,3 metros. Resulta así que las medidas de Alfragano, traducidas «al cristiano» equivalen solo a 30 137 kilómetros. La Tierra para Toscanelli tendría un perímetro de únicamente el 74 por 100 de su valor real. Si se quiere, no se trata de un error de cálculo, sino de una ignorancia, al tomar como iguales dos tipos de millas distintos. Para los efectos, es lo mismo. Ahora bien, el gran (y presunto) descubrimiento de Toscanelli todavía no tiene consecuencias decisivas sobre la distancia real de Europa a Asia si no conocemos la distribución de tierras y mares sobre el globo terráqueo. Este punto lo estudió también lo mejor que pudo el físico florentino, aunque preciso es decir que siempre barrió en

favor de la solución más favorable a sus teorías. Está claro que la Tierra es esférica. En otro lugar comentábamos que, suponiendo que los mapamundis que entonces se trazaban incluían la totalidad de las tierras y mares conocidos, la distancia de Portugal a la China o, más aún a Japón, navegando por el Atlántico (no se conocía el Pacífico) tenía que ser muy reducida. En eso, tenían toda la razón Aristóteles, Séneca y Averroes. Calculando el margen de los mapas, solo unos cientos de millas. ¿Era cierta tan maravillosa realidad? Toscanelli, un hombre quimerista (aunque probablemente no tanto como Colón) estaba muy lejos de imaginarlo. De todas formas, cabía formular la siguiente pregunta: si de Portugal puede llegarse a la India navegando hacia el este o hacia el oeste: ¿cuál es la distancia más corta? Todo depende de la proporción de tierras y mares, y eso no lo sabía nadie. Pero Toscanelli, como buen humanista, se apoyó en la opinión de los clásicos. Ptolomeo intuyó, con cierta dosis de sentido común y una quizá no menor de ingenuidad, que, para asegurar la estabilidad del mundo, tierras y mares estaban repartidos equitativamente: las tierras ocuparían unos 180º de longitud geográfica, y los mares otro tanto. Marino de Tiro, que sabía algo más de las inmensidades de Asia, dio una solución más optimista: las tierras debían medir, de este a oeste, unos 225º; por tanto, los mares solo deben ocupar unos 135. Ahora bien, sigue pensando el optimista Toscanelli, Marino de Tiro no conocía los viajes de Marco Polo. Y de los bastante fabulosos relatos de este puede deducirse que las costas de China se encuentran 28º más al este de lo que se creía. O sea que las tierras se extienden unos 253 grados, y a los mares solo les quedan 107. ¡Pero todavía hay más! Marco Polo habla de la isla de Cipango, Japón, que se encuentra a unas 1700 millas del puerto de Quinsay, en China. Polo habla de distancia,

Toscanelli interpreta que esa distancia es en sentido este-oeste (en realidad, es casi norte-sur). Esas 1700 millas suponen 28 grados más. Por tanto, de Portugal a Cipango solo quedan 79 grados de mar, unas 4362 millas. Pero esto sería en el ecuador. Toscanelli, que sabía algo de geometría esférica, no desconocía que en las latitudes medias la distancia entre meridianos es más corta. Por eso trazó en su mapa unos meridianos oblicuos. Y dedujo que, a la altura de Lisboa, 79º no deben pasar de 3500 millas. ¡Una distancia que puede recorrer sin peligro un barco bien pertrechado! En realidad, los portugueses habían navegado a los largo de la costa africana distancias mucho mayores. ¿Por qué seguir aquel camino interminable, con la dificultad añadida del costeo de África hasta latitudes australes, si realmente las costas de Extremo Oriente se encontraban mucho más cerca por el otro lado?

El error de Toscanelli es doble. Por un lado confunde millas árabes con millas cristianas; por otro recoge testimonios inciertos, y entre ellos elige siempre los más favorables a su tesis. Japón no está a 3500 millas al oeste de Lisboa, sino a unas 15 000, ¡América por medio! Naturalmente, eso Toscanelli no lo sabía, como tampoco podía imaginar que las Antillas se encuentran de las costas occidentales de la Península Ibérica más o menos a la misma distancia a que él colocaba a Japón. Maravillosa casualidad. Es lo que Rey Pastor considera «el más fecundo error de la historia»: error que atribuye a Colón, pero que fue en realidad error de Toscanelli. Entusiasmado este por su idea, escribió una carta (al parecer a través de un canónigo portugués, Ferrâo Martins, a quien conoció en Italia) dirigida al rey de Portugal, Alfonso V. Sabía que los portugueses estaban buscando el camino de la India dando una larguísima vuelta a Asia, y quiso darles una solución

incomparablemente más sencilla, que serviría para hacerle famoso y obtener sin duda un eterno agradecimiento. A la carta acompañaba un mapa, en que por primera vez el centro no estaba ocupado por las tierras, sino por los mares: Portugal aparecía a la derecha, en el extremo del ecúmene occidental, y China y Japón a la izquierda, Atlántico por medio. Era otra forma de representar el mundo, pero tan correcta como la tradicional. Y los meridianos aparecían oblicuos —en un tosco pergeño de lo que hoy es la proyección cónica— para demostrar que las distancias son menores en las latitudes medias que en el ecuador. Y en ese mapa se podía apreciar que de Lisboa a Cipango había un espacio mucho menor por mar que por tierra.

Por desgracia, no se conservan los documentos originales. De la carta existen copias en castellano y en latín, no sabemos si fidedignas. El mapa, por desgracia, se ha perdido. De acuerdo con una de las versiones de la misiva, que se puede encontrar en la *Historia del Almirante*, el sabio florentino le cuenta al monarca lusitano: «En el mapa está pintado todo el fin de Poniente, tomando desde Irlanda al Austro, hasta el fin de Guinea, con todas las islas que en este camino son, enfrente de las cuales, derecho por Poniente, está el camino de las Indias, con las islas y lugares a donde podéis llegar, a todos aquellos lugares fertilísimos y de toda manera de especierías y de joyas y de piedras preciosas; y no tengáis a maravilla si yo llamo Poniente a donde está a especiería, porque en lo común se dice que esta está en Levante; mas quien navegare al poniente hallará siempre dichas partidas en poniente, y quien fuere por tierra a levante siempre hallará las dichas partidas en levante…». Es lógico, puesto que todo el mundo admite que la tierra es redonda. El supuesto hallazgo de Toscanelli consiste en que el camino de Europa a Asia es más corto por poniente que

por levante.

Hechas las cuentas, es relativamente fácil llegar por mar de Lisboa a Quinsay, uno de los puertos más prósperos de China, descrito con admiración por Marco Polo; y más fácil todavía es llegar a Cipango-Japón, que Toscanelli imagina más o menos en la misma latitud. Para hacer más sugestiva la idea, se hace eco de las ponderaciones de Marco Polo. Cipango es tan rico, que las tejas de los palacios son de oro. En cuanto a Catay o la China, «esta patria es populatísima, y en ella hay muchas provincias y muchos reinos, y ciudades sin cuento, debajo del señorío de un príncipe que llaman Gran Can, que quiere decir en nuestro romance rey de reyes…». Si esta versión de la misiva es auténtica, Colón debió aprendérsela de memoria, porque repite textualmente la frase en el preámbulo de su *Diario*. Es más, todo el texto, traducido o parafraseado, se nos antoja de Colón. Menos creíble resulta que Toscanelli, interrogado por el futuro descubridor de América, le haya escrito personalmente, repitiendo muy parecidos términos, y adjuntando otro mapa. El hecho, y esto es lo que nos interesa realmente, es que el futuro descubridor de América tuvo acceso al escrito de Toscanelli y al mapa dibujado por este. Cómo alcanzó a conocer aquellos documentos, que llegaron a manos de muy pocos, sigue siendo uno de los infinitos secretos colombinos; pero que tuvo noticia de ellos es indiscutible, puesto que los menciona expresamente. No hay que olvidar que Colón es un hombre que sabe moverse con mucha soltura en medios influyentes, y relacionarse con personas mucho mejor situadas que él. Sabemos por Las Casas que el mapa que llevó consigo al Nuevo Mundo era el de «Paulo Físico», es decir de Toscanelli, y sabemos también que en él aparecía dibujada la isla de Cipango. Efectivamente, el Almirante mantuvo en secreto aquel famoso mapa, y no quiso

enseñárselo a nadie; sin embargo, el 6 de octubre de 1492, angustiado don Cristóbal porque no encontraba las tierras que había venido a descubrir y las tripulaciones daban muestras de impaciencia y hasta de rebeldía, se resignó a llamar a su mejor colaborador, Martín Alonso Pinzón, y darle cuenta de sus congojas, con el mapa delante. La discusión versó, por lo que en su momento veremos, sobre la posición exacta de Cipango. ¿Qué mapa secreto era el que Colón llevaba consigo? Las Casas, que por sus relaciones con la familia del Almirante no estaba mal informado, asegura, efectivamente, que era el de «Paulo Físico, florentino, la cual yo tengo en mi poder: en ella le puso muchas islas y tierra firme, que eran el principio de la India, y por allí los reinos del Gran Can». No podía tratarse, lógicamente, del mapa original. Hoy se piensa que consistía más bien en una copia pirateada por Colón o por algún amigo suyo: o incluso de una versión inspirada solo en la memoria visual. Vignaud cree que era una versión «*sui generis*» obra del propio Almirante, y Cioranescu que fue una falsificación del original hecha por los portugueses.

En cuanto a la misiva y al mapa de Toscanelli, no parece que haya producido en la corte de Lisboa el resultado que su autor esperaba. El humanista florentino —culto, pero no un sabio de primera fila— conocía bien a los clásicos, pero los navegantes portugueses, aunque poseían quizás menos conocimientos teóricos, eran dueños de una visión mucho más acertada de la realidad del mundo. En este sentido, los humanistas, conocedores de los clásicos, por más que a muchos autores de hoy cueste trabajo reconocerlo, más retrocedieron que avanzaron en la ciencia de la cosmografía al estar más pendientes de las autoridades antiguas que de las realidades encontradas o medidas por los navegantes modernos. Alfonso V reunió a sus cosmógrafos, que ya

formaban una elite científica en Portugal, y los expertos se pronunciaron en contra de la propuesta del físico florentino. El mundo era mucho mayor de lo que pretendía, el camino más largo, la travesía exigiría muchos meses de navegación, tal vez ocho, lo suficiente para que se agotasen el agua y las provisiones de las carabelas, si antes las tempestades o la corrosión no las hacían zozobrar. Sobre todo, faltarían puntos de apoyo. Era más seguro y hasta más corto el camino de Oriente.

Colón, en cambio, sintió una verdadera revelación cuando conoció la carta de Toscanelli y pudo cotejar científicamente sus primeros atisbos. Es literalmente imposible conocer cuándo el futuro descubridor de América comenzó a concebir la idea de buscar nuevas tierras navegando hacia Occidente. Tal vez desde aquel primerizo viaje a Irlanda en 1477, aunque el proyecto, en un principio, fuera poco más que un sueño o una sugerente ilusión. Los argumentos de Toscanelli vinieron a cambiarlo todo de la forma más prodigiosa: no solo valía la pena adentrarse en el Atlántico en busca de las islas maravillosas de que hablaba la leyenda, sino que al final de todo, y a una distancia no excesiva, se encontraban las tierras riquísimas del Emperador del Sol Naciente y del Rey de Reyes, es decir, las costas de Extremo Oriente. Si Colón pudo pensar un día en explorar a partir de Irlanda, ahora la perspectiva era mucho más fácil: Lisboa o el sur de España eran el lugar ideal. Y de nuevo: ¿cómo la idea no se le había ocurrido antes a otro? La revelación fue definitiva, y don Cristóbal, a partir de aquel momento, no parece haber tenido más que una obsesión, una obsesión que le acompañaría toda la vida. Probablemente, sin Toscanelli, Colón no hubiera pasado de ser un avezado navegante al servicio de Portugal.

El supuesto mapa de Colón

Es una pena: no conservamos el mapa de Toscanelli, ni siquiera la copia más o menos fidedigna que el descubridor de América llevó consigo en su primer viaje. Esta copia la vio, al parecer por dos veces, Martín Alonso Pinzón, y más tarde Bartolomé de las Casas, que la identifica con la de «Paulo Físico» y dice tener en su poder, tal vez prestada por Bartolomé o por Diego: «esta carta [náutica] es la que envió Paulo Físico florentino, la cual yo tengo en mi poder...». Las Casas, en virtud de alguna circunstancia, misteriosa como casi todas las que se refieren a Colón, y en virtud de un motivo que no conocemos, poseyó una copia de los diarios de navegación del descubridor (gracias a él los conocemos), aparte de otra serie de documentos colombinos que el erudito fraile tuvo a su disposición, y ha transmitido a la historia. Pero nos faltan los documentos originales.

Por lo que al mapa se refiere, es opinión bastante común que se basa en él el famoso globo de Martín Behaim, el primer mapamundi esférico que conservamos. Behaim, célebre cosmógrafo, residió en Portugal en los años anteriores al descubrimiento de América, y hasta formó parte de la *Xunta dos Mathemáticos*; posiblemente tuvo allí relaciones con Colón, y conoció, directamente o por copias, el mapa de Toscanelli. Hacia 1491, regresó a Alemania, y justamente en 1492 elaboró en Núremberg su magnífica esfera del mundo, de medio metro de diámetro. En ella no aparece América en cuanto tal, intuición que ya encontramos en el mapa plano de Juan de La Cosa, dibujado en 1500. Pero precisamente porque cae en el mismo error que Toscanelli y Colón, el globo de Martín Behaim es un inestimable testimonio de las creencia de aquellos. Más o menos donde se encuentran las Antillas está la alargada figura de la isla de Cipango, y más allá, donde hoy sabemos que se encuentra el continente americano, el extenso reino

de Catay, con esta región (capital Cambaluc, hoy Pekín) al Norte, y bastante más al Sur los puertos de Quinsay (Hang-Tscheu) y Caitón (Colón escribirá Çaiton con cedilla, o sea Zaitón) en la zona sur. La coincidencia es tan llamativa, que no ha podido menos de pensarse que Behaim se inspiró directa o indirectamente en el mapa de Toscanelli. Se sabe que Behaim, en 1493, entusiasmado por la noticias de los descubrimientos, regresó a la Península y trató de ponerse en contacto con Colón, pero parece que no pudo hacerlo por haberse lanzado este ya a la aventura de su segundo viaje. La importancia del globo de Behaim no estriba, pues, en la representación, ni por asomo, del Nuevo Mundo, sino por basarse en una concepción muy similar, o tal vez casi idéntica, a la de Toscanelli-Colón, antes del viaje de este último.

Por desgracia, no conservamos ningún mapa dibujado por Cristóbal Colón, pese a que parece haber sido un maestro en el arte de la cartografía: a lo sumo, un pequeño esquema, dibujado en papel, y sin terminar, que refleja la mayor parte de la isla Española: un dibujo francamente fiel a la realidad geográfica, pero cuya autenticidad (como tantas cosas atribuidas al descubridor) hoy se pone en duda. Eso sí, existe en la Biblioteca Nacional de París un bello mapa portulano que a fines del siglo XIX el almirante La Roncière, experto en cartografía, atribuyó a Colón, aunque luego Cortesão y otros lo creyeron de origen portugués. Los italianos lo reclaman para Génova, aunque dudan de la autoría colombina. Más recientemente, una descendiente de La Roncière defiende de nuevo la tesis de su abuelo. Lo cierto es que el mapa utiliza términos castellanos hasta para los nombres portugueses: ahí está el Río de las Gallinas, y hasta el cabo Carvoeiro se transforma en Cabo Carbonero; parece que hay motivos suficientes para negar la tesis portuguesa, a no ser que el

navegante portugués haya trazado el mapa para un lector español. Recientemente, he tenido ocasión de estudiar este mapa con detalle, en un estudio técnico que no cabe aquí, pero al que tal vez conviene aludir de pasada en este punto. Evidentemente, no se trata del mapa que Colon llevó en su viaje, pues en él no parecen Cipango ni Catay ni isla maravillosa alguna en el Atlántico, como no sea la sugestiva isla de las Sirenas, al suroeste del Congo.

Está trazado y dibujado sobre una finísima vitela de 110 por 68 cm, y no cabe la menor duda de que es obra de un magnífico cartógrafo y también de un magnífico dibujante. Por ejemplo, las palmeras pintadas sobre el cabo Palmas son de una finura excepcional. Todo el Mediterráneo está muy bien representado. De los dibujos de las ciudades, el más completo es el de Génova, que, oh sorpresa, aparece con su puerto completo, sus cuatro desembarcaderos y su dársena hasta el faro tal como lo han descubierto las excavaciones de 1991. En la Península Ibérica, Granada aparece dibujada con una bandera de soberanía castellana que parece ocultar representaciones anteriores, un hecho que nos obliga a datar la obra no antes de enero de 1492 (tampoco parece que pueda fecharse mucho después, por la falta de toda referencia a las tierras descubiertas). La costa atlántica se hace más imprecisa conforme nos remontamos al Norte, Inglaterra aparece mellada y con pocos puertos, en tanto que Irlanda está representada muy correctamente, y el puerto más destacado es Galuei, tal como lo escribía Colón. No menos completa es la nómina de puertos y fondeaderos de la costa atlántica africana hasta la desembocadura del Zaire. Abundan como en muy pocos mapas largas leyendas explicativas, como si el autor pretendiera un fin didáctico. En los largos textos es posible hallar faltas de ortografía, solecismos, palabras equivocadas o afirmaciones típicamente

«colombinas», incluyendo la pérdida de tiempo que significa pretender llegar a Asia navegando hacia Levante. Algunas de estas frases son absolutamente literales. Hasta treinta y dos errores gramaticales o científicos aparecen tal cual como se encuentran en las apostillas colombinas.

Pero el detalle más llamativo es que el mapa, que debería representar buena parte del Atlántico, aparece cuidadosamente raspado en su tercio izquierdo (occidental), donde luego se hizo una representación de un mapamundi medieval, tan delicioso como ingenuo, rodeado de las siete esferas celestes de acuerdo con la concepción ptolemaica: todo absolutamente inofensivo. Hay tres hechos demostrativos que indican que la parte izquierda del mapa fue borrada: a) el trazado de las líneas loxodrómicas exige un tercer orden en el vértice de confluencias, que tuvo que ser trazado, pero luego ocultado; b) las cuatro rosas de los vientos aparecen colocadas asimétricamente, y requieren un trazado hacia la izquierda que no existe; y c) todavía más escandaloso es el hecho de que las escalas de distancia aparecen no ya asimétricas, sino absurdamente cortadas por la izquierda, como si el autor hubiera pretendido inicialmente prolongar el mapa por el Oeste y luego borrado parte de su obra, mediante un cuidadoso raspado.

Naturalmente, que nada nos indica sin lugar a dudas que este autor sea Cristóbal Colón, aunque el «retrato robot» que hemos conseguido trazar de él coincida con una serie de rasgos propios del carácter del Almirante. ¿Qué es lo que en principio aparecía representado en la parte izquierda del mapa? No lo sabemos, ni es posible averiguarlo, porque la piel justamente en esa parte está raspada hasta aparecer casi transparente. Si lográsemos descubrir su contenido primitivo —o la copia de lo que en él se iba a dibujar—, quizá pudiésemos conocer mejor uno de los enigmas más

fascinantes del proyecto de Colón. Es evidentísimo que no se trata en absoluto de una copia del mapa de Toscanelli. Su concepción es intencionadamente distinta. Está trazado y dibujado de una manera artística, exigió un exquisito trabajo, como tantos otros portulanos dedicados a personajes importantes del Renacimiento. Nada nos impide suponer que fue el mapa regalado a los Reyes Católicos a raíz de las Capitulaciones de Santa Fe (¡de ninguna manera es el prometido en el prólogo al relato del primer viaje, en el cual se representarían las tierras descubiertas!). Probablemente, la incógnita permanecerá para siempre sin una respuesta final.

Las gestiones en Portugal

La más o menos lejana idea de Colón debió transformarse en algo definitivo cuando conoció la tesis de Toscanelli. No sabemos cuándo fue, ni cuándo comenzó a realizar gestiones para poner en práctica su proyecto. Residente en Portugal desde 1476, y desde muy pronto bien relacionado, parece que sus primeros intentos de gestión en la corte datan, según Arranz y Ezquerra, de 1482, justamente la fecha del fallecimiento de Toscanelli. Probablemente, quiso sustituir con su influencia y con su especialísimo don de convicción la anterior instancia del sabio florentino, que sin duda alguna sabía ya fracasada. Tal vez presentó ideas nuevas o pruebas nuevas: no lo sabemos. Los portugueses no tomaron a broma la propuesta colombina, como a veces ha pretendido la historiografía española. Si lo que nuestro navegante ofreció a Juan II y sus colaboradores fue simplemente la propuesta de Toscanelli sin otro añadido que el ofrecimiento para llevarla a cabo, es lógico que se la considerase casi inviable, pero ello no era motivo para rechazar la petición —poco se perdía con probar— si no hubiese venido acompañada de fuertes exigencias del

pretendiente a descubridor, más o menos parecidas a las que luego presentaría en la corte española. Colón es un personaje de ideas fijas. Siempre dice lo mismo, pide lo mismo. Por eso no sería de extrañar que haya pretendido del rey de Portugal idénticas ventajas económicas y de poder sobre las tierras descubiertas que luego habría de exigir a los Reyes Católicos. Las pretensiones excesivas pudieron influir, cómo no, en la negativa final. Una cosa era permitir que un navegante iluminado presentara un proyecto imposible, y otra que la realización de ese proyecto significase no solo un fuerte desembolso, sino unas concesiones difícilmente aceptables. Con todo, sabemos que don Cristóbal fue admitido en la *Xunta dos Mathemáticos*, el principal cuerpo técnico consultivo del rey de Portugal en lo referente a las exploraciones geográficas, y con los entendidos discutió largamente. Parece que tomaron parte en la discusión el obispo de Ceuta, Diego Ortiz, hombre culto y entusiasta de la política descubridora, el médico y físico Maese Rodrigo, experto en mapas y en geometría, y el gran astrónomo y cosmógrafo Josef Vizinho, con el cual es probable que el futuro Almirante ya hubiera colaborado, por lo menos, que sepamos, en la medida de la latitud de la isla de los Ídolos. El principal tema de la discusión fue, naturalmente, si era más fácil llegar a la India navegando hacia oriente o hacia occidente. Los portugueses habían alcanzado ya el golfo de Guinea, y tenían grandes esperanzas de progresar en aquella dirección, aunque no sabían dónde terminaba África… si es que realmente terminaba. Así que consideraron con seriedad la alternativa. Al fin llegaron a la conclusión de que la distancia a Extremo Oriente por el Atlántico (pues que no se sospechaba siquiera la existencia del Pacífico) era incomparablemente más larga, casi mortal de necesidad, y tal vez falta de apoyos intermedios, como los que permitía,

al fin y al cabo, el costeo de África. También se apuntan como causa del informe desfavorable las misteriosas reservas de Colón sobre su «secreto», que nunca quiso revelar abiertamente, aunque aseguraba poseerlo. El navegante genovés siempre fue desconfiado, temía que si revelaba a las claras sus ideas otros pudieran adelantarse, y jugó con habilidad un lenguaje de medias palabras en que dejaba entender mucho y concretaba muy poco. Tal vez tenía motivos para proponer lo que estaba proponiendo, pero ese lenguaje sibilino, a pesar de su suprema habilidad en el menester, debió favorecerle muy poco, lo mismo en Portugal que luego en España. Tampoco es de extrañar que los portugueses recelaran hacer tantas concesiones a un extranjero. Colón parecía un hombre extraño, y sin duda lo era, iluminado, convencido con una fe casi sobrenatural en su idea, pero excesivamente receloso a la hora de explicitarla. Poseía extraordinarias dotes de persuasión, pero también podía ser un embaucador. Otra razón, por último, y a ella alude Demetrio Ramos, es que el descubridor proponía partir, como luego de hecho hizo, «del paralelo de Canaria». Ello hubiera significado una interferencia en aguas que Castilla juzgaba de su jurisdicción. ¡Lo que faltaba, después de la desastrosa guerra de 1474-1479! Lo cierto es que, después de largas discusiones, la propuesta fue rechazada.

Parece que no por eso desecharon del todo los portugueses semejante idea. ¿Y si al fin y al cabo resultaba, si no más corta, más rentable una navegación hacia el oeste? ¿Y si las teorías estaban más cerca de la realidad de lo que lógicamente se pensaba? ¿Cuál era el secreto de la absoluta seguridad de aquel hombre? La *Historia del Almirante* relata que el monarca lusitano, después de dar con la puerta en las narices al descubridor, envió una carabela hacia el oeste, para comprobar si había algo de verdad en su teoría.

Naturalmente, Hernando Colón, o quien le haya ayudado en la redacción del libro, considera aquel gesto como una traición: y en gran parte, si el hecho es verdad, no dejaba de serlo. A la postre, podía resultar que los recelos del navegante no eran descabellados. No sabemos si de hecho llegó a realizarse la prueba, aunque algunos especialistas relacionan con ella los extraños y nunca bien explicados viajes de Ferrâo Domingues do Arco en 1484 y de Dulmo y Estreito en 1486. Fueron por las Azores, las tierras más occidentales conocidas hasta entonces, pero en latitudes en que muy pronto se imponían los vientos dominantes del oeste, con frecuencia muy fuertes y, frente a las tempestades y las corrientes de la zona, nada encontraron. Para P. E. Taviani, desde allí «era, más que difícil, imposible alcanzar la tierra intuida allende el Atlántico». Las Casas, siempre favorable a Colón, explica que la carabela exploradora «volvió con las velas rotas y los mástiles quebrados, los hombres afligidos y fatigados». No hubo más intentos. Colón había sido desautorizado, pero el fracaso portugués, que hizo perder a los lusitanos una ocasión histórica, parecía abonar más que nunca aquella desautorización.

Colón en España

No es extraño en absoluto que el aspirante a descubridor, que ya no vivía más que para su proyecto, una vez desechado este en Portugal, viniera con la misma idea a España. Como habría de escribir más tarde a los Reyes Católicos, «me abrió nuestro Señor el entendimiento con mano palpable que era hacedero navegar de aquí a la India, y me abrió la voluntad para la ejecución de ello. Y con este fuego vine a Vuestras Altezas». Un fuego de iluminado, como si hubiera sido producto de una revelación sobrenatural. Es posible que un hombre como Colón se

sintiera predestinado a aquella misión providencial. Eso sí, la revelación que mostró en Castilla era exactamente la misma que había manifestado en el reino vecino, aunque tuvo la precaución de callárselo. Y no es de extrañar que optase por el cambio, porque España, después de Portugal era el país mejor preparado para asumir una gran empresa descubridora. Fernando e Isabel, enérgicos, capaces, llenos de proyectos, estaban transformando a Castilla —más que a Aragón— en un perfecto modelo de Estado moderno, y se encontraban dispuestos a apoyar cualquier empresa de vastas proporciones que ofreciera posibilidades de proyección exterior y engrandecimiento. Castilla estaba más poblada que Portugal, y por eso, entre otras razones, se impondría una misión no solo descubridora, sino conquistadora y colonizadora. Se transformaría muy pronto en una de las grandes potencias de Europa. Y no tenía inconveniente en disputar a cualquiera el dominio de los mares. Los marinos del litoral Norte eran tal vez los que habían llegado más lejos, en faenas de pesca, y sobre todo en el comercio de la finísima lana merina de la Meseta, que desde los puertos cantábricos transportaban a Francia, Países Bajos y la Hansa germánica, hasta llegar al Báltico. Los del Sur, en cambio, hacían la competencia a los portugueses en las exploraciones y aventuras africanas. Habían llegado a las Canarias, y nadie podía disputarles la posesión de aquellas islas. Es cierto que en el tratado de Alcaçovas se había compensado a Portugal con el camino libre hacia la vuelta de África; pero de hecho, los navegantes onubenses o gaditanos seguían las mismas rutas, unas veces en colaboración, otras en abierta hostilidad con sus vecinos. Habían aprendido a fabricar carabelas tan ágiles por lo menos como las portuguesas. Y si habían renunciado al camino del Sur, más allá de las Canarias, nada estaba

estipulado sobre el camino del Oeste.

Era una realidad que conocía muy bien Colón, al punto de que su decisión de cambiar de patrocinador no podía menos de constituir un acierto. J. Cortesão pretende que por un tiempo, el descubridor jugó con dos barajas, ofreciéndose a los Reyes Católicos y alternativamente a Juan II, valiéndose tal vez con habilidad de la amenaza de que los españoles aceptaran antes la oferta. Es un extremo que no ha sido demostrado, pero que puede responder a la verdad, puesto que el descubridor realizó por lo menos un viaje a Lisboa, en medio de sus gestiones con los monarcas españoles; pero finalmente insistió con su especialísima tenacidad cerca de estos, porque estaba convencido de que si alguien podía ayudarle, eran Fernando e Isabel. No fue fácil, con todo, el acuerdo. Por de pronto, era preciso averiguar la viabilidad del proyecto, porque los Reyes no estaban decididos a conceder a un visionario una ayuda considerable a cambio de nada. Quizá no tiene toda la razón la *Historia del Almirante* cuando pretende que «en aquellos tiempos no había allí [en España] tantos cosmógrafos como hay ahora…; los que se juntaron no entendían lo que decía, ni el Almirante les quiso aclarar tanto que le sucediese lo mismo que en Portugal, y le quitasen la bienandanza». Por de pronto, el futuro descubridor, como reconoce su hijo, se mostró tan cauteloso y tan lleno de misterio —y por eso mismo tan poco digno de crédito— como en el reino vecino. También es cierto que en España no existía una escuela de cosmógrafos, como en Lisboa, ni había habido un Enrique el Navegante. Pero los españoles eran diestros en el arte de la navegación, sabían construir carabelas tan buenas como las portuguesas, trazaban cartas náuticas o portulanos antes de que lo hicieran los portugueses, y contaban con marinos excelentes. Tampoco eran lerdos en cuestiones generales de

cosmografía. Ni que la *Historia del Almirante* incurriese en el mismo tópico en que con evidente agravio comparativo suele caer la historiografía extranjera. No deja de resultar curioso que los argumentos de los «mathemáticos» lusos no hayan merecido una palabra de censura, y los de los expertos españoles, que llegaron exactamente a la misma conclusión, y por los mismos motivos, hayan sido tildados sistemáticamente de «ignorantes». Quizá haya sido causa de esta infravaloración la versión, inventada por alguien, de que el plan colombino fue sometido a una comisión de «teólogos» de la Universidad de Salamanca. No es exacto. Ante todo sería preciso recordar que la carrera de Teología, la más difícil y completa del elenco universitario, incluía muchas disciplinas no teológicas o filosóficas, entre las cuales se encontraban la astronomía y la cosmología. Pero aunque las conversaciones se desarrollaron en Córdoba y más tarde en Salamanca, no existe prueba documental de que en ellas hayan participado profesores de aquella Universidad. Por otra parte, de la preparación de los «técnicos» españoles no parece que pueda dudarse, puesto que coincidieron en sus criterios con los de los portugueses. Otra prueba de esa preparación es posible encontrarla «*a posteriori*», desde el momento en que fueron los sabios españoles los que «descubrieron» América antes que Américo Vespucio, y contestaron a Colón ya desde el regreso de su segundo viaje, quizá desde el primero. La comisión nombrada por los Reyes Católicos estaba presidida por un humanista de talento y consejero de la Corona, Hernando de Talavera, y en ella formaban cosmógrafos humanistas (no «teólogos») como Rodrigo Maldonado, miembro del Consejo de los Reyes. Por desgracia, no se conservan documentos de la comisión española, como tampoco se conservan de la portuguesa.

Hernando Colón, no sabemos si bien o mal informado, alude a dos opiniones —ambas contrarias al proyecto de su padre— en el seno de la comisión: «algunos decían que si al cabo de tantos millares de años que Dios creó al mundo, no habían tenido conocimiento de tales tierras tantos y tantos sabios y prácticos en las cosas del mar, no era verosímil que el Almirante supiese más que todos los pasados y presentes». Un argumento si se quiere mostrenco, pero no falto de sentido común, y no precisamente anticientífico, sobre todo en un momento histórico en que el argumento de autoridad resultaba una prueba irrefutable: si a tantos sabios, incluidos los actuales, no se les ha ocurrido la idea (en España no había trascendido en absoluto la teoría de Toscanelli: tampoco hay noticias de que hubiera trascendido en Italia), este curioso y reservado genovés no es quién para hacerla buena. Observemos de paso que este razonamiento se refiere al hallazgo de nuevas tierras, no de llegar a Asia por Occidente. El lenguaje de Colón, siempre sibilino, no pareció dejar en claro cuál era exactamente su objeto. Más tarde debió insinuar ya la idea de alcanzar las Indias, por cuanto el segundo argumento que nos transmite Hernando se basa en el cálculo del tamaño de la Tierra: «otros, que se inclinaban más por el razonamiento de la Cosmographia, decían que el mundo es de tan inmensa grandeza, que no era creíble que bastasen tres años de navegación para llegar a Oriente…». Esta última era, no cabe duda, la opinión de los «científicos» y no difiere en sustancia de la de los portugueses. La alusión a los tres años para alcanzar las costas asiáticas navegando hacia Occidente es producto de una exageración, ya de los cosmógrafos, ya de Hernando, que intenta desacreditarlos; pero no es tan disparatada como parece si tenemos en cuenta las dificultades de la navegación. Los portugueses tardaban un año o más en

llegar a la punta sur de África y regresar a Lisboa. Tres estuvo ausente Vasco da Gama cuando al fin alcanzó la India por el este. Y casi treinta años más tarde, otros tres tardó Juan Sebastián Elcano en coronar su periplo, que por cierto fue posible gracias al punto de apoyo que Colón no esperaba encontrar: América. El hecho es que, después de largas deliberaciones, la comisión hizo lo que tantas comisiones españolas: aplazar la resolución del asunto.

Colón no fue despreciado en absoluto. Vivió con la pensión que le otorgaron los reyes y también se sabe que vendió mapas a los nobles gaditanos. Su capacidad de gestión le puso en contacto con grandes señores andaluces, como el duque de Medinasidonia, muy relacionado con los asuntos de la mar, y con el duque de Medinaceli, que por un momento se sintió movido a patrocinar la empresa, aunque finalmente prefirió dejar la iniciativa en manos de los reyes. En Córdoba encontró Cristóbal a Beatriz de Arana, con la que tuvo relaciones, aunque nunca llegó a reconocerla como esposa, y de ella tuvo su segundo hijo, Hernando. Colón no parecía tener prisa, pero, por supuesto, no cejaba en sus pretensiones. Por su parte, los Reyes Católicos también preferían esperar. El motivo está perfectamente claro, como deja entender Pérez de Tudela: por entonces los monarcas estaban empeñados en la guerra de Granada, una contienda más dura y más larga de lo que habían supuesto, destinada a poner fin a la secular tarea de la Reconquista. Su empeño tenía que consistir en ganar la guerra de una vez y realizar la unificación de los reinos peninsulares, una misión histórica y en alto grado popular; no era el momento de lanzarse a aventuras exteriores, como ocurriría justamente a partir de 1492. Además —sigue apuntando Pérez de Tudela— dar la razón a aquel genovés podría plantear un serio problema con Portugal, que en aquellos años, terminado el

larguísimo costeo de África, se había lanzado decididamente a la búsqueda de la India. Nada que pudiera significar dos conflictos a la vez. Pero sin retrasarse tampoco. ¿No podría acaso el logro de los portugueses hacer imposible los sugestivos aunque un tanto vagos planes de aquel hombre?

Colón en absoluto fue despreciado, como que estuvo muy cerca de los monarcas en el momento de «haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, a dos días del mes de enero [de 1492], en el cual vi poner las banderas reales de Vuestras Altezas en las torres de la Alfambra, que es la fortaleza de dicha ciudad, y vi salir al rey moro y besar las reales manos de Vuestras Altezas…». Fue un privilegio que fue concedido al futuro descubridor, y señal evidente de que en la ciudad fortificada de Santa Fe, donde los Reyes Católicos tenían sus reales, se habían reanudado ya las conversaciones sobre los planes colombinos. El hecho parece una prueba de la prisa que tenían los monarcas: apenas terminada la guerra, y con las manos libres ya, no convenía retrasar más el acuerdo con aquel extranjero que prometía tan felices descubrimientos oceánicos.

Sin embargo, las conversaciones no llegaron a buen fin. Está claro que esta vez no solo pesaron los informes desfavorables de los técnicos (que al parecer fueron consultados por segunda vez), sino las excesivas exigencias del navegante. Pedía ser nombrado Almirante, cargo que estaba desempeñado ya por un cortesano famoso, don Fadrique Enríquez; virrey y gobernador de las tierras descubiertas, el diez por ciento de las rentas que produjesen, y el derecho a disfrutar de la octava parte de las mercancías y cargamentos que en adelante llevasen los navíos. Era conferir a aquel hombre un poder tal vez inmenso, si las tierras que decía que existían al otro lado del Atlántico resultaban ser enormes y riquísimas. Semejantes

concesiones por parte de los reyes de España a un extranjero estrafalario y desconfiado, ¿no podía ser, en fin de cuentas, una locura?

Fue así como, después de dos meses de arduas negociaciones, y con el informe negativo de la comisión técnica, los monarcas decidieron cancelar su ayuda a los planes de Colón. Este debió sufrir un cruel desengaño, después de siete años de esperanza, pero no perdió ni un ápice de su afán de coronar la empresa. Por eso encargó a su hermano Bartolomé que ofreciese el proyecto al rey de Inglaterra, mientras él mismo emprendía camino de Francia, para presentar el mismo proyecto al monarca francés, Carlos VIII. No tuvo mucho tiempo para intentarlo. En Pinos Puente, apenas a dos leguas de Santa Fe, fue alcanzado por los emisarios de los Reyes Católicos, que le comunicaron que don Fernando y doña Isabel estaban dispuestos a acceder a sus peticiones. ¿Fue el peligro de que otros monarcas se les adelantasen? ¿Hubo otra causa que movió a tan rápido cambio de criterio? No lo sabemos con exactitud: la vida de Colón está llena de misterios inexplicables. Los Reyes Católicos no eran partidarios de volverse atrás en sus decisiones (quizá porque siempre las pensaban con mucho cuidado), y, sin embargo esta vez lo hicieron. No es nuestro objeto tratar de explicar lo sucedido. Tres causas se aducen por lo general: la primera, ya vista, el peligro de conceder un bien inestimable a otras potencias europeas. La segunda, una pretendida reflexión de Fernando el Católico, que con el realismo que siempre le caracterizó, hizo ver a la reina que con una concesión favorable nada perdían: si aquel medio loco encontraba tierras maravillosas, los monarcas y los súbditos españoles se quedarían con la mejor parte, a pesar de sus generosas concesiones; y si no encontraba nada, solo habrían de gastar el millón y medio de maravedíes que

significaba la expedición: una cantidad nada disparatada para los altos presupuestos que ya en aquellos tiempos manejaban los monarcas. El hecho, significativo, pero no necesariamente demostrativo, es que el dinero fue adelantado por el tesorero de los reinos de Aragón, Luís de Santángel. Una tercera causa consistiría en una súbita revelación de los franciscanos de La Rábida, siempre amigos de Colón y fervientes partidarios de su misión descubridora. El hecho es que las Capitulaciones de Santa Fe fueron firmadas el 17 de abril de 1492 por Juan de Coloma, en nombre de los Reyes, y por fray Juan Pérez, prior de La Rábida (que necesariamente tuvo que haber viajado a la ciudad granadina) en nombre de Cristóbal Colón. Se ha hablado —sin fundamento suficiente, pero con un motivo explicable— de un secreto de confesión. González de Oviedo nos cuenta que «fray Antonio de Marchena [prior en 1486, cuando Colón llegó a España] fue la persona sola de esta vida a quien Colón abrió sus secretos». Un fraile pudo comunicar, en confidencia motivada por la inmensa gravedad del caso, el secreto a fray Juan Pérez, o bien fue este último, quien lo conoció realmente, y, después de consultar con su conciencia y probablemente con alguna instancia superior, decidió por motivos de bien común, revelarlo. Tampoco está claro que se tratase de un secreto de confesión, sino de una confidencia muy íntima, seguida de un compromiso de guardar el secreto. Si algo parecido a esto fuera así, nos tropezamos una vez más con el «secreto» de Colón. ¿Qué es lo que este sabía y qué fue lo que comunicó con la condición estricta de que no fuera revelado? No vale la pena seguir especulando sobre una cuestión que está fuera de toda evidencia histórica y que puede tener mucho de sensacionalismo. Lo único cierto fue el viaje de fray Juan Pérez a Granada y su participación en las Capitulaciones.

Finalmente, y sin la menor pretensión de caer de nuevo en la especulación histórica, recordemos la tan discutida frase del preámbulo de las Capitulaciones de Santa Fe: los Reyes conceden a Cristóbal Colón sus altísimos cargos «en satisfacción por lo que ha descubierto». Realmente, en aquel momento no había descubierto nada. ¿O es que Colón, a última hora, insinuó a los monarcas algo que no sabemos? Probablemente, se trata de un error de redacción, o de una referencia a una iniciativa ya tomada. García Gallo da una explicación más satisfactoria, que no haría sino demostrar la prudencia y sagacidad de los reyes. Estos no están dispuestos a conceder al navegante genovés los altísimos cargos de Almirante de la Mar Océana, Virrey y Gobernador, a más de una sustanciosa participación en los beneficios, *hasta el momento en que haya efectuado su descubrimiento.* De lo contrario, corrían el peligro de que se alzara con el santo y la limosna incluso después de un fracaso. De aquí que la concesión aparezca en pretérito. Primero tiene que descubrir, luego vendrá el momento de disfrutar. Por eso resulta incorrecta la versión del Diario de navegación del primer viaje que nos ofrece Bartolomé de Las Casas: «creía el Almirante…», «aquí dice el Almirante»… «el Almirante los tranquilizó…». Colón no era todavía almirante. Comenzó a serlo el 12 de octubre, no el 17 de abril de 1492, cuando se firmaron las Capitulaciones.

¿Qué pretendía descubrir Colón?

Otro interrogante que se nos plantea a tenor del texto de las Capitulaciones de Santa Fe es el nombramiento de Cristóbal Colón como virrey y gobernador de las tierras descubiertas. Si lo que pretendía era, como tantas veces dijo e insinuó, y como muchas veces después repitió con pertinaz insistencia, llegar a la riquísima isla de Cipango, regida por un emperador que residía en palacios techados de oro, y

sobre todo al imperio de Catay, inmenso, y poderoso como ninguno, gobernado por un monarca que se hacía titular Rey de Reyes, ni la pretensión del descubridor, por chiflado que estuviera, ni mucho menos la concesión de los prudentes y previsores Reyes Católicos podía consistir en el gobierno y señorío de aquellas tierras propiedad de tan poderosos amos. Por mucho que el navegante genovés hablara de Cipango y de Catay, tenía que haber mucho más. El texto de las Capitulaciones se muestra en este aspecto también especialmente vago: «… vades por nuestro mandado a descobrir e ganar… ciertas islas e tierra firme en la Mar Océana». Varias veces se repite la expresión. Incluso, tras el descubrimiento, los privilegios concedidos al Almirante, el 30 de abril de 1493, siguen refiriéndose a las «islas e tierra firme en la Mar Océana». Las palabras «Indias», «Cipango», «Catay», no son mencionadas en absoluto, bien es cierto que los monarcas españoles no podían conceder al descubridor merced alguna sobre territorios ya soberanos. Pero el hecho es que la versión oficial, tanto antes como después del primer viaje, se limita a hablar vagamente de «ciertas islas e tierra firme en la Mar Océana». ¿Es que Colón no estaba seguro de llegar a los grandes imperios de Oriente? ¿Es que, si lo pensaba, los Reyes Católicos no lo sabían? ¿Es que, si lo sabían, tenían razones muy serias para evitar estas palabras en la documentación?

Para Henry Vignaud y Rómulo Carbia, esta omisión es significativa y representaría una visión completamente distinta de aquella que se nos ha ofrecido sobre los verdaderos propósitos del descubridor y por tanto sobre el mismo origen de su idea. Colón no habría pensado nunca en llegar realmente a la India, Cipango o Catay. Su objeto principal eran las «islas» y tal vez una «tierra firme» más o menos extensa, pero salvaje, de las que podría ser virrey y

gobernador y explotarlas con la autoridad que le había sido conferida. Es evidente que no tiene sentido conceder a Colón pleno dominio sobre imperios inmensos, cuyos monarcas son más ricos y con seguridad más poderosos que los propios Reyes Católicos. Ni lo tiene tampoco que se le ordene tomar posesión de tales imperios con tres carabelas y un centenar de hombres mal armados. El «mito de las Indias» habría sido para Vignaud *un invento posterior* de Colón, deseoso de revalorizar la atención a las tierras por él descubiertas, conseguir una mayor ayuda por parte de la Corona y un mayor interés por la de los aspirantes a colonizadores. Una frase de interpretación un tanto oscura que encontramos en Las Casas puede aumentar la confusión: «como a todos era manifiesta la riqueza y grande fama de la India, quería provocar a los Reyes Católicos, que estaban dudosos de su empresa, diciéndoles que iba a buscar y hallar las Indias por la vía de Occidente».

La tesis de las «islas» será todo lo sugestiva que se quiera, pero no se compagina enteramente con la verdad. Por lo menos, Colón habló ya antes de su primer viaje de las Indias, y no parece que su propósito pudiera ser otro desde que recibió la maravillosa revelación de Toscanelli. Ahora bien, Las Casas, que conoció el mapa, o una copia más o menos fiel del mismo, afirma que «Paulo Físico» «llevaba pintadas innúmeras islas que en el camino de la India son». E insinúa que pueden ser más de mil. Los comentaristas de Marco Polo se refieren a unas cuatro mil. Muchísimas islas, que no parecen pertenecer al emperador del Japón, y menos al Gran Khan, y que por tanto pueden ser ocupadas, gobernadas y colonizadas. Pero cuál era el objetivo final —si después de explorar tantas islas era encontrado— tampoco puede ofrecer la menor duda. Un documento privado de Luis de Santángel, el tesorero de Aragón que facilitó gran parte de

los gastos del viaje, se refiere, el 15 de mayo de 1492, a «la armada de Indias y para pagar a Cristóbal Colón, que va en dicha armada». Por otra parte, sabemos que el futuro Almirante llevaba consigo un intérprete, Luis de Torres, que hablaba el árabe y el arameo, en la esperanza de poder entenderse con los súbditos del Gran Khan o con otros pueblos asiáticos. Asimismo, Colón era portador de varias cartas o documentos solemnes, escritos en latín, de los monarcas españoles a los príncipes de Oriente.

¿Significa este destino final que hemos de desechar la hipótesis de las «islas»? En absoluto. La polémica sobre los designios de Colón suele dividir a muchos expertos en bandos inconciliables. Colón tiende a separar casi sin remedio a muchos de los que le estudian: es un curioso e ingrato destino. El más elemental sentido común nos hace ver que las dos hipótesis en modo alguno son excluyentes. Colón llevaba intérpretes y mensajes para el Gran Khan, es cierto; pero también es cierto que llevaba, según nos cuenta Las Casas, y en gran cantidad, «cascabeles, bacinetas de latón, sartas de vidrio de diversos colores, espejuelos..., bonetejos colorados, y otras cosas semejantes, que son todas de poco precio y valor». En suma, las mismas chucherías que los portugueses llevaban a los indígenas africanos para intercambiarlas por oro u otros productos para ellos valiosos. ¿Es siquiera imaginable que Cristóbal Colón esperaba regalar toda esa quincalla a los refinados hijos del Celeste Imperio o a los del Sol Naciente? El navegante genovés había estado en Guinea, y sabía del interés de los salvajes africanos por aquellas baratijas sin valor. Por tanto, esperaba encontrar salvajes. Y vaya si los encontró. Nada más llegar a las supuestas «Indias», comenzó el intercambio, antes de que el descubridor se molestase en averiguar dónde estaba realmente. Tuvo que llevar consigo una buenísima

provisión de aquellas baratijas cuando se pasó tres meses regalándoselas a los indígenas americanos, o trocándolas por el poco oro que pudieron proporcionarle. En cambio, no hay noticia de que portase ningún presente fastuoso. O no pensaba encontrarse de buenas a primeras con el Gran Khan, o le bastaba presentar sus cartas credenciales. Los obsequios podían esperar a un segundo viaje, ya sobre objetivo seguro y mejor conocido.

El mismo Hernando Colón deja entender el doble objetivo de su padre cuando alude a «la esperanza que tenía de encontrar, antes de que llegase a aquellas [las Indias] alguna isla o tierra de gran utilidad, desde la que pudiera continuar su principal intento». La primera parte de la empresa contemplaba las islas o incluso una «tierra firme» conquistables y a la larga colonizables; luego vendrían los grandes imperios de las Indias, más a mano después de haber utilizado aquellos primeros puntos de apoyo. Así se explican perfectamente las concesiones de Santa Fe: primero el virreinato y gobernación de tierras no sujetas a fuerte y civilizada soberanía, y el diezmo de las rentas de las tierras descubiertas —porque no era de suponer que los emperadores pagasen tributo— y, por otra parte, una octava parte de los beneficios del comercio, unos beneficios que podían ser fabulosos si el tráfico entre iguales se extendía a los legendarios países de Extremo Oriente. Colón esperaba encontrar dos cosas distintas, y fue muy inteligente a la hora de asegurarse el aprovechamiento por separado de una y otra. Realmente no encontró más que una de ellas, aunque pasó el resto de su vida tratando desesperadamente de encontrar la otra.

Los preparativos

Si las negociaciones de Colón con la corte española

duraron siete años (con largas interrupciones intermedias), la preparación concreta del viaje fue francamente rápida, de abril a julio. La expedición destinada al descubrimiento de América por los europeos no partió, como hubiera sido lo más lógico, de Sevilla, Cádiz, El Puerto de Santa María o Sanlúcar de Barrameda, sino del pequeño puerto onubense de Palos de la Frontera. Las razones pueden estar relacionadas con la influencia de los frailes de La Rábida, muy afectos a la idea de Colón, pero sin duda mucho más con un hecho que vino a facilitar las cosas: los paleños habían sido castigados a servir a los reyes con dos o tres carabelas. El castigo no se debía, como repetidamente se afirma, a ningún delito cometido por los vecinos del pueblo, sino al impago de impuestos. Y los reyes les obligaron a ceder a Colón aquellas dos carabelas, la *Pinta* y la *Niña*. La primera era copropiedad de Cristóbal Quintero y Martín Alonso Pinzón, probablemente el más afamado navegante de Palos, en quien había de encontrar el descubridor una ayuda inestimable. La otra carabela era probablemente de Pero Alonso Niño, que en el gran viaje habría de ser su piloto, aunque actuó de capitán Vicente Yáñez Pinzón, hermano de Martín Alonso. Sobre el tercer navío hubo más dudas. Quizá no existía otra carabela disponible en aquel momento, o el futuro Almirante prefirió comandar una nao, más grande y majestuosa, aunque menos apta para una función meramente descubridora. Al fin se eligió *La Gallega*, una nao de origen norteño, construida con casi seguridad en Galicia, aunque su dueño pasa por ser Juan de La Cosa, un navegante de Santoña que habría de trascender también a la historia, y a quien suele identificarse con el autor del primer mapa de América. Colón rebautizó a *La Gallega* como *Santa María*, un nombre de acuerdo con su devoción mariana y quizá también con su condición de nave almiranta. Barcos

pequeños, de veinte a treinta metros de largo, verdaderas cáscaras de nuez, sobre todo a la hora de cruzar la inmensidad de un océano. Ya hemos señalado las diferencias entre las carabelas y la nao. Esta última, con su palo mayor más alto y su espléndido castillo de popa, era el habitáculo ideal para un hombre que desde siempre se había ocupado de destacar su imagen.

Colón tuvo suerte. No solo se encontró con el regalo de aquellos tres barcos, que le permitieron gastar casi todo el dinero de la expedición en comprar provisiones y pagar a los tripulantes, sino que se encontró también con marinos extraordinarios. Los hermanos Pinzón y Juan de la Cosa demostraron sobradamente su categoría. Los dichosos pleitos colombinos, que se prolongaron, después de la muerte del descubridor, hasta los años treinta del siglo XVI, dividieron a los testigos entre partidarios de Colón y partidarios de los Pinzones. Quizá fuera este último un partido tomado adrede por los que sentían inquina hacia el Almirante, que necesitaron apoyarse en otros nombres para disminuir los méritos del descubridor. Es evidente que Colón se entendió perfectamente con Vicente Yáñez, capitán de la *Niña*, en cuyo barco hizo el viaje de regreso, y por lo menos al principio con Martín Alonso, aunque este mostró un carácter más fuerte. Ya en la singladura hacia Canarias lo considera «persona esforzada y de buen ingenio». Y cuando las zozobras, a fines de septiembre y comienzos de octubre le hicieron dudar, fue Martín Alonso el único miembro de la expedición a quien don Cristóbal enseñó el secreto mapa que llevaba y sostuvo con él una larga conferencia. No fue entonces, sino pocos días más tarde, cuando la tripulación amenazó con soliviantarse, y fue Pinzón el que pacificó a los marineros —eso sí, mediante una transacción—, e impuso un rumbo suroeste que a su vez iba a cambiar el rumbo de la

historia, cuando el ya casi Almirante pudo alimentar una cierta inquina contra un hombre que mostraba entre los marineros mayor ascendiente y autoridad que él. Desde entonces, no se leen más elogios a Martín Alonso, y hasta los dos famosos marinos se separarían durante la exploración de la Española, porque cada uno quería descubrir por su cuenta: en este caso, la indignación de Colón fue evidente. Durante la primera tempestad que sorprendió a los expedicionarios durante el viaje de regreso, las dos carabelas se separaron de nuevo, y no precisamente por su voluntad; Martín Alonso sería el primero en regresar a Europa, concretamente a Bayona de Galicia, y desde allí escribió a los Reyes Católicos dándoles cuenta del gran descubrimiento, porque juzgaba a Colón perdido. Días más tarde, navegó a lo largo de Portugal hasta el punto de partida, y cuál no sería su sorpresa cuando se encontró allí anclada la *Niña*, que había llegado el día anterior. Pinzón murió al parecer a las pocas horas, víctima quizá de alguna enfermedad tropical contraída durante el viaje. No sabemos de nadie que se haya muerto de un disgusto.

La figura de los Pinzones (Martín Alonso en el primer viaje, Vicente Yáñez luego como gran explorador de la costa americana) ha sido destacada por Juan Manzano, quizá para contrapesar la enorme figura del Almirante, al que la fama ha colocado como el único fautor y héroe de la empresa. La idea de que Martín Alonso tenía ya noticias de la presencia de Cipango al otro lado del Atlántico y hasta se la contagió a Colón es con casi total seguridad falsa; pero no puede menoscabarse el mérito de los hermanos, sobre todo del mayor, en la empresa descubridora. Como que probablemente el genovés no hubiera podido reclutar a sus hombres sin la ayuda inestimable de Pinzón, que aceptó desde el primer momento el proyecto y lo animó entre los

marineros de Palos, que desconfiaban de aquel extraño extranjero. Durante la travesía, muchos de sus consejos fueron decisivos, y tal vez, sin su mediación en los días finales, las carabelas hubieran tenido que regresar de vacío. Tampoco podemos olvidar a los demás héroes de la empresa. Colón sabía, o decía saber a dónde iba; aquellos marineros, curtidos en los mares de Europa y África, pero por cuyas mentes nunca había pasado la idea de adentrarse indefinidamente en la inmensidad del Océano, no sabían a dónde los llevaban, si es que los llevaban a algún sitio. Aceptaron la aventura y la coronaron con éxito. Sabemos que su número oscilaba en torno al centenar. Alice B. Gould ha identificado a 87 de ellos, de los cuales 39 embarcaron en la *Santa María*, 26 en la *Pinta* y 22 en la *Niña*: unas cifras que pueden sugerirnos aproximadamente la capacidad de cada navío. Normalmente, las carabelas no solían llevar tanta gente, pero en este caso Colón pensó en la conveniencia de una tripulación lo más numerosa posible. La mayoría era de Palos o del cercano Moguer; había además media docena de andaluces de otras comarcas, dos o tres portugueses, un cordobés, un segoviano, una decena de gallegos, vascos y cántabros; pero como símbolo de la universalidad de la empresa, también un genovés, un veneciano y un negro africano. Es un infundio suponer, como con tanta frecuencia ha insistido cierta bibliografía extranjera, que los tripulantes de las carabelas eran facinerosos castigados a una aventura mortal: cierto que cuatro de ellos eran reos de diversas penas —no de muerte—, que eligieron la empresa a condición de ser perdonados; el resto, como dijo el propio Colón, eran «españoles honrados», y la mayoría de ellos hombres de mar avezados a las más difíciles navegaciones por aguas oceánicas.

El Diario de Colón

Conocemos la historia detallada de la gran aventura a través de los primeros historiadores de Indias, singularmente Las Casas, López de Gómara y Fernández de Oviedo, por la *Historia del Almirante*, atribuida al menos en gran parte a Hernando, hijo del descubridor, y, por supuesto, por las numerosas cartas que el gran navegante escribió a los Reyes Católicos o a otros personajes, pues don Cristóbal tenía una predilección especial por escribir, y con un estilo de poco usual galanura. También son fuentes documentales de singular importancia las declaraciones de numerosos testigos en los célebres pleitos colombinos. Pero la joya principal de todas las fuentes de primera mano sobre el viaje del Descubrimiento es el Diario de a bordo, redactado día a día por el jefe de la expedición, un testimonio de incomparable categoría, que Morison considera «el más detallado, el más interesante y fascinante diario marino de cualquier viaje de la historia». Tenemos la suerte de conservarlo. Tenemos la mala suerte de que la copia conservada no sea la original. Que Colón escribió ese diario es absolutamente seguro. Él mismo informa a los Reyes Católicos que «pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente, de día en día todo lo que yo hiciese y viese y pasase…». Hernando escribe a su vez que «fue diligentísimo el Almirante en escribir de día en día, minuciosamente, todo lo que sucedía en el viaje, especificando los vientos que soplaban, qué viaje hacía con cada uno y con qué velas y corrientes; y las cosas que veía por el camino, aves, peces y algunos otros indicios». Un texto que produce cierta envidia a cuantos quisiéramos conocer al detalle todos los incidentes de la navegación, porque es seguro que, como buen marino, lo consignó. Por desgracia, el autor de la copia que conservamos no era marino y omite cuestiones que para nosotros hubieran sido fundamentales. En el *Diario* y por lo

que se refiere al emocionante viaje de ida, solo por tres veces se alude a la dirección del viento, solo dos referencias hay sobre las corrientes, y una sola a las velas que llevaba. El relato de Hernando se basa grandemente en el *Diario* de su padre, y permite reconstruirlo mejor en algunos puntos en que el texto original fue mutilado; pero en ocasiones no sabemos lo que el celo filial añadió para mayor gloria del descubridor. Curiosamente, la *Historia de las Indias* de Bartolomé de Las Casas reconstruye con mayor fidelidad frases enteras del *Diario*, hasta el punto de que es preciso suponer que lo tuvo delante de sí cuando redactó la historia del viaje. Otro de los infinitos misterios de Colón es el hecho de que aquel manuscrito fundamental para la historia haya ido a parar a las manos del dominico —que por su cuenta nos declara que lo tiene en su poder— cuando sabemos relativamente poco de las relaciones íntimas entre la familia del descubridor y el fraile (Cristóbal Colón y Las Casas pudieron verse en algún momento, en Sevilla, probablemente no en La Española, y es difícil suponer que llegaran a tratarse). Pero todo hace suponer que la versión del *Diario* del primer viaje colombino es una copia de una copia —¡si no hubo más manos interpuestas!— redactada por fray Bartolomé. Algunas expresiones, especialmente algunos comentarios, que es imposible que sean de Colón, corresponden al copista, que no tuvo inconveniente en entrometerse en el texto original. Con frecuencia se expresa en tercera persona («anduvieron más de treinta leguas»... «cuenta aquí el Almirante que...»), y en ocasiones se hace presente la duda: («parece que dice aquí...» «... si no está mentirosa la letra...»), como si el texto que copió no fuera fácilmente legible, y este solo detalle nos denuncia que la copia no es el documento original, que Colón presentó personalmente a los Reyes Católicos, con la excelente

caligrafía que siempre le distingue cuando escribe despacio, o se dirige a una persona importante... circunstancia que a su vez nos obliga a suponer que la versión del Diario que entregó tampoco es la original escrita a bordo, sino una copia manuscrita por el Almirante en una fecha posterior... y probablemente ya adulterada en aquellos puntos en que las zozobras o los errores de nuestro descubridor pudieran parecer más evidentes. En suma, el famoso *Diario* de Colón no es en absoluto el original, ni es tampoco enteramente de Colón. Con todo, sigue conservando esa fascinación especial que vio en él Morison, que lo convierte en uno de los más hermosos documentos de la historia marítima de todos los tiempos.

Por demás, el *Diario*, aparte de su interés intrínseco y de la emoción que produce vivir prácticamente de primera mano una de las más fascinantes aventuras de la historia, es una pieza de extraordinaria categoría. Colón no era hombre de muy vasta formación literaria, pero siempre hizo gala de su afán por escribir, y por lo general lo hizo bien, aderezado con una buena dosis de imaginación, y con frecuentes hipérboles y exageraciones, muy propias de su carácter, que, si no siempre nos permiten tomar lo que dice al pie de la letra, aumentan si cabe el interés de la lectura. Colón escribe en un castellano casi limpio, con algún portuguesismo, unas pocas voces que pueden ser de origen catalán, y muy escasos italianismos. Las pocas veces en que intenta escribir en italiano, apenas lo consigue: probablemente, no recordaba su idioma natal, aparte de que el dialecto genovés se diferenciaba considerablemente de lo que hoy llamamos italiano. En cambio, su castellano es fragante, y sabe encontrar en cada momento la palabra adecuada o el matiz más acertado para describir una situación o un paisaje. Posee un indudable encanto encontrarse con frases tan

poéticas como estas:

> «Era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores». (16 de septiembre).
>
> «Aquí son los peces tan disformes de los nuestros que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados... y otros pintados de mil maneras; y las colores son tan finas, que no hay hombre que... no tome gran descanso en verlos». (16 de octubre).
>
> «... Aquí son unas grandes lagunas, y sobre ellas es el arboledo en maravilla, que en toda la isla son todos verdes, y las hierbas como en abril en Andalucía; y el cantar de los pajaritos, que el hombre nunca se querría partir de aquí». (21 de octubre).
>
> «... entonces tornó a ventar muy amoroso, y llevaba todas las velas de mi nao». (24 de octubre).

Aunque no todo son cuadros idílicos. Colón es también un espléndido pintor de tempestades, en el tornaviaje de 1493, y sobre todo en la *Relación* del cuarto viaje, tan castigado por las tormentas tropicales:

> «... ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma... Allí me detenía, en aquella mar hecha sangre, hirviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fue visto tan espantoso. Un día con su noche ardió como horno...».

Si Colón no hubiera sido un gran navegante sino un hombre de carrera, como ingenuamente pretendía su hijo, tal vez hubiese podido pasar a la historia como un buen escritor. De la mano de tan sugestivo relato, nos disponemos a vivir una de las más apasionantes aventuras de todos los tiempos.



Lámina 1. Rosa de los vientos.

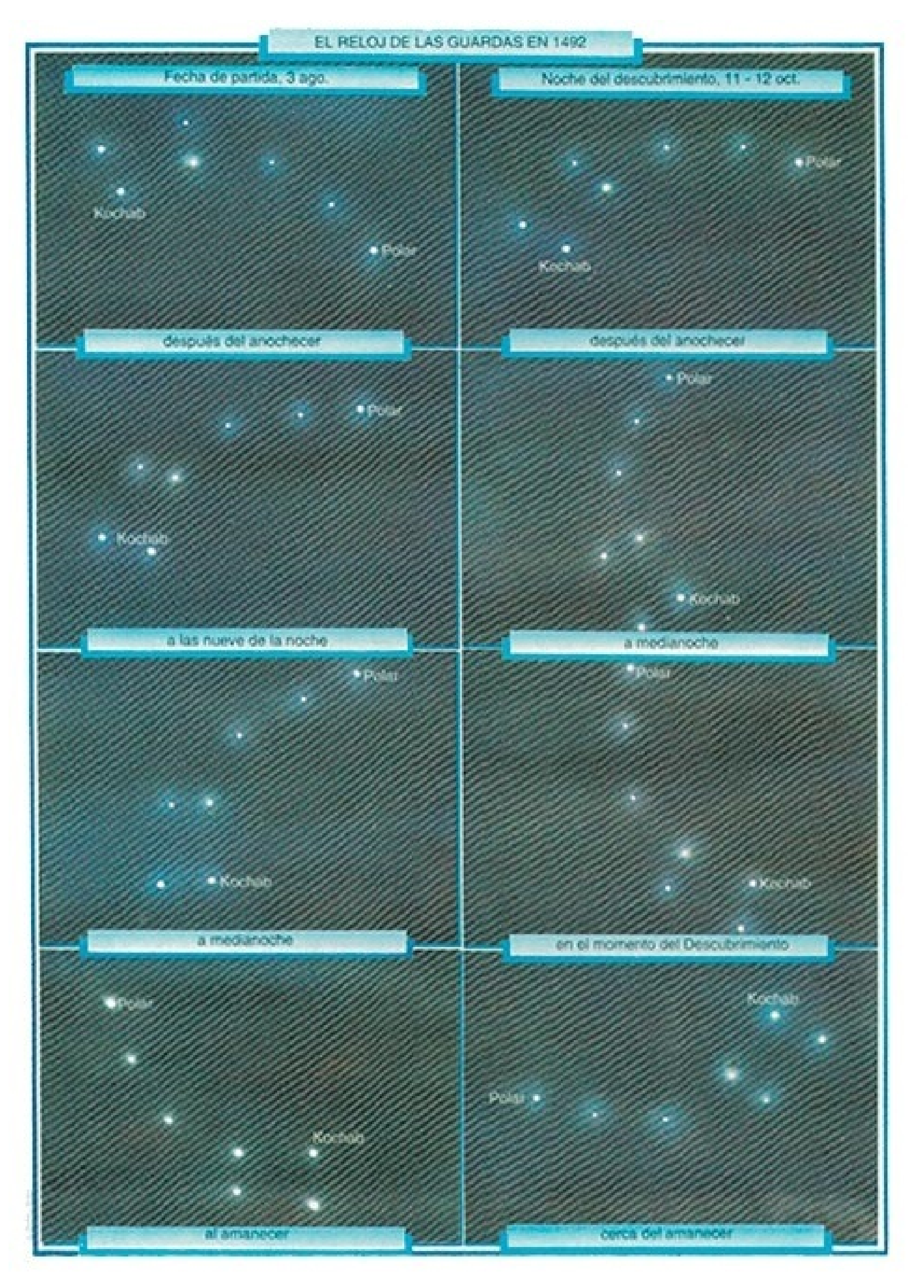
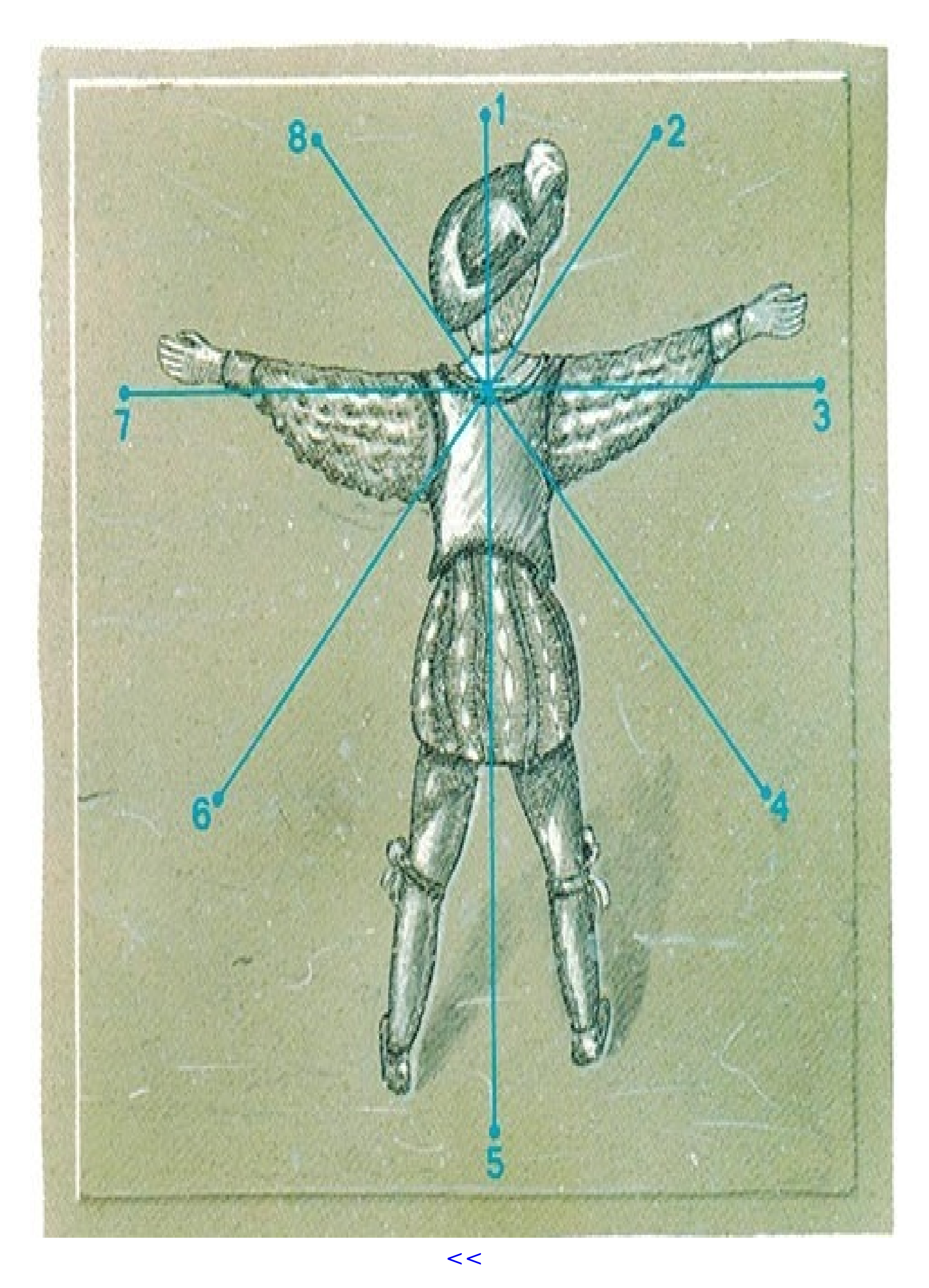


Lámina 2. El reloj de las guardas.



<<

Lámina 3. El hombre del norte.

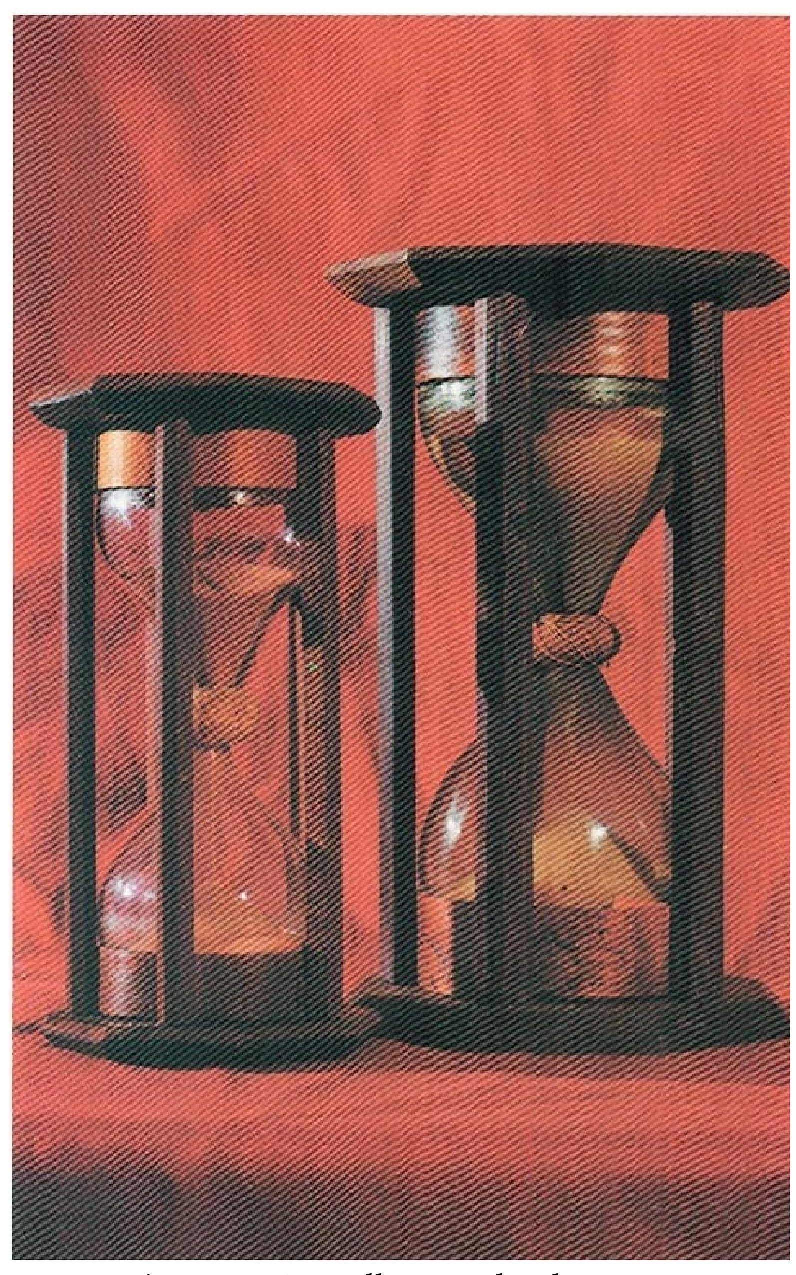


Lámina 4. Ampolleta o reloj de arena.



Lámina 5. Fragmento del portulano de A. Cresques.





Lámina 6. Carabelas. Reproducciones en maquetas.



Lámina 7. D. Enrique el Navegante. Tabla por N. Gonçalves.



Lámina 8. Colón. Cuadro de Lasalle (siglo XIX).

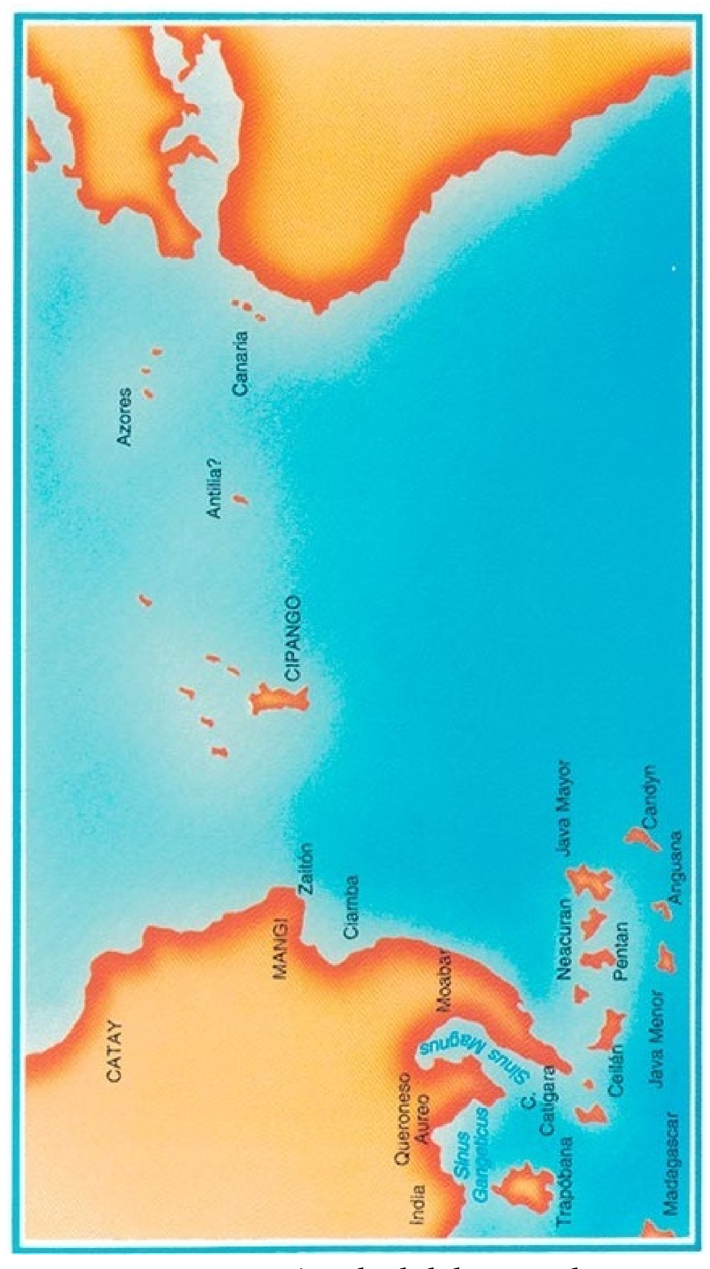


Lámina 9. Reconstrucción ideal del mapa de Toscanelli.



Lámina 10. Martín Alonso Pinzón.

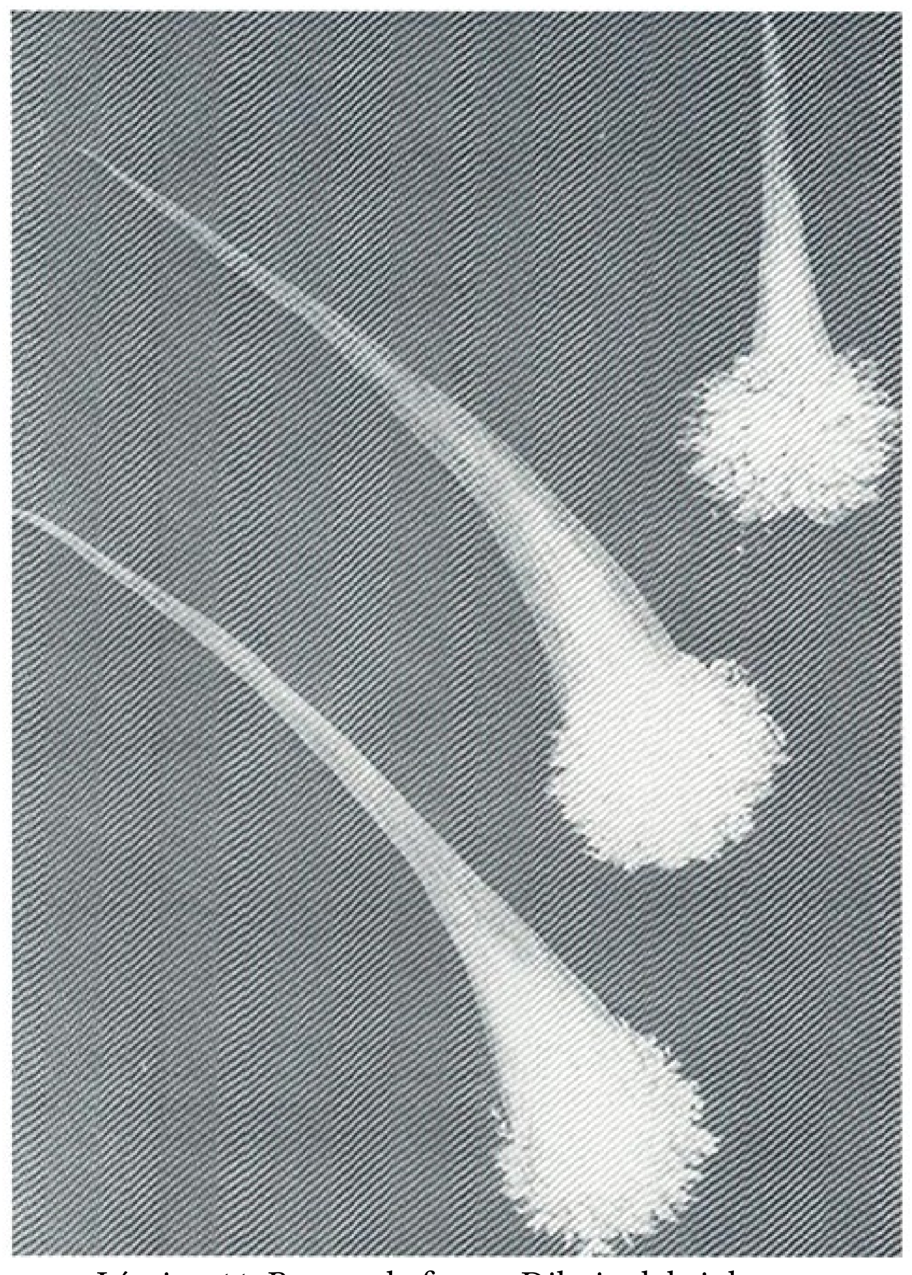


Lámina 11. Ramos de fuego. Dibujo del siglo XVI.



<<

Lámina 12. A donde hubiera llegado Colón.

V: de acuerdo con la cuenta verdadera. F: de acuerdo con la cuenta falsa.

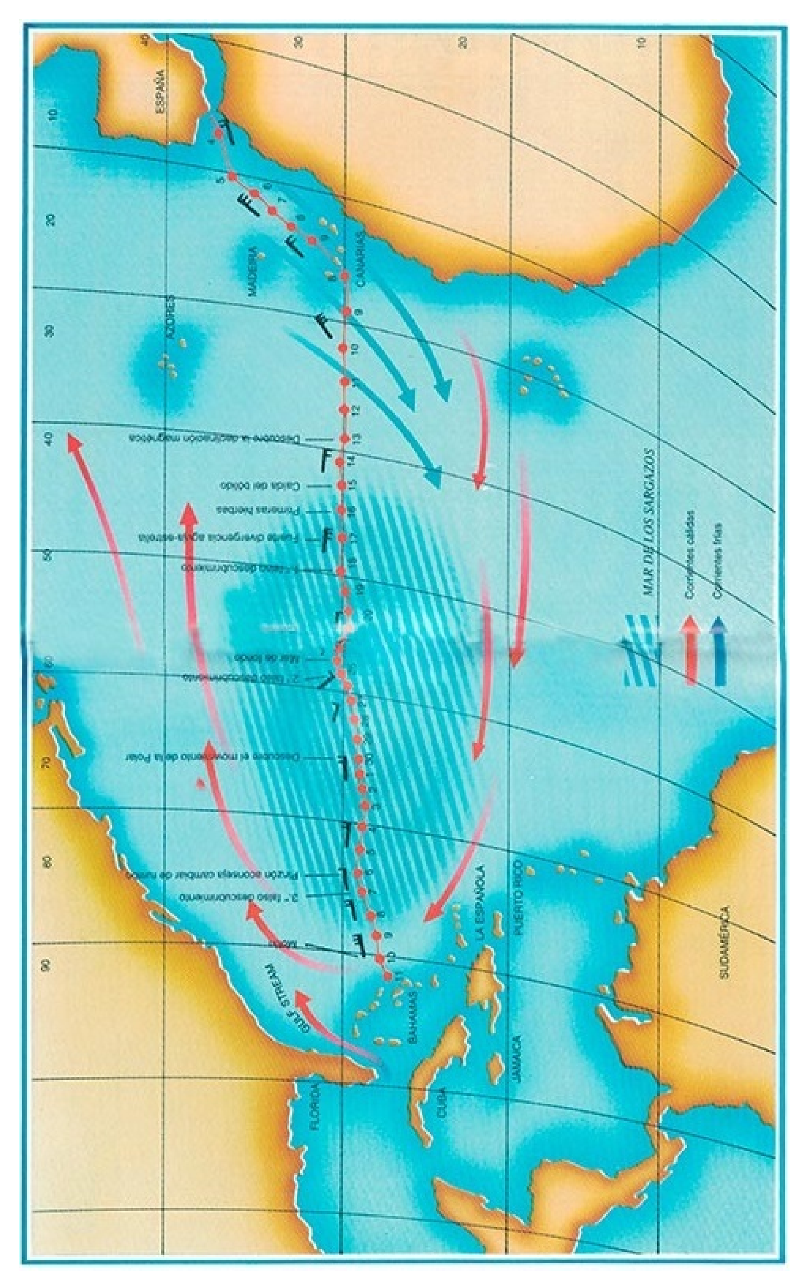
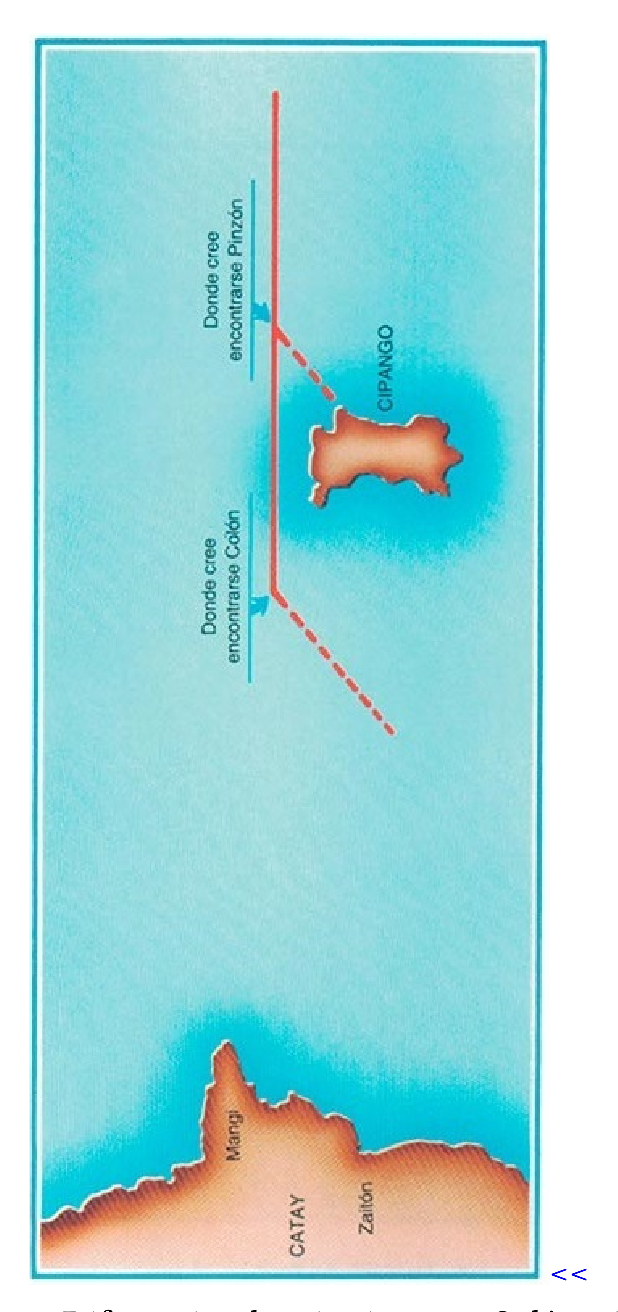


Lámina 13. Ruta de Colón.

dirección y fuerza de los vientos.



<<

Lámina 14. Diferencias de criterio entre Colón y Pinzón.

3. EL VIAJE DEL DESCUBRIMIENTO

Aquella mañana del 3 de agosto de 1492, en pleno verano de la ría de Huelva, tuvo un encanto especial en la historia del mundo. No existía otra cosa que esperanza en el futuro, pero el futuro comenzaba en aquel mismo instante, puesto que no se alcanza la meta sino al cabo del camino, y el camino —¿hasta dónde?, ¿hasta cuando?—, se iniciaba en aquella mañana luminosa y calurosa, como por práctica necesidad son todas las mañanas en aquel tiempo y en aquel lugar. La partida tuvo que efectuarse en medio de una general emoción, tanto por parte de los que se hacían a la mar como por la de quienes los despedían. Tal vez el acto previo fue, como quiere la tradición, una misa oficiada por un fraile de La Rábida en plena madrugada. No para todos tenía la aventura el mismo sentido. El futuro Almirante hacía gala de una fe indeclinable en su destino: parecía saber con una seguridad absoluta lo que le aguardaba al final de su viaje y en qué lugar del Océano estaba ese final. Solo últimamente Fernández Armesto nos ha pintado, quizá sin demasiado éxito, un Colón lleno de dudas y vacilaciones, que sabía disimular muy bien. Para los marinos de más prestigio, Martín Alonso, Vicente Yáñez, Juan de La Cosa, Pero Alonso Niño, era aquella una empresa incierta, a la que aguardaba cualquier desenlace, pero que valía la pena intentar. Un buen navegante tiene una clara idea del riesgo, pero también de lo que solo con el riesgo se alcanza: sin ese sentido de la aventura, el conocimiento del mundo hubiera

sido mucho más pobre y hubiera tardado más tiempo en alcanzarse. Muchos marineros estaban desconcertados. También ellos habían corrido peligros y aventuras sobre los mares; pero siempre por mares que otros habían navegado, y con un objetivo más o menos definido. En este caso, nadie les había informado claramente acerca de cuál era su destino, y cuándo y cómo iban a llegar a él. Se fiaban muy poco de aquel genovés, fácil de palabra y pronto a la promesa, que sin embargo mantenía un fondo de misterio indescifrable. Sentían motivos para desconfiar de su naturaleza un tanto estrafalaria. Pero los Pinzones, especialmente Martín Alonso, un hombre en el cual siempre habían creído, les aseguraba que iban a una tierra muy rica situada allende los mares, cuyo hallazgo valía la pena, y que les compensaría de todos los azares de una larga navegación. ¿Qué sentían en realidad aquellos marineros, sencillos, valerosos, la mayor parte de ellos curtidos en las cosas de la mar, pero ignorantes, que se disponían como nadie había hecho conscientemente, a atravesar las inmensidades de la Mar Océana? Sea lo que fuere, son merecedores como los demás de nuestro respeto y nuestra admiración.

La partida

La primera parte del viaje no debió atemorizar a los tripulantes de las carabelas. La mayor parte de ellos habían hecho alguna vez, o varias veces, la travesía hasta las Canarias. La relación de las Canarias con los puertos del golfo de Cádiz era habitual desde cien años antes, y aunque la conquista de las islas no estaba terminada —los castellanos no tenían prisa, aquellas tierras no ofrecían demasiada recompensa, y los reyes no les concederían demasiada importancia precisamente hasta *después* del descubrimiento de América— constituían una buena base de aprovisionamiento, y también un pretexto para el costeo de

África, haciendo una competencia más o menos encubierta a los portugueses. También Colón tenía el propósito de utilizar las Canarias como última base para su gran navegación oceánica. El único motivo que esgrime nuestro navegante para semejante decisión es que las islas están más al Oeste que la Península, y por tanto más cerca del punto de destino. El Almirante no tenía la cultura de Toscanelli, que había hecho su mapa con los meridianos oblicuos y conocía que las distancias en longitud aumentan cuanto más cerca del ecuador, concretamente en proporción al coseno de la latitud geográfica. Colón no entendía en absoluto de geometría esférica, y parece que infirió que los nueve grados de ventaja hacia el oeste le permitirían ahorrar unas 500 millas, o sea 125 leguas (la legua a que se refiere Colón mide cuatro millas, unos 5,6 kilómetros). En total, el descubridor calculaba una distancia de 750 leguas de las Canarias a Cipango, un recorrido que podía hacerse, con viento favorable, en tres o cuatro semanas: nada del otro mundo... ¡aunque iba a llegar a otro mundo! Pero la escala en las Canarias nos da razón de otro criterio decisivo, y en este caso plenamente acertado: el viento favorable. Mientras se practicó la navegación a vela, una forma de cruzar los mares en que el barco depende exclusivamente del viento, el régimen de vientos dominantes era mucho más importante que la distancia. Pierre Chaunu, por ejemplo, en su obra fundamental sobre *Sevilla y el Atlántico*, ha dibujado unos mapas que parecen estrafalarios por sus deformaciones respecto de la realidad, y no lo son, porque están trazados no de acuerdo con las distancias, sino con los días de navegación. Así vemos cómo la distancia de Cádiz a La Habana es «menor» —como si estuviera más cerca— que de La Habana a Veracruz. Colón hizo muy bien en escoger las Canarias como punto de partida, y, es más, Demetrio Ramos

cree que este proyecto data ya de los tiempos en que ofreció su plan a los portugueses. De Canarias parten los alisios, que permitirán navegar indefinidamente viento en popa. Naturalmente que ni Colón ni nadie sabía entonces hasta dónde soplan los alisios, pero nuestro navegante, cuya intuición superó siempre a su ciencia, acertó plenamente. Hay motivos para suponer que sin la posesión previa de las Canarias, España no hubiera descubierto América.

Otro motivo existe, aunque se trata de una simple conjetura. Hemos aludido a la teoría de Manzano sobre la información de un protodescubridor, que habría facilitado a Colón la situación lo más exacta posible de la tierra que luego este encontró. La teoría es todo lo aventurada que queramos; pero lo único cierto es que Colón tuvo un empeño particular en seguir exactamente el paralelo 28º. ¿Por qué ese prurito realmente inexplicable?, (aunque en Colón casi todo es inexplicable). Con frecuencia se ha aludido a que los reyes habían encargado al navegante que no se adentrara en los mares al sur de Canarias, para no plantear problemas con los portugueses. El compromiso adquirido en el tratado de Alcaçovas, es, sin embargo, el de no avanzar al sur de Canarias *contra Guinea*, esto es, no seguir el costeo de África hacia el sur, derecho reservado al rey de Portugal. Nada se dice respecto del oeste, o del suroeste. García Gallo ha hecho ver que todas las doctrinas de la época consideraban al Océano, lejos de toda costa, *mare liberum*, y por tanto Colón no tenía por qué seguir indefinidamente el paralelo 28º. Si embargo lo siguió hasta muy cerca del Nuevo Mundo, y si se desvió más hacia el Sur fue porque le obligaron a hacerlo. ¿Qué buscaba por aquella vía? ¿Un destino concreto, o el navegar siempre hacia el Oeste fue una manía más del Almirante? No lo sabemos. Por cierto que seguir aquel paralelo estuvo a punto de costarle

caro. Pero sigamos el primer capítulo de la aventura.

De la primera jornada, el *Diario de navegación* dice simplemente lo siguiente:

> Partimos viernes tres días de agosto de 1492 años de la barra de Saltés, a las ocho horas. Anduvimos con fuerte virazón hasta el poner del sol hacia el sur, sesenta millas, que son quince leguas; después al suroeste y sur cuarta al suroeste, que era el camino para las Canarias.

No cabe duda de que son palabras textuales del Almirante, puesto que están escritas en primera persona. Los eruditos han tenido buen cuidado en averiguar que el 3 de agosto de 1492 era viernes, y, efectivamente, de acuerdo con el calendario juliano, lo fue. Quizá no han tenido en cuenta otras palabras, que nos hacen suponer que el texto original ha sido ligeramente acortado, para quedarse con lo fundamental. Veamos. Colón no pudo decir que partieron de la barra de Saltés, porque partieron de Palos, y la barra no es un punto de partida, sino un molesto canal. En el prólogo, redactado antes o después, porque tan pronto emplea el autor el futuro como el pretérito —es decir, lo revisó—, dice que piensa salir de Palos poco antes de la salida del sol. Cabe la posibilidad de que las carabelas se acercaran hasta la punta del Sebo, al sur de Huelva, como afirma la tradición, para terminar de abastecerse. Luego salieron con la intención de «remontar» la barra que cierra la ría y se extiende varias millas de oestenoroeste a estesureste. Morison y Taviani observan que salieron de la barra «con el reflujo». ¡Entonces no pudieron hacerlo a las ocho de la mañana, porque el reflujo no comenzó hasta casi mediodía! Por otra parte, la «virazón» es un viento que sopla por la tarde; precisamente se llama así porque «vira» de levante a poniente. En Huelva es historia de casi todos los días de verano. Por lo general, la virazón de poniente, por la tarde, es más fuerte, también más fresquita, que el levante, a veces

casi en calma, de la mañana. Colón no sabía nada de la depresión veraniega sahariana, ni del mínimo secundario que se forma en la cuenca del Guadalquivir a mediodía, como consecuencia de la fuerte insolación: pero sabe describir muy bien el fenómeno: «en el verano en Andalucía por muy cierto se tiene cada día después el sol altillo, la virazón, que es viento que salta de poniente». El Almirante es un docente nato, y en una de sus cartas a los Reyes Católicos, escrita el 6 de febrero de 1502 les da una verdadera lección —para ellos innecesaria— sobre el régimen de vientos en la zona. La virazón es, por tanto, un viento que salta a poniente «después del sol altillo», es decir, a partir del mediodía. A nadie se le ocurre decir que ha remontado la barra de Saltés a las ocho de la mañana con fuerte virazón, porque la afirmación, además de falsa, no tiene sentido. Por si ello fuera poco, aquel 3 de agosto la luna tenía trece días, es decir, estaba a dos de la fase de «llena», y, más aún, se encontraba en el perigeo: en otras palabras que había mareas vivas. Habida cuenta del establecimiento de puerto de la ría de Huelva la marea estuvo subiendo de cinco a once de la mañana: justo a las ocho alcanzó —y con viento de levante— su máxima corriente de entrada en la barra de Saltés. Si aún en el siglo XIX los barcos evitaban esta situación para salir de Huelva, cabe suponer que mayor hubiera sido la dificultad en el siglo XV. Si algo está claro es que lo que se afirma en las primeras frases del *Diario* de Colón está incompleto y mutilado.

La redacción original puede ser parecida a esta: «Partimos viernes tres días de agosto de 1492 años, al salir el sol, del puerto de Palos. Después de tomar las últimas provisiones, hubimos de fondear ante la barra de Saltés porque el viento y la mar nos eran contrarios. A mediodía saltó una fuerte virazón, y navegamos al sur…».

Parece que es preciso renunciar a la emocionante estampa de las carabelas que se pierden en la mar en una clara mañana de agosto. O el copista prescindió de detalles técnicos que le parecieron nimios, o el propio Colón, que siempre se regala con autoelogios, se negó a confesar una contrariedad que hubiera debido prever. El hecho, como tal, no tiene importancia, pero revela hasta qué punto es preciso rectificar el texto del diario colombino con la ayuda de conocimientos no estrictamente históricos. Una última observación: las millas que midió Colón como recorridas el 3 de agosto son justo la mitad de las andadas en las jornadas siguientes. Partió de hecho a mediodía Si tratáramos de corregir el texto del *Diario* en todas las circunstancias, sería una labor demasiado fatigosa para cualquier lector; pero no renunciamos a hacerlo, o a intentarlo, cuando parezca que valga la pena.

¿Sabotaje?

El camino que recorrieron las tres naves entre el 3 y el 9 de agosto era bien conocido, y para la mayoría de los tripulantes no constituía en absoluto una novedad. Sobre las nueve o diez de la noche, hora solar, de aquella primera jornada, y como es usual en aguas del Estrecho, el viento saltó de nuevo a levante, y las carabelas se desviaron hacia el sursuroeste, para tomar el rumbo de las Canarias. A partir de aquel momento, y como era de esperar en aquellas aguas y por aquellos días, el aire se mantuvo del nordeste, el típico prealisio entre el Estrecho y las islas, de modo que los barcos navegaron con viento en popa. Y relativamente fuerte, como se deduce del testimonio de Colón de que aquellos días tuvieron «mala mar», y del hecho de que, a pesar de los contratiempos, llegaron a Canarias en seis días, en lugar de los ocho o nueve acostumbrados. No hemos de pensar en «mal tiempo» en sentido estricto. Lo normal es que el cielo

estuviera despejado, los días claros y relativamente frescos, y las noches suavemente tamizadas por el resplandor de la luna llena que llegaba por babor, luego por proa; pero con fuerte aire casi paralelo a la costa africana, un hecho prácticamente endémico en los meses de verano. El anticiclón de las Azores por un lado y el mínimo sahariano por el otro provocan esta fuerte corriente de aire, aliada a la corriente fría de Canarias en la mar, que crea condiciones especiales a la navegación y revuelve las aguas. La travesía no tenía nada de peligrosa, aunque sí podía resultar incómoda por efecto del fuerte viento y la marejada, tan frecuente en la zona precisamente por entonces. Y tal vez fueron aquellas condiciones las que crearon los primeros problemas. El 6 de agosto, a los tres días de navegación, «saltó o desencajóse el gobernario de la *Pinta*, donde iba Martín Alonso Pinzón, a lo que se creyó y sospechó por industria de un [tal] Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, cuya era la carabela, porque les pesaba hacer aquel viaje». Ya en Palos, a lo que parece, había habido «ciertos deveses y grisquetas», es decir, riñas, por este motivo. Suele pensarse que la *Pinta* era copropiedad de Quintero y de Pinzón, y el tal Rascón habría sido el autor del sabotaje. Martín Alonso mandaba la carabela, y la quería como suya; con entusiasmo había secundado el proyecto de Colón y había convencido a los marineros de Palos, pero no al otro, quizá principal propietario de la carabela, que temía verla sometida a una aventura disparatada, en que no quiso participar. Por supuesto, como ya observa Taviani, la avería del timón no debió provocarse en alta mar, sino en Palos, aflojando furtivamente los enganches del codaste. Una avería manifiesta antes de la partida hubiera provocado más bien un ligero retraso y una reparación inmediata; era preferible para los saboteadores que el barco mostrase su debilidad

entre Palos y Canarias, donde todavía podía evitarse una catástrofe, pero el arreglo resultaba mucho más difícil. Si tal ocurrió, el plan tuvo éxito, y a punto estuvo de provocar un cambio de carabela, como deseaba su dueño.

Colón, hombre desconfiado por naturaleza, denuncia con bastante convicción la maniobra, aunque no se atreve a darla como cierta. Todo es posible, naturalmente. Pero, en el caso de que el timón estuviera deficientemente asegurado, ya por acción intencionada, ya por desgaste del material, el hecho se produjo precisamente con fuerte viento de popa y mala mar. El timón de la carabela iba agarrado con grapas y garfios al codaste. El viento de popa con mar turbulenta hace sufrir al timón más que en ningún otro caso, y sobre todo si el barco iba aparejado con velas latinas, triangulares: he aquí un detalle interesante. Con ese aparejo y viento de popa, es frecuente tener que cambiar la dirección de las velas, para que tomen el aire por uno u otro costado, y la maniobra obliga a fuertes golpes de timón, justo frente a las olas que vienen de atrás. Una de las grapas saltó con los vaivenes y los esfuerzos por mantener el navío a la vía: y así fue como el timón se desencajó. La *Pinta*, lógicamente, arrió casi todas las velas y quedó a la capa. Los demás barcos hubieron de hacer lo mismo para no dejar solo al averiado, y quedaron casi detenidos; y aunque la *Santa María* pretendió ayudar a la *Pinta*, no pudo hacerlo por el mal estado de la mar. Por fortuna, pensó el futuro Almirante, «Martín Alonso era persona esforzada y de buen ingenio». Seguro que sabría salir del aprieto. Y, efectivamente, después de unas horas de denodados y tal vez arriesgados esfuerzos, colgados de la popa de la nave, consiguieron asegurar el timón lo mejor posible, y se reanudó la travesía. Con todo, aquel día no pudieron avanzar más que veintinueve leguas, en vez de las «más de cuarenta» de la jornada anterior.

Sin embargo, los empeñados esfuerzos de Pinzón y los suyos, en medio de una mar difícil que atacaba por popa, solo dieron resultado veinticuatro horas. El 7 de agosto volvió a saltar el timón de la *Pinta*, y esta vez el mal debió resultar mayor, porque al día siguiente, el 8, Colón se muestra dispuesto a abandonar la carabela en Canarias, «porque iba mal acondicionada del gobernario y hacía agua». La torcedura del timón, con fuerte marejada, había desencuadernado el codaste, y una avería de tal calibre —desencajada la columna maestra de la popa— hacía difícil la reparación. Si había habido un sabotaje, los autores estuvieron a punto de conseguir su objetivo. Repetimos que no es necesario suponer una avería intencionada: la mala mar por popa puede producir estos contratiempos, y el intento de gobernar con un timón en malas condiciones había agravado el mal. Un barco al cual va a exigirse una aventura tan arriesgada como «engolfarse» en el Océano por espacio de miles de millas, sin puertos de refugio a la vista, en condiciones de mar absolutamente imprevisibles, y con un punto de destino absolutamente incierto y tal vez inalcanzable… tenía que encontrarse en las más perfectas condiciones, y la *Pinta* en aquel momento no lo estaba. ¿Qué resolución cabía tomar? ¿Dejar la carabela averiada en Canarias y seguir viaje con los otros dos navíos? Se planteaba el problema de qué hacer con veintitantos hombres de la tripulación, aunque el Almirante hubiera podido aprovechar el caso para desprenderse de los menos decididos —si es que los había—, que podrían regresar a la península en la *Pinta* más o menos bien reparada, o bien en otro navío, y seguir viaje con los más audaces. Quizás otro marino hubiera aceptado una solución parecida; pero don Cristóbal era hombre de ideas fijas: los barcos tenían que ser tres. De modo que se formuló el propósito de adquirir una

nueva carabela en condiciones así que hubiese llegado a Canarias.

Con la *Pinta* difícilmente gobernable, el 9 de agosto avistaron las islas: estaban entre Gran Canaria y Tenerife, no cerca de Lanzarote, a dónde quería llegar el jefe de la expedición. Era esta isla la colonizada desde más antiguo, la que reunía mayor interés entonces para los españoles por su mayor cercanía a la tierra africana, y en ella hubiera sido posible encontrar más ayuda; pero por obra del viento, las corrientes, y dependiendo, además, de una carabela estropeada, habían ido a parar más al oeste de lo que querían. Es preciso tener en cuenta que en 1492 la conquista de las Canarias distaba mucho de estar finalizada. Había españoles especialmente en Lanzarote, también en Fuerteventura, y en varios puntos de Gran Canaria. En cambio, la isla mayor, Tenerife, estaba gobernada por los caciques menceyes. Eso, sí, La Gomera, adelantada hacia Occidente, contaba ya con el pequeño puerto de San Sebastián, quizá el mejor abrigado de todas las islas, y también había colonos castellanos establecidos en Hierro. No podía escogerse, por tanto, cualquier isla como refugio de las carabelas, y menos como lugar para reparar la *Pinta*. Lo más apropiado hubiera sido, por supuesto, llevarla a Lanzarote, pero el fuerte viento contrario hacía la aventura bastante difícil. Al fin, y después de una conferencia entre Colón y los Pinzones, se decidió llevar la Pinta al «resguardo» de Gran Canaria, esto es, a un lugar tranquilo en las costas a sotavento de la isla, en tanto la otra carabela y la nao se dirigieron a La Gomera, donde sabían que iban a encontrar ayuda. La *Santa María* y la *Niña* debieron llegar a San Sebastián de La Gomera el 10 de agosto. La expedición habría de sufrir necesariamente un considerable retraso. No podía imaginar Colón la inmensa fortuna que este retraso le

iba a proporcionar.

Un mes en Canarias

El diario de Colón se interrumpe en la entrada correspondiente al 9 de agosto y se reanuda el 6 de septiembre, quizá porque es precisamente un diario de navegación. Poco nos cuenta del mes casi completo que duró la escala en Canarias: en la entrada del 9 de agosto se adelantan hechos como la reparación de la *Pinta*, una supuesta erupción del Teide, y un testimonio de doña Inés Peraza sobre las islas flotantes, o espejismos, que creían divisar todos los años los vecinos de la isla de Hierro. Las Casas, Diego Colón o Fernández de Oviedo nos enriquecen con unos cuantos detalles más. De todas formas es relativamente poco lo que sabemos de aquel mes, no precisamente de descanso, sino de escala forzosa, llena de tareas, que los expedicionarios hubieron de pasar en las Islas Afortunadas. Cioranescu ha tratado de reconstruir con el máximo detalle posible aquellos días vividos entre la incertidumbre y la esperanza.

Colón llegó a San Sebastián de La Gomera y allí realizó las gestiones destinadas a adquirir o alquilar un nuevo barco. Le hablaron de un «carabelón» que estaba disponible, pero justo entonces acababa de partir al parecer para Lanzarote. El Almirante esperó durante un plazo razonable: el tal carabelón no regresaba. En tanto, y puesto que el viento había amainado considerablemente, supo que Martín Alonso Pinzón y los suyos habían conseguido llevar la *Pinta* al puerto de Gando, en la costa oriental de Gran Canaria, y estaban en disposición de repararla. Al fin se prefirió el arreglo de la rápida *Pinta* —es lógico, Martín Alonso no quería perder sus derechos sobre ella— que el problemático regreso del carabelón. Es posible que si en Gando no se

contaba con todos los pertrechos necesarios para la operación, la *Niña*, tan ágil como su compañera, pudo llevarlos desde San Sebastián. No solo se reparó el codaste y el timón de la carabela, sino que Colón añade que se le cambió el aparejo: velas redondas, en lugar de latinas.

Hernando Colón, en su *Historia del Almirante* dice que la carabela a la que se cambió el aparejo fue la *Niña.* Cabe admitirlo como posible, por más que la versión del Almirante parece más correcta; si la *Pinta* fue varada para carenarla y repararle a fondo el timón y el codaste, es lógico que se aprovechase la ocasión para cambiarle el aparejo, mientras la *Niña* seguía cumpliendo el papel de barco de enlace entre Gran Canaria y La Gomera. Efectivamente, la *Pinta* había sufrido su avería por culpa de los continuos bandazos de popa, y convenía hacer la reforma. Si también se cambió el aparejo de la *Niña*, es un hecho que no conocemos. Por supuesto, la *Santa María*, como nao que era, ya tenía aparejo redondo (excepto la mesana, que era insustituible). Este tipo de aparejo, como ya queda indicado en su lugar, era más cómodo para la navegación en popa, y Colón sabía que iba a tener viento favorable en su viaje de ida. A la vuelta, cambiarían las tornas y vendrían las dificultades; pero Colón no pensaba en absoluto en el viaje de vuelta. La idea de llegar a las Indias le absorbía por completo.

Las reparaciones y modificaciones hubieron de llevar su tiempo, en unas costas menos preparadas que las del golfo de Cádiz para operaciones de este tipo, amén de la cantidad de materiales y provisiones que fue necesario adquirir. Colón y muchos de sus hombres hubieron de viajar varias veces de La Gomera a Gran Canaria y viceversa, bordeando la amplia isla de Tenerife, aún no conquistada por los españoles (lo sería en 1497). En uno de estos viajes,

probablemente el 2 de septiembre, aunque no consta la fecha exacta, «vieron salir gran fuego de la sierra de la isla de Tenerife, que es muy alta en gran manera». Hernando Colón precisa un poco más: en una travesía de la *Santa María* y de la *Niña* de Gomera a Gran Canaria, «el Almirante pasó aquella noche cerca de la isla de Tenerife, de cuya montaña se veían salir grandísimas llamas, de lo que, maravillándose su gente, les dio a entender el fundamento y causa de su fuego, comparando todo con el ejemplo del monte Etna de Sicilia, y de otros montes en que se veía lo mismo». O sea que el Almirante, fiel a su inveterada vocación docente, les dio una conferencia sobre volcanes, al tiempo que les tranquilizaba. Probablemente, una versión parecida figuraba también en la redacción original del Diario, y luego fue borrada por algún copista. Es el único testimonio que tenemos sobre una erupción del Teide en el otoño de 1492. Cioranescu duda del hecho, porque no existe ningún otro testimonio escrito por las mismas fechas; pero no debemos de olvidar que los españoles aún no se habían asentado en la isla de Tenerife y no estaban demasiado pendientes de volcanes. Más aún, el profesor Manuel Correa, que ha realizado recientemente una muy cuidada edición de la *Historia del Almirante*, tuvo el detalle de consultar el asunto con el Instituto Vulcanológico de Tenerife, y la respuesta fue negativa: del análisis de las lavas, se deduce que no hubo erupciones en el siglo XV. Pudo tratarse, eso sí, de una fumarola, bien visible desde la mar en plena noche, sobre todo si se produjo, no en el cráter principal, sino en las llamadas «Narices del Teide», más al oeste, donde tuvieron lugar las conocidas erupciones del siglo XVIII. Que hubo por lo menos fumarolas por entonces parece dejarlo en claro Las Casas, cuando nos cuenta que los portugueses llamaban a Tenerife «la isla de Infierno», «porque salía y sale hoy

algunas veces por el pico de una sierra altísima que tiene, algún fuego». Es difícil que el buen fraile se haya inventado esta historia. El espectáculo, contemplado desde la mar, y en medio de la noche, aunque solo mostrase «algún fuego» —una fumarola— debió ser lo suficientemente fascinante para que aquellos sencillos marineros del pacífico golfo de Cádiz quedasen fascinados. Si el fenómeno de la naturaleza fue tomado por los expedicionarios como un bueno, o más bien un mal presagio, no lo sabemos. La aventura comenzaba con inesperados acontecimientos.

La escala en Canarias, prevista para pocos días, se prolongó durante un mes. Tan larga estancia tiene para algunos biógrafos de Colón una explicación tal vez más morbosa que interesante para la historia universal: nuestro descubridor se habría enamorado de doña Beatriz de Bobadilla, viuda de Hernán Peraza, gobernador de la isla, del cual habría heredado los derechos, y vivía en San Sebastián de La Gomera como una gran señora. Doña Beatriz era todavía una mujer joven y de extraordinaria belleza. Consta que mantuvo durante un tiempo sus dotes de seducción. Hasta uno de los mejores colombinistas del mundo, P. E. Taviani, recoge la leyenda, quizá solo porque la reproduce uno de los autores italianos más relacionados con Colón, Michele Cuneo, según el cual el navegante habría quedado «tincto d'amore» de la hermosa viuda. Algunas versiones aluden a doña Inés de Peraza, basándose en el hecho de que el propio Colón la menciona como testigo de que ciertos navegantes creían ver islas flotando sobre el mar, los famosos espejismos. Realmente doña Inés era madre del difunto Hernán Peraza (muerto en 1488, en combate con los naturales), y lógicamente una mujer de cierta edad. No sería extraño, por otra parte, que la reciente y joven viuda quedara prendada de aquel extranjero pelirrojo de tan

fascinante personalidad, y que resultara ella más «tincta d'amore» que él mismo. Colón no era insensible a los atractivos femeninos, y había tenido un hijo natural en Córdoba, el luego tan famoso, por humanista, viajero por tierra y sobre todo extraordinario bibliófilo, Hernando Colón. Pero parece suficiente conocer a nuestro Almirante para darse cuenta de que estaba loco, embelesado, por su idea fija, que era prácticamente lo único que existía para él: esta idea era «un fuego», como escribió en una carta que ya conocemos a los Reyes Católicos.

Haya existido un incipiente idilio o no entre Colón y doña Beatriz de Bobadilla, el hecho no decidió la historia. Los veintitantos días de detención en las Canarias —que no solo en La Gomera— fueron absolutamente necesarios para transformar la *Pinta* y para hacer provisiones. En las islas había vacas, cerdos, ovejas, cabras, aparte de que era preciso llevar cargas de agua lo más fresca posible. Taviani aventura la idea de que parte de los animales embarcaron vivos: así no sería preciso salar su carne desde la partida, para conservarla: aunque es difícil imaginar dónde y cómo pudieron custodiarlos en aquellas carabelas ya abarrotadas de seres humanos. Un mes perdido, pudo pensar Colón, aparte de los gastos que le supusieron la prolongada estancia y las tareas de reparación. Sin embargo, es lógico conjeturar que aquel inesperado detenimiento fue una verdadera fortuna, si se quiere un hecho providencial, para aquellos cien hombres lanzados a la aventura. De no haber perdido tiempo alguno, y haber llegado, por tanto, un mes antes a las Antillas, hubiera sido casi inevitable un desastre provocado por los ciclones tropicales. Al fin, el 6 de septiembre, completa de nuevo y bien abastecida la pequeña armada, salieron los tres barcos de San Sebastián de La Gomera. Sin embargo, el alejamiento de la tierra a la vista (Gomera,

Palma y Hierro pueden verse a la vez desde la mar, aparte, con buena visibilidad, del Teide) resultó todavía menos espectacular que el 3 de agosto en Palos, por culpa de la mar en calma. Solo el 8 de septiembre comenzó a soplar el alisio. El 9, los expedicionarios se vieron rodeados, en los trescientos sesenta grados del horizonte, por la llanura azul del agua. No sabían cuándo volverían a ver tierra, ni siquiera si iban a verla alguna vez.

Comienza la aventura

Podía parecer una navegación cualquiera, y no lo era. Una nao y dos carabelas, en el mar de Canarias, a comienzos de septiembre. Buen tiempo, viento del nordeste, cielo probablemente despejado, mar rizada por el alisio, pero sin la fuerza de un mes antes, aguas azules, ligeramente verdosas, como es frecuente en corrientes frías, y ningún incidente desagradable. Sin embargo, las tres naves llevaban rumbo oeste, es decir, no se dirigían hacia ningún destino entonces conocido. Se habían soltado las amarras. La suerte, cualquiera que fuese, estaba echada. La consigna de Colón era terminante: siempre rumbo oeste, siguiendo el paralelo 28°, fuera cual fuese la causa de que el jefe de la expedición hubiera adoptado con decisión irrevocable aquel rumbo, que seguimos sin saberla. La carabelas marchaban en formación irregular, pero cuidando de no perderse de vista unas a otras. Podían hacerse señales con banderas, con luces y hasta a cañonazos, como entonces era normal en los barcos mercantes (que no se diferenciaban sensiblemente de los de guerra). El Almirante había ordenado que la primera carabela que avistase tierra o algún indicio anormal, disparase un cañonazo, para advertir a las otras dos. La *Pinta* era la más rápida, y marchaba casi siempre en cabeza. Le seguía la *Niña*, algo más pequeña, muy marinera, pero con menos trapo. La *Santa María*, más ancha y más panzuda, era

la más lenta de las tres, al punto de que las otras, para evitar que quedase demasiado rezagada, tenían en ocasiones que reducir velamen; pero esta circunstancia no disgustaba gran cosa al Almirante, pues era costumbre que el barco de más categoría cerrase la marcha.

Como queda dicho, después de unos días de escaso viento, el 9 de septiembre comenzó a soplar el alisio (primero del nordeste, luego del estenordeste), viento que fue refrescando en los días siguientes, hasta empujar a las carabelas a una velocidad óptima. El día 11 marcharon a unas diez millas (dieciséis kilómetros) por hora durante toda la jornada: sesenta leguas en total, una marca que solo sería superada el 4 y el 11 de octubre. Nada de temporal, simplemente viento fresquito, el mejor que podían desear para abreviar camino. El cielo permanecía despejado y la mar movida, pero sin peligro. En ocasiones, las olas se encrespaban, y Colón se queja de que «los marineros gobernaban mal, decayendo sobre la cuarta del noroeste y aun a la media partida; sobre lo cual les riñó el Almirante muchas veces». No se trataba de un error de rumbo, sino en todo caso de un descuido. Cuando se navega «a un largo» —con el viento entre de popa y de costado— y arrecia el oleaje, el barco tiene querencia a virar hasta quedarse de costado. Podemos imaginarnos a los barcos cabeceando, hundiendo sus proas en las aguas verdosas de la corriente fría de Canarias, y tendiendo a quedarse de través. A veces, el timonel, sin darse cuenta, cede al empuje; entonces el barco guiña hacia el lado del viento, en este caso hacia la derecha. Es posible que la corriente, no del todo consecuente con el viento, concurriese a este no deseado y casi inconsciente desvío. Colón se queja el 13 de septiembre de que «las corrientes le eran contrarias». No podían serlo. La corriente de Canarias, que viene del NNE, más ayudaba al Almirante que otra cosa;

pero cuando existe cierta discordancia entre el viento y la corriente, puede producir la impresión de que esta viene de proa. Colón «riñó» a sus marineros. Es posible que tuviera razón, aunque la verdad es que siempre se la atribuye, hasta cuando se equivoca. Pero el hecho es que no hubo a partir de entonces más quejas sobre el rumbo.

La mar estaba desierta, solo animada por el cabrilleo de las olas que reventaban por efecto del fresco alisio. Nadie osaba navegar por aquellos mares, tan lejos de la costa, y para todos, excepto al parecer para el Almirante, camino de ningún sitio; lo menos probable hubiera sido tener otra vela a la vista. Sin embargo, el 11 de septiembre, encontraron algo: «los marineros vieron un gran trozo de mástil de nao, de ciento veinte toneles, y no lo pudieron tomar». Aclarémoslo, aunque apenas parece necesario: los ciento veinte toneles no corresponden al mástil, sino al arqueo de la nao naufragada, que Colón podía calcular con bastante aproximación: probablemente había sido un poco mayor que la *Santa María*. No lo pudieron recoger, ya porque la mar estaba picada, ya por su gran peso, ya porque lo vieron tarde, y era complicado dar media vuelta contra el viento; la verdad es que tampoco se trataba de un pecio de gran valor. Tan solo la curiosidad de los marineros, que siempre ambicionan recoger todo rastro de obra humana que flota sobre la mar —y que tiene para ellos un lejano sabor de compañía en medio de la inmensa soledad azul—, les movió en el fracasado intento. Era el primer «indicio» que encontraban en su camino los expedicionarios: no en absoluto de la tierra a que esperaban llegar, sino de la que habían abandonado; un hecho que pudo proporcionar a Colón una idea de cuál era la verdadera dirección de la corriente. Aquel trozo de mástil no venía a prometer absolutamente nada, y en todo caso podía encerrar un triste

agüero, pues era sin duda el resto de un naufragio, el naufragio de un barco europeo, probablemente español o portugués, empujado por el viento y las corrientes mar adentro.

El tiempo era bueno, y el oleaje tanto menos erizado cuanto más se alejaban nuestros navegantes de Canarias: el cómputo de millas recorridas lo demuestra, si no bastara el hecho de que, cuanto más se aleja un barco del mínimo sahariano veraniego, a la altura de las Canarias, más flojo se hace el viento. También la corriente era menos fuerte. Un rumbo suroeste les hubiera llevado a meterse en el «callejón de los alisios», la zona en que los vientos son más intensos y constantes, la mejor ruta posible para atravesar el Atlántico en barco de vela. Pero el Almirante no lo sabía —lo aprendería más tarde—, y su obsesión, como ya hemos observado tantas veces, era navegar siempre al oeste, sin desviarse un ápice del rumbo previsto. Si algún hecho le obligaba a salirse de él, lo recuperaba cuanto antes, y seguía camino. El sol, ya cerca del equinoccio, salía casi exactamente por popa y se ponía casi exactamente por proa. Al anochecer, Venus, que había alcanzado su fase de máximo brillo a primeros de septiembre, seguía luciendo llamativamente hacia adelante hasta una hora después del ocaso. En lo alto, el Cisne, la Lira, el Águila, y la Vía Láctea en todo su esplendor: la cinta plateada con esa sugerencia de misterio indescifrado, que siempre contagia al espectador más frío, descendía desde el cénit hasta las riquezas anonadantes de Sagitario, hacia el suroeste; todo maravilloso, como nacido de nuevo e incontaminado, en la limpieza de una noche como desde tierra y en nuestros tiempos no podemos ni imaginar. Hasta que salía la luna gibosa y menguante por popa, y todo el prodigioso panorama celeste empalidecía.

El ramo de fuego

De pronto, comenzaron a ocurrir hechos que hicieron pensar a Colón y a los suyos que aquel viaje era distinto de cualquier otro (y efectivamente lo era, aunque estos hechos fueron perfectamente naturales). Pero no cabe duda de que tales ocurrencias debieron causar sensación entre los tripulantes, y provocar en ellos la conciencia de una situación extraordinaria, si no la sentían ya. El Almirante miraba los acontecimientos con otros ojos, y cada signo contribuía a aumentar su fe indestructible en el hallazgo de nuevas tierras. Pero de una forma u otra, lo ocurrido a mediados de septiembre contribuyó a fijar en su mente, entre científica y quimerista, la idea de la existencia de un «meridiano mágico», como una línea divisoria entre dos mundos o entre dos partes del mundo, que le dominaría durante todo el resto de su vida. En la marinería, las novedades más constituirían motivos de alarma que de esperanza.

A comienzos de la noche del 15 de septiembre, la rutina de una navegación hasta entonces sin incidencias fue rota de pronto cuando «entre siete y ocho vieron caer del cielo un hermoso ramo de fuego en la mar, lejos de ellos cuatro o cinco leguas». El hecho debió impresionar a los miembros de la expedición, porque todas las historias coetáneas aluden a él. Algunos historiadores, quizá con más prudencia en la crítica de las fuentes que conocimiento científico, piensan que el hecho no pasó de ser una ilusión o un fruto más de la calenturienta imaginación de don Cristóbal. Y no tiene por qué ser así. El hecho se ha repetido miles de veces, y las versiones de la época aluden con cierta frecuencia a «ramos de fuego» que caen del cielo. Hay varios dibujos de siglo XVI que representan a estos fenómenos como verdaderos

«ramos», incluso con flores, que caen de las alturas. Hoy les llamamos bólidos. Son fragmentos de materia cósmica que se encuentran con la Tierra, penetran en la atmósfera y se incendian como consecuencia de la fricción con el aire a velocidades del orden de 30 kilómetros por segundo. Unas veces estallan con estrépito, y se dividen en una serie de fragmentos o pedruscos que caen sobre la tierra en forma de meteoritos; en otras ocasiones, se volatilizan totalmente en la atmósfera como en una exhibición de fuegos artificiales… que son en este caso fuegos absolutamente naturales. Los muy grandes pueden llegar sin deshacerse hasta la superficie de la Tierra y provocar grandes impactos y tal vez daños de consideración. En el caso de aquel 15 de septiembre, parece que el bólido se incendió en la atmósfera hasta volatilizarse en una vistosa expansión de materiales ardientes: es el típico «ramo de fuego». Lo que hasta ahora no se ha dicho es que este fenómeno es más frecuente por esas fechas de septiembre que en ningún otro momento del año. La Tierra atraviesa entonces un enjambre de cuerpos de cierta magnitud, las Píscidas. No son abundantes en fragmentos pequeños, y por tanto las llamadas «lluvias de estrellas» apenas existen por aquellos días, como en otras fechas muy bien conocidas. Esta es la razón de que las Píscidas sean tan poco familiares a los aficionados a observar estrellas fugaces. En cambio, nunca han caído tantos bólidos espectaculares como a mediados de septiembre. Si tenemos la suerte de contemplar un fenómeno tan llamativo, lo más probable es que lo veamos por las mismas fechas en que el «ramo de fuego» sorprendió a Colón y los suyos. ¿Buen presagio? ¿Augurio de un próximo desastre? En aquellas tiempos, la gente era mucho más supersticiosa que ahora, y los marineros, por lo general en alto grado. El Almirante nada nos dice sobre la impresión que en la tripulación provocó el

espectacular ramo de fuego. Quizá nada buena. Por lo menos, Las Casas, que tuvo acceso a muchos testimonios, nos cuenta que «todas estas cosas (se refiere al bólido, y probablemente también a la fumarola del Teide o hasta los restos de un naufragio) alborotaban y entristecían a la gente, y comenzaban a estimar que eran señales de no haber emprendido buen camino».

La Corriente Ecuatorial del Norte

Al día siguiente, 16 de septiembre, cambió el tiempo. El Diario nos cuenta que «tuvo aquel día algunos nublados; lloviznó». Es la primera vez que la expedición tiene que soportar un día de mal tiempo. Hasta entonces, con viento fuerte o sin él, el cielo había aparecido despejado y el sol había brillado sin estorbo, lo mismo en el trayecto de la Península a Canarias que en la navegación por la inmensidad del Océano. El cambio de tiempo pudo ser otro mal augurio, aunque en alta mar los navegantes nunca desprecian la lluvia, si no viene acompañada de temporales, porque les supone la posibilidad de obtener un poco de agua de repuesto. Tender una amplia lona que vierte sobre un barril es un recurso bastante socorrido. Realmente, la mar estaba bonancible, no se atisbaba el menor presagio de tempestad, y la temperatura era deliciosa. Pero habían entrado en una zona distinta del Atlántico. En una de esas interpolaciones absurdas del Diario, que denuncian una posterior manipulación, el Almirante o su copista añaden el mismo 16 de septiembre: «siempre de allí adelante hallaron aires temperantísimos, que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores…». Como las versiones se desfiguran con facilidad, Pedro Mártir de Anglería, en la primera de sus *Décadas del Nuevo Mundo*, nos da la sorprendente noticia de que los navegantes oían cantar ruiseñores. La imaginación no llega a tanto, pero aquel clima

paradisíaco hizo concebir a Colón una bella metáfora, muy suya. Por supuesto, el 16 de septiembre no pudo saber el descubridor qué tiempo iban a disfrutar en adelante. Pero aquella húmeda templanza les acompañó los días siguientes, probablemente con menos nublados, pero con una temperatura casi constante día y noche, siempre agradable.

Un cambio de clima, más húmedo y más templado. Otra región del mar, dotada de características diferentes. Los expedicionarios habían navegado hasta entonces a favor de la corriente fría de Canarias. Esta corriente se forma cerca de la costa de Marruecos, a la altura de Mogador. El agua, por efecto del encuentro de dos masas líquidas distintas, y al chocar con la costa norteafricana, hace que la procedente de capas más profundas aflore a la superficie, a la que llega con una temperatura más baja que la normal: ya es sabido que el agua del mar es tanto más fría cuanto más profunda. Esta corriente fría envuelve a las Canarias, y es justamente la causa de que las Islas Afortunadas disfruten de un clima mucho más fresco que la vecina costa africana. La mar es allí un termostato maravilloso, que mantiene todo el año una temperatura ideal. La corriente fría de Canarias —paralela al prealisio, que es allí un viento relativamente fresco y casi siempre seco— garantiza un tiempo soleado y sin embargo no muy caluroso. Las temperaturas, en verano son más frescas, en invierno más templadas, que en las costas del golfo de Cádiz. El clima tiene características tropicales, pero con una grata excepción: no hay ciclones ni tormentas, ni estación de las lluvias. Los turistas que tanto en invierno como en verano acuden a las islas saben muy bien lo que hacen.

Más o menos a la altura del meridiano 40° y del paralelo 25°, la corriente de Canarias se amplía y va girando al oeste, hasta fundirse con la Corriente Ecuatorial del Norte, que

procede de latitudes más bajas, es más cálida y húmeda, y conduce directamente a las Antillas. Al mismo tiempo, el viento dominante, hasta entonces del NE, se hace del ENE, y hasta del E. justo: una circunstancia que permitió a las carabelas continuar su ruta, ahora con un cómodo viento en popa: afortunadamente, las tres llevaban velas «redondas», ideales para este tipo de navegación. El cambio de tiempo del 16 de septiembre se explica muy bien: cuando una corriente fría confluye con una cálida, (lo mismo ocurre en la atmósfera con los frentes) son más fáciles los nublados y las lluvias. En la desembocadura de la corriente de Canarias en la corriente Ecuatorial del Norte no se produce exactamente una zona específica de mal tiempo; simplemente la atmósfera acusa la mezcla de aguas. Más allá se alcanza el equilibrio, y el cielo tiende a despejarse, aunque sigue siendo abundante la humedad y pueden verse nubes, con frecuencia muy bellas, o algunas lloviznas. Una precisión en cuanto a las fechas: Colón y sus compañeros alcanzaron la confluencia el 18 de septiembre, cuando normalmente hubieran debido hacerlo, a aquella latitud, en la última decena del mes. ¿Ha cambiado el clima desde el siglo XV hasta ahora? Todo es posible, pero la causa de esa digresión cronológica es otra. A su tiempo conoceremos la solución. Y la nueva corriente, lo mismo que el nuevo viento, le ayudaban enormemente: el Almirante, que se equivocó a la salida de Canarias por un curioso efecto de divergencia ente el viento y la mar, acierta ahora plenamente cuando advierte: «ayudaba la corriente», en la entrada del 17 de septiembre. Todo iba a pedir de boca, y aquella corriente tibia, con viento nunca demasiado fuerte, pero siempre favorable, contribuía a aquel efecto delicioso de aires del paraíso.

Los sargazos

Siguieron ocurriendo cosas que hicieron pensar a los expedicionarios que habían penetrado en una zona distinta del mundo, o por lo menos en una nueva región de los mares. El 16 de septiembre «comenzaron a ver muchas manadas de hierba muy verde, que poco había que se había despegado de tierra, por lo cual todos juzgaban que se encontraban cerca de una isla». La mención de las hierbas se hace frecuente a partir de entonces, y expresa en ocasiones la admiración del Almirante y sus hombres. No parecía sino que las carabelas marchaban sobre una especie de pradera que tapizaba las aguas. La idea de que podían ser hierbas desprendidas de alguna tierra cercana les acompañó durante unos días: ¿de dónde, si no, podía proceder tan abundante follaje? Con todo, el optimismo de Colón convierte en hierbas lo que no son sino racimos de algas de color amarillento, que difícilmente pueden confundirse con cualquier especie de origen terrestre. Estas algas, el *sargassum bacciferum*, son un tipo de talofita de gran tamaño, generalmente de varios metros, a manera de cintas de estructura muy ramificada, y dotada de ampollas mucilaginosas, que pueden recordar a pequeños frutos. Los sargazos son más espectaculares que otras algas, y llenan a veces extensiones inmensas. Las dos fuentes que utilizan el manuscrito original del Diario, Hernando Colón y Las Casas, hablan de «hierba verde y amarilla», y el primero añade que «era semejante a la llamada *estrella*, y estaba toda cargada de frutos como de lentisco». Está describiendo bastante bien a los sargazos, aunque este tipo de alga tiende más bien a un tono rojizo o leonado, sin que deje de parecer verdoso en algunos lugares.

No podemos asegurar a ciencia cierta si fue Cristóbal Colón el descubridor del Mar de los Sargazos, o ya antes lo habían encontrado los portugueses por el camino de las

Azores: en todo caso, fueron ellos quienes le pusieron nombre. Algún testigo comentó más tarde que un viejo marinero de Palos, Pedro Vázquez de la Frontera, que había navegado con el portugués Pedro de Teive por las inmediaciones de las Azores, previo al Almirante sobre el mar de hierba que iba a encontrarse. Por supuesto, que hubiera recibido tal advertencia es posible, pero resulta evidente la sorpresa que muestra Colón al encontrar las algas, y su suposición de que tienen un origen terrestre. Por lo menos, fue el primero en denunciar su existencia ante la historia. Don Cristóbal, eso es preciso recordarlo desde el primer momento, es tan fino observador como exagerado en sus apreciaciones e imaginativo descubridor de «señales ciertas de tierra». Por eso comete unos cuantos errores o por lo menos exageraciones cuando nos habla de las algas. Los sargazos no son tan verdes como asegura, porque su deseo de llegar a alguna costa le hace confundir los colores. Tampoco son tan densas como puede inferirse de la lectura del Diario: diríase que las carabelas se enredan en una masa casi pastosa de hierbas, cuando su densidad real, al menos en nuestros días, no pasa de un gramo por metro cuadrado: existen zonas, por supuesto, donde se acumulan en mayor abundancia, pero nada recuerda la impresión que dice reflejar el descubridor de América. ¿Había entonces más algas que en nuestros tiempos? Aunque lo admitamos, también parece necesario admitir la probabilidad de una hipérbole por parte de nuestro navegante: ninguna descripción de aquellos tiempos es tan espectacular como la suya.

El Mar de los Sargazos es una de las curiosidades más interesantes de esa inmensa sábana de agua que es el Atlántico. Forma como un gran óvalo, con una superficie de cinco millones de kilómetros cuadrados —es decir, como diez

veces la Península Ibérica—, que se extiende con su eje mayor de ENE a OSO, desde cerca de las Azores hasta una zona de alta mar, entre las Bermudas y las Antillas. Se trata, si atendemos a las corrientes marinas, de un gigantesco remanso, circundado por la corriente del Golfo al Oeste y al Norte, y la corriente de Canarias y la nordecuatorial por el Este y el Sur. Un remanso en las aguas y en el aire, puesto que allí dominan los vientos flojos y variables, entre las borrascas atlánticas por el norte y los alisios por el sur. Y no es una casualidad que allí se acumulen las algas, así como en el remanso de un río se acumulan, inmóviles, los objetos flotantes, hojas o ramas. Lo que va a parar allí, sin vientos ni corrientes que se lo lleven, tiende a permanecer indefinidamente. Lo más interesante de todo es, sin embargo, que el mar de los Sargazos no parece constituir un simple remanso o lugar de acumulación de materia flotante, sino que, por causas no bien explicadas, posee unas características especiales, como si se tratase de un mar distinto, una isla de agua en medio del Atlántico. Hay otros remansos en los océanos, pero ninguno posee las características tan peculiares del mar de los Sargazos. La salinidad del agua es mayor que en el resto del océano, lo mismo que su temperatura y la vida que en su superficie se alberga no tiene relación con la de otras regiones del Atlántico. Allí se desarrollan especies de algas únicas en el mundo, y hasta pequeños crustáceos como el *nautilograpsus minutus*, un cangrejo que vive entre las algas, y de sus restos se alimenta. Nuestros aventureros encontraron varios de ellos, y el mismo Colón habla en su Diario de «un cangrejo vivo», que guardó cuidadosamente como muestra. Y el hallazgo aumentó su esperanza de encontrar pronto tierra, pues que nunca se ha visto un cangrejo en alta mar. Realmente, aquellos pequeños crustáceos viven sobre las

algas, como si de una costa se tratara; pero el Almirante, siempre ansioso y optimista a la hora de suponerse cerca de tierra, imaginó que aquel hallazgo era una buena señal. Curiosamente, los Sargazos, a pesar de su fuerte salinidad, sirven también de residencia temporal a algunas especies de agua dulce, como las anguilas de los ríos europeos, que acuden a aquella zona para desovar.

El principio de inmiscibilidad de las grandes masas de agua teorizado por Le Danois, y que hoy, con algunas variantes todavía se mantiene, contribuye a explicarnos el misterio del mar de los Sargazos. Las masas de agua se respetan unas a otras, conservan su temperatura, su densidad, su salinidad, su proporción de oxígeno disuelto, y por tanto sustentan especies vivas distintas. Las del mar de los Sargazos parecen más antiguas que las del resto del Atlántico: pueden corresponder, incluso, a especies de plantas o pequeños animales propios de épocas desaparecidas. Algunos autores creen que el mar de los Sargazos es el resto mejor conservado del antiguo *Thetys*, el mar que en la era terciaria circundaba el planeta. Sería algo así, valga la expresión, como un «mar fósil», como un museo natural capaz de conservar vestigios de otros tiempos geológicos, o formas de vida vegetal o animal que, sin ser los de entonces, han ido evolucionando por su cuenta y adaptándose a las circunstancias del medio. Y no falta quien piense, como creyó interpretar Colón, que los «sargazos», con sus ramificaciones y sus frutos, son descendientes de antiguos árboles o arbustos, que hace cuarenta millones de años pudieron crecer en tierra.

Si el Almirante conociese estas teorías, es posible que su calenturienta imaginación hubiese relacionado aquel curioso mundo marino con las islas flotantes de que en Canarias o en Madeira habían oído hablar, o con la mítica Atlántida.

Tanto él como los pilotos y marineros estaban convencidos de que se hallaban cerca de tierra. ¿De dónde podían proceder si no aquellas hierbas? De modo que se redobló la vigilancia día y noche, ante la posibilidad de descubrir una costa en cualquier momento. ¿Se hallaban ya próximos a su punto de destino? ¿Estarían bordeando cuando menos un grupo de islas hasta entonces desconocidas? La profundidad del agua parecía escasa, a juzgar por la abundancia de algas, y por un hecho más sorprendente todavía: las aguas estaban tranquilas, y no se levantaba oleaje, ni siquiera cuando soplaba un viento fresco. Colón, para cerciorarse de la proximidad de una costa, o para prevenir posibles escollos o bancos de arena, hizo echar la sonda. No tocó fondo, y entonces se unieron varias cuerdas, hasta una longitud de doscientas brazas, de las que colgaba un buen pedazo de plomo. Increíble: ¡no se tocaba fondo! El Almirante estaba muy lejos de suponer que se encontraba en una de las zonas más profundas del Atlántico, y que el fondo que buscaba se encontraba a 4500 metros bajo las aguas.

Así fue como de la esperanza se fue pasando al temor. No solo todo era distinto a los demás parajes del mundo conocido, sino que la acumulación de las «hierbas» podía ser un peligro terrible para la navegación. ¿Y si los timones se enredaban en las largas cintas amarillas y las naves se tornaban ingobernables? ¿Y si alguna de aquellas aglomeraciones acababa rodeando los navíos como un pulpo gigantesco, hasta detenerlo por completo? Es probable que Colón o alguno de sus marineros conociesen las leyendas irlandesas o bretonas sobre estos pulpos capaces de arrastrar los barcos al fondo del mar. A no ser que en tiempos de Colón la densidad de las algas fuese mucho mayor que ahora, no existían motivos de temor, salvo en zonas aisladas y más aglomeradas que podían esquivarse. Tampoco los

Sargazos alcanzan gran profundidad; todas las algas flotan, y apenas se encuentran hierbas marinas por debajo de los dos o tres metros de agua. Pero nuestros navegantes no conocían las particularidades de aquellas hierbas flotantes, y temían que un inesperado adensamiento pudiese constituir una barrera infranqueable. Temor y esperanza al mismo tiempo. Indicios de tierra cercana y profundidades insondables. Peligro de quedar empantanados en aquella masa viscosa y un tiempo delicioso, sin apenas diferencias entre día y noche. Lo mismo podían estar a las puertas del paraíso que a las del infierno.

Colón no dejaba de preguntarse dónde se encontraba, a la vista de tantos y tan contradictorios indicios. Sin duda en una parte del mundo distinta a la conocida, pues que hasta las brújulas no señalaban el norte, por efecto de otra constatación sorprendente, a la que enseguida nos referiremos; pero es preciso no olvidar que llevaba consigo un mapa en el que había puesto su confianza, fuese una copia del de Toscanelli, como cree casi todo el mundo, fuese otro que había conseguido agenciarse por su cuenta, a la vista de todas las informaciones que había reunido. La sugerencia de las «hierbas» y «el agua más dulce» (otro error garrafal del Almirante, inspirado por sus deseos: de hecho el agua era allí más salada que en ninguna otra región del Atlántico) alumbraba las esperanzas de encontrarse cerca de alguna tierra. ¿Qué tierra? Evidentemente, no Cipango o Catay, es decir, todavía no el Extremo Oriente. De acuerdo con sus cálculos, un poco más optimistas todavía que los de Toscanelli, Cipango, esto es, Japón, se encontraba unas 750 leguas al oeste de Canarias; y Catay, China, debía estar a unas 1000. Colón suponía que estaba cerca de una isla o un grupo de islas, «porque tierra firme hago más adelante». Llevaba recorridas, según sus cuentas —también en exceso

optimistas— unas 350 leguas, esto es, menos de la mitad del trayecto hasta Cipango. Ahora bien, todos los testimonios inducen a suponer que Colón esperaba encontrar en su camino algunas islas, y hasta es posible que su prurito de seguir sin desvío alguno el paralelo 28° tuviera como objeto principal llegar, no a Cipango o a Catay, que podían estar un poco más al sur, sino a esa isla de que tenía noticia. No conocemos la carta de Toscanelli, ni tampoco la supuesta copia que el Almirante llevaba consigo; pero tenemos una pista más o menos aproximada en el famoso globo de Martín Behaim, que por muchos indicios parece estar inspirado en el mapa o por lo menos en las teorías de Toscanelli. Y en el lugar en que Colón creía encontrarse por el 18 de septiembre Behaim había dibujado la isla Antilia, justo en el paralelo 28°. La palabra Antilia (que más tarde trascendería a las islas del Caribe) tenía una sugerencia, como en su lugar hemos apuntado, de una tierra situada en los antípodas, pero las tradiciones medievales, que la confundían a veces con la isla de las Siete Ciudades, colocaban la Antilia bastante más cerca, en pleno Atlántico, a unas dos mil millas al oeste de las Canarias o Madeira; en un punto alcanzable con cierta facilidad, y que además podría servir de escala y punto de aprovisionamiento para quienes desearan llegar más lejos. Las Capitulaciones de Santa Fe aluden a «islas y tierra firme en la Mar Océana». Las islas aparecen siempre en primer lugar, y el propio testimonio de Colón nos anuncia su propósito de llegar a las islas antes que a tierra firme. Por otra parte, la leyenda atribuía a la isla Antilia una gran riqueza y cualidades lo suficientemente apetecibles para que un navegante, lanzado a una aventura cósmica, como Colón, pretendiese llegar a ella.

Las señales, las hierbas, la mar engolfada que no se picaba, como si navegaran por entre un archipiélago, los

delfines que saltaban, y suelen vivir próximos a las costas, los cangrejos, que no se alejaban de ellas, las aves que volaban sobre las carabelas —y no se sabía que las aves pudieran dormir en alta mar—, todo parecía pronosticar el pronto hallazgo de alguna tierra. Una vez disipados los temores de quedar atrapados entre las algas, «iban muy alegres todos, y lo navíos quien más podía andar andaba, por ver primero tierra», escribe Colón el 17 de septiembre. Debió ser aquel uno de los momentos más esperanzados de toda la travesía. El 18, la *Pinta*, que al menos desde el cambio de aparejo era la más velera, se adelantó, rompiendo la formación, porque había atisbado hacia estribor unas nubes sospechosas que parecían ocultar algo. En alta mar una aglomeración de nubes que rompe la regularidad de la línea del cielo, puede anunciar una isla. Colón no precisa más en su Diario, quizá porque no gusta de contar fracasos, pero la *Historia del Almirante* advierte que Martín Alonso Pinzón «creyó ver tierra a distancia de quince leguas, al ponerse el sol». El ocaso, sobre todo cuando se navega hacia el oeste, es propicio a estas visiones engañosas. Tras la *Pinta* fueron los otros dos navíos. La nao capitana hubo de arriar una boneta (un foque), no sabemos si por haber refrescado el viento o por medida de precaución, ante la posibilidad de toparse con tierra en medio de la noche. Nada hallaron, sin embargo, y cuando amaneció el 19 de septiembre solo se vieron en torno a los barcos mar y nubes. Aquel día llovió, por segunda vez en toda la travesía, pero de la tierra avistada no hubo la menor señal. Fue el primero de los falsos descubrimientos, atisbos que en un principio alborozaban a los expedicionarios, pero que, al constatarse el fiasco, desanimaban más que otra cosa. Todos deseaban ser los primeros en divisar tierra (entre otras razones para cobrar el premio que los Reyes Católicos habían prometido), pero con

el transcurso de los días, los pseudodescubrimientos acabaron descorazonando tanto a los hombres, que ya en el tramo final del interminable viaje se pusieron todos de acuerdo en que aquel que gritase *¡Tierra!*, y resultase equivocado, perdería el derecho al premio, incluso si era el primero, más tarde, en ver la tierra tan ansiosamente deseada.

El Almirante es un verdadero artista a la hora de disimular sus desencantos. El 19 de septiembre no niega la posibilidad de estar navegando por entre un archipiélago, pero «no quiso detenerse barloventeando... para averiguar si había tierra; mas que tuvo por cierto que a la banda del Norte y a la del Sur había algunas islas..., y placiendo a Dios a la vuelta se vería todo...». En realidad, ahora lo sabemos bien, no había islas por los alrededores; Colón hubiera perdido el tiempo merodeando por el mar de los Sargazos. Tampoco las iba a encontrar en el viaje de regreso. Aquellas tierras de las que estaba tan «cierto» no iban a aparecer jamás. Probablemente la certeza no era tan fuerte como el Almirante la declara. Y sabía muy bien que prolongar inútilmente la travesía en continuos virajes, persiguiendo islas esquivas y engañosas, desanimaría más a una tripulación que había visto frustradas sus esperanzas el día anterior, y comenzaba a impacientarse por la duración de una travesía que no se sabía dónde iba a terminar, si es que iba a terminar en algún sitio.

Aguja y estrella

De pronto, todo era distinto. Un fenómeno que aquellos días comenzó a intrigar al Almirante, hasta provocar finalmente en él una perplejidad angustiosa, comenzó a manifestarse ya el 13 de septiembre. En esa jornada, después de anotar, como de costumbre, el rumbo y la distancia

recorrida, añade una escueta nota: «al comienzo de la noche las agujas noroesteaban, y a la mañana nordesteaban algún tanto». Se conoce que Colón llevaba más de una brújula, puesto que habla en plural, y observa un fenómeno curioso, que no parece frecuente: las brújulas, al anochecer se desvían ligeramente hacia el oeste y al amanecer se desvían un poco hacia el este. Para constatar esta inquietante variación, es preciso admitir que el Almirante cotejaba la dirección señalada por la brújula con la indicada por la estrella Polar, puesto que no existía otro modo de comprobar si las agujas nordesteaban o noroesteaban. La estrella era la pauta universal, la guía que no falla. No sabemos si quien descubrió la anomalía fue el propio Almirante, siempre preocupado por mantener el rumbo, o si fue otra persona, el segundo de a bordo, Juan de La Cosa, o el piloto de la nao, Sancho Ruiz. Tampoco sabemos si la comprobación de este hecho dejó perplejo al Almirante, o si de momento describe el fenómeno como una simple ocurrencia, provocada por cualquier perturbación momentánea de la aguja magnética (es un hecho que con cierta frecuencia ocurre), o por la presencia de cualquier objeto metálico cerca de la bitácora, capaz de provocar esa desviación. Lo cierto es que el descubridor, atento siempre a todas las incidencias, tomó nota de lo ocurrido, y se dispuso a seguir observando.

Y en las noches sucesivas no solo constató que se mantenía la anomalía, sino, más aún, que esta se acentuaba, y lo peor fue que el amenazador descubrimiento trascendió a parte de la tripulación. Así nos dice el Diario del 17 de septiembre: «Tomaron los pilotos el Norte, marcándolo, y hallaron que las agujas noroesteaban una gran cuarta, y temían los marineros, y no decían de qué. Conociólo el Almirante; mandó que tornasen a marcar el Norte en amaneciendo, y hallaron que estaban buenas las agujas. La

causa fue porque la estrella parece que hace movimiento, y no las agujas». Tomar el Norte es la curiosa ceremonia que algunos tratadistas náuticos de la época conocen como «la bendición del piloto». Este apuntaba el brazo hacia la estrella Polar, con la mano extendida en posición vertical, y luego la dejaba caer toda derecha hasta posarla sobre el borde de la rosa de los vientos. Era una forma de corroborar la bondad de la brújula, tomando como referencia la posición de la estrella. Colón había advertido ya una cierta discordancia el 13 de septiembre, y seguramente siguió observando con creciente temor esa discordancia en noches sucesivas; pero fue el 17 cuando la digresión entre estrella y aguja se hizo tan escandalosa que la advirtieron los pilotos, y muy pronto la noticia llegó a los marineros. Que el Almirante estaba bien enterado de los hechos y los había seguido jornada a jornada parece demostrarlo con su consejo de que «tornaran a marcar el Norte en amaneciendo». El día 13, al amanecer, las agujas nordesteaban; el 17, en cambio, «estaban buenas». Colón no se hubiera atrevido a aconsejar el experimento si no supiera que las cosas iban a aparecer normales de madrugada. Los pilotos debieron tener sus dudas, y, por supuesto, el Almirante se hacía todas las preguntas del mundo.

¿Qué era lo que variaba, la aguja o la estrella? Colón estaba constatando dos variaciones: la brújula se desviaba cada vez más al oeste conforme se adentraba en el Atlántico; pero por otra parte su dirección con relación a la estrella variaba según que se observase al anochecer o al amanecer. El texto del Diario, tal como lo conservamos, contiene varios errores, porque alguien debió modificar las palabras de Colón o creyó entender más que este; pero lo cierto es que el descubrimiento fue doble: que la brújula cambia de dirección conforme se navega hacia el Oeste, y que la posición de la

estrella con respecto a la brújula cambia periódicamente, según se observe al anochecer o al amanecer. En otras palabras, descubrió los cambios de la estrella y los de la brújula. Desde que lo escribió Humboldt se ha venido afirmando —y se sigue afirmando— que fue Colón quien descubrió las variaciones de la declinación magnética. Solo hasta cierto punto: no solo él sino todo el mundo sabía que en distintas regiones las agujas señalan también en direcciones distintas; por entonces, era costumbre usar dos tipos de agujas: las «flamencas», destinadas a los mares del Norte, que exageraban más la tendencia al este y por tanto habían de ser «cebadas» con un ángulo mayor para que marcaran correctamente, y las «genovesas», destinadas a la navegación por el Mediterráneo, donde la desviación era menor, y el «cebado» tenía menor grado de desviación. Como en otro lugar queda dicho, se llamaba «cebar» al hecho de desviar la rosa situada sobre la aguja hasta que la punta norte, señalada siempre con una flor de lis, se dirigiera exactamente hacia la misma dirección que la estrella Polar, la guía universal de todos los navegantes. La aguja se desviaba del Norte, pero el «cebado» de la rosa corregía esta desviación. Colón no descubrió estas diferencias, que eran ya conocidas, sino la variación de la declinación de la aguja en función de la longitud geográfica. Y era curioso: cuanto más a oeste se navegaba, más al oeste se desviaban las agujas, cuando parece que debiera ocurrir todo lo contrario. Colón debió quedar sorprendido por el fenómeno, pero procuró ocultar su desconcierto.

Quizá convenga recordar de nuevo en este punto que en casi ningún lugar de la Tierra y casi en ningún momento de la historia una brújula señala exactamente el norte (o el sur), sino que está regida por los polos magnéticos, que no coinciden con los polos geográficos. En los tiempos de Colón

el polo Norte magnético se encontraba al NE de la península de Taimyr, en Siberia, y la brújula, en cualquier punto de Europa se desviaba ligeramente hacia el este (y tanto más hacia el este cuanto más al norte se situara la brújula). Por ejemplo, en Escocia se desviaba unos 12º al este, mientras que en el puerto de Palos la desviación era solo de 4º. En Canarias disminuía hasta 3º. Hoy día, las brújulas, en Europa, se desvían ligeramente hacia el oeste. En 1900, la desviación en el puerto de Palos pasaba de 12º, mientras en 2005 la desviación es solo de 3º. En América, en cambio, las brújulas se desvían hacia el E., lo mismo que en el siglo XV en Europa. ¿Qué es lo que ocurre? Que el polo magnético, por motivos que todavía en parte se nos escapan, se pasea en torno al polo geográfico con andares un tanto caprichosos. A principios del siglo XX se encontraba cerca de la bahía de Baffin, al NE de Canadá, y a principios del siglo XXI resulta que ha emigrado más de mil kilómetros hacia el norte; concretamente, en 1994 se situaba sobre una de las islas más septentrionales del mundo, Ellef Riges Island, a 82º de latitud. Pero ocurre que, de pronto, la deriva del polo magnético se ha acelerado, y de 10 Km/año que se movía en el siglo XX, ha pasado ahora mismo a 40 Km/año. En 2004 ya se encuentra a 350 Km al N. de la citada isla. Allá por el año 2020, cuando el polo magnético pase a no más de 500 Km del geográfico, las indicaciones de la brújula serán más exactas que nunca. Y se piensa que hacia 2060, con el polo magnético cerca de Nueva Zembla, al norte de Siberia, las brújulas marcarán en una dirección parecida a la del tiempo de Colón. Eso, por supuesto, si mientras tanto el polo magnético no siente la tentación de decelerar o cambiar su ruta de paseo, porque su comportamiento es en último término impredecible[2]. No es preciso que prolonguemos estas consideraciones, que pudieran resultar un poco

tediosas para algún tipo de lector: bástenos en este punto saber que a fines del siglo XV, cuando nuestras tres carabelas corrían su extraordinaria aventura, todos los navegantes sabían que las agujas «nordesteaban». Pero he aquí que hacia el 11 de septiembre, pocos días después de la salida de Canarias, el futuro Almirante y los suyos atravesaron la «línea agónica», aquella en que la aguja señalaba exactamente el Norte; y cuanto más a oeste navegaran, la desviación magnética iba a «noroestear», y cada vez más.

El descubrimiento de que la declinación magnética puede desviarse al oeste lo mismo que al este, y que la variación depende de la longitud geográfica, sí fue un descubrimiento de Colón, y no es despreciable. Pero algo más descubrió, y este otro hecho representa el más grande descubrimiento que nuestro intrépido navegante hizo en su vida, después del de América. En efecto, la aguja señalaba cada vez más al oeste, pero a su vez, ocurre que al anochecer marca con respecto a la estrella más al oeste que al amanecer. Y esta otra variación, con periodicidad de doce horas, sugirió a la prodigiosa intuición del genovés una sospecha de mayor calibre, realmente dramática: «la causa fue porque la estrella parece que hace movimiento». Seguramente no añadió «y no las agujas», ni otra posterior: «y que las agujas piden siempre la verdad». ¡Cómo iba a decir que las agujas piden siempre la verdad, si acaba de descubrir la variación progresiva de la dirección de las agujas! Lo que le sorprendió más fue el cambio experimentado en la dirección aguja-estrella entre el anochecer y el amanecer, cambio que se repetía periódicamente cada 24 horas, y que atribuyó con genial intuición al movimiento de la estrella. Ahora bien, este último y sensacional descubrimiento lo anotó en su Diario, pero se cuidó muchísimo de hacerlo público.

Y lo peor de todo es que el copista atribuye a Colón una explicación a los marineros que nunca pudo dar. Todo el mundo, incluyendo muchos eminentes historiadores, dan por buena la versión de que el descubridor «tranquilizó a los marineros» diciéndoles que era la estrella la que se movía y no las agujas. Imaginemos un profesor que tranquiliza a sus alumnos diciéndoles: «no se preocupen ustedes: esa vibración que experimenta el aula no se debe a un camión pesado que en este momento atraviesa la calle; se trata simplemente de un terremoto». Que se mueva la aguja no es un hecho insólito, y los marineros debían saberlo bastante bien: en unos lugares la brújula apunta en una dirección y en otros se desvía de ella; siempre se aproxima a la línea norte-sur, pero es muy difícil que la coincidencia sea exacta. En determinados lugares se experimentan anomalías magnéticas, y en los países del Norte la aparición de las auroras boreales u otras perturbaciones provocan momentáneas y espectaculares variaciones de la brújula. Cualquier marino de entonces sabía que aproximando un objeto metálico a la rosa de los vientos, las direcciones que marca son erróneas (de aquí que estuviera prohibido acercar objetos de hierro a la bitácora). La brújula era entonces —mucho más que en los tiempos de la guía por satélite y el GPS— un instrumento de utilidad indispensable; pero también se sabía que era preciso corregir su dirección, porque no señala exactamente el Norte. Pero que se mueva la estrella, que se mueva el sempiterno eje de los cielos, que ha servido a los hombres y especialmente a los navegantes para orientarse en el firmamento y en los mares, que oscile la columna fundamental e inconmovible de la Creación, es una realidad inquietante, vertiginosa. Colón no pudo decir tal cosa a los marineros, y mucho menos tranquilizarles con el movimiento de la estrella. Conservó el sensacional

descubrimiento para sí. No sabemos si desde el primer momento se dio cuenta del significado del movimiento de la Polar o no intuyó por entero la realidad hasta el 30 de septiembre. El Almirante pudo sumirse en un angustioso mar de confusiones, por si no estuviera navegando ya por un enorme y desconcertante mar que parecía no tener fin. Pero en su cuaderno de navegación, escueto y casi siempre frío —ya por la índole de sus anotaciones, ya por haberlo revisado antes de su prometida entrega a los Reyes Católicos— no se advierte un ramalazo de angustia, ni siquiera de incertidumbre. Las carabelas seguían impertérritas hacia el oeste (¿exactamente hacia el Oeste?: eso ya nadie podía afirmarlo ni comprobarlo de ninguna manera), llevadas por la fe indestructible de Colón hacia un destino que todavía no tenía nombre.

El meridiano mágico

El «ramo de fuego», un mar de hierbas inexplicable, un clima paradisíaco, en que apenas existe diferencia entre el día y la noche, el extraño comportamiento de las agujas y el más extraño todavía de la estrella hubieron de dar al Almirante la noción de encontrarse en un mundo distinto, en «otro mundo» (¡si se quiere ya en un *Nuevo Mundo*!) a partir de mediados de septiembre de 1492. Estaba todavía más cerca de Canarias que de América —aunque él, por supuesto, no lo sabía—, pero todo era diferente. Nadie se había atrevido a navegar, al menos intencionada y conscientemente, por las honduras del Océano; y las consecuencias de aquel atrevimiento se estaban tocando ya, aunque resultaba muy difícil encontrarles explicación. En el Diario, sabido es, no trascienden las dudas ni las angustias; y no sabemos hasta qué punto tan desconcertantes realidades tenían al Almirante sumido en la perplejidad. Pero Colón habría de atravesar el Atlántico otras tres veces (y le

quedaban cuatro viajes más de regreso), y siempre se iba a encontrar con las mismas sorpresas, que quizá por lo repetidas ya lo fueran menos, aunque no por eso menos inexplicables. De aquí que al final de sus años viajeros escribiese a los Reyes Católicos, con su espíritu didáctico de siempre: «acuérdome que navegando a las Indias, siempre que yo paso al poniente de las islas Azores cien leguas, allí hallo mudar la templanza, y esto es todo de Septentrión en Austro»: es decir, que se encuentra esa zona de templanza (aire tibio y casi sin diferencia entre el día y la noche), siempre al traspasar esa longitud geográfica, sea cual fuere el paralelo por el que se navegue. Hay, pues, un meridiano a partir del cual cambia el ambiente y las condiciones de la atmósfera, como si ya no hubiese estaciones ni horas diferentes. Y no solo eso: más tarde escribiría el Almirante: «cuando yo voy de España a las Indias, hallo, luego, pasando cien leguas al oeste de las islas Azores, grandísimo mudamiento en el cielo y en las estrellas, y en la temperatura del aire y en las aguas de la mar»... «Dentro de la misma raya, hacia poniente, la temperatura del cielo es muy suave, y no discrepa de la cantidad, sea en invierno, sea en verano». Todo es distinto, como si a partir de aquella raya mágica se penetrase en otro planeta. Colón no se atreve de momento a aventurar las causas de aquella prodigiosa transición: pero desde el primer viaje tantos cambios —y tantos sucesos de orden distinto a los del mundo conocido— le persuadieron de la existencia de una nueva realidad. Y esa realidad era más parecida a lo que estaba buscando que a lo que acababa de abandonar.

Las Casas, que sin duda está utilizando el testimonio del propio Colón —y hasta parece recoger frases textuales del Almirante que él mismo, en la copia del Diario no transcribió— cuenta que los marineros se extasiaron ante tan

grato y al mismo tiempo inquietante, por distinto, cambio en las condiciones del cielo y de la mar, hasta el punto de que «pensaban que debían estar en otro mundo». La idea puede ser tanto de Colón como de los marineros. En suma, todos estaban convencidos de haber atravesado una especie de «meridiano mágico», a partir del cual todo era radicalmente distinto y tenía un indisimulable sabor de paraíso. Sería cuestión de estudiar —que el asunto no está estudiado en absoluto— hasta qué punto el descubrimiento de un «meridiano mágico» a que desde el primer momento aludió Colón como frontera de separación entre dos mundos distintos, pudo influir en el criterio que inspiró las bulas alejandrinas de 1493-1494, que dividían el mundo a descubrir por españoles y portugueses tomando como referencia un meridiano que coincidía sensiblemente con el «descubierto» por el Almirante. Más tarde, el prurito de llevar el hemisferio español más lejos, en demanda de unas verdaderas «Indias» que se encontraban a inconmensurable distancia, a cambio de lo que los portugueses ya habían encontrado en el Atlántico, depararía a nuestros vecinos gran parte de Brasil, sin otra ventaja para España que las Filipinas… y la inmensidad desolada del Pacífico. Pero (volvamos a nuestro comentario del primer viaje colombino), la idea del «meridiano mágico», producto solo en parte de la realidad, en muy alta proporción a la imaginación tantas veces calenturienta del navegante, no parece deberse sino a las condiciones que reinan en el límite septentrional de la Corriente Ecuatorial del Norte, con sus aires deliciosos, su mar pacífica, las «hierbas», el ambiente suavemente húmedo y acariciador, y los hasta entonces desconocidos comportamientos de la aguja y la estrella. Los navegantes pensaban encontrarse en otro mundo. No es exactamente otro mundo. Pero aquel camino les conducía a

él.

Las latitudes de los caballos

No imaginaba Colón que si continuaba adentrándose en aquellas delicias comprometía gravemente su expedición y se exponía a las más dramáticas consecuencias. En efecto, los «aires suavísimos» acaban transformándose en calmas chichas. El anticiclón subtropical, el que aquí llamamos anticiclón de las Azores, tiene, estadísticamente hablando, la forma de un gigantesco óvalo cuyo eje principal, se extiende de ENE a OSO. El lector habrá advertido que el mar de los Sargazos ofrece una disposición similar, y el hecho dista de ser una simple coincidencia. Los Sargazos se acumulan en una zona de remanso de las aguas y del viento, y este remanso está inferido por el apacible régimen anticiclónico que coincide, además, con el régimen de las corrientes. Colón siguió, por razones últimas que solo él conocía, su camino hacia el Oeste a lo largo del paralelo 28º. No es, desde el punto de vista de la navegación, el más favorable. Aquel otoño de 1492 el anticiclón de las Azores mantuvo por más tiempo del habitual su posición de verano, en una latitud más alta que en otras estaciones. Esta circunstancia, una suerte más de las muchas que favorecieron en aquel viaje al futuro Almirante, permitió navegar a favor del alisio más espacio de lo que es habitual. En efecto, como el anticiclón se extiende de ENE a OSO, hasta la longitud geográfica 40º permite navegar por el paralelo 28 con viento en popa. Pero más allá, lo normal es que los navíos se engolfen en el centro del anticiclón y se vean abocados a un régimen de vientos variables, y, lo que es peor, de calmas. Colón debió haber escogido una latitud más baja, como hicieron luego los veleros que tomaban la ruta de las Indias, y dejándose conducir por el «callejón de los alisios», iban a parar, justo a las tres semanas de navegación, a la isla

Deseada. Aquella práctica acabaría convirtiéndose con los años en una rutina. Y el mismo descubridor, en su segundo viaje, ya sin los prejuicios del primero, habría de seguir esta ruta más cómoda y más rápida, que le condujo a las Pequeñas Antillas.

En 1492, por motivos que pudieron ser muy serios, pero que no conocemos con certeza, siguió el paralelo 28°, el mismo de La Gomera, que si en el primer tramo del trayecto le permitió navegar con viento favorable (aunque cada vez más flojo) en la dirección que quería, le introdujo paulatinamente en las llamadas «latitudes de los caballos». Por más que los marinos las llamen así, no se trata de una latitud fija, sino de una zona que cambia según las circunstancias y según la época del año, pero que siempre se encuentra en un lugar intermedio entre los alisios y los vientos predominantes del oeste, más o menos a la mitad de la ruta que siguió Colón. El nombre se debe al hecho de que los navíos que se dirigían a las Indias y se encontraban con esta zona de calmas, podían quedar empantanados durante días y semanas enteras, al punto de que se veían obligados a sacrificar la mercancía más preciosa que llevaban, los caballos —que en el Nuevo Mundo se pagaban a precio de oro— para poder subsistir. Hoy día, nada más fácil para una motonave que surcar estos mares encalmados y deliciosos; pero cuando la navegación debía efectuarse a vela, los marinos expertos hacían todo lo posible por eludir las «latitudes de los caballos», aunque en ocasiones los caprichos de los vientos les condujesen indeseadamente a aquella zona del Océano en que el viaje amenazaba eternizarse.

Colón no sabía nada de esto. Hasta entonces las carabelas y la nao habían marchado viento en popa y a buen andar, con un promedio nada despreciable de 28 leguas (150 millas)

por día; pero a partir del meridiano 45° el viento comenzó a ceder, y la marcha se hizo más lenta. Los días 20, 21 y 22 de septiembre encalmó el aire, y hasta tornó a soplar, flojo, del suroeste. Era una sorpresa que venía a cambiar por completo todas las perspectivas. ¿Es que el alisio no soplaba en las latitudes tropicales a lo largo de todo el Atlántico? Era una contrariedad que podía echar abajo el proyecto del viaje. Y sin embargo, el jefe de la expedición, que sabía encontrar con habilidad suprema la parte buena de cada circunstancia, halló aquí un nuevo motivo para tranquilizar a sus hombres ¿No temían estos que los vientos constantes de levante impidiesen el regreso? Porque, efectivamente, estaban realizando toda su travesía con vientos de popa, a una velocidad muy apreciable para aquellos tiempos, y sin la menor dificultad desde el punto de vista de la navegación. Pero si a Colón solo le preocupaban sus Indias, los marineros no eran tan lerdos que no pensaran en el viaje de regreso que algún día deberían emprender, por muy maravilloso que fuese el paraíso que el Almirante les prometía, para retornar a su patria, donde habían dejado casa, familia y amigos. Y las dudas sobre la posibilidad de este regreso se iban acentuando, conforme pasaban días y días siempre con vientos constantes del Este. Las carabelas, menos aún la nao, no podían barloventear tal como lo hace hoy un balandro: a lo sumo podían navegar en un ángulo de 55 a 60° frente al viento; si el viaje de ida duraba, por ejemplo, un mes, el de regreso se prolongaría durante seis u ocho, lo suficiente para que los expedicionarios muriesen de hambre, o se perdiesen en el Océano tras una serie de incesantes barloventeos. Se explican por consiguiente las inquietudes. Y el inesperado cambio de viento permitió a Colón levantar la moral de sus hombres. ¿No temían que la falta de vientos de poniente les impidiese regresar a casa?

Pues allí estaban los vientos de poniente.

La casi imperceptible brisa venía del suroeste; y el Almirante, preocupado por avanzar todo lo posible hacia poniente tomó el rumbo noroeste, ya que de lo contrario tendría que arrumbar al sureste y retroceder en su camino. Fue un error que pudo costarle carísimo. Al ganar latitud hacia el norte, se adentraba más y más en los desesperantes mares de los Caballos, y corría el riesgo de empantanarse en las calmas chichas. La única solución consistía en ganar terreno hacia el sur, siquiera fuese tomando cara al sureste, y perdiendo un terreno que más tarde, al desembocar de nuevo en el alisio, podría recobrar fácilmente. Pero no podemos exigir al descubridor unos conocimientos náuticos que nadie tenía aún. Estaba viviendo experiencias radicalmente nuevas. La casi imperceptible brisa hacía el avance muy lento. El 20 de septiembre «andaría siete u ocho leguas». Posiblemente menos, habida cuenta de que el autor del Diario de a bordo jamás comenta un fracaso, y su propio deseo le engaña siempre. Sea lo que fuere, el viaje, a aquel ritmo, amenazaba durar meses (y los expedicionarios no llevaban provisiones para tanto tiempo, ni hubieran podido conservarlas en buen estado), sin contar con que, cuanto más al norte subieran, más abundarían las calmas, hasta llegar, en el mejor de los casos, a la región de vientos del Oeste, que hubiera hecho prácticamente imposible seguir el rumbo deseado.

Estos días, anubarrados, de calmas o vientos flojos o variables, figuran entre los más indefinibles de la travesía: por un lado, la tranquilidad a bordo, el descanso de los tripulantes que apenas tenían que atender las velas o las maniobras, el lento avanzar de los navíos, que permitió, según nos cuenta el Diario de a bordo, que los más decididos se lanzasen al agua para darse un baño reparador: el viaje se

había convertido en lo más parecido —en aquellos tiempos— a un crucero de placer. Por otro, el corto andar y el peligro de quedar estancados entre los sargazos, el temor de que la ya larga travesía se eternizase hasta la desesperación. El 21 de septiembre «todo lo más fue calma, y después algún viento»: gracias a él pudieron avanzar un poco, al final de la jornada, siempre al noroeste, señal de que el poco viento que soplaba seguía sin ser favorable. Con todo, Colón, no sabemos si impenitente optimista o esperanzado, supo animar una vez más a su gente. La calma podía ser señal de una tierra cercana. Además, «vieron pajaritos», un alcatraz que venía del oestenoroeste (por tanto, parecía señalar la buena dirección... si el ave procedía de tierra, como todos admitieron enseguida), una ballena, que también fue interpretada como buen augurio. Pero el día 23 siguieron las calmas o el viento poco favorable, en tanto las algas se hacían cada vez más espesas. Y ante la posibilidad de estar embarcados en un viaje interminable, los ánimos comenzaron a flaquear. Tanto la *Historia del Almirante* como Las Casas colocan en este punto los primeros síntomas de rebelión: empezaron primero «las murmuraciones y maldiciones», en pequeños corrillos; luego, «comenzaron a manifestarlas, y desvergonzadamente a decirle en la cara [al Almirante] que les había engañado y les llevaba perdidos a matar». La historiografía moderna cree poco probable que se produjera el 23 de septiembre el primer intento de rebelión en la *Santa María*, un hecho que no debió ocurrir hasta comienzos de octubre: pero que algo hubo y que Colón lo supo es indudable: como que el propio Almirante confiesa que «murmuraba la gente»; con lo poco aficionado que es don Cristóbal a confesar actitudes desagradables, estas palabras significan probablemente algo más que lo que está diciendo. Lo cierto es que las naves, al introducirse más y

más en el centro de la región de las calmas, estaban a punto de penetrar en un callejón sin salida.

Echando punto

Bien sabido es que Colón, en su viaje desde Canarias, llevó una doble contabilidad del camino recorrido. Ya en el primer día de navegación por mar abierta advierte que «anduvo catorce leguas, y decidió contar menos, porque si el viaje fuese luengo, no se espantase ni desmayase la gente». Y esta razón se repite otras veces. Así, el 10 de septiembre, «porque no se asombrase la gente si el viaje fuese largo» (entre paréntesis: Colón parece dejar a entender que no sabe exactamente cuán largo va a ser el viaje: o si en todo caso van a encontrar islas por medio o no); o el 25 de septiembre: «siempre fingía a la gente que hacía poco camino, porque no les pareciese largo». Hay, pues, una «cuenta verdadera» (o más exactamente, una cuenta de acuerdo con las estimaciones de Colón), y una «cuenta falsa», la que daba a conocer a los tripulantes. Todos los autores admiten esa finalidad psicológica de la cuenta falsa: tranquilizar a los compañeros, que veían cómo los navíos se alejaban más y más de las tierras conocidas, sin encontrar nada más que la inmensidad de las aguas delante de sus proas. Es posible que don Cristóbal esperase tal efecto tranquilizador, aunque existen motivos bastante sobrados para dudar tal finalidad. Parece por lo menos conveniente recordar dos hechos. El primero, que el engaño no es demasiado fuerte, y por tanto no demasiado consolador. Por ejemplo, el 1º de octubre las carabelas habían navegado, según la «cuenta verdadera», 655 leguas, y según la «falsa» (la que Colón enseñaba al público), 571. Una distancia, en un caso y otro de todas formas enorme; de suerte que no por la diferencia entre las dos cuentas iba la gente a «espantarse y desmayarse» o a dejar de hacerlo. Una diferencia realmente sustancial

hubiera podido tranquilizar los ánimos (aunque también hubiera podido producir la impresión de una lentitud desesperante), pero una diferencia del orden del diez e incluso del veinte por ciento no parece que sirviera para producir ningún efecto: sobre todo cuando la distancia medida se aproximaba de todas formas a las grandes cifras. El capitán Mc Elroy calcula una diferencia entre la cuenta verdadera y la falsa de solo un nueve por ciento. Fue probablemente mayor, aunque en determinados casos no sea posible cotejar estrictamente los datos, porque Colón se limita determinados días a consignar: «contó algunas menos». De hecho, la diferencia entre las dos cuentas, si solo consignamos los datos conocidos, es de un dieciséis por ciento: Colón engaña, pero no al punto de cambiar el ánimo de su gente. Y ya en el relato de su viaje de retorno, el Almirante nos da otra explicación, si bien tampoco del todo convincente, un poco menos caritativa, y de naturaleza distinta a la anterior: «y diz que fingió haber andado más[3] camino por desatinar a los pilotos y marineros que carteaban, por quedar él señor de aquella ruta de las Indias». ¿Qué pretendía realmente Colón, tranquilizar o «desatinar»?

El segundo hecho que hemos de tener en cuenta es que la contabilidad falsa, tranquilizadora o desatinadora, no debió surtir el efecto perseguido, puesto que los marineros, cuyos conocimientos de navegación de altura no eran considerables, estaban más en contacto con sus pilotos que con el mismo Almirante: y los pilotos sabían calcular también la distancia recorrida con indudable pericia, y efectivamente la habían calculado. En definitiva, la cuenta falsa no parece que pudiera servir para ninguna de las dos finalidades confesadas por el autor de la pequeña falsificación, y tal vez permanezca siempre como uno de tantos misterios —o ingenuidades— del alma de Cristóbal

Colón. Ahora bien: ni los datos de Colón ni los de ninguno de sus pilotos eran enteramente fiables, porque ni la corredera ni otros instrumentos para determinar la velocidad de los navíos proporcionaban valores exactos: hasta el punto de que el cálculo de un piloto podía diferir del de otro en una proporción similar a la que había entre la «cuenta verdadera» y la «cuenta falsa». El 20 de septiembre, cuando comenzaban a menudear las críticas y la angustia atenazaba ya las gargantas (¿también la del Almirante?: no lo sabemos, él jamás deja traslucir la menor inquietud en sus escritos), se juzgó necesario una especie de consejo general para que los pilotos declararan del modo más aproximado en qué punto del océano se encontraban. A esta estimación se llamaba precisamente «echar punto». Juan Niño, el piloto de la carabela tocaya, calculaba haber recorrido 440 leguas; Cristóbal García Sarmiento, de la *Pinta*, había medido 420; y Sancho Ruiz, el de la *Santa María*, evaluaba estar a 400 leguas justas desde La Gomera. Quizá, por deferencia a Colón, quiso ser el más modesto, pero aún así, sus cuentas consideraban un recorrido mayor que el de la «cuenta falsa», que se quedaba en 372 leguas. La realidad parece hallarse en un término medio entre estas cuatro medidas. No parece que en esta reunión el mismo Colón contradijese a sus propios pilotos ni pretendiese engañarles —si es que los había engañado— como a los marineros.

Pero ¿dónde estaban realmente? Si Cipango, en la carta de Toscanelli, o en la versión un poco más optimista que se había formado Colón, estaba a 750 leguas al oeste de La Gomera, se encontraban a poco más de la mitad del camino. En aquellos momentos, con la mar en calma, las hierbas abundantes y los «pajaritos» (que debían ser pajarracos, en el mejor de los casos alcatraces), si realmente estaban cerca de alguna tierra, esta no podía ser en modo alguno el punto

de destino final. Pero Colón se sentía ansioso por llegar a alguna isla, que estimaba no muy lejana del punto en que se encontraba, y pretendió determinar de la mejor manera posible su posición sobre el océano. Por otra parte, encontrar una isla era ya vital en aquellos difíciles momentos. ¿A qué isla esperaba arribar? ¿A Antilia? No lo sabemos. Pero en el globo de Behaim, que puede estar inspirado en el mapa de Toscanelli o en una fuente muy similar, Antilia se encuentra más o menos en el lugar en que Colón y los tres pilotos se reunieron para conferenciar. De la conferencia no parece que saliera ninguna conclusión definitiva, aunque sirvió para producir un resultado sorprendente: entonces, o días más tarde, ¡Colón enseña por primera vez su famoso mapa! Se lo pasó directamente o por medio de un cable a Martín Alonso Pinzón, capitán de la *Pinta* y no solo el marino más experimentado después del Almirante, sino aquel en quien más confiaban los marineros. Tal vez la incertidumbre del descubridor, o su deseo de situarse con la máxima precisión fueron lo suficientemente grandes como para decidirse a compartir sus secretos. Pinzón tardó varios días en dar su respuesta: también él estaba un poco perplejo ante la situación. No era momento de arriesgarse. Nuestros navegantes podían estar cerca de tierra o muy lejos de ella, podía tratarse de una isla no muy grande y por ello muy difícil de encontrar en la inmensidad del océano, o no existía siquiera tal isla. Hoy sabemos que no existía, pero en tiempos de Colón las preguntas quedaban sin respuesta. ¿Valía la pena detenerse unos días tratando de topar con alguna tierra, o la búsqueda no serviría sino para exasperar aún más a la gente? Lo cierto es que pocas veces estuvieron el Almirante y los suyos más cerca de no llegar a ninguna parte.

La travesía del mar Rojo

El 23 de septiembre fue otro día incierto. Con vientos flojos y variables, el descubridor siguió derivando, quizá inevitablemente, en el mismo sentido que en jornadas anteriores: «navegó al noroeste, y a veces a la cuarta del norte, y a veces su camino, que era el oeste...». Los expedicionarios «vieron una tórtola y un alcatraz, y otro pajarito de río, y otras aves blancas. Las hierbas eran muchas, y también vieron cangrejos en ellas». El hallazgo de cangrejos, hoy lo sabemos, no es un hecho anómalo en el mar de los Sargazos. La tórtola tenía que ser otra ave, y, por supuesto, el «pajarito de río» no dejó de ser una figuración. Tanta era el ansia que sentían todos de llegar de una vez a tierra. Ahora bien, aquella tarde sucedió un hecho que no tenía explicación. «Como la mar estuviese mansa y llana, murmuraba la gente diciendo que, pues que por allí no había mar grande, que nunca ventaría para volver a España. Pero después alzóse mucho la mar, y sin viento, que los asombraba; por lo cual dice aquí el Almirante: *Así que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció salvo en tiempo de los judíos, cuando salieron de Egipto contra Moisén, que los sacaba del cautiverio*». La frase es un tanto enigmática y se presta a las más diversas interpretaciones. Probablemente habría que leerla en su contexto, y por desgracia el relato, salvo las palabras citadas en cursiva, es del copista. Un hecho está claro: de pronto se levantó un sorprendente oleaje sin viento, y Colón, aunque asombrado, se sintió aliviado por aquel hecho sin explicación, que parecía tener algo de milagro.

Consuelo Varela, que ha realizado una edición muy bien estudiada de los textos colombinos, insinúa con respecto a este misterioso pasaje que el descubridor podía tener un origen judío, un tema que se ha discutido hasta la saciedad, sin que nadie haya llegado a conclusiones del todo

convincentes. Hay que tomar la hipótesis como una simple posibilidad. Y era un hombre iluminado, que se creía predestinado por Dios a una misión extraordinaria. En esta iluminación puede radicar buena parte de su secreto. Partió de Palos el 3 de agosto de 1492, justo el día en que expiraba el plazo de expulsión de los judíos no convertidos, decretada por los Reyes Católicos. E insinúa C. Varela que algunos de los tripulantes de las carabelas podían ser criptojudíos, otro hecho nada fácil de demostrar, y que Colón los conducía por aguas procelosas a una nueva tierra prometida, en la que pudieran establecerse. Se consideraría, pues, un nuevo Moisés. La extraña alusión a Moisés tendría en este caso una explicación más verosímil, aunque para llegar a ella tengamos que formular unas cuantas hipótesis bastante audaces. Lo único cierto es que aquel 23 de septiembre se levantó un fuerte oleaje sin viento, circunstancia que Colón consideró gozosa y hasta providencial, un verdadero milagro, que de algún modo le recordó al de los israelitas que atravesaron el mar Rojo conducidos por Moisés. De paso, Colón ha encontrado un modo de tranquilizar a sus marineros, que se creían ya empantanados en una especie de mar muerto y sin olas. Y de pronto, «alzóse mucho la mar», un hecho inexplicable sin viento. No cabe interpretar lo acontecido sino como un golpe de mar de fondo. En la posición en que las naves se encontraban, que podemos situar aproximadamente a 29º N., 44º O., no soplaba viento alguno, pero tal vez a cientos de millas se había desencadenado un huracán. No puede pensarse más que en una tormenta tropical. Todo hace suponer que fue una de las que, atravesando las Bahamas en la primera quincena de octubre, sustituyen a los ciclones propiamente dichos, y tuercen hacia el sur de las Bermudas para convertirse en determinados casos en las primeras borrascas otoñales que

alcanzan las costas de Europa. Un huracán de esta intensidad puede provocar, por reflejo, mar de fondo a mil millas y más de distancia. No nos extrañe la discordancia de la fecha. *Era*, en efecto, la primera quincena de octubre. Pero dejemos la solución de la paradoja para más tarde.

Júbilo y desesperanza

De pronto, cuando todo parecía haber entrado en un «impasse» del que nadie sabía salir, y la expedición, entre el nerviosismo, las dudas y las indecisiones, parecía a punto de fracasar dramática y definitivamente, sobrevino de improviso uno de los hechos más emocionantes de la travesía. Aquel día «hubieron mucha calma», y al final, por fortuna, se levantó algún viento. «Al sol puesto, subió el Martín Alonso en la popa de su navío, y con mucha alegría llamó al Almirante, pidiéndole albricias, que veía tierra. Y cuando se lo oyó decir con afirmación el Almirante, dice que se echó a dar gracias a Dios de rodillas, y el Martín Alonso decía *Gloria in excelsis Deo* con su gente. Lo mismo hizo la gente del Almirante y los de la *Niña*. Subiéronse todos sobre el mástil y en la jarcia, y todos afirmaron que era tierra, y al Almirante así pareció, y que habría a ella 25 leguas. Estuvieron hasta la noche, afirmando todos ser tierra. Mandó el Almirante dejar su camino… y que fuesen todos hacia el suroeste, donde había aparecido la tierra…». La estampa es espléndida, y ni siquiera el 12 de octubre se mostró Cristóbal Colón tan conmovido en su relato. Sin duda habían vivido unos días de desconcierto y desesperanza. Aquel hallazgo venía de pronto a cambiar prodigiosamente toda la historia.

Comprenderemos mejor la escena si recordamos que Colón había ordenado que todos los días, a la puesta del sol, se juntasen los tres navíos, para cambiar impresiones o

tomar alguna decisión. No era necesario que los barcos se abordasen o abarloasen; en mares tranquilos bastaban unas docenas de metros, incluso un centenar, para que fuese posible hablarse a gritos o hacerse señales. Fue justamente en esta tesitura cuando Martín Alonso Pinzón distinguió hacia el suroeste, casi contra sol, el perfil negruzco de una tierra. Era la segunda vez que creía ver tal cosa, y hasta habría una tercera: he aquí un detalle que nos llama la atención en un marino tan experimentado, que podría mostrarnos un rasgo inédito del ilustre paleño: era tal vez un hombre impetuoso, impaciente, al que el deseo podía engañar tanto como al Almirante, aunque sin alcanzar sus arrobamientos místicos. Todo el mundo tenía una confianza ciega en lo que decía Martín Alonso, y se explica la facilidad con que todos le creyeron. No cuesta ningún trabajo imaginarnos la emoción de la gente, la gratitud, las lágrimas de alegría, las rodillas en tierra, las mutuas albricias. Lógicamente no habían llegado a Cipango, ni mucho menos a Catay; pero sí tenían a la vista una tierra, probablemente grande, a juzgar por su perfil montañoso. Y aquel hallazgo colmaba de momento todas las esperanzas. Las Indias fabulosas podían esperar un poco; de momento, la tierra, una tierra de la que no tenían noticia cierta, pero que venía a demostrar que era posible llegar a alguna parte navegando por el Océano hacia poniente. Tal vez se verían con gentes extrañas, o con civilizaciones desconocidas. Podría tratarse de la isla Antilia, de la que se contaban tantas cosas; de la maravillosa isla de las Siete Ciudades, llena de riquezas, de la isla de San Brandán... ¡Cuántas leyendas podían convertirse en realidad de un momento a otro!

Navegaron al suroeste, ahora que lo permitía el viento, tal vez del norte, o bien del sureste, sin ver ni una luz en el horizonte; bien es cierto que abundaban las nubes.

Amaneció el día siguiente con nubes también, y la visibilidad escasa. La tierra no aparecía. El viento debió de girar a sur, cuando tuvieron que tomar rumbo oeste, y no suroeste, como querían. Seguía sin aparecer la tierra, tal vez más lejana de lo que habían imaginado. A mediodía cambió el viento al sureste y luego estesureste, y esta circunstancia les permitió retomar la dirección suroeste en demanda de lo que afanosamente estaban buscando. Al fin —quizá cerca del anochecer, cuando las nubes negruzcas se cernían de nuevo sobre el horizonte—, se convencieron tristemente de que lo que habían divisado al anochecer anterior «no era tierra, sino cielo», o, por decirlo mejor, en palabras de Hernando Colón, «turbiones y nubes». El anochecer es el momento más engañoso para la vista en el mar, sobre todo si se mira contra sol. Cualquier nube oscura ofrece un perfil indisimulable de montaña: se ven picos, sierras, cabos. Es una realidad sólida, maciza, en modo alguno volátil. Por segunda vez, un anochecer con nubes oscuras y cerradas en el horizonte les había jugado una mala pasada.

La desilusión tuvo que ser inmensa, aunque todo parece indicar que las esperanzas se habían ido desinflando lentamente en la noche anterior y en la mañana del 26. Nada dice Colón de la reacción de su gente ante el cruel desengaño; no era partidario de confesar esas cosas, o por lo menos no dejó consignada ninguna queja en la redacción final de su manuscrito. La *Historia del Almirante*, no sabemos si tomando la referencia del primitivo Diario o por cuenta propia, reconoce que «tornaron con mucho dolor y enojo» a las tareas rutinarias de la navegación. Las Casas, quizá del mismo manuscrito, recoge una frase muy similar: «tornaron a su desmayo». Y, sin embargo, por suprema paradoja, el falso descubrimiento iba a conducir al verdadero. Al navegar, venciendo todas las dificultades,

hacia el suroeste en demanda de una tierra que no existía, las carabelas ganaron un par de grados hacia el sur; este hecho, y tal vez un ligero ascenso de latitud en el anticiclón, les permitió penetrar de nuevo en la zona de los alisios. El viento volvió a soplar de levante, ahora más bien del ESE, al principio flojo, más tarde cada vez más fresco. La pequeña flotilla volvía a navegar viento en popa, y cada vez con mayor rapidez. Ya no habría más dificultades en el rumbo: aquel viento favorable les acompañaría esta vez hasta el final. El camino del Descubrimiento estaba abierto, aunque aquellos marineros desalentados no pudieran suponerlo.

Un destronamiento genial

Con el viento fresquito y constante de levante, las carabelas podían viajar otra vez a aquella excelente marcha que había caracterizado la mayor parte de la travesía. Ya no era hora de ponerse a barloventear en busca de la isla Antilia o comoquiera que se llamase la que por un tiempo se esperaba encontrar a mitad de la travesía, si es que esa isla existía siquiera, que eso tampoco nadie lo sabía. ¿Hasta qué punto eran ciertos los accidentes de los mapas que dibujaban tierras donde nadie había estado? Y, más dramático todavía, ¿estaba bien fundamentado el mapa que llevaba Colón, y que representaba más o menos groseramente a las «Indias» en un lugar relativamente asequible al otro lado del Atlántico? El hecho es que el 3 de octubre el Almirante anotó su convencimiento de que «le quedaban atrás las islas que traía pintadas en su mapa». Había que seguir adelante. Hacia las Indias o hacia el Océano vacío.

La búsqueda momentánea de la Antilia, combinada con el pretendido descubrimiento de Martín Alonso, había llevado al equipo de capitanes y pilotos a tratar de fijar la posición de la flotilla en el mapa. Algo se había aclarado por lo que

respecta a la navegación por estima, tomada del rumbo y de la velocidad. Pero podía haber corrientes capaces de desviar a los navíos. Colón trató entonces de calcular la latitud por la altura de la Polar, mediante el cuadrante o astrolabio que llevaba consigo. Nada nos dice el relato de a bordo, pero sí las otras fuentes, y no es en absoluto de extrañar que lo intentase justo cuando todos se hallaban tan desorientados. Cierto es que desde las observaciones de los días 13 y 17 de septiembre, que le hicieron ver que la estrella «se movía», ya no cabía fiarse de nada, ni siquiera de la estrella que todos los marinos tomaban como referencia. Pero nada se perdía con consultarla. Y en una de aquellas noches de duda suprema, Colón observó una vez más a la Polar, y entonces se sintió movido a anotar en su cuaderno una curiosa observación.

> NOTA: que las estrellas que se llaman las Guardas, cuando anochece están junto al brazo de Poniente, y cuando amanece están en la línea debajo del brazo del nordeste, que parece que en toda la noche no andan sino tres líneas, que son nueve horas, y esto cada noche.

Colón tuvo que quedar más desconcertado que nunca. En aquel mundo extraño en que se había introducido temerariamente, todo resultaba ser distinto, todo fallaba, al menos según los criterios seguros y seculares del mundo civilizado. Ahora resultaba no solo que la estrella que señala indefectiblemente el Norte se mueve, sino que todo el inmenso reloj de los cielos, construido con perfección suma por el Creador, adelanta y atrasa. Increíble. Quizás otro hubiera empezado a volverse loco. Colón, que tal vez tuviera ya de antemano algo de loco, no dejaba de poseer una intuición sin igual, y una buena dosis de capacidad de deducción. Y se puso a pensar.

Para comprender sus razonamientos, es preciso aclarar unos cuantos conceptos, y en orden a la buena

interpretación de lo sucedido, vamos a hacerlo con la mayor sencillez. Las «estrellas que se llaman las Guardas» son la Beta y la Gamma de la Osa Menor, relativamente cercanas a la Polar, y las únicas brillantes de las inmediaciones. Comoquiera que la esfera celeste gira en veinticuatro horas, las Guardas hacen el papel de agujas de un reloj que da una vuelta completa en el cielo cada jornada, y en sentido contrario que la aguja horaria de nuestros relojes: para el cómputo del tiempo, da lo mismo. Si al anochecer las Guardas señalan, por ejemplo, la posición de «las tres», al amanecer, doce horas más tarde, señalarán «las nueve». Este movimiento servía para que los marinos —y en tierra los centinelas o los vigilantes— pudiesen calcular aproximadamente las horas y los turnos de guardia nocturna. Precisamente por eso se les llamaba «las Guardas», nombre que ha perdurado durante mucho tiempo y que algunos emplean todavía hoy. Las expresiones usadas por el Almirante eran las frecuentes entonces entre los marinos, y suplían a unas cifras o signos que no están dibujados en la esfera celeste. Se figuraban el *Hombre del Norte* (vid. lámina 3), un ser imaginario con los brazos extendidos. Si su corazón era la Polar, las Guardas estaban «en la cabeza» (encima de la Polar), en el «hombro derecho» (las Guardas a 45º, arriba y a la derecha de la Polar), en el «brazo derecho» (justo a la derecha de la Polar), «los pies» (las Guardas justo debajo de la Polar). Lo mismo se hacía con la parte izquierda del imaginario personaje.

Entre el brazo derecho y el brazo izquierdo hay 180º, es decir, media vuelta, y lo mismo entre la cabeza y los pies. Especialmente en el equinoccio (y nuestros navegantes acababan de pasar por la fecha del equinoccio), si anochece con las Guardas en el brazo de poniente, al amanecer deben estar en el brazo de levante; y sin embargo Colón descubre

con enorme sorpresa que están «debajo del brazo de levante», es decir, que no han avanzado doce horas, sino solo nueve. Comoquiera que al anochecer siguiente las estrellas vuelven a estar en el sitio previsto, no cabe sino una inferencia: que el reloj de los cielos va más despacio —atrasa— de noche y más aprisa —adelanta— de día. ¡Lo que faltaba para llegar al supremo desconcierto! Y la genialidad del Almirante le permite relacionar una anomalía incomprensible con otra anomalía incomprensible, que ya ha descubierto quince días antes: «también en anocheciendo las agujas noroestean una gran cuarta, y en amaneciendo están con la estrella justo». Y añade ahora: «por lo cual parece que la estrella hace movimiento como las otras estrellas». Colón ha encontrado por fin la verdad. Su método, relacionar un hecho incomprensible con otro hecho incomprensible para hacer comprensibles los dos, es realmente propio de un genio. La aguja se mueve, puesto que noroestea cada vez más conforme se avanza hacia el oeste; pero la estrella se mueve también, y lo hace no de una manera arbitraria, sino «como las otras estrellas». En definitiva, la Polar es una estrella más.

Para comprender el razonamiento de Colón es necesario recordar una última precisión. Hoy un marino, a simple vista, hubiera sido incapaz de apreciar el movimiento de la Polar en el cielo. La distancia entre la Polar y el polo celeste es en 2005 de solo 43´ de arco, muy difícil de apreciar a ojo si no se dispone de puntos de referencia. Esta distancia se sigue reduciendo, y el año 2115 será solo de 28´. A partir de entonces, la Polar se irá alejando de nuevo del polo celeste, y llegará un momento, allá por el año 3000, en que perderá toda utilidad como guía del Norte. En otras palabras, el polo celeste se desplaza entre las estrellas, en un movimiento perfectamente previsto que se llama «precesión». La

precesión no es sino la consecuencia de la variación del eje de la Tierra, que va apuntando muy poco a poco a un lugar distinto del cielo, hasta describir un círculo completo en un periodo de 25 725 años. El fenómeno fue descrito ya en el siglo II antes de Cristo por Hiparco, a quien se atribuye su descubrimiento. Entre las consecuencias de la precesión figura el hecho de que las constelaciones de verano o invierno no son siempre las mismas, o que la entrada del sol en un signo del Zodíaco no coincide con su presencia en la constelación del mismo nombre. Es curioso: esto lo ignoran los astrólogos, que siguen guiándose por las referencias de los clásicos. Así, una persona nacida el 12 de octubre, según los horóscopos es «Libra», cuando realmente en nuestros tiempos para esa fecha el sol se encuentra en Virgo.

El cambio de la posición del sol con respecto a las estaciones fue el fenómeno más interesante que se conoció desde antiguo, con el descubrimiento de la precesión, y que obligó a medidas tan desagradables pero necesarias como el cambio del calendario: así el efectuado por Julio César el año 31 a. C., y el realizado por el papa Gregorio XIII en 1582: un tema al que no tendremos más remedio que dedicar una referencia en su momento; pero en cambio, casi nadie relacionó la precesión con el movimiento aparente del polo celeste, hasta que Tycho Brahe, setenta años después que Colón, midió con absoluta exactitud la posición de la estrella Polar. Sin embargo, con el tiempo, este cambio de posición del polo celeste llega a hacerse escandalosa. El año 2800 a. C., el eje de la Tierra apuntaba a la estrella Alfa del Dragón, que se nos ha dicho que sirvió para orientarse a los fenicios: era la «Polar» de aquellos tiempos[4]. Más tarde fue Polar la Beta de la Osa Menor, hoy una de las Guardas. El nombre Kochab, que todavía hoy designa a esa estrella significa en árabe «Polar», una función que cumplió hace más de mil

años. El año 4160 será polar la Gamma de Cefeo, y allá por 13 850 cumplirá esta función el Alfa de la Lira, una de las estrellas más brillantes del firmamento. Es de suponer que para entonces los hombres, si existen, no necesiten tan rudimentarios sistemas de orientación. El año 27 840 «volveremos» a ver como polar la misma estrella a la que hoy damos ese nombre.

Pero retrocedamos a aquel histórico 30 de septiembre de 1492. Entonces la estrella que llamamos Polar apuntaba ya muy sensiblemente hacia el Norte, pero estaba más desviada que ahora de esa dirección. Sin embargo, los marinos, que observaban a simple vista (como todo el mundo, puesto que no había ni catalejos ni telescopios) no habían sido capaces de medir esa diferencia. En 1492 la distancia de la Polar al polo celeste era de 3° 28´. Entre su máxima elongación E. y su máxima elongación O. había por tanto una distancia de casi 7°, y fue justamente esa distancia lo que descubrió Colón el 30 de septiembre. Desde días antes, había apreciado que la estrella se encuentra a la derecha de la dirección de la brújula al anochecer y casi en la misma dirección que la brújula al amanecer: era como si —¿la estrella o la brújula?— hiciese un movimiento de vaivén todos los días. Pero he aquí que de pronto hace un descubrimiento más pavoroso: el «reloj de las Guardas» atrasa de noche y adelanta de día. El sentido común le hace ver que la perfección de los cielos no puede permitir tal anomalía. Y es entonces cuando intuye genialmente el efecto del «reloj descentrado». Supongamos un reloj cuya maquinaria funciona perfectamente, pero cuya aguja horaria no se encuentra en el centro de la esfera, sino más arriba: por ejemplo, en el lugar en que por lo general figura la marca o el nombre del fabricante. La aguja funciona correctamente, pero, como no está en el centro, *no marca* correctamente. A las doce señala hacia arriba: las doce

justas. A las seis señala hacia abajo: las seis justas. Pero cuando aparece horizontal, resulta que a las nueve no señala las nueve, sino las diez; y por la tarde, cuando son las tres, no señala las tres, sino las dos. Por la mañana parece que adelanta y por la tarde parece que atrasa (vid. lámina 15).

La deducción de Colón es asombrosa para un marino de su tiempo, y tiene algo de genial, aunque tal vez sea más producto de una finísima intuición que de la reflexión. La estrella Polar está muy cerca del polo celeste, *pero no coincide exactamente con él.* Es como la aguja descentrada de un reloj que por otra parte funciona perfectamente. El cielo gira con una regularidad absoluta, pero si tomamos la estrella como punto de referencia, cometeremos el mismo error que si colocamos el eje de la aguja fuera del centro de figura. En otras palabras, la estrella Polar gira en torno al eje celeste «como las demás estrellas»: describe en torno al polo un círculo, aunque sea un círculo muy pequeño; pero es una estrella como otra cualquiera. Bartolomé de Las Casas, que tuvo delante la versión íntegra del manuscrito, precisa mejor la deducción del Almirante que la que conservamos en el Diario: la causa de la anomalía está en «el movimiento que aquella estrella que llaman Norte hace con su círculo *alrededor del verdadero Norte o polo…* como las demás estrellas». No se trata de que Fray Bartolomé sepa explicarse mejor que Colón; al contrario, en su *Historia de las Indias* comete más errores astronómicos que el Almirante. Todo hace suponer que transcribe un texto de Colón que no aparece en la versión del Diario que ha llegado hasta nosotros. Y el mismo Colón, por si cupieran dudas, aclara más tarde, a la altura de su tercer viaje, el sentido de su observación: «hallo que la estrella del Norte describe un círculo». Era eso justamente lo que faltaba al parte del 30 de septiembre de 1492 para dejar claro qué quiere decir la

afirmación de que la estrella Polar se mueve «como las demás estrellas». Es el destronamiento de la Polar. Si Cristóbal Colón no hubiese descubierto el Nuevo Mundo y hubiese tenido que regresar vencido, hubiera pasado de todas formas a la historia por este otro descubrimiento. Una nueva ciencia estaba sustituyendo a la ciencia medieval. Justo por aquellos años, un canónigo de Cracovia llamado Nicolás Copérnico estaba proyectando un destronamiento todavía más sensacional.

La esquiva Cipango

El día 1.º de octubre, las carabelas colombinas habían recorrido, según los cálculos del capitán Mc Elroy, el 60 por 100 de su trayecto; es decir, menos de las dos terceras partes. De mantenerse la misma marcha no hubieran llegado a su destino por lo menos hasta el 16. Pero parece que a primeros de octubre la velocidad se hizo mayor, hasta alcanzar, de acuerdo con los datos que nos suministra Colón, unos recorridos diarios que hasta se nos antojan sospechosos. También son aquellas las jornadas en que la diferencia entre la «cuenta verdadera» y la «cuenta falsa» se hace más escandalosa. ¿Tal vez el Almirante, cada día más impaciente, exagera inconscientemente más y más la distancia recorrida, y se está engañando a sí mismo? Bien sabido es que cuando se desea ansiosamente llegar a algún sitio después de un camino interminable, suele imaginarse haber recorrido una distancia mayor que la real. La impaciencia no solo es mala consejera, sino que mueve a autoengaños. No pretendemos discutir los bien pensados cálculos de Mc Elroy, pero no cabe duda de que si suponemos que la exageración de Colón en las cuentas es mayor al final que al principio del viaje, resulta que los «días perdidos» buscando tierra entre los sargazos y las calmas deben situarse, no entre los meridianos 40 y 45, como se hace usualmente, sino entre los

45 y 50, una propuesta que tendría mayor sentido: en tal longitud es más fácil retornar al alisio, que viene ahora del ESE, y salir de las algas. El 5 de octubre dejó de verse totalmente la hierba. ¿Pero era esta buena señal? Hasta entonces, Colón o algunos de sus acompañantes sostenían que los ramajes verdes que flotaban en el océano eran indicación de una tierra cercana. Ahora, de nuevo el mar solitario, el sempiterno viento de levante, el horizonte despejado sin la menor señal de costa a la vista. De nada servía que el jefe de la expedición exagerara cada vez más la diferencia entre la cuenta verdadera y la cuenta falsa. Tan alarmante resultaba para los marineros creer que las costas patrias estaban a 600 leguas que a 720. Y lo peor de todo es que dejaron de verse las señales esperanzadoras de días antes: el 3 de octubre «no vieron aves algunas», justo cuando don Cristóbal, de acuerdo con sus cálculos, ya debía de encontrarse a la altura de la maravillosa isla de Cipango que tenía representada en su mapa. ¿Era todo una inmensa mentira? Los marineros, al borde de la desesperación, estaban cada vez más convencidos de ello. Y hasta parece que la indestructible fe del jefe de la expedición empezaba a flaquear.

El 6 de octubre volvió a conferenciar Cristóbal Colón con Martín Alonso, su hombre de confianza, y cada vez en mayor grado. Don Cristóbal había tratado de aparecer hasta entonces entero y suficiente, pero hay ocasiones en la vida en que resulta necesario apoyarse en otras personas, y Martín Alonso era el más experimentado de todos sus compañeros de viaje. Alguna duda le acuciaba dramáticamente, y necesitaba discutir con el mayor de los Pinzones la exactitud de los datos del mapa que llevaba, y que parece que el gran marino de Palos ya había visto por lo menos otra vez: ¡a no ser que el mapa enviado por un cable a

la *Pinta* fuese distinto del de «Paulo Físico»! En esta cuestión sí que es seguro que el famoso mapa se desplegó ante los dos hombres, y dio lugar a una discusión larga y comprometida para uno y otro. De ella solo sabemos lo siguiente: «Dijo Martín Alonso que sería bien navegar a la cuarta del oeste a la parte del suroeste [oeste cuarta al suroeste], y al Almirante pareció que no. Decía esto Martín Alonso por la isla de Cipango, y el Almirante veía que si la erraban no pudieran tan presto tomar tierra, y que era mejor ir una vez a tierra firme, y después a las islas». El diálogo resulta incomprensible, si no suponemos algún misterio que nadie nos ha revelado hasta ahora. Parece fuera de toda discusión que por lo que se refiere a la búsqueda de las «Indias», el proyecto colombino consistía en llegar primero a la riquísima isla de Cipango (Japón), y dirigirse más tarde a Catay (China), ya en el continente asiático, donde imperaba el Rey de Reyes, el Gran Khan. De acuerdo con sus teorías, Cipango estaba a unas 750 leguas de Canarias, y Catay a 1000 o un poco más. Era lógico recalar primero en la isla y dirigirse luego al continente.

¿Por qué Colón renuncia ahora a su famoso plan, justo cuando las tripulaciones están agotadas y desmoralizadas, y decide de pronto dejar Cipango a su suerte y buscar la todavía muy lejana Catay? Hay que tener en cuenta que Cipango, el Imperio del Sol Naciente, era una isla muy grande, tal como la había descrito de oídas Marco Polo, y había grandes probabilidades de topar con ella. Martín Alonso, a la vista del mapa, propone desviarse ligeramente al suroeste, para abordarla con más seguridad, y el Almirante rechaza la propuesta. ¿Qué se perdía con aquel ligero desvío, que no iba a impedir encontrarse de todas formas con Catay, el extremo oriental del inmenso continente asiático? Parece como si don Cristóbal no

quisiera desviarse de su famoso paralelo de Canarias, que había decidido seguir como presa de una obsesión, aunque se expusiera nada menos que a soslayar el primero de sus grandes objetivos, Cipango. Tal vez el mapa que llevaba nos hubiera ayudado a comprenderle mejor… o tal vez no. Es una desgracia que no conservemos referencia alguna de este mapa que tenían delante Colón y Martín Alonso cuando en aquel momento decisivo discutieron sobre el rumbo a seguir. Lo malo es que si el mapa de Colón era una copia más o menos amañada de original, tampoco conservamos el de Toscanelli, que hubiera podido servirnos de guía. Hay que recurrir, puesto que no disponemos de mejor solución, a la esfera de Martín Behaim, que sí parece estar inspirada en el mapa toscanelliano. Y en ella se representa la gran isla de Cipango, que se extiende aproximadamente desde el paralelo de Canarias hasta bastante más al sur. Tenía razón Martín Alonso: tal como iban las carabelas, deslizándose a lo largo del paralelo 28°, corrían el peligro de rozar Cipango por el norte: tal vez lo soslayarían por solo cuestión de pocas millas. Bastaba desviarse muy ligeramente hacia el sur para toparse con la gran isla sin lugar a dudas; y por otra parte, esta desviación de solo «una cuarta», cosa de once grados, no entorpecía prácticamente la continuidad del viaje, hasta dar de todas formas con Catay. La terquedad de Colón parece fuera de toda lógica.

Solo cabe admitir dos posibilidades. La primera nos llevaría a aceptar una vez más la existencia del predescubridor, y de una referencia segura que el gran navegante había adquirido: la presencia de una tierra vista con absoluta seguridad por alguien, tierra que se encontraba exactamente en el «paralelo de Canaria», o sea a 28° N. Esta seguridad explicaría la insistencia del Almirante de ir a tiro fijo, y dejar para más tarde la hipotética posibilidad de llegar

a Cipango y Catay, que podían estar a las distancias [hoy sabemos que monstruosamente erróneas] calculadas por Toscanelli, o quién sabe si muchísimo más lejos de lo que aparecían en el mapa. Colón era extraordinariamente terco, pero no podía ignorar las tan unánimes opiniones de sus contradictores. Por eso prefería agarrarse a lo seguro, con la intención de intentar más adelante —con más provisiones y tal vez con mejores referencias— lo probable. El recurso al «descubrimiento previo» y a un testimonio misterioso, pero fidedigno, que podía poseer Colón acerca de una tierra concreta al otro lado del Océano, es por naturaleza vidrioso, y ha sido tildado por muchos de producto de fantasías sensacionalistas. Es preciso tomar la hipótesis con mucha prudencia y no especular frívolamente sobre ella. Pero no resulta disparatado ni absurdo tenerla en cuenta a la luz de la dramática discusión del 6 de octubre, y del empeño del descubridor de no apartarse por nada del mundo de una ruta que parecía predeterminada.

La segunda posibilidad se deriva, muy posiblemente, del mapa. Dicho queda que la isla de Cipango parece alargarse desde el paralelo de Canarias hasta bastante más al sur. Por una razón u otra (o por una obstinada sinrazón), el ya muy pronto Almirante quiso seguir su plan a rajatabla, esperando sin duda, porque otro desenlace no hubiera tenido sentido, encontrarse de todas formas con Cipango. Por su parte, Pinzón proponía desviarse un poco al sur para tener la seguridad de abordarla. Y Colón se negó en redondo. ¿Por qué? Ahora es preciso traer de nuevo a colación la contabilidad de las millas recorridas. De acuerdo con la cuenta «oficial» que daba a conocer el jefe de la expedición, el 6 de octubre habían recorrido unas 750 leguas: estaban a tiempo de virar un poco al suroeste para tener la seguridad de alcanzar Cipango. ¡Pero Colón, siempre seguro de sí

mismo, sabía que aquella cuenta era falsa! De acuerdo con su propio criterio, que solo consta en el Diario, habían recorrido ya 950 leguas. El Almirante *estaba seguro de haber rebasado Cipango*, y todo lo que fuese torcer al sur buscando las islas del Sol Naciente era perder el tiempo. Por eso se opone al plan de Pinzón alegando que «si lo erraban [a Cipango] no pudieran tan presto tomar tierra». De modo que «era mejor… ir a tierra firme [al continente asiático], y después a las islas». El problema para Colón no era pensar «si erraban» el camino de Cipango, sino el convencimiento de que ya lo habían errado (vid. lámina 14).

La verdad es que las islas que había esperado encontrar en el camino se habían mostrado esquivas; primero Antilia, que pensaba localizar (seguimos basándonos conjeturalmente en el mapa de Behaim) a unas 400 leguas de navegación; habían aparecido hierbas y extrañas calmas, pero ni rastro de aquella tierra legendaria. Después había fallado una supuesta segunda isla. Finalmente fallaba el riquísimo Cipango. El Almirante estaba tal vez un poco desconcertado, o bien progresivamente menos seguro de la precisión del mapa que llevaba; pero sabía disimularlo muy bien, aparte de que era incapaz de dar su brazo a torcer. Jamás en su vida (al menos en su vida históricamente conocida) había admitido un fracaso, y tampoco ahora, en tan dramática situación, estaba dispuesto a reconocerlo. Colón, dice su hijo Hernando un poco ingenuamente, no quiso ceder a los consejos «porque le parecía perder la autoridad y el crédito de su viaje, andando a tientas y buscando aquello que siempre afirmó saberlo muy ciertamente…». Prefería fingir un cambio de criterio a admitir que se había equivocado. No había acertado con Cipango, uno de los objetivos fundamentales del viaje; tal vez lo había sobrepasado por el norte. Pero no podía errar el camino de Catay, el inmenso

imperio asiático, extendido miles de millas de norte a sur: tarde o temprano tenían que toparse con el continente, por tremendamente lejos que se encontrara. Era ya entonces más prudente seguir adelante, aunque Colón no se atrevía a confesar el motivo exacto.

Pero no contaba con que su discusión con Pinzón, no sabemos si amistosa o violenta (era inevitable que todos estuviesen nerviosos ya a aquellas alturas) iba a trascender. El piloto de Palos era el marino más prestigioso de toda la flota, por encima de Colón mismo, por supuesto, a los ojos de la tripulación. Seguramente su malhumor se despachó en algunas palabras que otros oyeron. Y el hecho de que el Almirante desechase los consejos de aquel hombre y se empecinase en seguir el maldito camino del Oeste, provocó las primeras reacciones violentas. Es en ese 6 de octubre cuando coloca Manzano el primer intento de motín, el llamado «de los vizcaínos», quizá por haber figurado en él alguno de los vascos que venían con Diego de Arana en la *Santa María.* Nada nos habla el Diario de este asunto en la referencia al 6 de octubre, aunque la *Historia del Almirante* considera que fue esta discrepancia con Pinzón «la causa de amotinarse la gente». Y añade que algunos proyectaron tirar a Colón al agua, en plena noche mientras observaba las estrellas desde la borda. La expedición estaba a punto de fracasar, de terminar de una manera tal vez sangrienta, y, caso de decidirse dar la vuelta sin más, verse obligada a un barloventeo contra viento y corriente de casi imposible salida: ni las Indias ni el regreso. Aquel 6 de octubre parecía todo perdido. Pocas horas más tarde, parecería todo ganado. La historia del primer viaje de Colón es toda una novela de aventuras: con la particularidad (propia de un buen novelista) de que el desenlace no se conoce hasta el final, y de que todo su decurso está lleno de desenlaces aparentes

que aumentan la emoción del argumento.

¿Tierra al fin?

¿Tierra al fin?

El 7 de octubre amaneció con el estampido de un cañonazo. Sobresalto, seguido inmediatamente del júbilo general: es fácil imaginar la escena, aunque el relato, quizá para evitar sensacionalismos innecesarios, o por no conceder importancia a los fracasos, resulta por demás escueto. «En este día, al levantar el sol, la carabela *Niña*, que iba delante por ser velera, y andaba quien más podía, levantó una bandera en el tope del mástil, y tiró una lombarda, por ser señal de que veían tierra». Esta vez fue la *Niña* la que se adelantó; era la más pequeña de las tres cáscaras de nuez, pero poseía una extraordinaria capacidad marinera, como después se demostró. Toda una joya de la construcción naval de aquellos tiempos. O bien fue que uno de los marineros que mandaba Vicente Yáñez Pinzón tuvo más larga vista. Es probable que los tres barcos estuviesen aún casi juntos, porque el Almirante había dado orden de que todos los días, al despuntar y ponerse el sol, se juntasen las carabelas, para conferenciar, ponerse de acuerdo sobre lo que convenía hacer aquel día, y otear todos el horizonte, como si juntos pudiesen ver mejor que cada uno por separado, porque «estos dos tiempos [el alba y el ocaso] son los propios para que los humores den lugar a ver más lejos». Es cierto que la visibilidad es mayor, sobre todo en zonas tropicales, a primera o a última hora de la jornada que a mediodía. Pero también son los ortos y los ocasos (sobre todo los ocasos) del sol los momentos más propicios para confundir en el horizonte las nubes con promontorios. Días antes el efecto de contraluz producía la sensación de montañas recortándose sobre la línea anaranjada de occidente; esta vez

debieron ser nubes bajas y oscuras las que aparecían en el horizonte a proa, en dirección opuesta al sol, simulando una costa maciza. Sea de ello lo que fuere, fue aquella la tercera confusión en un crepúsculo. Nuestros navegantes estaban tan ansiosos de ver tierra, que convertían ilusiones ópticas con el objeto de sus deseos. Tal vez en circunstancias normales no se hubieran equivocado: pero las que les rodeaban no eran en absoluto circunstancias normales.

La mañana del 7 de octubre fue expectante: todavía podía ser realidad lo entrevisto. Por la tarde se confirmó el fiasco. Tampoco aquí alude el Almirante a la desilusión de sus gentes; pero la desesperanza tuvo que ser mortal. Por tres veces se habían equivocado, y ya nadie podía abrigar demasiada confianza en el éxito de la empresa. La tensión, sobre todo a bordo de la *Santa María*, se adivina, a pesar de las tranquilas palabras del narrador del viaje: «Como en la tarde no vieron tierra, la que pensaban los de la carabela *Niña* que habían visto, y porque pasaban gran multitud de aves de la parte norte al sudoeste, por lo cual era de creer que iban a tierra o huían quizá del invierno… el Almirante acordó dejar el camino del oeste y poner proa al oestesudoeste». Colón hace aquí de la necesidad virtud, y convierte su cesión ante las presiones de los marineros —y quizá de los otros capitanes y pilotos— en una decisión propia. Martín Alonso había aconsejado el día anterior derivar hacia el suroeste, para alcanzar la isla de Cipango, y don Cristóbal se había opuesto; pero la presión le obligó a ceder veinticuatro horas más tarde. Aves habían visto muchas durante toda la travesía; habían interpretado su presencia como señal evidente de la cercanía de tierra, porque daban por supuesto que las aves no duermen en la mar; la verdad es que nadie hasta entonces lo había comprobado: los expedicionarios estaban viviendo

experiencias absolutamente nuevas, por la sencilla razón de que nadie se había aventurado a una navegación de miles de millas en lo más remoto del Océano. Las aves que vieron en la tarde del 7 de octubre no significaban absolutamente nada; a lo sumo, y el Almirante lo reconoce, una migración otoñal hacia parajes más cálidos: pero Colón toma ahora como pretexto la dirección de los pájaros para justificar su decisión de torcer el rumbo hacia el suroeste.

Con esta decisión, que no fue suya, sino forzada por quienes le rodeaban, cambió la historia. No sabemos qué hubiera sido de la expedición si el navegante genovés hubiera seguido impertérrito su camino hacia el oeste. Morison piensa que las carabelas hubieran llegado a la península de Florida; pero también añade que la corriente del Golfo, más fuerte allí que en ningún otro lugar —seis u ocho nudos— hubiera desviado las carabelas hacia el norte, o quién sabe si, con viento flojo, las hubiera desviado de tierra. Es inútil especular sobre lo que hubiera pasado cuando no pasó, pero no deja de ser sugestivo. Si Colón y los suyos hubiesen persistido en el empeño, lo más probable es que las carabelas, aunque desviadas por la corriente, hubieran conseguido llegar a la costa norteamericana por Carolina (que se hubiese llamado Fernandina, o tal vez Colombina), y otro hubiese sido el desenlace histórico. Solo sabemos que todo cambió por el hecho de que Colón, presionado por Pinzón y los suyos, decidió cambiar el curso de las carabelas hacia el suroeste, y dio con las Bahamas, y luego con las Antillas, punto de recepción, durante tres siglos, de los españoles que descubrieron, conquistaron y colonizaron América. A veces la historia del mundo cambia por obra de un capricho o de una decisión tomada gracias al vuelo de unas aves que no van a ninguna parte. Pero cambia de un modo decisivo.

Rebelión a bordo

Estamos a 10 de octubre. Colón se imagina, de acuerdo con sus cálculos, que se encuentra a casi 1100 leguas al oeste de la isla de Hierro. Era un magnífico navegante por estima, según afirma Morison, y probablemente es verdad. Pero en aquella ocasión la impaciencia le jugó una mala pasada, y vino a resultar que la «cuenta falsa», la que hizo creer a los marineros, era más verdadera que la «verdadera», aquella que llevaba en secreto. Midiendo las distancias anotadas por Colón, resulta que la cuenta que él llevaba por cierta le hubiera conducido el 12 de octubre al golfo de México (después de «atravesar» parte de la península de Florida), mientras que la que hacía creer a su gente le hubiera dejado unas 200 millas al ENE de las Bahamas, más cerca de Guanahaní, sin embargo, que la otra (vid. lámina 12). ¿Que los marineros se creían a pies juntillas los valores de la cuenta falsa? No eran tan lerdos que no adivinasen que el Almirante trataba de engañarlos; y además estaban los pilotos, más cerca de la tripulación que el jefe supremo, y sus estimaciones no se mostraban de acuerdo con la cifra oficial. De aquí la desazón creciente de todos, añadida a la idea de que aquel loco extranjero «les llevaba a la perdición».

Pero en este caso el desazonado era también el Almirante. No solo había «errado» Cipango, sino que también había errado Catay. Había recorrido más de 1100 leguas, cuando según sus cálculos Catay estaba a solo mil. Y no era una costa que pudiera perderse por obra de una simple desviación. Podía dar con Cambaluc, con las costas de Quinsay, con la península de Mangi, con Zaitón, con el Queroneso de Oro o con la alargada Catigara: pero tenía que dar con algo forzosamente. Sin embargo, no se veía más que un mar inmenso frente a la proa de la nao. ¿Qué estaba

ocurriendo? ¿Dónde se encontraba realmente? ¿Estaba equivocado el mapa? ¿Había calculado mal la distancia? ¿Se encontraban las Indias mucho más lejos de lo que imaginara y se había aventurado a una travesía imposible para los barcos de aquellos tiempos? Y hasta la pregunta suprema, a la cual nadie hasta entonces había dado una respuesta empírica: ¿era la Tierra redonda? («Yo siempre creí que la Tierra era redonda», escribió una vez Colón admitiendo un asomo de duda). En suma, ¿cabía la posibilidad de que se estuvieran perdiendo en el infinito del océano? Hay momentos en que la situación se hace tan desesperada, que ya resulta difícil razonar. El camino, un camino que según propia afirmación nadie había recorrido antes, había proporcionado al Almirante las mayores sorpresas: ramos de fuego, desviaciones inexplicables de la brújula, movimiento de la estrella Polar, hierbas en alta mar, vientos, corrientes inesperadas, aves que no tenían las costumbres de las aves conocidas, climas anómalos para la latitud en que creía encontrarse…

¿Pero es que se encontraba realmente en esa latitud y en esa longitud, las que él, tan buen navegante, había constatado de acuerdo con su rumbo y velocidad? Solo tres criterios podían ayudarle a situarse: la brújula, la Polar y el mapa que llevaba. Y se daba la alarmante circunstancia de que la brújula y la estrella no se ponían de acuerdo. A nadie le había sucedido jamás semejante cosa, tal vez porque nadie se había atrevido a hacer lo que él había hecho. Y en cuanto al mapa, Antilia no estaba donde la carta decía estar, tampoco Cipango, y lo que era más amenazador, tampoco la inmensa Catay. No sabía dónde se encontraba, y todo parecía indicar que se había equivocado: por culpa de la estrella, por culpa de la brújula[5], por culpa del mapa, o por culpa de unas corrientes que le habían desviado hasta no

sabía dónde. Lo único cierto es que no se hallaba donde hubiera debido estar. Es imposible penetrar en el alma misteriosa y críptica de Cristóbal Colón, ni siquiera en esos dramáticos momentos. Fe o angustia, o una mezcla incomprensible de estas dos cosas. «Los aires muy dulces, como en abril en Sevilla, que es placer estar a ellos, tan olorosos son», escribe en las horas más tensas del viaje (8 de octubre). ¿Aires olorosos en la mar? ¿Aires de tierra? Y más sorprendente aún: «pareció la hierba muy fresca y muchos pajaritos de campo». ¿Estaba desvariando el Almirante?

Muchos lo creyeron así, lo llevaban creyendo durante mucho tiempo (algunos, a lo que se sabe, ya desde el punto de partida vieron en aquel marino de origen desconocido un aire misterioso que no les cayó bien). Y ahora iban creciendo los motivos para reafirmarse en aquella opinión. Posiblemente temían más a aquel loco que les estaba conduciendo a lo inexistente que al peligro de los mares. Aún estaban a tiempo de regresar, aunque el regreso, contra el alisio, ellos lo sabían muy bien, iba a ser infinitamente más trabajoso que la ida; pero dar media vuelta era la única forma de poder alcanzar costas seguras, de volver a ver un día el Viejo Continente, la patria de siempre, habitada por hombres cabales, el hogar de sus esposas, de sus hijos, de sus prometidas. O regresar o morir: y morir, además, después de haber hecho el ridículo. «Aquí la gente ya no lo podía sufrir —escribe el soñador en aquel patético 10 de octubre—, quejábanse del viaje; pero el Almirante se esforzó lo mejor que pudo, dándoles buenas esperanzas de los provechos que podían haber, y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indias, y que así lo había de proseguir, hasta hallarlas, con la ayuda de Nuestro Señor».

Aquí Colón no es sincero. Habla de un conato de insubordinación, pero se niega a reflejar su impotencia

frente a la protesta de los marineros, además de hacer gala de una decisión y una capacidad de persuasión que seguramente no tuvo; quiere quedar bien ante los reyes, presentándose como el artífice, con su valor y autoridad, del éxito de la aventura. Todos los colombinistas están de acuerdo en que aquel día hubo un verdadero motín en la *Santa María*, y quizá fue entonces cuando los marineros estuvieron a punto de echarle al mar. Fernández de Oviedo se refiere a una abierta rebelión, calmada no por el Almirante, sino por los Pinzones, que acudieron en su auxilio. A pesar de que las carabelas marchaban a cientos de metros, a veces a más de una milla unas de otras, las novedades se conocían con pasmosa facilidad, gracias a algún sistema de señales. Los hermanos Pinzón corrieron en ayuda de su jefe, y esta ayuda fue, para Hernández Duro o Manzano, decisiva en el desenlace del desagradable lance. Por otra parte —el historiador está obligado a ser imparcial— tampoco los testimonios favorables a los Pinzones tienen que ser más creíbles. La mayoría de ellos se encuentran en las actas de los interminables «pleitos colombinos», que tuvieron lugar mucho después de la muerte del Almirante, para dirimir la licitud o ilicitud de los derechos de sus sucesores. En la declaración que en 1536 formuló Hernán Pérez Mateos, primo de Martín Alonso, contó que este último dijo al Almirante: «Señor, ahorque vuestra merced a media docena de ellos, o échelos al mar, y si no os atrevéis, yo y mi hermano barloaremos sobre ellos y lo haremos, que armada que salió por mandato de tan altos príncipes no habrá de volver atrás sin buenas nuevas» (otra frase para quedar bien con los monarcas). A lo que Colón, apocado y agradecido, habría respondido: «bienaventurados seáis». Un hijo de Martín Alonso, Juan Martín Pinzón, refleja una versión parecida. En aquellos últimos días, y sobre todo así

que estalló el conato de rebelión, don Cristóbal «iba desmayado», y solo los Pinzones le empujaron a seguir adelante, por lo que la obra del Descubrimiento habría que atribuírsela a los marinos de Palos, y no al genovés. Otros testigos, en cambio, partidarios de Colón, afirmaron que quienes querían volverse eran los Pinzones.

La realidad es bastante más compleja. Que los Pinzones, y sobre todo Martín Alonso, tuvieron una participación decisiva a la hora de aplacar a los marineros amotinados, es indudable. Sin esa intervención puede que hubiera prevalecido el proyecto de algunos de acabar con el Almirante. Y sin ella es también más que probable que las carabelas no hubieran llegado al Nuevo Mundo. Pero no es seguro que los Pinzones estuvieran empeñados en proseguir indefinidamente aquel disparatado viaje, y de las pláticas que siguieron entre los capitanes, y las de estos con la tripulación, parece que derivó, según los testimonios aducidos en los «Pleitos», una solución intermedia, en el fondo una claudicación aplazada. Se llegó al consenso de proseguir la navegación hacia el oestesuroeste, siguiendo la ruta decidida por Martín Alonso Pinzón —Colón prefería retornar a la vía del Oeste— por espacio de tres días. Si al término de la tercera jornada no aparecía tierra, darían media vuelta y tratarían de regresar a Europa. Era preferible esa difícil pero en el fondo más prometedora navegación, que buscar en la infinitud del Océano lo que no acababa de aparecer, por un camino que nadie podía demostrar que condujera a un destino concreto. Puesta en la situación de aquel decisivo 10 de octubre, cualquier persona sensata e ignorante del desenlace, hubiera apostado sin duda por el fracaso final. Tres días de navegación en un mar desierto y desconocido eran muy pocos para hallar lo que no se había encontrado en treinta y uno. La empresa podía darse por

finiquitada, fuera cual hubiese de ser el resultado del regreso.

Sin embargo, es necesario repetirlo una vez más, Cristóbal Colón, en medio de sus tribulaciones, tuvo suerte, una suerte enorme, si se quiere providencial, en uno de los viajes más maravillosos de la historia. Había encontrado viento favorable, había soslayado por pura casualidad las «latitudes de los caballos», había conseguido guiarse muy satisfactoriamente a pesar de las discrepancias entre las agujas y la estrella, se había desviado justo a tiempo de la corriente del Golfo, que por lo menos le hubiera detenido o retrasado, y finalmente, el viento refrescó aquel mismo 10 de octubre, hasta permitir una marcha, durante dos jornadas seguidas, de doce millas por hora: una velocidad que no había alcanzado durante el resto del viaje. Sin este último detalle, no hubiera habido descubrimiento. Y justo había aceptado el cortísimo plazo de tres días para proseguir su intento. ¡Increíble, le sobró medio día!

Esperanzas

Algo de milagro tuvo el hallazgo del Nuevo Mundo después de que Colón hubiera aceptado desistir de su empeño en tres días y dar la vuelta, humillado y avergonzado, cuando de pronto todo cambió pocas horas más tarde. El recuerdo de ese milagro, que no solo la imagen de un mundo virgen, debió quedar grabado en su mente de forma indeleble cuando no pudo menos de recordarlo al relatar el hallazgo de tierra, no menos milagroso, después de su tercer viaje, en julio de 1498. En este otro caso, tras una penosísima travesía, en que se creyó atascado para siempre en las calmas ecuatoriales, con su tripulación muerta de sed, y casi perdida toda esperanza, el 31 de julio divisó en el horizonte tres montes, a los que puso el nombre de Trinidad,

nombre que hoy perdura para designar la gran isla que cierra las bocas del Orinoco. Fue una maravillosa y ya no esperada salvación en el último instante. Y de tal forma relaciona este prodigio con el vivido seis años antes, que asocia en uno los dos recuerdos: «La fallada de esta tierra fue un gran milagro, tanto como la fallada en el primer viaje». Milagro o no, es indudable que la fortuna le sonrió a Colón cuando ya no la esperaba. Si la resolución de proseguir la navegación solo tres días se hubiera tomado simplemente un par de jornadas antes, o si en aquella semana hubiera soplado el viento suave propio de la época, la suerte del mundo hubiera sido distinta.

Pero el 11 de octubre de 1492, los expedicionarios, al borde de la desesperación y de una derrota ya anunciada, se llenaron pronto de esperanza. Los de la *Pinta* vieron un palo labrado y luego una tablilla plana, que no podía haber sido cortada más que por mano del hombre. Era el primer signo humano que encontraban después de cuatro mil millas de viaje. Muy poco después, los de la *Niña* hicieron hallazgos semejantes, entre ellos un ramo espinoso, cargado de fruto rojo, que parecía recién cortado; nada tenía que ver con las dichosas «hierbas» que habían visto durante tantos días: esta vez se veía la estructura leñosa de aquella rama cortada ¡por alguien!, hacía no mucho tiempo. Desde la *Santa María* no vieron más que un junco verde, pero de origen terrestre sin duda alguna. No se divisaba tierra en el horizonte, pero aquellos «indicios» eran al fin, de verdad, la primera prueba de la cercanía de una tierra llena de vegetación y habitada por seres humanos. «Con estas señales —escribe Colón— respiraron y alegráronse todos». Ya no cabía duda, esta vez no había engaño: estaban cerca de tierra. Ya nadie hablaba de dar la vuelta al día siguiente. La desesperanza había desaparecido como por ensalmo; no, por cierto, la ansiedad.

Un testigo llamado a declarar en la vista de los pleitos colombinos contaba en 1515 que desde aquella tarde del 11 de octubre, las cofas, las vergas y los castillos aparecían llenos de vigías expectantes, que se decían continuamente unos a otros: «¿la veis?, ¿no la veis?». Era ese sexto sentido que avisaba a los navegantes experimentados la cercanía de tierra. No hacía falta la orden que dio Colón, al anochecer, de reforzar la guardia, recordando la recompensa de los 10 000 maravedíes de sueldo de por vida que habían ofrecido los Reyes Católicos a quien primero divisara tierra. Todo el mundo avizoraba con ansia especialísima el horizonte, intentando ver… y al mismo tiempo no equivocarse, porque ya es sabido que después de tantos falsos descubrimientos, se habían puesto todos de acuerdo en que aquel que diese la falsa voz de tierra perdía el derecho a la recompensa, aun cuando más tarde fuera el primero en avistarla. Fue una de las noches más cargadas de deseos de toda la Historia.

Una luz en el horizonte

Cerró la noche. Nadie había divisado tierra aún, pero todos seguían ojo avizor, a pesar de la oscuridad, ante la posibilidad de descubrir algún indicio de lo que tan ansiosamente andaban buscando. Y las guardias, con doscientos ojos abiertos, no estaban de más, si se quería evitar que las carabelas encallasen o topasen con posibles escollos. El viento era fresco y seguía soplando en dirección favorable. «Tuvieron mucha mar, más que en todo el viaje habían tenido» (probablemente desde Canarias), y la marcha se mantenía a razón de doce millas por hora, como pocas veces podía hacer una carabela. La noche no ofrecía una buena visibilidad; brillaban las estrellas en lo alto, pero en el horizonte, al menos por la parte de proa, unos celajes bajos dificultaban la vista. La noche era oscura, hasta que a las 23,05 salió la luna. Nadie le prestó atención, porque se

mostraba por popa, y todos los ojos estaban pendientes de proa. Los del Almirante, que permanecía en el castillo de popa, en lo más alto de la nao, también, quizá con más atención que nadie.

Eran las diez de la noche cuando le pareció columbrar allá lejos, en el horizonte, una débil luz. «Era como una candelilla de cera, que se alzaba y levantaba» (error en la copia del manuscrito: el Almirante quiso decir que «se alzaba y bajaba»: así lo explican luego otras fuentes que oyeron a Colón). El movimiento de la lejana e incierta lucecilla no se debía, como ha llegado a suponer alguien, a que el portador de aquella supuesta antorcha estuviera moviéndose o haciendo señas de ninguna clase: a tan enorme distancia, su movimiento no hubiera sido en modo alguno apreciable. No cabe duda de que tal efecto era consecuencia del cabeceo de la nao, sacudida por un oleaje bastante fuerte de popa. Pero ese fue el efecto que producía. Una visión pronto perdida, si bien pareció adivinarse luego otras veces; «aunque fue cosa tan cerrada, que no quiso afirmar que fuese tierra». Es perfectamente imaginable la tensión e incertidumbre de Cristóbal Colón en aquellos momentos. Creyó ver una luz sospechosa, pero no podía afirmarlo con seguridad. Por eso no quiso hacer público su supuesto descubrimiento: si luego fallaba, sería más que nunca el hazmerreír de sus hombres; aparte de que a él también le interesaba, cómo no, recibir la sustanciosa recompensa ofrecida por los reyes.

Ahora bien: Cristóbal Colón no era un hombre ignorante y sencillo, como la mayor parte de sus marineros. Poseía un ingenio de primera clase, y supo arreglárselas para obtener a su tiempo el mayor partido de su hallazgo, si este resultaba acertado. Después de un momento de duda, «llamó a Pero Gutiérrez, repostero de estrados del rey, y díjole que parecía

lumbre, que mirase él, y así lo hizo, y vióla. Se lo dijo también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que el rey y la reina enviaban en la armada por veedor, el cual no vio nada, porque no estaba en lugar donde la pudiese ver…». Colón había recurrido a los dos personajes más cultos y respetables de la expedición, ambos funcionarios reales. Lo hizo quedamente, para que nadie se enterase de lo que estaban tratando de ver. Pero Gutiérrez vio la lucecilla, o creyó verla. Pudo ser víctima de la llamada «ley de James», según la cual, cuando una persona de importancia o carácter persuasivo ve o cree ver algo, otra persona, instada por la primera, cree sinceramente verlo también, aunque la impresión sea falsa. O pudo distinguir claramente la «candelilla», lo mismo que el Almirante, y acertar ambos. Rodrigo Sánchez de Segovia no vio nada, porque no estaba en lugar donde pudiese ver. La escena no admite otra explicación si no suponemos que la furtiva lucecilla aparecía casi justamente por proa, y exigía sacar el cuerpo por encima de la barandilla del puente para evitar el estorbo de la vela mayor. Quizá la edad o el temor de don Rodrigo en una noche de oleaje no le permitieron correr aquel riesgo. Pero Colón ya tenía lo que necesitaba: un testigo ocular y un testigo de ese testimonio.

La conducta de Colón nos confirma un rasgo que la mayoría de los historiadores han achacado al descubridor: que era un hombre sumamente interesado en asuntos de dinero. Quería aparecer como el primero que había avistado la tierra tan deseada, pero no quería que su barrunto fuese conocido si terminaba en fracaso. De salir las cosas bien, nadie que gritase ¡*Tierra*!, tendría ya derecho a la renta de 10 000 maravedíes. Su comportamiento fue astuto, tanto si el aparente punto brillante en el horizonte correspondía a una luz encendida en alguna costa como si era otra cosa, o una

alucinación. La alternativa era la siguiente: o quedaba bien o no quedaba mal. Bien sabido es que cuatro horas más tarde un marinero de la *Pinta*, Juan Rodríguez Bermejo o Rodrigo de Triana, dio el grito tan esperado, y todos le tomaron como el avistador de la primera tierra del Nuevo Mundo; pero Colón, en un gesto indigno de su condición y de su cargo de almirante y virrey, le puso pleito, recurrió a los dos testigos que necesitaba, y ganó el contencioso. Por cierto —y lo cuenta de oídas Fernández de Oviedo— que se dice que Rodrigo de Triana, desesperado en su impotencia, huyó a África y se hizo mahometano, versión que, por supuesto, nadie puede asegurar. El detalle refleja una cierta mezquindad por parte del jefe de la expedición, que ya bastante gloria había alcanzado con su viaje y con sus cargos. Por cierto que el hecho, por rácano que fuera nuestro hombre, da pie a sospechar si el descubridor no estaba demasiado seguro de haber llegado a las Indias, una parte de las rentas de cuyo comercio le habían sido prometidas. Armar pleito por 10 000 maravedíes, una suma sustanciosa, pero no propia de un potentado, revela una avidez anormal, o bien la escasa certeza de obtener en el futuro un buen partido de su descubrimiento.

Ahora bien, y esto es lo que nos interesa saber ahora mismo, ¿fue la débil y dudosa lucecilla avistada a las diez de la noche el primer indicio cierto de la presencia de América? El hecho, como tantos otros referentes al famoso viaje, se presta a toda clase de interpretaciones, y probablemente no podrá ser dilucidado jamás. Partamos de la suposición, hoy más confirmada que nunca, de que la isla de Guanahaní, a que primero llegaron las carabelas, es la que se llamó Watling, hoy San Salvador, el mismo nombre que le puso Colón. En ese caso no existe la menor posibilidad de que la luz estuviera encendida en *otra isla*, puesto que es la más

adelantada. Si el avistamiento seguro tuvo lugar a las dos de la madrugada, a las diez de la noche, calcula Morison, las carabelas estaban a 56 millas de la isla, y a esa distancia no se ve siquiera el faro de Guanahaní, con sus 400 000 bujías, cuánto menos una fogata encendida por los indígenas. Taviani, siempre defensor de las tesis favorables a Colón, sugiere que pudo tratarse de una gran hoguera, como las que hoy encienden los isleños, para ahuyentar a los mosquitos. Lo más seguro es que las desagradables costumbres de los mosquitos no hayan cambiado en quinientos años; menos seguro es que los actuales habitantes de San Salvador hagan lo mismo que los antiguos taínos, aquellos primitivos hijos de la naturaleza. Pero, aun suponiendo una enorme hoguera, puesto que la isla es baja y llana, y la curvatura de la tierra no permite divisarla a esa distancia desde la cubierta de un navío, Colón no pudo ver la lucecita, «como una candelilla»: a lo sumo como el resplandor de una luz extensa y difusa. Por otra parte, una hoguera enorme hubiera tardado horas en apagarse, y la hubieran visto los tripulantes de las carabelas media hora, una hora todo lo más después que Colón, hasta adquirir la certeza de que se trataba de un fenómeno provocado por el hombre. Los marineros poseían una vista excelente y un instinto especial.

Por supuesto, caben otras mil suposiciones. Entre ellas, que la lucecita «tan cerrada que nadie pudiera afirmar que fuese tierra» haya sido una ilusión del Almirante, contagiada inconscientemente a Pero Gutiérrez. En aquellas horas enfebrecidas por la ansiedad, cualquier falso estímulo de la vista era posible. O si se quiere, todo lo contrario: la luz era cierta, pero muy débil —una pequeña fogata que pronto se extinguió—. Basta admitir que la velocidad de los navíos era mucho menor que la estimada, que la costa se hallaba

más cercana, y que las horas no sean exactas: por ejemplo, que la luz hubiese sido columbrada a las once, y la costa descubierta a la una. Esa eventualidad, aunque no probable, es posible. Queda, quizás, una última solución, y resulta curioso considerarla. Supongamos, y nada nos induce a pretender lo contrario, que los datos y los horarios responden a la verdad, y que Colón y Gutiérrez creen ver dudosamente una lucecita en el horizonte sobre las diez de la noche. Pudo verla incluso algún otro marino, que no quiso dar la voz de tierra por temor a equivocarse. En ese caso, está claro que la lucecita no duró mucho tiempo. En ese momento, Saturno estaba a seis o siete grados sobre el horizonte. Se ocultaría a las diez y media. La noche era turbia y presentaba celajes horizontales por proa, según dice Hernando. Apareciendo momentáneamente entre los celajes, para ocultarse o difuminarse poco después, podría producir el efecto de una «candelilla» que sube y baja. Saturno, con su color amarillento, en el horizonte casi anaranjado, es, de todos los planetas, el que más veces ha sido confundido con una luz lejana o con un faro. Ha sido W. Sheham el que ha estudiado con más detalle el «efecto Saturno». Este efecto puede tener relación con su baja luminosidad superficial (luminosidad por superficie aparente, incluidos los anillos), y con la extensión virtual de su imagen; de tal forma que, aun viéndose como un punto, produce una sensación no puntual, es decir, la de algo tangible, no un astro. Saturno es el más «material», el más parecido a una «cosa» de entre todos los planetas. Y este efecto de algo tangible queda potenciado cuando los anillos se presentan en su máxima elongación. Daba la casualidad de que en 1492 los anillos de Saturno se encontraban en el momento de su máxima elongación. A cinco, seis, siete grados sobre el horizonte, podía ser confundido con un objeto situado sensiblemente en él: la

«candelilla» podía estar encendida en algún lugar elevado de la costa; o más bien, cuando por culpa de los celajes la línea del horizonte era indiscernible, y con los cabeceos que en aquel momento experimentaba la nao, batida por el mar de popa, cualquier objeto cercano al horizonte podía ser confundido con algo situado en el mismo. Naturalmente, si las demás hipótesis son discutibles, esta lo es también. Muy lejos de nosotros la pretensión de imponerla. Pero no tendría nada de particular que Colón no hubiese avistado América, sino a Saturno, y que la presencia del astro engañador cerca del horizonte oestesuroeste —entre Capricornio y Piscis— fuese la responsable de la concesión a Colón de la renta de 10 000 maravedíes de por vida y de la desesperación de Rodrigo de Triana.

Una noche histórica

A las 23,05, hora local natural, salió la luna, por popa. Entraría en cuarto menguante diecinueve horas más tarde. Ya por entonces la brillante Capella se alzaba por el nordeste como el más hermoso lucero visible en aquel momento, y un poco más arriba lucía la rica zona de Perseo, cuajada de innumerables estrellas engastadas en la delicada cinta de la Vía Láctea. La luna, de momento, no estorbaba demasiado la visión de las estrellas. Quizá mucha gente no se ha dado cuenta de que la luna en cuarto menguante tiene un brillo de solo el 60 por 100 del que alcanza en cuarto creciente. La razón estriba en que la zona derecha del disco lunar —el hemisferio que da al oeste— está formada principalmente por rocas blancas que casi nos recuerdan el mármol, mientras que el hemisferio oriental, el único que se ve en cuarto menguante, muestra grandes llanuras de lava oscura y polvo más oscuro todavía, que reflejan con menos viveza la luz del sol. Por eso el cuarto creciente nos muestra una luna brillante, primaveral, casi agresiva, mientras el cuarto

menguante tiene una melancolía tenue, triste, muy especial. Los poetas entienden de esto quizá más que los astrónomos, que no suelen fijarse demasiado en semejantes matices.

Es seguro que los marineros de Colón no estaban para reparar en melancolías, pero sabían muy bien por experiencia que la luna en cuarto menguante es más débil que en creciente, y que tiene que levantarse bastante sobre el horizonte para que se pueda distinguir cualquier objeto llamativo sobre las olas. La luna iba elevándose por popa, mientras la atención de todos se concentraba en la proa. Con la luna salieron, a su izquierda, los Gemelos, Cástor y Póllux, un tanto deslumbrados por la luz del satélite. Y poco a poco, conforme se sobrepasaba la medianoche, iban apareciendo las estrellas que estamos acostumbrados a ver en las noches navideñas después de la cena. Allí estaba el majestuoso Orión, con su llamativo trapecio en que figuran la gigante roja Betelgeuse y su émula, la limpísima gigante azul Rigel; y en medio de la figura, la preciosa hilera de tres estrellas también azules, en perfecta línea recta, que las gentes suelen llamar «las Tres Marías», y algunos marinos andaluces, he tenido ocasión de comprobarlo, siguen llamando «los Astillejos» las estrellitas (de *asterículum, asterícula*), hasta tal punto perduran las tradiciones latinas. Los compañeros de Colón conocían muy bien los Astillejos; tal vez lo único que les extrañaba era que aparecían verticales, y toda la constelación casi acostada, como no es posible verla desde las costas de Huelva. Rigel salía antes que Betelgeuse, lo que tampoco ocurría en Palos. Pero los tripulantes probablemente no advertían nada de esto. A proa, el espectáculo era mucho más pobre. Sin embargo, la atención seguía concentrada en proa.

Casi dos horas más tarde que la luna salió Júpiter, en Cáncer. Con su tono perlado y potente, en modo alguno

podía confundirse con una hoguera. Hacía semanas que los tripulantes consideraban a Júpiter como un lucero de madrugada, aunque ahora salía ya mucho antes que el alba. Luego apareció Sirio, la más brillante estrella del cielo, por la aleta de babor. También las esplendideces de la Vía Láctea comenzaban a mostrarse por allí. Nadie se fijó algo más tarde en otra estrella brillantísima, de color de oro, casi émula de Sirio, que surgió después de las dos de la madrugada, que ninguno de aquellos marineros había visto en su vida, pero en la cual nadie reparó por la sencilla razón de que momentos antes se había producido un acontecimiento mucho más importante. El paisaje del cielo iba cobrando por entonces el aspecto que aquel centenar de hombres iba a recordar toda su vida. La noche, a aquellas horas y con luna en menguante, parecía llena de una especial solemnidad.

Tierra

Cien hombres atisbaban hacia proa, subidos a los mástiles, a los palos, a las jarcias, a los puentes, asomados a las barandillas, donde mejor podían. Les iba la vida en ello, y algún instinto especial («¿la veis?, ¿no la veis?») les hacía sentir que aquella noche era la última de la travesía. Eran muchos hombres, y solo uno podía ser el primero. «Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana...». Pero no encontramos en el rol de la tripulación, recompuesto trabajosamente por A. B. Gould, el nombre de Rodrigo de Triana. En la documentación de los pleitos colombinos, tres testigos coinciden en afirmar que el primero que vio tierra fue Juan Rodríguez Bermejo, tripulante de la *Pinta*, que Colón reconoce que iba en cabeza. Aunque natural de Molinos, en la actual provincia de Sevilla, se conoce que vivía en Triana, y por eso sus compañeros le llamaban Rodríguez de Triana. El Almirante, que no conocía

muy bien a los hombres de la carabela de Martín Alonso, confunde el apellido con el nombre. Esa confusión se ha generalizado, y para los efectos no parece tener mayor importancia. Rodrigo de Triana era sin duda un hombre avezado a la mar, se había subido a uno de los apoyos más elevados del mástil de la carabela, y debía tener una vista excelente. De vez en cuando sentía necesidad de descansar un poco, porque también la vista se cansa, sobre todo cuando se observa con gran avidez. Otros muchos, en la *Pinta* y en los otros dos barcos estaban pendientes de lo que tenían por proa, y no vieron lo que vio Juan Rodríguez Bermejo.

¿Qué vio realmente? Lo más probable es que en un primer momento no distinguiera la isla, oscura, selvática y baja, «de la cual estarían a dos leguas», diez o doce kilómetros. Vio cabrillear las olas, en aquella noche de mar agitada, contra una costa. Probablemente, ni siquiera contra la costa propiamente dicha. La isla de San Salvador tiene abundantes playas en su borde oriental batidas por el alisio, pero una milla antes hay una barrera coralina, sobre la cual se forman abundantes espumas, especialmente con marea baja. Daba la casualidad de que a las dos de la mañana de aquel día estaba la marea baja. Fue sin duda una más de las infinitas suertes que tuvo Colón. Es muy posible que, con marea alta, no hubiera sido posible darse cuenta de los escollos, que se encuentran mucho antes de llegar a la costa, si es que en la oscuridad, y con las playas casi cubiertas por la pleamar, alguien hubiera podido siquiera distinguir la tierra. Y las carabelas, probablemente, se hubieran estrellado contra las rocas. La luna, a las dos de la madrugada, había alcanzado ya, por popa, una altura de más de 40°, suficiente para iluminar, aunque vagamente, cualquier objeto claro en un área de seis u ocho millas. Si la luna hubiera brillado por

proa, seguramente no hubieran visto nada: otra suerte más. ¿Y qué objeto más brillante que el espumear de las olas al saltar sobre los escollos? Fue aquel cabrilleo, sin duda alguna, lo que vio Juan Rodríguez Bermejo. Por tanto, una costa. Quizá, detrás, pudo adivinar en la oscuridad dos playas, y entre ellas una península redondeada; pero seguramente no pudo ver más que las olas batiendo. Cierto que no podía jurarlo. Era casi seguro que se encontraba a pocas millas de una tierra. Sabía que si se equivocaba, perdería una renta vitalicia capaz de permitirle vivir holgadamente el resto de su existencia. Pero si se retrasaba unos segundos, cualquiera de sus compañeros se le podía adelantar. Al fin se decidió a jugarse el todo por el todo.

—¡*Tierra*!

Y porque era tierra realmente, aquel grito de un marinero casi anónimo vino a cambiar la historia del mundo.

El sueño y el alba del Nuevo Mundo

Al fin, después de tantas dramáticas incertidumbres y tantos crueles desengaños, la gran interrogante había encontrado una respuesta, aunque todavía no se adivinaba su naturaleza exacta. Esta respuesta, de momento solo significaba una cosa, pero esa cosa era la más importante de todas: existía tierra al otro lado del Océano. Era imposible, a la débil luz de la luna menguante, evaluar su forma y dimensiones, pero, a lo que se podía imaginar, se trataba de una isla, la primera tal vez de una serie de costas maravillosas. Tierra a buen seguro: a la luz de la luna se divisaban las blancas playas y las rompientes de coral. Y sobre todo se olía la tierra, con ese olor inconfundible que solo son capaces de percibir los navegantes que han pasado varias semanas en alta mar: un olor, en este caso, perfumado de mil especies vegetales. Las carabelas quedaron

«temporejando», esto es, temporizando al pairo para no acercarse demasiado a una costa que parecía llena de escollos. La maniobra y una débil corriente del norte que reina en el lugar, les condujo hacia el sur de aquella tierra, que, ahora se adivinaba mejor, tenía todo el aspecto de ser una isla. Una isla muy boscosa y llena de frutos.

Pocos habían dormido hasta entonces, quizá nadie quiso dormir a partir de aquel momento: lo que los marineros tenían delante, cualquiera que fuese su realidad, era demasiado importante para dormitar, aunque más de uno, tras una noche tan agitada quedase por momentos traspuesto. Faltaban cuatro horas para el amanecer. ¿Qué pensarían, que esperarían aquellos hombres que habían visto transcurrir sesenta y siete días desde su salida de Palos, en una travesía hacia lo desconocido que podía depararles la fama o la muerte? Al fin tenía razón el Almirante: había tierra al otro lado del Océano, y si aquella profecía se había cumplido, también se cumplirían las otras, aquellas que hablaban de imperios e incontables riquezas. Pocas horas más tarde se despejaría la incógnita; pero la más importante de todas estaba despejada ya: el viaje, de pronto, había cobrado pleno sentido. La figura de Colón, ante los ojos de todos, se había agrandado. Se habían equivocado quienes lo criticaban, o pensaban que era un visionario. Cómo habían acertado aquellos que habían confiado en él. Llegaba la hora del triunfo, de la fama, de la riqueza.

Por de pronto, las más perentorias necesidades iban a ser cubiertas. Agua y alimentos frescos, por fin, después de tan larga travesía. Y sin duda, el paraíso que todos anhelaban, por el cual habían decidido la aventura de embarcarse hacia lo infinito de la Mar Océana. Sin duda, quien más soñó fue el propio Colón, desembarazado al fin de tantas zozobras, fiel a una fe que, ni en los peores momentos, había desfallecido del

todo. Había llegado la hora del triunfo, de la rehabilitación después de tantas incomprensiones y desconfianzas. ¿Qué tierra era la que le estaba esperando a solo dos millas de distancia? No una tierra extensa, a lo que podía adivinar. Pero Paulo Físico había representado una cantidad enorme de islas en torno a Cipango. ¿Pertenecerían las playas que estaba contemplando al Imperio del Sol Naciente? ¿Lo había rebasado ya, y la isla correspondía al fabuloso reino del Gran Khan? ¿Podría encontrarse, pocas horas después, con los vasallos, con los funcionarios de tan altos señores y presentarles las cartas patentes de Sus Altezas los Reyes Católicos? ¿Cómo sería recibido? ¿Se le rendirían los más altos honores? El Almirante poseía las suficientes dotes diplomáticas para hacer valer su alta condición. En un cofre llevaba guardados los ropones solemnes reservados para tan alto encuentro. El sueño, aunque en una mente tan visionaria como la de Cristóbal Colón, era perfectamente explicable. Maravillosas promesas podrían convertirse en realidad en un plazo de pocas horas.

Aquellas horas, no más de cuatro, se hicieron eternas. Pero ya solo era necesario esperar al alba. Las estrellas continuaban su voltejeo. A Orión seguían sus Canes, Mayor y Menor. Júpiter se alzaba en la plenitud de su gloria, y detrás asomaba la cabeza del León. Las Guardas y la Osa Mayor, por un tiempo ocultas bajo el horizonte, iban levantándose por el nordeste. La luna alcanzaba el meridiano. Los marinos sabían muy bien que cuando la luna en menguante llega a su máxima altura, se acerca el momento del amanecer. El sol salió a las seis y catorce minutos, hora natural local, e iluminó la tierra recién descubierta. En aquel instante, aunque ni siquiera Colón lo supiera, un Nuevo Mundo entraba en la Historia Universal.

4. ¿EN LAS INDIAS?

La primera pregunta, sin duda la más fundamental de todas, ¿existía alguna tierra al otro lado de la Mar Océana?, estaba contestada desde las dos de la madrugada de aquella jornada histórica. Y sin esta respuesta positiva, no hubiera sido posible formularse ninguna de las otras dos. La segunda pregunta, ¿qué clase de tierra?, encontraría respuesta desde algo antes de la salida del sol: se trataba de una isla. Naturalmente, podría haber más islas, o no muy lejos, una gran tierra firme. Hasta entonces, nadie había visto una isla solitaria en medio del océano: los motivos de esperanza eran muy grandes, y además quedarían satisfechos a las pocas horas. La tercera pregunta fundamental, ¿a qué parte del mundo correspondían aquellas tierras?, quedaría sin responder, en parte por el empeño de Colón en negar la evidencia, hasta muchos años más tarde. Precisamente, el costeo por las islas del Caribe a que vamos a referirnos en este capítulo, es el ejemplo más insigne de ese empecinamiento y la clave, si se quiere, de uno de los caracteres más distintivos del ya Almirante, al mismo tiempo que la mejor explicación de sus dichas y desdichas. Por demás, este costeo, que duró noventa y seis días, bastantes más que el viaje de ida (incluida la larga escala en las Canarias), y sirvió para explorar parte de las Bahamas, Cuba y Haití, no tiene para el historiador de los viajes marítimos el mismo interés supremo que la primera travesía histórica del Océano Atlántico, carece del enigma casi

metafísico del sí o del no, de la existencia o no existencia de lo posible; pero posee el encanto del primer contacto del hombre occidental con tierras vírgenes y con indígenas de una raza desconocida hasta entonces por los europeos. En suma, fue aquel el encanto auroral de un mundo nuevo, aunque Colón, haciendo gala de una increíble paradoja mental, se empeñase en negar desde el primer momento esa novedad. Quizá el mayor interés del viaje por las tierras descubiertas consista precisamente en el desdoblamiento del alma de uno de los navegantes más grandes, pero también más impenetrables de todos los tiempos, de un hombre tan genial como obsesionado, que ve una realidad —y la describe con precisión admirable— y se empeña en haber dado con otra completamente distinta. Este desdoblamiento del alma —si se quiere, una forma extraordinaria de doble personalidad— confiere al periplo por aquellas islas salvajes un interés añadido, del cual no será posible prescindir, porque encierra la parte más íntima y recóndita del misterio de Cristóbal Colón.

El desembarco

En el saliente más oriental de la isla de Guanahaní existe una cruz que pretende señalar el punto donde Colón y los suyos pusieron por primera vez el pie en América. No es probable que llegara a aquella costa, peligrosa por culpa de los escollos de coral y desde hace milenios batida por la constancia del alisio. Es más probable, casi seguro, que los descubridores, que ya buscaron la parte de sotavento de la isla durante la noche, una vez salido el sol, hayan buscado la costa más protegida hasta llegar a una playa de arena blanquísima de la costa oeste, donde existe, además, una gran abertura en el atolón coralino que ofrece una segura entrada; y muy probablemente en aquella playa, no lejos de la actual pequeña ciudad de Cockburn, —donde también

existe otro monumento rematado por la cruz— haya desembarcado en aquella mañana mágica. Todos los relatos nos han descrito con un encanto muy especial aquel momento maravilloso de la historia. Belleza, esperanza, arenas blancas y cielo rosado, un Nuevo Mundo que aflora de las tinieblas, ya para siempre. Desde el punto de vista histórico, el hecho no puede ser más significativo. Si en el decurso de los tiempos hemos de colocar el alumbramiento de una nueva era, la era moderna, que en el fondo sigue siendo la nuestra, hemos de hacerlo en aquella mañana, aunque ni el centenar de tripulantes de las carabelas ni los indios atónitos que contemplaban desde la playa aquellos enormes pájaros flotantes pudieran adivinar el futuro: solo intuían, unos y otros, que ya nada volvería a ser como antes.

Y el esplendor del desembarco, tantas veces descrito. El Almirante con su capa ribeteada de armiño y su atuendo reservado para las grandes ocasiones; los capitanes y los pilotos, con las ropas de gala que pensando en este momento habían guardado en los arcones de sus navíos. Las rodillas en tierra, y las lágrimas que ruedan por las mejillas. Las banderas con la cruz verde y las iniciales de Fernando e Isabel, con sendas coronas encima, flotando al viento. La toma de posesión solemne, de acuerdo con las rúbricas de la época. La playa iluminada y los indígenas absortos. No cabe duda de que existe un curioso, quizás irónico contraste, entre la solemnidad majestuosa del acto y el escenario, natural y humano en que tuvo lugar. Los recién llegados, en traje de gala, como si hubieran de ser recibidos por un emperador. Y los indígenas, desnudos, curiosos y asustados. Un contraste que, si bien miramos, puede parecemos ridículo, pero que refleja a las mil maravillas tanto la inmensa satisfacción de los recién llegados como el encuentro entre dos culturas asombrosamente desiguales.

Todos los historiadores, desde los coetáneos hasta los actuales, coinciden en hablarnos de la emoción del momento, de aquella playa americana que quedó pronto cubierta de huellas europeas. La sensación de haber realizado una hazaña sin precedentes, la alegría por haber llegado a tierra, la seguridad que produce la roca firme después de una larguísima e incierta navegación, hasta el verdor de la selva o la perspectiva de probar frutos frescos, tuvo que colmar de satisfacción a aquellos intrépidos navegantes, que ya desesperaban de volver a ver algo firme alguna vez. Pero ¿era eso todo?

La isla —«isleta», se le escapa a Colón en la primera frase: luego se corrige— mide dieciocho kilómetros de norte a sur y siete de este a oeste. Tierra baja, anegada por tres lagunas pantanosas, llena de selva y de marañas tropicales. Indígenas completamente desnudos, que no conocen la rueda ni tienen otras armas que unas toscas azagayas en cuya punta colocan «un diente de pece»; que moran en unas cuantas cabañas toscas hechas con cañas y paja, que no cultivan la tierra y solo viven parvamente de la recolección natural y de la pesca. Nada que recordara a los palacios de Cipango techados de oro, los perfumes, sedas y perlas de Oriente, la civilización admirable y opulenta del imperio del Gran Khan, los mil puentes de mármol de Quinsay, o los tesoros del Queroneso Áureo o la Trapóbana. En medio de tanta alegría en aquella mañana nueva y deslumbrante, ¿no podríamos intuir también algo parecido a una desilusión?

Dónde

Nuestros intrépidos navegantes no sabían a ciencia cierta a qué parte del mundo habían ido a parar. Nosotros sabemos que su viaje terminó en una de las islas Bahamas, llamadas por un tiempo Lucayas. Y eso es lo que nos cuenta el propio

Colón: «llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahaní». Y lo curioso es que si nosotros sabemos muy bien en qué zona del globo se encuentran las Lucayas o Bahamas, solo Colón y los suyos, que no lo sabían, hubieran podido ayudarnos a identificar con seguridad esa isla. Hoy ninguna de las más de setecientas islas e islotes que se llaman las Bahamas, y que forman un gran arco que va del este de Florida al norte de Haití recibe el nombre de Guanahaní, aquella que tuvo el honor de servir por primera vez de punto de enlace entre dos mundos. Se ha hablado de Watling, Cat Island, Samaná, Eleuthera, Egg, Gran Turco, Caicos. La isla de Caicos, una de las más meridionales (correspondiente hoy a un estado distinto de las Bahamas, Turcos y Caicos) fue la última que sonó y también la última que dejó de sonar. Una expedición enviada por la Smithsonian Institution en 1958 creyó identificar a Guanahaní con Caicos, y más tarde P. Verhoog se reafirmó en esta tesis. Hasta se llegaron a utilizar para ratificarla modelos mediante ordenador que determinaron la ruta más verosímil entre isla e isla desde la primera descubierta hasta la bahía de Bariay, en Cuba, que parece identificarse con el primer punto de territorio a que podemos referirnos con casi absoluta seguridad. Claro está que también los ordenadores pueden equivocarse, en gran parte porque los programas que les obligamos a desarrollar dependen de nosotros. También disfrutó de cierto crédito Samaná, defendida por expertos de la National Geographic, con John Judge al frente.

En 1988 se reunió en Sevilla un congreso para decidir la cuestión, y la candidatura de Watling quedó prácticamente consagrada por obra de dos de los más ilustres colombinistas del mundo, Paolo Emilio Taviani, de la Universidad de Génova, y Mauricio Obregón, de la Universidad de los

Andes, en Bogotá. Taviani, que visitó personalmente todas las islas, se funda principalmente en criterios geográficos: solo Watling está rodeada en su totalidad por una barrera coralina, con una gran abertura al oeste; sin embargo, es la costa este la que ofrece un espacio interior más amplio, «donde podrían caber todas las naos del mundo», en expresión, como siempre exagerada, de su descubridor. Es también la única que contiene en su interior «una gran laguna» (hoy se la conoce justamente como Gran Lago), toda su extensión está cubierta de selva, y lo que es lo más significativo, en la esquina de su costa norte se extiende un promontorio de forma semicircular que constituye un puerto natural muy bien protegido del alisio: un accidente muy bien descrito por el descubridor. Samaná no tiene laguna, Cat carece de este puerto natural y Caicos es más rocosa que selvática, aparte de que no tiene ni laguna ni puerto. Obregón, no solo experto en temas colombinos, sino también por vocación gran navegante, ha calculado con precisión la ruta de los descubridores de isla en isla, y la única que puede resultar la primera de la serie es Watling, teniendo en cuenta no solo el rumbo y las distancias, sino también los datos que Colón nos transmite de las otras islas que visitó: Concepción, Fernandina, Isabela, Saometo, Islas de Arena, hasta Juana (Cuba). Cualquier otra combinación es mucho más difícil de explicar. Por su parte, el gobierno de las Bahamas ha decidido cambiar el nombre de Watling (que corresponde al apellido de un pirata), por el mucho más hermoso de San Salvador, que es el que hoy se mantiene.

Pero quizá la prueba más concluyente de la identificación de Watling con Guanahaní es el mapa de Juan de La Cosa, gran amigo —después no tanto— y compañero de Colón. En el admirable mapa, el primero de América que conservamos, realizado en 1500 (he tenido ocasión de analizarlo

técnicamente en un trabajo anterior), un mapa trazado cuando apenas se tenía una idea clara de la realidad del Nuevo Mundo, tanto las Antillas como las Bahamas figuran representadas con una perfección increíble. El autor conoce muy bien aquellos parajes. Y en el mapa de Juan de La Cosa aparece la isla de Guanahaní donde hoy está Watling. Y por si cupieran dudas, aparece el nombre de Samaná al sur de Guanahaní; con lo cual matamos dos pájaros de un tiro: San Salvador no es Samaná, y la posición de Samaná, que conserva su nombre, identifica a Guanahaní como San Salvador. Cat no tiene posibilidades, y por lo que se refiere a Caicos, su posición resulta tan meridional respecto de las mencionadas por La Cosa, que más vale no pensar en ella.

San Salvador no es una isla tan paradisiaca como su descubridor la pinta, sin que pueda negarse su encanto tropical. Las palmas que hoy la pueblan son de origen posterior al descubrimiento: en el siglo XV no existían palmerales en las Bahamas. Es una isla baja, cubierta de follaje, húmeda e inundada por una serie de lagunas, de las cuales las tres principales se enlazan entre sí en un juego capaz de desorientar a cualquier explorador primerizo. Hay zonas pantanosas y otras que se cubren de agua con las mareas. El terreno es prácticamente llano, y el llamado con cierta pretenciosidad monte Kerr no alcanza los 50 metros de altura. En la costa occidental, la más accesible, se encuentra la pequeña ciudad de Cockburn y el no menos diminuto aeropuerto. Es esta zona, en la que se abre una amplia bahía de arena blanca y aguas de un azul turquesa, donde se estima que desembarcaron nuestros expedicionarios. Tiene razón Colón cuando estima que entre los arrecifes exteriores y la playa, las aguas alcanzan una profundidad extraordinaria. Por supuesto, el ya Almirante no pudo alcanzar la playa con sus naves. Buscaría un buen

fondeadero y llegaría a la costa en esquifes.

Cuándo

Para nadie es un secreto que Colón llegó a San Salvador, y por tanto a América, el 12 de octubre de 1492; o por lo menos *casi nadie* tiene la menor duda al respecto. Solo —precisamente— algunos eruditos han cuestionado esta fecha. En efecto, en la complicada documentación de los pleitos colombinos se reconoce como fecha oficial del descubrimiento la del 11 de octubre. Puede parecer extraño, y sin embargo no lo es. Puesto que Colón recurrió contra Rodrigo de Triana el honor de haber sido el primero en avistar la nueva tierra y ganó el contencioso, «las Indias» fueron encontradas a las diez de la noche del 11 de octubre. Que esta posibilidad sea considerada hoy como la menos probable no obsta el resultado de la decisión arbitral. Sin embargo, otro argumento de naturaleza muy distinta abona la fecha del 11 de octubre. Por necesidad, aludiremos a esta cuestión, tratando de abreviar en lo posible. Juan Gil recuerda que por entonces se empleaba con frecuencia el horario juliano, que comienza a las doce del mediodía anterior y termina a las doce del mediodía de la fecha indicada. Así, Martín Cortés, en su *Compendio de la Sphera*, advierte: «entiéndese que cuando vulgarmente se dice *a diez días de tal mes*, que aquel décimo día se acaba en aquel mismo mediodía, y las horas que corren de aquel mediodía en adelante son del día onceno; y así los astrónomos lo usan». O el piloto Rodrigo de Espinosa dice que «entiéndese la singladura del domingo desde el sábado al mediodía hasta el domingo al mediodía». ¿Usó Colón el cómputo juliano? En algunos casos parece que la respuesta debe ser positiva, como deduce Gil de los topónimos con que el Almirante bautiza los accidentes que encuentra. Por ejemplo, el lunes 29 de octubre, por la mañana «vio un río no tan grande de

entrada, al cual puso por nombre Río de la Luna. Anduvo hasta hora de vísperas;... vio otro río..., llamó al otro río Río de Mares». Mares era el nombre que entonces se daba a Marte. El lunes por la mañana, río de la Luna; el lunes por la tarde, río de Marte. Valiéndose de hechos como este, razona Gil que para Colón el 11 de octubre comenzó a mediodía del 10, y por tanto la noche que llama del 11 es la del 10 al 11; en otras palabras, que América fue descubierta a las dos de la madrugada del 11 de octubre. El argumento es de peso, o por lo menos vale para los bautizos geográficos realizados por la tarde: quizá por aquello de que «de víspera se conoce el santo». Sin embargo, la referencia a las fechas concretas, en el relato colombino, no guarda el mismo simbolismo que los bautizos. Sin ir más lejos, en la noche histórica del descubrimiento, las carabelas estuvieron temporejando «hasta que el día viernes» desembarcaron en Guanahaní. El 12 de octubre de 1492 fue viernes, como viernes había sido el de la partida, 3 de agosto. No cabe duda de que si Colón desembarcó en Guanahaní la mañana del viernes, a las dos de la madrugada también era viernes, y por tanto 12 de octubre. La fecha que hoy celebramos es correcta... hasta cierto punto: enseguida lo veremos. Del mismo modo, encontramos que en la tarde del 15 de octubre, lunes, vio la isla de la Concepción (Rum Cay), pero por temor a los bajos, la *Santa María* echó el ancla «al ponerse el sol» y permaneció detenida «hasta hoy, martes, que en amaneciendo fui a tierra con las barcas armadas». Está claro que Colón, al ponerse el sol, se considera en lunes (15 de octubre); tras la noche, al salir el sol, se considera en martes (16 de octubre). Con la misma lógica, está claro que la lucecilla en el horizonte fue entrevista a las diez de la noche del 11 de octubre; Rodrigo de Triana vio tierra en la madrugada del 12. Colón llevaba el cómputo de los días a

partir de medianoche, como nosotros: el caso, en este punto, no puede estar más claro.

Ahora bien, y aquí viene un punto que *para nosotros* lo cambia todo: si en las entradas de su Diario usaba los días naturales, como casi todo el mundo, Colón no tenía más remedio que emplear el *año juliano*, que era también el que usaba todo el mundo por aquellas fechas. Este calendario había sido proclamado por Julio César el año 31 antes de Cristo, para mejor combinar los tiempos de rotación y traslación de la Tierra. La realidad es incómoda, pero así hay que aceptarla y adoptar la solución más adecuada. Efectivamente, el año no dura exactamente 365 días, sino 365,2422, casi trescientos sesenta y cinco días y cuarto. Asesorado por el sabio Sosígenes, César hubo de introducir un día extraordinario, el *bis sextus calendas martias*, equivalente a nuestro 29 de febrero. Cada cuatro años hay un día bisiesto, y ese día permite a la Tierra, que llega siempre con retraso a su giro n.º 365 del año, ganar un día cada cuatro años, y recuperar su posición normal en el calendario. Esto es muy importante para determinar la llegada de las estaciones y por tanto para conocer el momento de las cosechas y otros hechos necesarios en lo que respecta a la organización del cómputo del tiempo.

Pero la reforma juliana estableció un año de 365 días y cuarto, es decir, de 365,25, que es un poco más largo que el año trópico. Por eso la primavera comenzó a adelantarse en un proceso que tardó siglos en ser advertido. A fines del siglo XV, en la época de Colón, la llegada de las estaciones se había adelantado diez días. Concretamente, y de acuerdo con las computaciones de Jan Meeus, la primavera comenzó el 11 de marzo de 1492, a las 4,41 horas, cuando aún se discutía en Santa Fe; el verano, cuando Colón ya se movía entre Sevilla

y Palos, llegó el 12 de junio a las 7,40; el otoño, el 13 de septiembre, a las 19,39, (justo la noche, durante la travesía, en que nuestro navegante descubrió las anomalías de la aguja, el resto y tal vez no fue la coincidencia una casualidad); y el invierno el 13 de diciembre a las 5,30, precisamente cuando el descubridor de América realizaba en la costa norte de La Española unas extrañas medidas de la duración del día, operación que ni los marineros de entonces ni los historiadores de hoy han sabido interpretar.

Para corregir este molesto adelantamiento de las estaciones, casi un siglo después del descubrimiento colombino, concretamente en 1582, el papa Gregorio XIII convocó una reunión de astrónomos, entre los cuales destacaron especialmente el español Chacón y el alemán Schlussel (Clavius). Los expertos precisaron muy bien la duración exacta del año, y para ponerse «al día», y de paso aproximarse lo más posible al periodo de 365,2422 días, propusieron dos soluciones: una, adelantar el calendario en diez días, sin alterar por eso el curso de la semana. Así se pasó repentinamente del jueves 4 de octubre al viernes 15 de octubre. (Santa Teresa falleció pasados unos minutos de la medianoche del 4 de octubre de 1582, cuando el vicario eclesiástico declaró que la muerte había ocurrido el 15, con gran asombro de las monjitas de Alba de Tormes, que nada sabían del asunto. Por pocos minutos, las Teresas celebran su onomástica el 15 de octubre, y no el 4). Otra decisión, para evitar que los equinoccios siguieran adelantando en lo sucesivo, fue la de suprimir bisiestos. En adelante dejarían de serlo los años terminados en dos ceros cuyas dos primeras cifras no fueran múltiplos de cuatro. Así, 1900 no fue bisiesto, lo fue 2000, y no lo será 2100. Ya es sabido que algunos países, por no aceptar la reforma «papista», siguieron con el antiguo calendario. Los luteranos aceptaron

la reforma papal en 1700, cuando llevaban once días y medio de retraso: los ingleses lo hicieron en 1752; y los de los ritos orientales lo hicieron más tarde todavía. Es curioso que los rusos celebraran la «revolución de octubre» el 7 de noviembre. Y Grecia no pasó al nuevo cómputo hasta 1917, cuando sus calendarios marchaban ya con trece días de retraso. La reforma gregoriana está muy bien calculada, y puede mantenerse sin modificaciones por lo menos hasta el año 4000.

Pero en 1492 la reforma no se había efectuado todavía, y Colón y los suyos se guiaban por el calendario cristiano vigente. En la noche del 12 al 13 de septiembre Cristóbal Colón tal vez no durmió, para comprobar mediante sus relojes de arena (que se vaciaban en treinta minutos) si también era verdad que en el extraño mundo en que se habían introducido, los días y las noches, como sucedía en Europa, tenían idéntica duración. Así comprobó que la dirección de la brújula con respecto a la estrella no era la misma cerca del amanecer que después del ocaso. El 23 de septiembre percibió una extraña mar de fondo, cuyo origen no supo explicarse. Justo el 3 de octubre el centro estadístico de las tormentas tropicales corta la isla de Guanahaní. Pero el día 23 de septiembre de Colón fue el que nosotros llamamos 3 de octubre, y la mar de fondo correspondía a una gran tormenta que pasó cerca de las Bahamas. Si nuestros navegantes hubiesen estado el 3 de octubre en la fecha en que usualmente los colocamos, posiblemente hubieran naufragado, o se hubieran roto los velámenes. Por supuesto, el 12 no hubieran podido llegar a ningún sitio. Afortunadamente, el descubrimiento de América tuvo lugar el día que llamamos 22 de octubre.

El 30 de octubre, el descubridor navega por la costa norte de Cuba hacia el noroeste, pensando que se acerca a los

dominios del Gran Khan. Pero los vientos se hacen contrarios, soplan con fuerza, y la temperatura se hace más fresca. Las carabelas muestran grandes dificultades para seguir avanzando, y, vista la imposibilidad de mantener el camino, el Almirante decide retroceder, bien contra su voluntad. El hecho parece incomprensible, porque el alisio se mantiene en aquella zona de Cuba hasta bien entrado noviembre, en que llegan los molestos «nortes», procedentes del golfo de México. No nos extrañemos: estaba bien entrado noviembre. Y tenemos otro hecho significativo: el 13 de diciembre, Colón, desconcertado por las latitudes que le proporciona su cuadrante, y que en absoluto puede admitir, decide como recurso heroico contar las ampolletas (relojes de arena) que se vacían desde la salida del sol hasta el ocaso, para calcular la latitud en función de la duración del día más corto del año, de acuerdo con las tablas de Zacuto o de Regiomontano, que sabemos que llevaba en su nao: y por eso elige esa fecha, y no se fía de los grumetes, que suelen cometer alguna pequeña chapuza: es él mismo quien hace el paciente recuento. Hoy esa fecha no vale: en 1492, sí. Muchas gentes, sobre todo en los pueblos, conocen muy bien el refrán que reza: *Por Santa Lucía menguan las noches y crecen los días.* Hoy en absoluto es cierto. Se trata de un refrán de los tiempos de Colón, que como otros tantos, ha llegado hasta nosotros.

De isla en isla

Colón permaneció en Guanahaní-San Salvador los días 12, 13 y 14 de octubre. Quería explorar bien la isla. En un principio no sabía si aquel pequeño territorio constituía su único descubrimiento allende los mares, aunque tenía motivos para suponer que no. Por de pronto, la isla estaba habitada, y aquellos seres humanos, aunque no parecían ser súbditos del Gran Khan, tenían que haber llegado hasta allí

procedentes de alguna parte. Colón y los suyos, con esa facilidad prodigiosa que tienen los marinos para entenderse con todo el mundo, con indiferencia del idioma, preguntaron por otras islas, y ya al cabo de dos días, los indígenas, nada cultos, pero despiertos, le dejaron entender que había muchas, y le mencionaron de memoria «más de ciento». Por fortuna, no faltaban tierras que explorar. En cuanto a los indígenas, «ellos andan todos desnudos, como su madre los parió… de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos, casi como sedas de cola de caballos, y cortos… Son de la color de los canarios [se refiere a los guanches], ni negros ni blancos, y de ellos se pintan de blanco, de ellos de colorado, y de ellos de lo que hallan… Ellos no traen armas, ni las conocen, porque les mostré espadas, y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia…». Colón no vio «ninguna bestia, salvo papagayos». Por lo visto, en la isla no había cuadrúpedos, ni ganado, ni fieras. Los indígenas recogían simplemente frutos de la selva, y también se alimentaban de peces, porque eran buenos pescadores. En la segunda jornada descubrió Colón las canoas —los naturales ya habían adquirido la necesaria confianza—, que fabricaban ahuecando el tronco de un árbol, «como un barco y todo de un pedazo», y en las que remaban «con una pala como de hornero». Eran el mejor logro técnico de aquellos hombres, que por lo demás vivían una existencia muy primitiva.

Colón exploró la isla, debió caminar por lo menos dos kilómetros hasta toparse con la laguna, porque a través de los naturales no era fácil encontrar una palabra para describirla; y con los esquifes recorrió gran parte de la costa, encontró el promontorio en disposición semicircular, que formaba un buen puerto natural, y descubrió el espacio comprendido entre los arrecifes y la playa, una zona de

aguas sorprendentemente profundas y limpísimas, de un azul inmaculado: es quizá el rasgo más hermoso de la por lo demás llana y monótona isla de Guanahaní. ¿Cuál fue la impresión de Colón? Tierra pequeña, poblada de salvajes, muy boscosa y llena de matorrales. Es evidente que si el descubridor no hubiese encontrado más que esta tierra, su viaje no hubiera valido la pena y el mundo no hubiera cambiado por eso. Pero, con su espíritu hiperbólico de siempre, exagera las bellezas y riquezas de su hallazgo, así como la bondad de sus pobladores, siempre bien dispuestos, y con los que comenzó muy pronto el intercambio de productos no muy valiosos —ovillos de algodón por cascabeles—, que parecían fáciles de convertir a la fe cristiana: este punto no dejaría de atraer a los Reyes Católicos. Ahora bien, ¿a qué parte del mundo habían llegado? ¿Estarían en las islas que preceden a Cipango, o todavía muy lejos, en aquellas que pueden encontrarse en el camino, y para cuyos habitantes habían traído justamente tantas chucherías? He ahí una pregunta que aún no tenía respuesta. Era preciso seguir explorando.

En la tarde del 14 salieron las carabelas al mar abierto, y fue entonces cuando, cuenta Colón, «vi tantas islas, que no sabía determinarme a cuál iría primero». Posiblemente no fue él, sino los serviolas o los grumetes encaramados en los mástiles quienes las vieron primero. Era cierta la expresión, probablemente confusa, de los naturales: había muchas islas. El descubridor dudó, y su decisión final fue determinante para la historia. Se encontraba aproximadamente en el centro del rosario de islas e islotes de las Bahamas: podía ir al noroeste, y en este caso era muy probable que —con permiso de la corriente del Golfo— fuese a dar a Florida, o podía encaminarse al sureste, y entonces le fuese fácil dar con las Antillas. Colón decidió finalmente encaminarse en

esta última dirección, ya porque viese islas más grandes, ya por un prejuicio de su tiempo: el oro abunda en los países cálidos, y por tanto navegando hacia el sur hay mayores probabilidades de encontrarlo. No tenemos la menor prueba de que el descubridor siguiese entonces aquel criterio: pero lo cierto es que más tarde iba a seguirlo muchas veces.

Fue así como el 15 de octubre nuestros navegantes llegaron a la isla que Colón llamó Santa María de la Concepción (en el relato se la menciona unas veces como La Concepción, otras como Santa María: se trata en todo caso de la misma isla). Por su situación, seis leguas al sur de Guanahaní, se deduce que es la hoy llamada Cay Rum. Toda la costa es suave, de arenas también muy blancas, sin rocas, pero a Colón se le escapa que alrededor existen escollos sumergidos que hacen difícil el acceso. Eso sí, consiguió llegar en un bote a la playa y tomar posesión de la isla en nombre de los Reyes Católicos, como había hecho con San Salvador: los indígenas, llenos de miedo, huyeron. Pero desde La Concepción vio una «isla grandísima» al oeste, hacia la cual navegó con viento casi en calma, de suerte que no pudo llegar hasta el día siguiente. A la nueva isla le puso el nombre de Fernandina: era, desde luego, la más grande y hermosa que había visto hasta entonces. En ella crecían «muchos árboles muy disformes de los nuestros, de ellos muchos que tenían frutos de muchas maneras… y un ramito es de una manera y otro de otra… y es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de una manera a la otra…». «Aquí son los peces tan disformes de los nuestros que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos, de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados, y de todas las colores, y otros pintados de mil maneras, y las colores son tan finas, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso en verlos…». Colón

disfruta, como hombre del Renacimiento, también como descubridor, de aquellas tierras que son «suyas» y de una increíble belleza, nueva e incontaminada. Hoy los buceadores disfrutan no solo con los colores de los peces, sino con los delicadísimos tonos de las barreras de coral, en el fondo de unas aguas azules y transparentes. No es fácil precisar dónde está el límite entre la admiración y el afán de ponderar la belleza de lo que el descubridor ha encontrado; pero no puede negársele una parte muy grande de razón.

La Fernandina: isla grande, rica, poblada por unos naturales que parecen «más domésticos y de trato más sutiles», que visten pequeños paños de algodón, y tienen más sentido a la hora de intercambiar productos. También descubre que duermen en «redes de algodón», en hamacas, decimos hoy. ¿Si estaría aproximándose a tierras más civilizadas? ¿Sería la Fernandina aquella Saometo de que hablaban los indígenas, de los cuales creyó entender que encerraba un yacimiento de oro? El día 17 rodea la isla, y encuentra «un muy maravilloso puerto con una boca, aunque dos bocas se le puede decir, porque tiene un isleo en medio, y son ambas muy angostas, y dentro muy ancho para cien navíos». Pretende sondearlo, y el plomo no llega al fondo. Estima que por allí desemboca un río, y envía a sus hombres a por agua. Como tardan dos horas en regresar, «anduve por aquellos árboles que era la cosa más hermosa que ojos hayan visto». «Los árboles son todos disformes de los nuestros, y así los frutos y las hierbas, y las piedras y todas las cosas…». Colón se entusiasma ante dos cualidades de las tierras que acaba de descubrir: su fascinante belleza y la absoluta diversidad que todo lo que contempla ofrece con el mundo que hasta entonces ha conocido. Se encuentra realmente en un Nuevo Mundo; aunque, técnicamente, prefiere no concretar esa idea… porque, suprema paradoja,

no era precisamente un mundo «nuevo» lo que buscaba. Pero su entusiasmo le traiciona.

El 18 de octubre terminó el rodeo de la isla. Llovió copiosamente por la noche; desde entonces no hubo jornada sin lluvia. Lluvia tropical, de fuerte intensidad y casi siempre corta duración. Encontró muchas cosas, tal vez especias distintas a las conocidas, pero no oro. Por ello, la mañana del 19 dispersó sus carabelas, para tratar de localizar Saometo. Fue la *Pinta* la que halló una isla al este. Allá fueron todos. Debía de ser Saometo, aunque Colón, siempre riguroso en el orden de los bautizos, llamó a la nueva tierra La Isabela. Fondeó al llegar la noche, frente al que llamó Cabo Hermoso. Hermoso de verdad, como que la isla «es la más hermosa» de todas. A Colón, que posee una capacidad literaria poco corriente en un marino de su tiempo, y fértil sobre todo en adjetivos, le faltan las palabras y ha de repetir muchas expresiones escritas ya en jornadas anteriores. También en La Isabela (Crooked Island) hay una gran laguna, como en San Salvador. Pero su belleza es tan atractiva, «que parece que el hombre nunca se querría salir de aquí». Colón busca al «rey», que cree de Saometo y que tiene mucho oro, pero no encuentra más que un indígena que lleva en la nariz un pedazo de aquel metal, y lo cambia con gusto por un cascabel. Pero no parece haber un rey, ni apenas oro, que sin duda no se produce en la isla, sino en algún otro lugar. Colón se entiende como puede con los indígenas de los que ya conoce algunas palabras: afortunadamente, los arawacos o taínos, lo mismo de las Bahamas que de Cuba o Haití, hablaban todos muy parecida lengua: ventaja inmensa para entenderse con ellos. Y sobre todo, los «indios» que ya venían con él desde San Salvador, al parecer con gusto, ya habían aprendido unas palabras de castellano. Es de este modo como los naturales, sabedores

del incomprensible afán del Almirante por el oro, le cuentan como pueden que existe más al suroeste una isla enorme, en la cual hay naos muy grandes, y ricos mercaderes; de suerte que al saberlo, nuestro hombre cambia de improviso sus planes: «no me detendré más en esta isla, ni iré de ella alrededor, como tenía determinado»... porque «quisiera hoy [23 de octubre] partir para la isla de Cuba, que creo que debe ser Cipango». ¡Al fin el misterio comienza a aclararse! Colón temía haberse equivocado en la evaluación de las distancias, y haber rebasado Cipango. Luego, más allá de donde había imaginado Catay, encuentra una serie de islas habitadas por salvajes, más exóticas que civilizadas. Y he aquí que de pronto le hablan de una isla mucho mayor y muy rica, con grandes naves y mareantes. Bien. Lo único que ocurre es que el objetivo se encuentra un poco más lejos de lo que había calculado Paulo Físico, pero por lo demás todo coincide. ¡Las islas que está viendo son las que en el mapa anteceden a Cipango, pero allí, a pocas jornadas de camino, está el final tan deseado! Preciso es reconocerlo, tenía razón Martín Alonso: para llegar a Cipango había que desviarse al suroeste, pero la discusión no merece la pena recordarse. Lo importante es haber dado con el gran objetivo. Las cosas cobran sentido por fin.

El 24 zarpa de La Isabela y se dirige hacia el suroeste. Sopla poco viento. Esta vez vale la pena tener paciencia. El 26 ve una serie de islas bajas, y no les presta gran atención: las llama Islas de Arena (Ragged Islands). El 27 pasó todo el día navegando hacia el sursuroeste. Al anochecer, los vigías anunciaron la presencia de una tierra extensa. Amainaron las velas. Aquella noche llovió intensamente, pero ya nada importaba. El gran viaje había terminado donde tenía que terminar.

De Cipango a Catay

Todos los expertos están de acuerdo en que Colón llegó a Cuba por la bahía de Bariay, en la parte oriental de su costa norte, el 28 de octubre. ¿Qué es lo que vio allí? ¿Naos más grandes que la *Santa María*, opulentos mercaderes, puentes de mármol, palacios techados de oro? Si esperamos encontrarnos con un nuevo desengaño del Almirante es que todavía no hemos empezado a conocerle. Su entusiasmo no tiene límites. «Nunca tan buena cosa vido, llena de árboles, todo cercado el río, hermosas y verdes y diversas de las nuestras son las flores, con su fruto cada uno a su manera; aves muchas, y pajaritos que cantaban muy dulcemente…». «Es la isla más hermosa que ojos hayan visto». Puede que tenga razón. Cuba es una isla muy hermosa, y en aquel rincón, cercano a su extremo oriental, la vegetación es lujuriante, los ríos forman amplios estuarios, los puertos son abrigados, y por detrás, cuando las nubes lo permiten, se divisan altas montañas que a veces parecen azuladas. Lo que no tenemos más remedio que preguntarnos es si era eso lo que esperaba encontrar Colón. Si tenía grandes esperanzas, por lo que había creído entender de los naturales, de que Cuba era Japón, no atisbamos el más pálido testimonio de su desencanto. ¿Es que su suposición de días anteriores era menos categórica de lo que se refleja en el texto del Diario de Navegación, o es que ahora que ha llegado a aquella tierra de la que tanto esperaba no quiere confesar su frustración? La verdad es que en el relato de Colón es tan difícil detectar una desilusión (¡ni siquiera después de los trágicos falsos descubrimientos!) como el reconocimiento de un error. Es cierto que no encuentra perlas, como esperaba, pero sí almejas, «que es señal de ellas». Para hallar tan venturosa señal no hubiera necesitado salir de Europa. Un hecho que puede darnos cuenta desde el primer momento de la no identificación Cuba-Cipango es el bautizo de la nueva

isla como Juana. O tal vez no sea este nombre otra cosa que el resultado de un plan preconcebido. Una vez más, la idea fija. La primera tierra avistada recibió el nombre de San Salvador, según escribirá meses después el propio Colón a Luis de Santángel, «a conmemoración de su Alta Majestad [se refiere a la Majestad divina], el cual tan maravillosamente esto me ha dado». La segunda fue bautizada como Santa María de la Concepción, fruto de la devoción mariana del descubridor, por la cual también había cambiado el nombre de su nao. La tercera fue Fernandina, en honor al monarca que le enviaba; la cuarta, Isabela, por la reina que desde el primer momento tanto le había comprendido y ayudado; la quinta, Juana, por el príncipe heredero en aquellos momentos, don Juan. El nombre menos importante recayó paradójicamente en la isla más importante, infinitamente más que las avistadas hasta entonces, y una de las más largas del mundo. Sin embargo, Colón, casi desde el primer momento, prefiere el nombre de Cuba, fuera o no Cipango, que eso de momento no aparece claro.

A partir de ahora será preciso, con abstracción de las nuevas tierras que el Almirante va encontrando, tener en cuenta uno de los rasgos más fascinantes del carácter de nuestro descubridor, al cual hemos aludido ya. Estamos condenados a seguir una doble pista, que es al menos hasta un punto muy considerable un reflejo de la «doble personalidad» de Colón, que pondera las maravillosas realidades del mundo virgen y salvaje que está describiendo, sin abandonar en ningún momento la posibilidad de ver sustituida, en una sola singladura, como por arte de magia, la geografía tropical y primitiva por la que navega, por las esplendideces de las Indias, tal como las ha descrito Marco Polo, y tal como las pintan los geógrafos prerrenacentistas o

las leyendas de su tiempo. Que Colón esperaba encontrar en su camino islas habitadas por hombres salvajes lo demuestra, según hemos comentado varias veces, la inmensa cantidad de baratijas que llevaba en sus carabelas, y cuya distribución entre los indígenas duró nada menos que tres meses: unas baratijas que, no hace falta decirlo, hubiesen indignado a los riquísimos y cultísimos súbditos del Gran Khan. No cabe duda de que esperaba encontrar en su periplo tierras desconocidas y salvajes, y las encontró. Pero ahora que se juzga al final de su viaje o muy cerca de él, no puede dejar de soñar en las tierras donde se asientan los imperios más fastuosos del mundo, y los sitúa allí mismo o en sus inmediaciones. De aquí que a partir de la llegada a Cuba, y luego a La Española, se manifieste esa «doble personalidad» de Colón, a través de una mezcla apocalíptica de verdades muy bien descritas y de sueños desaforados e imposibles. ¿Se encuentra en una parte del mundo habitada por tribus más primitivas que las que ya ha conocido en África, o por el contrario, aquellos «indios» o lo que quiera que fuesen, son súbditos del emperador de Cipango o del Gran Khan, o cuando menos vecinos de ellos? Quizá tenga razón Taviani cuando habla de Colón como «un hombre moderno sumido en un espíritu medieval», aunque la realidad es probablemente más complicada aún. Colón es un sagaz y meticuloso observador, que describe con precisión admirable todo lo que contempla: los hombres y sus costumbres, las montañas, los paisajes, los árboles, los ríos, las piedras, los arrecifes de coral, las aves, los peces, el clima, las variaciones del tiempo. Diríase que es un científico interesado en todos los fenómenos de la naturaleza, a quien no se escapa un detalle. Y, sin embargo, a la hora, no de describir, sino de *interpretar* todo lo que ve, llega a las más fantásticas e increíbles conclusiones, algunas de las cuales diríase que son

propias de un visionario o de un loco. Y no queda ahí todo, porque —recordémoslo también— puede existir una diferencia entre lo que Colón cree ver y lo que dice que cree ver. No olvidemos que las concesiones de los Reyes Católicos incluían los beneficios del tráfico con las tierras fabulosas de Cipango y de Catay: no podía desligar sus descubrimientos de sus objetivos finales sin riesgo de renunciar a ellos. Podía —admitamos, simplemente *podía*— creer que aquel objetivo final se encontraba, a juzgar por lo visto, muy lejos todavía de las tierras que estaba explorando: pero necesitaba fingir que las tenía muy cerca, debía incluirlas virtualmente en el acervo de sus descubrimientos, para no perder los fabulosos derechos que le habían concedido. De aquí que resulte cuando menos prudente admitir la posibilidad no de un doble, sino de un triple lenguaje: lo que Colón ve, lo que cree ver y lo que quiere hacer creer que ve. De aquí lo desconcertante de su relato, en este punto…, y durante la mayor parte de sus otros viajes.

El Almirante exploró el golfo de Gibara y siguió navegando hacia el oeste; podía imaginar que se aproximaba a tierras cada vez más civilizadas: las chozas de los indígenas eran más grandes, y «estaban muy bien barridas y con sus aderezos muy bien compuestos». Por primera vez vio animales domésticos, «perros que nunca ladraron». También vio «muchas estatuas en figura de mujeres, y muchas cabezas de carantona muy bien labradas; no sé si esto tienen por hermosura o adoran en ellas». Eran ídolos, a no dudarlo. Eso sí, aquellos hombres eran más desconfiados que los de las Bahamas, porque apenas desembarcaban los españoles, huían de sus poblados, y apenas a través de los indios que ya venían en las carabelas era posible entenderse con ellos. Así supo Colón que a no muchos días de camino había un rey que, al parecer, tenía mucho oro. ¿El emperador de Cipango

o tal vez un feudatario suyo? Siguió navegando: encontró los ríos de la Luna y de Marte, luego el cabo de Palmas, porque en Cuba ya crecían estos árboles. La tierra era hermosísima y rica en frutos. Los montes no constituían sierras, sino cimas aisladas «como en Sicilia». Lo que más sorprendió al Almirante fueron los árboles que crecían en el agua, sostenidas sus raíces por tierra vegetal sumergida, un espectáculo insólito que todavía es posible ver en aquellas costas.

Ahora bien, ¿dónde se hallaba? Nuestro descubridor no era tan lerdo que no quisiera orientarse. Había calculado que Guanahaní se encontraba en el paralelo de Canaria «so una línea», y acertó francamente bien. Ahora quiere tomar la latitud, midiendo la altura de la Polar (parece que Colón no sabía calcular la latitud por la altura variable del sol, a pesar de sus experiencias con Josef Vizinho), y el resultado fue en verdad sorprendente: «distaba de la línea equinoccial 42 grados». Increíble. Se encontraba no seis o siete grados al sur del paralelo de Canarias, sino catorce grados, 1600 kilómetros más al norte, a la altura de Galicia. Esta medida absurda[6] ha suscitado toda clase de interpretaciones. Muchos autores aducen que Colón no sabía medir la latitud; Morison, que el descubridor del Nuevo Mundo se equivocó de estrella —equivocación nada fácil por cierto, sobre todo en un marino que ya ha descubierto el movimiento de la Polar— y Taviani, al que siguen otros autores, que nuestro navegante falsificó el dato adrede para mostrar que no había rebasado la línea «de los portugueses». ¡Pero si en Guanahaní declara ya haberla rebasado! Por otra parte, una falsificación tan monstruosa carece en absoluto de sentido. Llamativo es el hecho de que en esta parte del viaje, Colón mide siempre una latitud *doble* que la del lugar en que se encuentra. Muestra clara de que el descubridor no estaba

satisfecho de sus medidas es, después de varios fallos por el estilo, su deseo de ir a tierra para «adobar» su cuadrante, porque no marca correcto. Fernández Armesto, cuando se refiere al pasaje en que los marineros pensaban arrojarle al mar mientras observaba las estrellas, dice que Colón manejaba unos instrumentos «modernísimos». No parece que pueda hablarse de tal cosa, sí tal vez de instrumentos de empleo reciente. En otros trabajos he sugerido la idea de que se valió en este viaje, por primera vez, de la ballestilla, un tipo de artilugio que acababan de introducir los portugueses, más ligero que el astrolabio, y que predispone al que no está acostumbrado a su empleo a una lectura de valor doble. Aquí, por no fatigar al lector, eludo la descripción de la ballestilla.

Pero lo que debe importarnos en este caso es, más que el error de Colón, la inmediata relación que establece entre la medida y sus sueños. ¡Cuarenta y dos grados! Por increíble que parezca, el descubridor consulta su mapa. Si es, como tantas veces se ha dicho, muy parecido al de Behaim, en el de Behaim, justamente en el paralelo 42 se lee la palabra mágica, en letras mayúsculas: CATAY[7]. ¡Bendito error, qué maravillosa sorpresa! No se encontraba en Cipango, sino en Catay, el imperio del Gran Khan. El texto del Diario no ofrece solución de continuidad entre los dos hechos, la latitud absurda y la sorpresa maravillosa (nos referimos a la primera medida, la del 30 de octubre): «distaba de la línea equinoccial 42 grados, y dice que había de trabajar por ir al Gran Can, que pensaba que estaba por allí, o a la ciudad de Cathay, que es del Gran Can». Esto lo cambiaba todo. El Almirante no se había equivocado, no, en el cálculo de la distancia. Cipango, como él había sostenido frente a Martín Alonso, había quedado atrás, y en ese caso la isla Juana no era una isla, sino parte de un inmenso continente, y justo

por aquellos contornos debía encontrarse la opulenta y legendaria ciudad de Catay, la capital del imperio más rico del mundo. Es posible que los indios, desnudos, con las narices atravesadas por un aro y sus lanzas de madera contemplaran sin entender ni por asomo el arrobamiento del Almirante. Y cuando al fin consigue hablar con ellos, la escena es de un grotesco entre esperpéntico y doloroso. Colón pregunta a los indios si por allí se encuentra la tierra del Gran Khan. Varias veces ha de repetir la palabra: «Can, Can». Después de un momento de perplejidad, los indios creen entender por donde va el interés del hombre blanco: «¿Cani?, ¿Cani?». El Almirante cree entender a su vez: «¡Sí, Cani, Cani!». Y hace ver a los indígenas que quiere llegar a dónde está Cani. Y los indios quedan aterrados, se separan con horror del marino, hacen gestos de querer defenderse… porque Colón les está mencionando a los «cani» o caníbales, que de vez en cuando llegan con sus canoas en busca de carne humana. El descubridor no se inmuta: queda convencido, y así lo declara, de que el rey de aquellos indios debe encontrarse en guerra con el Gran Khan.

Más tarde, el 1.º de noviembre, cuando ya no ha tenido más remedio que retroceder a un puerto seguro, a causa de la fuerza de los «nortes», llega a precisar todavía más. «Y es cierto que esta es tierra firme, y que estoy ante Zaitón y Quinsay, cien leguas poco más o menos de lo uno y de lo otro, y bien se muestra por la mar, que viene de otra suerte que hasta aquí no ha venido; y ayer que iba al noroeste hallé que hacía frío». Hasta los «nortes», vientos frescos del noroeste (por fin otro viento que el alisio), que llegan a la costa septentrional de la isla de Cuba hacia mediados de noviembre, le ayudan, ya que no a navegar hacia occidente, a fijar con justeza admirable el punto exacto de la costa china en que se encuentra. ¿Hasta qué punto creía Colón en

sus propias palabras? En la carta que, al parecer todavía en la mar, durante el viaje de regreso, escribe a su protector Luis de Santángel, le cuenta que «cuando llegué a Juana, la hallé tan grande, que pensé que sería tierra firme, la provincia de Catayo»... «Y no hallé así villas en lugares de la costa, salvo pequeñas poblaciones con la gente de las cuales no podía haber habla, porque huían todas, andaba yo adelante por el dicho camino, pensando de no errar grandes ciudades y villas, y al cabo de muchas leguas, visto que no había innovación, y que la costa me llevaba al septentrión, de donde mi voluntad era contraria, y yo tenía propósito de hacer al austro, y también el viento me dio adelante [por delante], volví atrás, hasta señalado puerto, donde envié dos hombres...». Aquí, ya en pleno regreso, tal vez más realista, Colón explica tres causas de su vuelta atrás: primera, que no encuentra más que salvajes; segunda, que no desea navegar al norte, sino al sur; es, una vez efectuado el descubrimiento, el repetido prurito del gran navegante en todos los viajes: ¿porque el oro, según las leyendas, se encuentra siempre en los países cálidos? En ese caso, su seguridad de haber llegado cerca de Catay, Quinsay y Zaitón no era tan grande como cuenta en su Diario. Y, tercera causa, los fuertes vientos contrarios. Unos vientos que no hubiera vacilado en arrostrar si estuviera seguro de haber llegado cerca de tan maravillosos lugares.

Sea lo que fuere, retrocede hasta el río de Mares o Marte, allí fondea, y como vuelve a oír hablar de que a cinco jornadas de distancia existe un rey dueño de minas de oro, decide una expedición por tierra: en ella van Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, el intérprete conocedor de lenguas orientales que lleva en la expedición, acompañados de dos indios que parecen conocer el camino. Nada se pierde con explorar: si bien ese «rey» no parece ser el Rey de Reyes o

Gran Khan, puede ser feudatario suyo, y de aquí la conveniencia de buscar un traductor… que conoce el arameo. Después de todo, aún puede encontrarse a las puertas de Catay. El Almirante espera impaciente, y, en tanto, explora en barca el río de Mares, bellísimo, pero difícilmente penetrable. Torres y sus compañeros regresaron el 6 de noviembre. El «rey», que al parecer no tenía oro, huyó con los suyos ante la presencia de los blancos, a los que tenía por hombres bajados del cielo. Había que resignarse: Catay, si estaba por aquel camino, se encontraba inmensamente lejos. En la citada carta a Santángel, Colón da un motivo más para volverse, que no aparece en el Diario: según testimonio de los naturales, quedan al oeste dos provincias, «a una de las cuales llaman Auan, donde nace la gente con cola». Hombres semejantes a monos. Es una de las pocas leyendas bajomedievales y renacentistas (acerca de las cuales escribirá Sebastián Münzer después las más sensacionales noticias) a las que da fe Colón; pero, evidentemente, las gentes que nacen con cola no puede ser más civilizadas que las que ya conoce por aquellas regiones. Hay que resignarse: Cuba no es Cipango, luego tampoco es Catay, y finalmente parece muy alejada de tan soñados objetivos. Es preferible retirarse en busca de tierras más prometedoras.

La Española-Cipango

Entretanto, Colón ha oído hablar de otra gran isla, situada al este de Cuba, a la cual llaman Bohío (posible mala interpretación: los bohíos eran el habitáculo de aquellas gentes), y decide explorarla. Tal vez encuentre lo que no ha encontrado en Cuba, aunque la navegación al este suponga un retroceso en el camino. Por el cambio de tiempo, por el temor de encontrarse con tribus cada vez más salvajes —y de que sus hombres se aperciban de ello— o por razones que no

conocemos, prefiere costear Cuba hacia levante, y el 5 de diciembre llega a su extremo oriental, el cabo Maisí, que bautiza como «Cabo del Alfa y Omega[8]». ¿Qué significa este nombre? ¿El antimeridiano, el límite entre Oriente y Occidente? En ese caso Cuba pertenece a Oriente, aunque Catay pueda quedar muy lejos; Bohío a Occidente, pero a su vez muy lejos de las costas europeas. En definitiva no lo sabemos, aunque hay motivos para pensar que Colón sigue imaginando el mundo mucho más pequeño de lo que es. Y la suposición le conviene. Cuántas ideas del Almirante son producto de sus deseos.

En la tarde del mismo 5 de diciembre llegaba el descubridor a la nueva isla, pues la distancia entre Cuba y la actual Haití era de solo treinta y tantas millas. Muy pronto decidió darle el nombre de La Española. Es posible que, dentro del esquema forjado por el Almirante, después de los nombres divinos y los de personas reales pudieran llegar los de países, por lo menos los correspondientes a los monarcas que le enviaban; pero también es cierto que Colón, desde el primer momento, queda sorprendido por el paisaje de la nueva isla, y lo considera más doméstico, más «europeo». En vez de la maraña tropical e impenetrable, encuentra vegas amplias y fértiles; magníficos promontorios alternan con bellísimas bahías en las que se abre espléndidamente el paisaje hasta las montañas del fondo. El Almirante, cada vez más enamorado de su nuevo descubrimiento, no encuentra palabras con que ponderar tanta belleza. Incluso se arrepiente —y así lo confiesa— de haber llamado a Cuba-Juana la isla más hermosa del mundo, porque la más hermosa del mundo, con gran diferencia, es La Española. La única dificultad con que se tropieza es el viento contrario. Si en Cuba se había esforzado en avanzar contra los nortes, en Haití, más alejada del golfo de México, se encontró de nuevo

con los alisios. ¡Siempre contra viento! Afortunadamente Colón, excelente observador de la naturaleza, se dio cuenta de que también en las Antillas había algo parecido a terrales y virazones, y de que durante el día era posible avanzar más que de noche. Así fue barloventeando lentamente, descansando cada noche en un puerto distinto: cada ensenada o cada bahía le reservaba una sorpresa: aquella costa recortada ofrecía promontorios, bahías amplias, ríos, valles, montañas, en un bello juego.

El 13 de diciembre realiza una operación a que hemos aludido ya: cuenta las horas del día más corto del año, y a través de las tablas de Regiomontano, que recogen esta relación, busca la latitud del lugar correspondiente a esa duración del día en el solsticio. Tal vez no acierta del todo (la cronometración era lenta y laboriosa, y no cabe fiarse de un reloj de arena como de uno de ruedas), pero se convence de que la latitud de La Española no es muy distinta de la de Canarias, y algo por el estilo reconocerá poco después en la carta a Santángel. Colón se ha orientado por fin, y sabe bastante bien en qué latitud se encuentra. Esta constatación puede encerrar una importancia inmensa para entender mejor sus deducciones de días más tarde. Una vez más, una constatación rigurosamente científica le va a conducir a una suposición disparatada.

Primeras impresiones: en La Española hay algo más que soberana belleza. Los indígenas, que parecen más civilizados que en Cuba, portan aretes o colgantes de oro. Hay oro en La Española, y a Colón vuelve a iluminársele la cara al pensar en tierras de incontable riqueza. En cuanto los indios advierten el interés de los españoles por el oro, ceden sus adornos a cambio de cascabeles, gorros colorados, espejos u otras baratijas. Y dicen que hay más, mucho más, en el interior. El propio Almirante o los hombres que le

acompañan encuentran pepitas de oro en los ríos; y por lo que creen colegir de sus nuevos amigos isleños, esto es nada al lado de lo que se puede obtener tierra adentro. Al parecer, tras las montañas hay ricas minas. El 20 de diciembre llegaron los navegantes a la maravillosa bahía de Acul, de aguas tan protegidas que «la mar parece un lago». Y es aquí donde entra Colón en los dominios de un rey «rey» y poco después tiene ocasión de cumplimentarle: se trata del cacique Guacanagarí, el más poderoso de aquellos contornos. Evidentemente, no es el Gran Khan, ni el emperador del Japón, pero cuando menos se ciñe la cabeza con una banda, que puede interpretarse como corona (y como corona la designa el relato colombino), y es un personaje reconocido por sus súbditos, que le respetan y obedecen. También él lleva pendientes de oro. Guacanagarí parece dispuesto a mantener una fiel amistad con los recién llegados. Por fin todos sienten haber arribado a un país más prometedor.

Desastre y júbilo en un mismo día

Y es aquí cuando sobreviene la catástrofe. En medio de tantas esperanzas, probablemente ya con nuevas provisiones, justo en la Nochebuena, los marinos, tal vez después de una copiosa cena, quedaron dormidos profundamente, y la *Santa María*, pilotada por un grumete mozo e inexperto, encalló en unos escollos y quedó perdida. Estaba bajando la marea; si hubiera estado subiendo, tal vez hubiera sido posible sacarla de allí. Como la mar se mostraba tranquila, y los bancos cerca de la costa, el Almirante y los suyos se salvaron y hasta tuvieron tiempo, ayudados por los indios, de desembarcar todo lo que llevaban: en la nao «no quedó ni una agujeta». Con las tablas de la *Santa María* edificarían los expedicionarios el primer establecimiento europeo en América, el fuerte Navidad. Los indios ayudaron

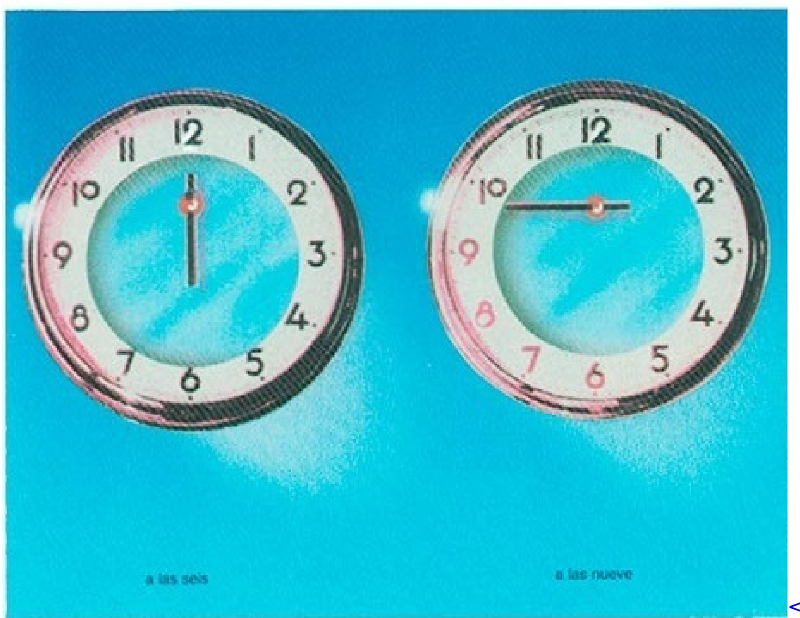
lo indecible, consolando al Almirante; no dejó de resultar sorprendente que al ver desvalidos a aquellos hombres que creían bajados del cielo, mantuviesen su afecto y su buen servicio. El «rey» Guacanagarí se acercó a Colón llorando por la pérdida de la nao como si de una desgracia propia se tratara, e invitó al Almirante a comer con toda ceremonia. Su traje de gala consistía en una camisa que el descubridor le había regalado, y unos guantes: «y por los guantes hizo más fiesta que por cualquier cosa que se le dio». Tras el banquete el cacique entregó a su huésped una carátula con piezas de oro, y echó un collar de oro sobre sus hombros. Hermosa muestra de condolencia, ciertamente. Y comoquiera que los españoles mostrasen deseos de saber de dónde obtenían sus anfitriones el metal precioso, Guacanagarí les explicó que en los ríos de las inmediaciones se podían encontrar pepitas, pero que más al sur, en el país de Cibao, existían riquísimos, inagotables veneros de aquel metal que tanto entusiasmaba a los blancos. De pronto, la iluminación llegó una vez más a Colón. Cibao, ¡Cipango! El codiciado tesoro se encontraba «en Cipango, que ellos llamaban Cibao». Todo cambiaba de pronto: aquel no era un día triste, sino gozoso, y no dejaba de ser un milagro que zozobrase la nao, porque de lo contrario no hubiera tenido ocasión de conocer tan venturosa noticia: de suerte que «no fue aquel desastre, sino una gran ventura... que si yo no encallara, fuera de largo sin surgir en este lugar». Ahora que conoce la situación de uno de los tesoros más grandes del mundo, promete a los Reyes Católicos que en el plazo de tres años tendrán medios suficientes para acometer la conquista de Jerusalén. El Almirante, después de la desgracia de aquella noche, podía permitirse el supremo lujo de soñar.

En Colón el sueño maravilloso y el realismo más razonable del mundo conviven, quizá como en ninguna otra

gran figura histórica, con absoluta naturalidad. Ahora bien, ¿intenta rodear la isla hacia el sur para hallar las maravillas de Cipango? No. De momento atiende a lo más perentorio. Habla ya en su Diario del próximo viaje. Por de pronto, perdida la *Santa María*, le sobra una cuarentena de hombres. Hace edificar el Fuerte de Navidad (un fuerte de madera, pero los indios son tan dóciles, que solo necesita dejar a los colonos unas cuantas armas, por lo que pudiera suceder, y, eso sí, bastantes provisiones). Arana quedará como jefe al frente del primer establecimiento europeo en América. Y La Española merecerá ya ese nombre, puesto que treinta y nueve españoles forman parte de su población. La *Pinta* se ha ido a explorar por su cuenta, ignoramos por qué causa, pero todo parece indicar que las relaciones entre Cristóbal Colón y Martín Alonso se han enfriado. El Almirante se embarca en la *Niña*, que ya por cierto comienza a hacer agua. Todos los planes han de cambiar. Regresa finalmente la carabela mayor, pero Colón prefiere —y tendrá sus motivos— continuar en la pequeña. Habla de quedarse por lo menos hasta el 17 de enero, para observar desde tierra la oposición de Júpiter calculada por las tablas de Regiomontano; pero el 6 encuentra una isla cónica perfectamente simétrica y muy arbolada, que solo en el último instante se descubre que es realmente una península. Un accidente inconfundible. El Almirante lo bautiza como Monte Christi. Y poco después decide suspender la exploración y regresar a España, «porque ya encontró lo que buscaba». Bien sabido es que Juan Manzano cree que Monte Christi es la clave que dio a Colón el predescubridor para que identificara la isla del oro. «Ya encontró lo que buscaba». La frase puede interpretarse, simplemente, en el sentido de que no valía la pena seguir costeando: Colón ya sabía que más al sur había incontables riquezas, y en un

segundo viaje, mejor pertrechado, llegaría a ellas. Se imponía regresar, porque también la *Pinta*, según Martín Alonso, estaba maltrecha. Por si fuera poco, cerca de Monte Christi hallaron un río lleno de pepitas de oro. Cogieron las que pudieron, que las circunstancias urgían. El 15 de enero, las dos carabelas perdían de vista la costa americana.





<<

Lámina 15. Efecto reloj descentrado.

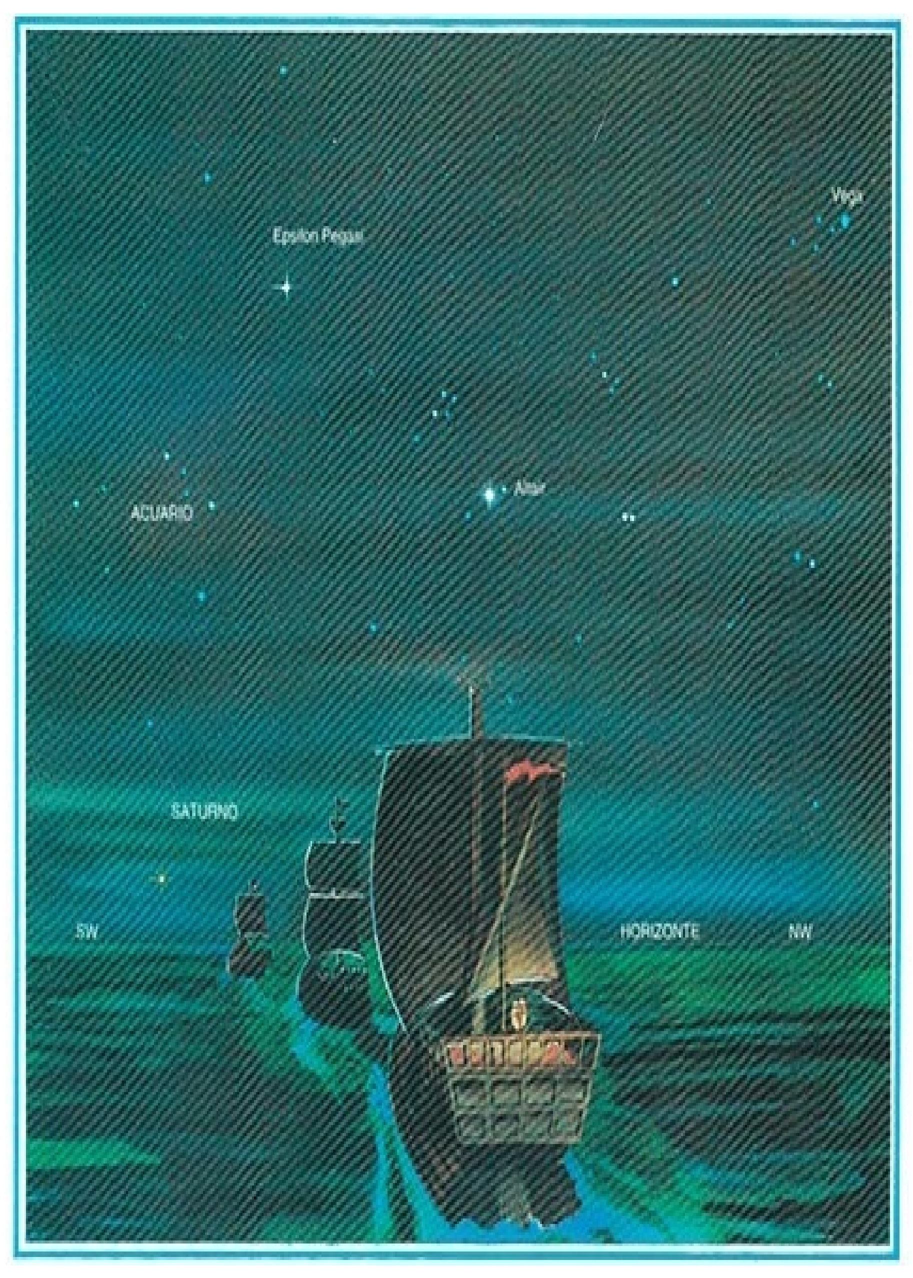


Lámina 16. El engaño de Saturno.

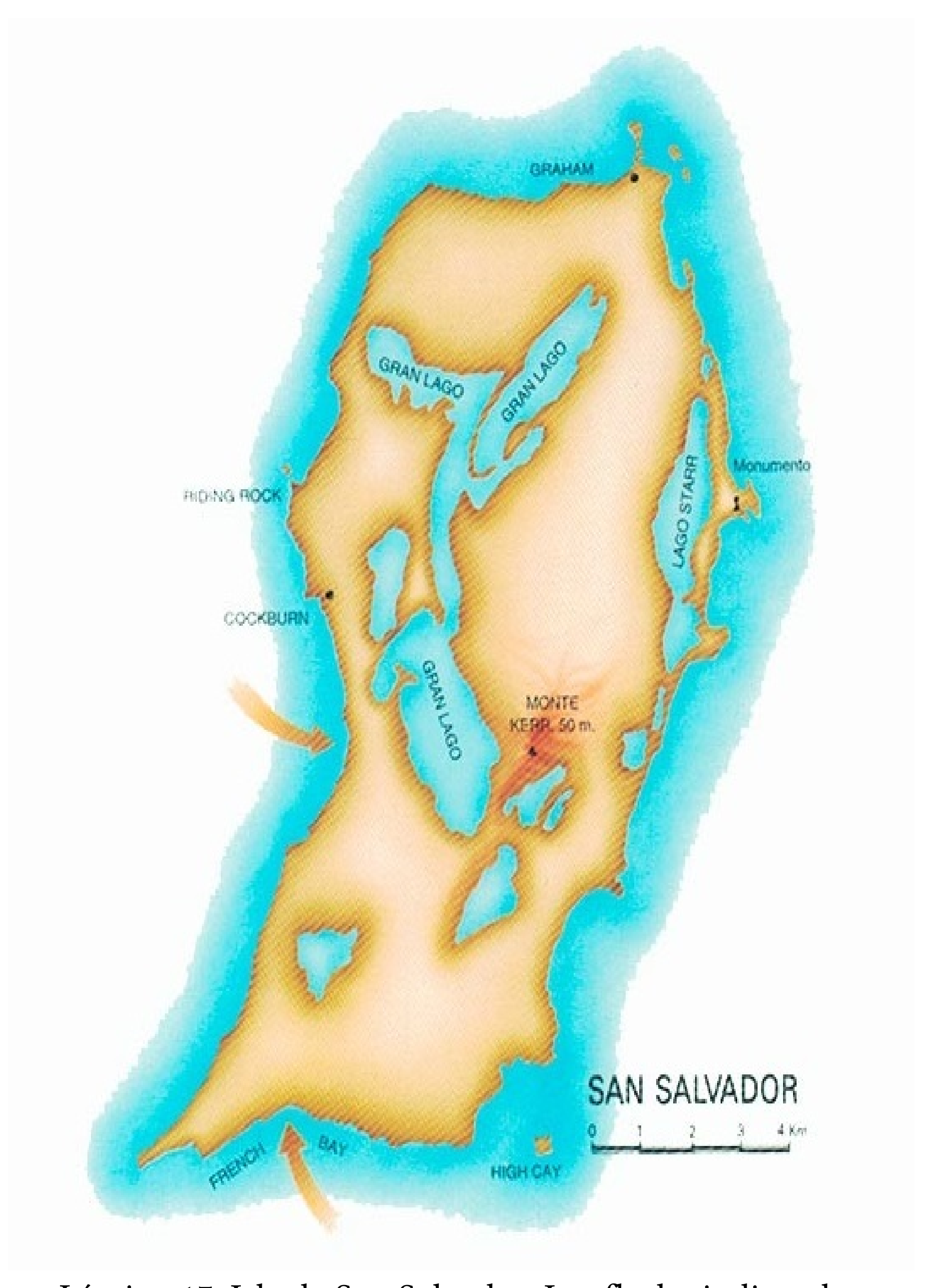


Lámina 17. Isla de San Salvador. Las flecha indican los lugares donde Colón se desvió a la costa y donde desembarcó.



Lámina 18. Mapa de Juan de la Cosa.

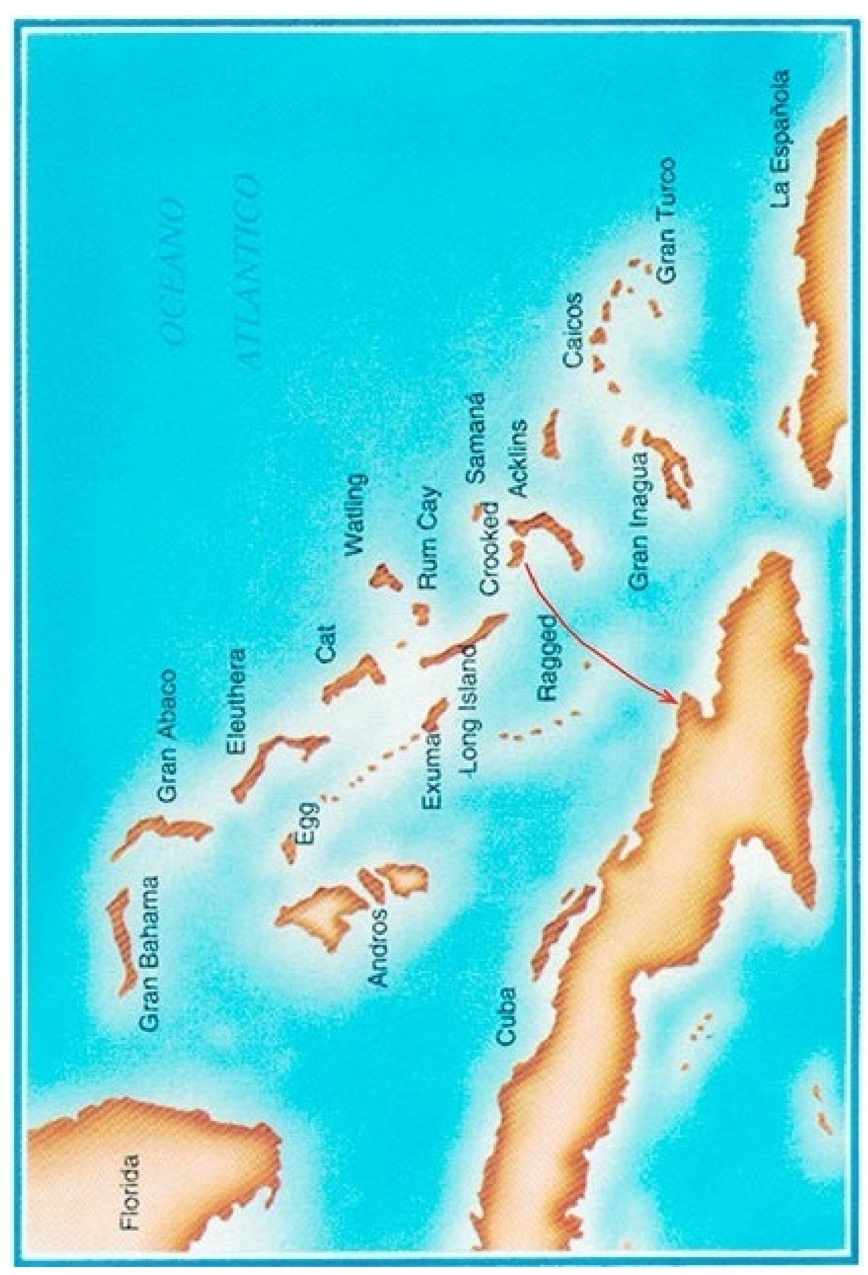


Lámina 19. De isla en isla.



Lámina 20. Costa de Cuba.



Lámina 21. Viaje de retorno.



Lámina 22. Fragmento del mapa de Juan de la Cosa.

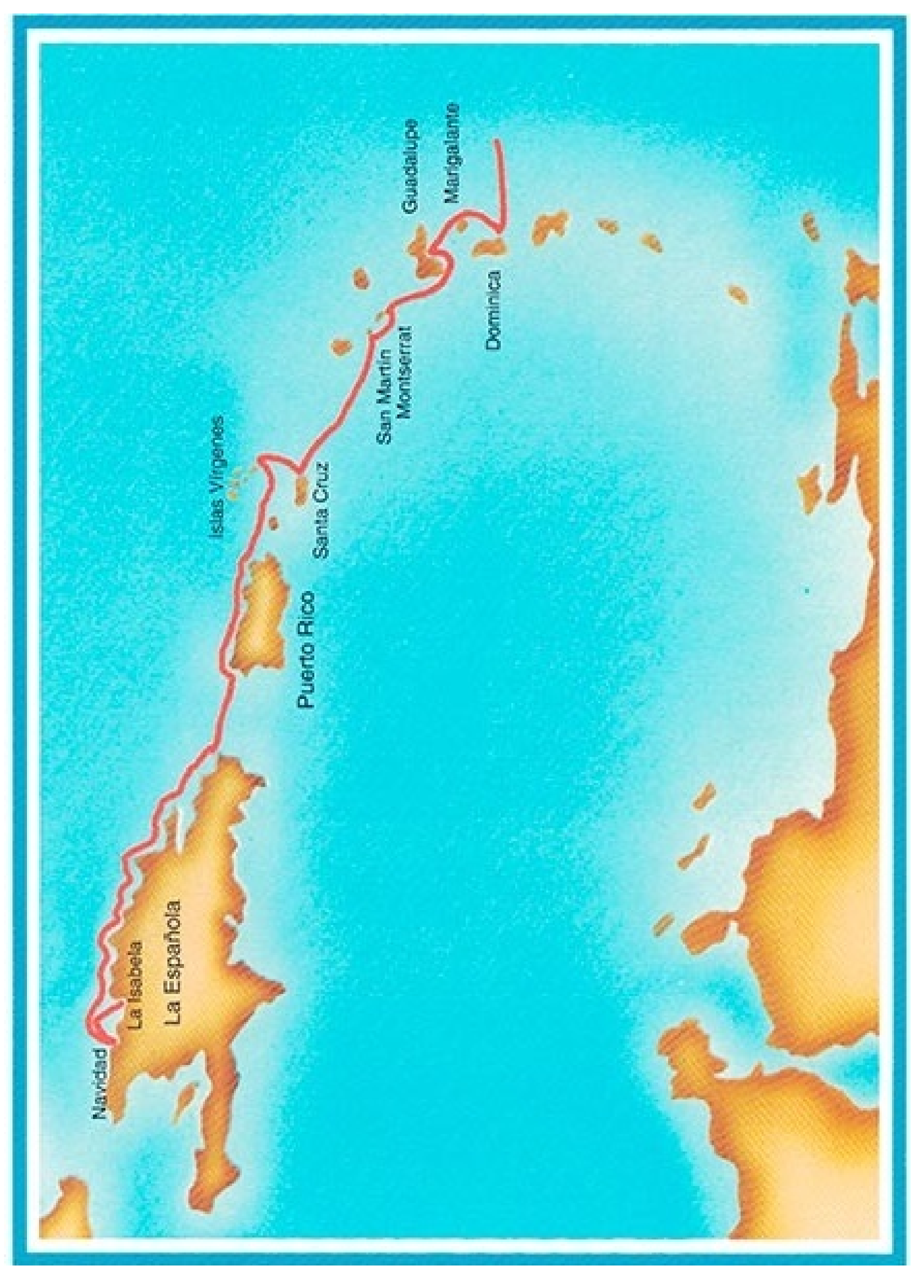


Lámina 23. Mapa del segundo viaje.

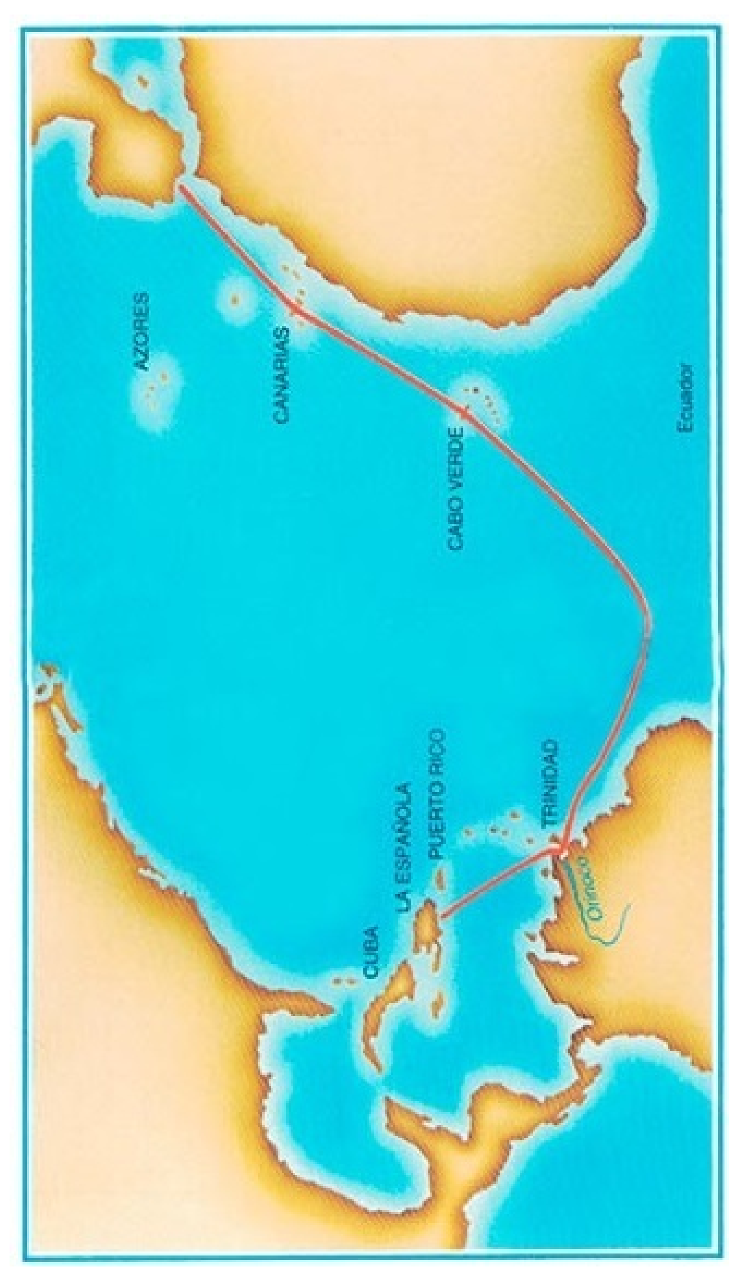


Lámina 24. Mapa tercer viaje.



Lámina 25. Mapa cuarto viaje.

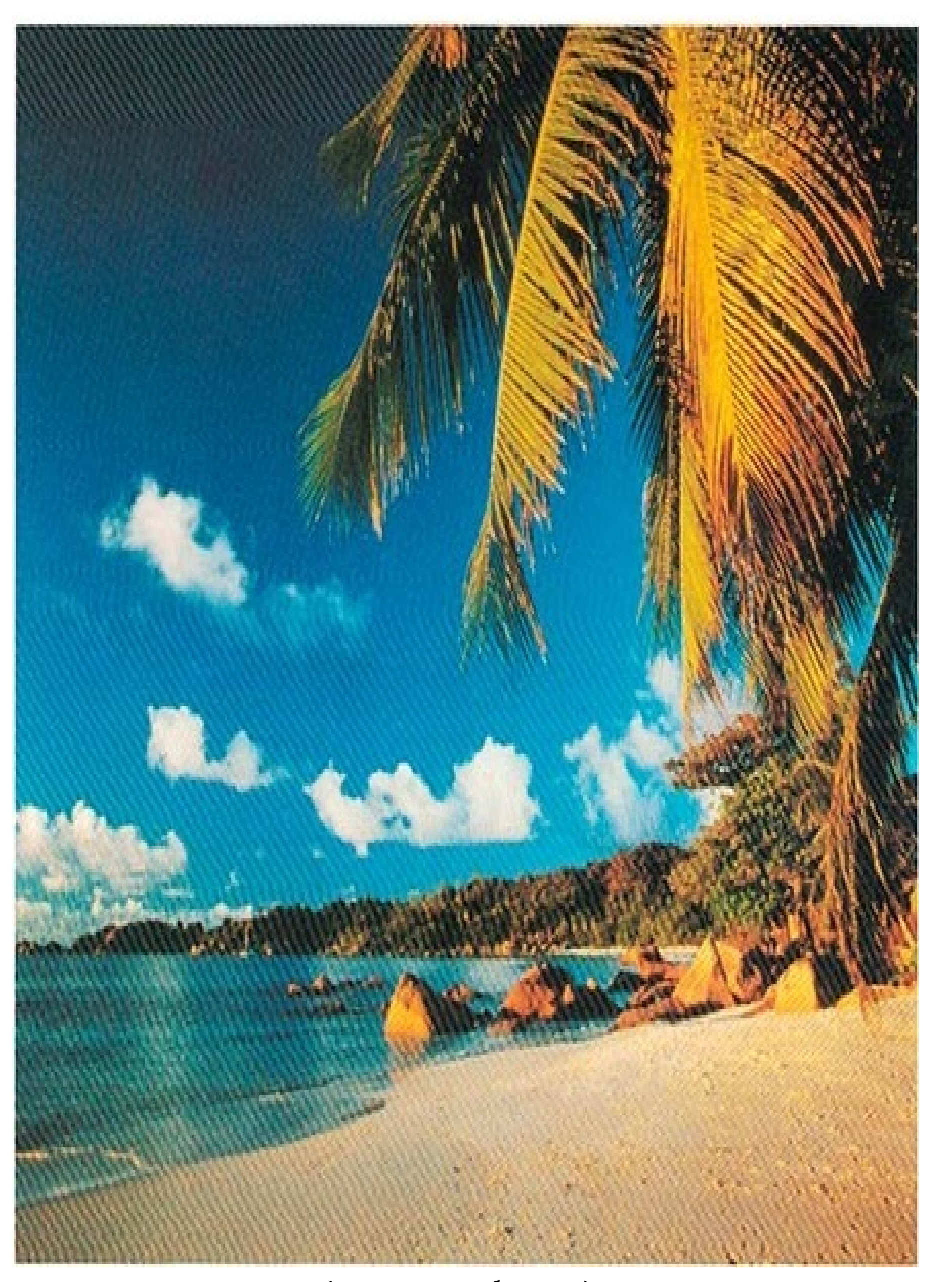


Lámina 26. El Paraíso.

5. EL TORNAVIAJE

El viaje de regreso, de mediados de enero a mediados de marzo de 1493, fue, por difícil que parezca imaginarlo, tan emocionante o más que el de ida, un viaje a vida o muerte en que nuestros navegantes estuvieron por dos veces a punto de perecer, y por otras dos a punto de caer prisioneros. Si el primer periplo de Colón fue todo él una novela de aventuras, las aventuras no terminaron hasta el último momento, como si un curioso destino quisiera conferir a aquella misión histórica un especial dramatismo. Con todo, el regreso no ofrece, por lo que a descubrimientos se refiere, la suprema incertidumbre de la ida. Los expedicionarios sabían muy bien a dónde regresaban, sin otra duda que el lugar exacto del Viejo Mundo al que iban a arribar: podían ser las Canarias, las Madeira, las Azores, las costas de Andalucía, las de Portugal, las de Galicia, en el peor de los casos las de África occidental o las de Francia o Inglaterra; pero en cualquiera de los destinos tendrían medios para orientarse (de hecho, la *Niña* llegaría a Azores, después a Lisboa; la *Pinta* a Galicia). El mundo conocido era tan grande como el desconocido, y el único problema consistía en poder llegar a él con dos carabelas deterioradas. En este sentido, el viaje de regreso encierra un menor interés para la historia de los descubrimientos, excepto en un punto fundamental: el mundo no tendría noticia de los sensacionales hallazgos de Colón si alguno de los navegantes, cuando menos, no conseguía llegar a una región del mundo civilizado. La

noticia era en este sentido tan importante como el descubrimiento mismo, y de aquí que el Almirante, temiendo por el éxito final de su aventura, arrojase, en el momento más tremendo de la tempestad, un escrito encerrado en un tonel, para que el mundo tuviera conocimiento de los hechos. Llegó el Almirante, que no el tonel. Y porque llegó, Colón vivió los momentos más gloriosos de su existencia.

La vuelta de Poniente

Con el tiempo, los españoles la aprendieron muy bien. Regresar por la latitud de la ida, contra los alisios, era una empresa interminable, que podía durar meses. Era preferible buscar latitudes más altas, de vientos variables, o, aún más al norte, de vientos predominantes del oeste. Si el punto de partida ideal desde Europa eran las costas del golfo de Cádiz, para hacer luego una escala en Canarias, lo más apropiado para el regreso era buscar las latitudes de las Azores —pasando al norte de estas islas, para evitar las suspicacias de los portugueses—, y arribar a las costas de Galicia o en todo caso del Cantábrico. Si el punto obligado de arribada acabó siendo históricamente de hecho el mismo que el de partida, la causa no estriba en las condiciones técnicas de navegación, sino en el deseo de los Reyes Católicos de centralizar el comercio de las Indias en un solo punto, en orden a un mejor control, y el punto elegido fue Sevilla, donde desde 1504 se estableció la Casa de Contratación. Por otra parte, la mayor parte de los marineros eran andaluces. De esta forma, en el viaje de regreso, los barcos daban un amplio rodeo para volver finalmente al sur de España.

Colón acertó con la «vuelta de poniente». ¿Intuición genial de un marino extraordinario? ¿Necesidad ineludible de evitar por algún lado los alisios? ¿Simple casualidad? La

mayoría de los colombinistas se inclinan por la casualidad, y aducen para ello que en el regreso del segundo viaje, el Almirante se obcecó tercamente en navegar por bajas latitudes, contra los alisios. El argumento es de peso, aunque tampoco faltan motivos para pensar que Colón, en su segundo retorno, eligiera ese difícil camino adrede, en busca de algo que no conocemos bien, pero que puede estar relacionado también con la ruta seguida en el tercer viaje. El hecho es que en 1493, tras unos días de esfuerzos contra los alisios, viró al norte y descubrió la «vuelta de poniente», que luego aconsejaría a aquellos que, a partir del segundo viaje, regresaron antes que él a la Península. Así abrió el camino que después otros muchos iban a seguir durante trescientos años.

En un principio, efectivamente, tentó la ruta de levante. Quizá, no por rutina ni al azar, sino, simplemente, porque los indios le habían dicho que al este de la Española estaba la isla de Matinino (seguramente Puerto Rico), habitada solo por mujeres, y donde tal vez podría encontrar cosas que valieran la pena, o, en el peor de los casos, sumar un nuevo hallazgo al catálogo de sus descubrimientos, y poder contar a su regreso algo relativamente sensacional. También es posible que el Almirante quisiera cumplir su designio, formulado el otoño anterior: «a la vuelta se verán las islas». Estaba convencido de la existencia de otras muchas islas al este de La Española, y quería conocerlas, sin dejar de ganar terreno hacia España. Pero después de tres días de barloventeo, que amenazaban con un regreso interminable (y ya nadie, ni siquiera las carabelas, estaba para eso), decidió aproar al norte. Pudo ser un acierto inconsciente, o tal vez instintivo, pero fue un acierto al fin y al cabo.

Ya a partir del 21 de enero comenzaron a notar «los aires más frescos y las noches más largas». Fue una impresión

más subjetiva que otra cosa. Se encontraban en la latitud de Guanahaní, y no hay razones para pensar en un notable cambio de las temperaturas nocturnas, justo en la zona donde Colón afirmó muchas veces, antes y después, que el temple de las noches es casi igual que el de los días; ni tampoco las noches mismas tenían que ser más largas, compensada la deriva al norte por el notable acortamiento de las noches a fines de enero. Pero el hecho es que progresaban, y progresaban en la buena dirección. Y otra gran novedad: el 23 de enero «comenzaron a mudar los vientos». Al fin había cesado el alisio. Era un hecho un poco temprano para aquella latitud, pero Colón lo aprovechó para abandonar su rumbo norte y aproar al estenordeste. Seguía ganando latitud, pero, sobre todo se aproximaba a España. Con todo, no se abrevió la travesía, porque durante un tiempo la brisa era floja y variable: obligaba a continuos cambios de dirección y en la orientación del velamen, y la travesía amenazaba con hacerse tan interminable como navegando contra los alisios. Tan perjudicial es un viento flojo como un viento contrario, pero fresco. El cielo estaba casi constantemente nublado, aunque sin lluvia. La mar, cubierta de hierbas, como en el viaje de ida. Esta vez no se extrañaron del evento: les resultaba casi familiar. Lo que la presencia de los sargazos significaba era que aún no habían salido de la zona de las calmas: hubieran debido mantener el rumbo norte por más tiempo. Naturalmente, no podemos exigir a Colón conocimientos que nadie tenía todavía.

El 25 de enero salió el sol, y los días siguientes fueron deliciosos, «los aires templados y dulces, la mar llana como un río...». El Almirante y los marineros disfrutaban de aquel tiempo encantador, por más que la flojedad del viento les impidiera andar más allá de doce o quince leguas por día. Procuraron avanzar hacia el estenordeste, aunque en

ocasiones el aire les obligaba a pequeños desvíos. El citado día «mataron los marineros una tonina y un grandísimo tiburón, y dice que lo habían bien menester, porque no traían ya de comer sino pan y vino y ajes de las Indias». Por cierto que aquellos tubérculos, que los indios amasaban y tomaban con fruición, nunca entusiasmaron a los españoles, que ya en este viaje, y más en el segundo, abominaban de los «ajes». El 29 de enero, «peces que llaman dorados vinieron a bordo». Los dorados, ciertamente, no vuelan, como algún contemporáneo de Colón llegó a afirmar; pero sus largos saltos les hacen con frecuencia, y contra su deseo, aterrizar en las embarcaciones: y aquellos peces suponían una nueva y suculenta provisión.

Llegó febrero sin que la situación variase: «la mar muy llana, gracias a Dios, y los aires muy dulces». Si da gracias, hay motivos para imaginar que su penuria de alimentos no alcanza grados extremos. El viento sigue sin apretar, pero ahora predominan los ponientes, puesto que navegan en popa. El 3 de febrero se juzga ya el Almirante en la latitud del cabo San Vicente. Optimista como siempre, se imagina más al norte de lo que está, pues apenas ha rebasado la altura de las Canarias, pero aparece perfectamente claro que espera llegar directamente a la Península. A partir del día 4, el tiempo se torna lluvioso, y el viento refresca: vaya la incomodidad por la velocidad, porque ahora ya puede avanzar a razón de treinta a cuarenta leguas por jornada: es la marcha del viaje de ida. El 10 de febrero cartean los pilotos y se creen muy cerca de las Azores; el Almirante, ya por obra de su sempiterna idea fija de pensar que ha andado más de lo que realmente ha recorrido, ya por no desautorizar a sus hombres o por no desanimar a los marineros, así lo admite. En realidad, se encontraban a poco más de la mitad de la travesía, a 1200 millas de las Azores.

Pero, al menos desde el punto de vista del rumbo a seguir, iban por buen camino.

Doble peligro

Era el 12 de febrero, y el tiempo, hasta entonces favorable, aunque los vientos de poniente se hacían cada día más frescos, como es posible colegir por las millas recorridas, se tornó tempestuoso. «Aquí comenzó a tener grande mar y tormenta; y si no fuera la carabela diz que muy buena y bien aderezada, temiera perderse». Colón, acostumbrado a las condiciones de la nao, se da cuenta muy pronto de las ventajas de la agilidad de la carabela, mucho más «marinera» para estos gajes. Y es cierto que la *Niña* reunía unas condiciones extraordinarias, a juzgar por su comportamiento en los días que iban a venir, y su largo y glorioso historial. El día siguiente «relampagueó hacia el nornordeste… dijo ser señal de gran tempestad que había de venir de aquella parte o de su contrario…». Hernando Colón, más preocupado por la dirección de los vientos que los copistas de su padre, precisa que fue un fuerte temporal del sur. Es aquella una de las zonas más frecuentes de frontogénesis en febrero. Mientras el viento soplaba del sur, los relámpagos que vio Colón por el nordeste revelaban posiblemente una conversión fría. Después de un breve periodo interfrontal, con aparentes atisbos de mejoría, «la mar se hizo terrible y cruzaban las olas que atormentaban los navíos». En otras palabras, marejada remanente del sur y furioso temporal sobrepuesto del noroeste. Olas cruzadas: el peor enemigo de un barco frágil, como lo es una carabela, sobre todo tal como estaban ya entonces la *Pinta* y la *Niña*. Los bandazos hacían imposible no ya maniobrar en condiciones, sino siquiera tenerse en pie.

La situación iba a empeorar, increíblemente, el 14 de

febrero. Aquella noche «creció el viento, y las olas eran espantables, contraria una de la otra, que cruzaban y embarazaban el navío, que no podía pasar delante ni salir de entre medio de ellas, y quebraban en él; llevaba el papahígo muy bajo, para que solamente le sacase algo de las ondas». Pero el papahígo, la vela de emergencia, en medio de aquel rugiente infierno, no servía ya para gobernar, y la *Niña*, «viendo el peligro grande, comenzó a correr a popa, donde el viento le llevase, porque no había otro remedio». Lo mismo se puso a hacer la *Pinta*, la carabela de Martín Alonso. Es cierto que Colón critica al segundo de la flotilla por haberse molestado más en buscar oro que en reparar la mesana de su barco (en la fase final del viaje, las relaciones entre los dos hombres ya no eran nada buenas), pero la verdad es que la carabela grande se portó ante la tempestad tan bien como la chica, que el Almirante, por razones que se coligen, había adoptado. Los dos barcos se hacían señales continuamente con los faroles, tratando de indicar su posición. En un momento dado, y con el huracán desatado en su mayor violencia, dejaron de verse mutuamente los destellos, y los tripulantes de cada carabela creyeron que la otra se había perdido para siempre entre las olas.

Ya no quedaba más que rezar. Y eso fue lo que hicieron Colón y los suyos.

Hicieron votos de peregrinaciones, y sortearon algunos de ellos: introdujeron en una bolsa garbanzos[9], tantos como tripulantes, y marcaron uno de ellos con una cruz. De los tres sorteos, dos tocaron al Almirante. ¿Milagro? ¿Casualidad? ¿Jugaría nuestro hombre con las cartas marcadas para ser él el penitente? Todos querían salvar sus vidas, pero el supremo responsable de la expedición tenía que conservar para él —y no se cansa de repetirlo— algo más precioso que la vida misma: había de llevar a buen puerto,

por encima de todo, la noticia de su descubrimiento. Entonces se le ocurrió la idea. Escribió como pudo (y no es fácil explicar cómo pudo: posiblemente utilizó un escrito anterior) unas letras, en que resumía el viaje, la ruta seguida y los resultados; envolvió el escrito en un saco embreado, e introdujo todo en un tonel. El tonel fue arrojado al agua. No se sabe de nadie que lo haya encontrado.

El viento calmó un tanto el día 15, y se abrieron claros por el oeste. Aquella misma tarde vieron tierra: ¡otra vez el viejo Mundo! Algunos se situaban ya frente a las costas de Portugal; el Almirante —al menos así lo escribió— se suponía en las Azores, y acertó. Con todo, la mar estaba tan levantada, que tardaron dos días en tomar tierra. Al fin supo que se trataba de la isla de Santa María. No fue posible encontrar un puerto adecuado para la carabela. Colón envió a unos hombres para recabar víveres y dar gracias en una ermita; y he aquí que los portugueses los detuvieron intuyendo que aquellos castellanos eran unos competidores que se les estaban adelantando en el camino de los descubrimientos. Al peligro de la naturaleza sucedía el peligro de los hombres. Siguieron unas jornadas tensas e inciertas. Los portugueses amenazaban con detener a la carabela y apresar al Almirante; este les contestaba a su vez con la amenaza de la ira de los Reyes Católicos, y los daños irreparables que podrían sobrevenir para Portugal. Después de varios días de enojosas negociaciones, Colón enseñó a las autoridades de la isla las cartas patentes que tenía de Fernando e Isabel, y esta vez los portugueses dejaron en libertad a los prisioneros. El tiempo seguía tan malo y la situación tan incierta, que los expedicionarios apenas pudieron hacerse con unas cuantas provisiones. Qué regreso tan ingrato al mundo civilizado. El 24 de febrero la *Niña* se hizo definitivamente a la mar «para ir a Castilla».

De la zozobra a la gloria

Puede, de buenas a primeras, parecer extraño que Cristóbal Colón, librado de las asechanzas sufridas en las Azores, se dirigiese de allí a Portugal, donde sin duda podía correr más peligros todavía. Se ha aducido la enorme satisfacción que el Almirante podía experimentar ante Juan II, mostrándole el fruto de la expedición que él había rechazado patrocinar: ¡las Indias se encontraban mucho más cerca por Occidente que por Oriente, y él ya había realizado la hazaña, de acuerdo con su proyecto, en nombre de los Reyes Católicos! Satisfacción, sí, hasta si se quiere una pequeña venganza, pero era una jactancia que podía pagar cara. Los peligros en Lisboa podrían ser mayores que en las Azores. Y los reyes de España difícilmente le hubieran perdonado la peligrosa bravata. Acabamos de ver cómo abandonó las Azores «para ir a Castilla». Luego no pudo hacerlo. Las razones que le obligaron a buscar puerto en Lisboa fueron otras. Colón partió de las Azores con cierta bonanza, después (se lo contaron los de las islas) de que en aquellas latitudes hubieran pasado quince días seguidos de temporal. Pero en las jornadas siguientes sopló viento del sur, cada vez más fuerte; luego roló al sureste. Cuando se aproxima una borrasca, suele suceder todo lo contrario: el viento gira hacia la derecha, no hacia la izquierda. Pero aquella borrasca venía muy baja, su centro se aproximaba al golfo de Cádiz. El comportamiento anormal del anticiclón, más al norte de lo normal, que tanto le había favorecido en el viaje de ida, se repetía ahora, y estaba complicando dramáticamente el viaje de vuelta. Un centro de bloqueo al norte desviaba las borrascas más al sur de lo que era usual. La sufrida en las Azores había alcanzado bajas latitudes; ahora, la siguiente, todavía más. Naturalmente, Colón nada sabía de estas cosas, pero con fuerte viento del sur y sureste

no podía navegar hacia el cabo San Vicente y rendir viaje en Palos o Sevilla. Por un momento, se le ve navegando hacia el Nordeste, tal vez con intención de llegar a Galicia (La *Pinta*, más afortunada, ya había llegado allí), pero el temporal le obligó a buscar la costa más cercana. «El Almirante estaba muy penado con tanta tormenta, ahora que estaba a la puerta de casa».

El temporal fue creciendo en intensidad, hasta el punto de que el 3 de marzo, «vínole una turbiada que le rompió todas las velas». Los marinos se sintieron en el más angustioso de todos los peligros, y una vez más recurrieron a los garbanzos para sortear un peregrinaje al santuario de la Virgen de la Cinta en Huelva. Y de nuevo, oh sorpresa, también en esta ocasión «cayó la suerte al Almirante». La *Niña* se portaba maravillosamente en medio de la mar arbolada, y todos consideraron un milagro que no se hiciera trizas. Con un papahígo de repuesto, pudieron avanzar un poco entre espantosos bandazos. Al amanecer del 4 de marzo vieron tierra, y Colón, que conocía bien la zona, la identificó como «la Roca de Cintra», el cabo Roca, muy cerca de Lisboa: «adonde determinó entrar, porque no podía hacer otra cosa». Temía que ciertos portugueses «se pusiesen a cometer alguna ruindad», pero el Almirante deseaba llegar a la capital precisamente para demostrar a alguna autoridad competente «que no venía de Guinea, sino de las Indias». Nada se había hablado en Alcaçovas sobre la Indias, que era justamente el objetivo de los portugueses, sino de la prohibición a los castellanos de navegar hacia Guinea. Ahora los lusitanos tendrían que reconocer este otro error. Una vez en el estuario del Tajo, un capitán de la nao más importante de la armada portuguesa envió a la *Niña* un batel, para que Colón le diese cuenta del motivo de su viaje y de su procedencia. El interpelado sabía interpretar muy

bien su papel, y contestó que un Almirante de la Mar Océana, nombrado por los serenísimos reyes de Castilla y Aragón no tenía por qué dar cuentas a un capitán. Al fin la enojosa situación se resolvió con una invitación personal del monarca lusitano al Almirante: en este caso, el invitado no tenía más remedio que desembarcar y cumplimentar a Juan II. No sabemos mucho de la entrevista, a la cual Colón asistió con la misma ropa con que había desembarcado ante los indios desnudos de Guanahaní. El portugués alegó que los descubrimientos le pertenecían, el Almirante que el compromiso era solo de no navegar hacia Guinea: tenía toda la razón, y probablemente ambas partes eran conscientes de ello. Juan II prometió que ya se entendería con los reyes españoles, «y que no habría menester de terceros», es decir, de intermediarios. Así se acabó la discusión, y desde entonces el descubridor recibió un trato exquisito y pudo poner en condiciones su maltrecha carabela.

El 13 de marzo zarpó la *Niña*, con viento noroeste: excelente para ir a Sevilla, que era su destino previsto. El 15 pasaron los navegantes frente a la barra de Saltés, y el ansia de aquellos paleños por volver a su pueblo y ver a sus seres queridos pudo más que la voluntad del Almirante. Es imaginable el recibimiento, las lágrimas de alegría y la emoción de todos. La aventura del viaje a lo desconocido había terminado, y un nuevo mundo provisto de innumerables riquezas se abría a las esperanzas de todos. El día 16, oh sorpresa, llegó la *Pinta*, que entretanto había rendido viaje en Bayona, y allí hubo de ser reparada. Pinzón había escrito desde la ciudad gallega a los Reyes Católicos. Cada uno de los dos grandes navegantes se imaginaba ser el único capaz de dar la noticia. Pinzón, a lo que parece, se encontraba enfermo, y murió por circunstancias no bien conocidas pocos días —o solo uno— más tarde: según la

Historia del Almirante, «de dolor». No es seguro, aunque de todas formas posible. La gloria de este mundo no iba a ser para él. Don Cristóbal, seguido de un numeroso cortejo, en el cual figuraban los indios que habían venido con él en la carabela llegó a Sevilla por tierra; allí se enteró de que los reyes ya no estaban en Granada, sino en Barcelona. Al parecer habían olvidado la modesta y dudosísima empresa de las tres carabelas y habían emprendido una gran aventura internacional: acababan de firmar un tratado con el rey de Francia, Carlos VIII, con la críptica idea de repartirse el reino de Nápoles. De acuerdo con la vieja tradición de los reinos catalanoaragoneses, se iba a una activa política mediterránea. Colón se encargará de cambiar el curso de los acontecimientos. Prepara con sumo cuidado la escena de Barcelona. Primero se presentan a los reyes los «indios», ataviados de la manera más vistosa y exótica posible, y llenos de presentes que ofrecen a Sus Altezas: pepitas de oro, colgantes del mismo metal, papagayos, frutos extraños que nadie ha visto hasta el momento. El efecto, espectacular, bien calculado, asombra a los soberanos y sus altos dignatarios; luego llegan los marineros más distinguidos, con nuevos presentes y cumplimientos; y al fin el Almirante, vestido con sus mejores ropas, se postra de rodillas delante de los monarcas, que se apresuran a levantarlo, le conceden el altísimo honor de sentarle a su lado y le colman de parabienes. El regalo que porta Colón es precisamente el prometido Diario de a bordo (bien aderezado, por supuesto, por el propio Almirante, y esta es la primera de sus muchas modificaciones). En todo momento aparece como el hombre que ha acertado en sus previsiones, que ha hecho valer su autoridad, que se ha mostrado digno de la confianza que los reyes han depositado en él, y que ha encontrado unas tierras lejanísimas de valor incalculable. Un valor que puede

multiplicarse hasta lo inaudito cuando se emprenda un segundo viaje, realizado ya en mejores condiciones y con todos los elementos necesarios para la empresa. Colón tal vez no lo sabe, pero está saboreando los momentos más felices y gloriosos de toda su vida.

6. EL SEGUNDO VIAJE

El primer viaje de Colón es no solo una increíble aventura, en todos los sentidos posibles de esta expresión, sino el más importante desde el punto de vista histórico, en cuanto que pone al hombre de Occidente en contacto con un Nuevo Mundo (entonces ni se sabía con seguridad que fuese estrictamente «nuevo», pero abre la puerta de su cabal descubrimiento) y hace posibles por tanto nuevos viajes. Si Colón y los suyos hubiesen perecido en las calmas de los Caballos, en las tormentas tropicales, a manos de los indios, o, ya al regreso, en las durísimas tempestades que estuvieron a punto de tragarse las carabelas, el año 1492 hubiese pasado a la historia de España como el de la conquista de Granada, pero no hubiese trascendido a la historia del mundo con un significado muy especial. América hubiese sido descubierta tarde o temprano por los europeos, porque la curiosidad y los medios del hombre del Renacimiento hubiesen llevado a alguien al mismo destino y con la misma curiosidad; pero la historia hubiese sido muy otra, no sabemos cuál. Colón no solo encontró islas y tierras desconocidas para la cultura de Occidente, sino que pudo regresar para dar la noticia de su hallazgo y movilizar las fuerzas del nuevo estado que los Reyes Católicos habían implantado en los reinos españoles (luego se movilizarían hacia Occidente también los portugueses, a su tiempo los ingleses, franceses y holandeses), hasta crear un nuevo escenario histórico capaz de alterar de forma revolucionaria la geopolítica mundial.

Hacia 1520 escribiría el humanista cordobés Hernán Pérez de Oliva estas palabras de feliz intuición geográfica e histórica: «España, que estaba en un cabo del mundo, ha venido ahora a figurar en el centro de él». Ha ocurrido un cambio de centro, de centro del mundo civilizado, de Occidente. Hasta entonces, desde los tiempos de los griegos, ese centro había sido el Mediterráneo, el Mare Nostrum. «El Mediterráneo es un charco, y los griegos las ranas que cantan a orillas de ese charco», parece que dijo Platón refiriéndose a los viajes y a la difusión de la cultura de los habitantes de la Hélade. Más tarde serían los romanos los que edificasen el primer gran imperio occidental en torno al Mare Nostrum, en cuyas orillas, de extremo a extremo, se acataba al César y se hablaba latín. El Cristianismo vendría a dilatar más tarde los confines del ecúmene, borrando la vieja distinción entre latinos y bárbaros, y durante la Edad Media se conocería a toda Europa con el nombre de Cristiandad. Ahora, en el siglo XVI, un nuevo salto dilata los horizontes hasta lejanías insospechadas. Y desde este momento el Mare Nostrum, el mar en que se libran las principales tensiones de la historia, no es ya el Mediterráneo, sino el Atlántico, el océano hasta entonces asimétrico, ya que los europeos (y más por supuesto, los americanos) no conocían de él más que una orilla. Y España, esa península en el extremo suroeste de Europa, por iniciativa de sus hijos, por obra del espíritu emprendedor de los Reyes Católicos, por haberse convertido en el primer estado moderno de Europa, pero fundamentalmente porque fue la que aceptó y patrocinó la idea de Cristóbal Colón, se convirtió en centro de ese nuevo ecúmene, que acabaría llamándose, en su conjunto Occidente, en cuanto suma de Europa más América. Es posible que en el siglo XXI el centro de gravedad del planeta esté desplazándose del Atlántico al Pacífico, o al menos tal

es lo que afirman muchos de los analistas mundiales; pero el hecho, sea cual sea su importancia, sea cuál vaya a ser su futuro, ni invalida el alcance de lo ocurrido en 1492, ni es útil para nuestro conocimiento de lo ocurrido entonces. Colón cambió la historia porque su viaje fue deliberadamente una expedición descubridora: y nadie puede negar la trascendencia de este hecho.

Es cierto: el primer viaje fue fundamentalmente descubridor. Solo participaron en él un centenar de hombres, en una nao y dos carabelas apenas armadas y sin que figurase en la expedición ningún soldado. Estaba destinado a encontrar algo al otro lado del Océano, y, efectivamente, lo encontró. El segundo viaje, por el contrario, tendría una organización distinta y una finalidad también distinta. No renunciaba a descubrir, pero su objetivo fundamental consistía en controlar lo descubierto, poblarlo, organizado sobre las bases imperantes en Europa, y aprovecharse de sus riquezas. Tanto Colón como los propios Reyes Católicos tenían las ideas claras: se trataba de llegar a la isla Española y poblarla, controlarla, colonizarla. El nuevo título que recibió el Almirante fue precisamente el de Capitán General de La Española. ¿Se abandonaba por eso la política descubridora? En absoluto. Pretender tal cosa sería desconocer el temperamento del navegante genovés y la misma política de amplias dimensiones de los monarcas. Pero procedía ante todo tomar posesión de una tierra que ya se había demostrado que era extensa, prometedora y rica (en la cual, además, ya se había fundado un pequeño establecimiento de españoles que estarían esperando ansiosamente su rescate), y prepararla como base fundamental de nuevas empresas. Quizá las exageraciones del Almirante sobre las maravillas de la Española y su suposición de que al sur de la isla pudiera albergarse el

fabuloso Cipango abonaban la idea de tomarla como objetivo inmediato. Luego, sobre aquella base, podrían planearse nuevas y todavía más ambiciosas empresas. De aquí que el segundo viaje de Colón sea completamente distinto del primero. Su importancia en el ámbito de la historia política es grande; no lo es tanto por lo que se refiere a la historia de los descubrimientos, que es lo que en este punto más nos interesa. Colón no descubrió en su segundo viaje más que parte de las Antillas Menores, conoció de pasada la existencia de Borinquen (Puerto Rico) y amplió su conocimiento de las dos grandes islas ya descubiertas: la Española y Cuba. Poco va a importarnos, puesto que apenas roza el objeto de este libro, la historia política, la gestión del Almirante en aquellas tierras. Una gestión que, por otra parte, no fue todo lo acertada que debiera, y por eso este segundo viaje representa el paso de la gloria y la esperanza al desengaño y la contestación.

Por otro lado también es cierto que conocemos mucho menos los detalles del viaje en sí —tanto el de ida como el del regreso: entendamos, el regreso del Almirante, puesto que hubo muchos protagonistas de la expedición que regresaron antes o después—, que respecto del primero. Colón entregó el manuscrito de su diario de navegación, debidamente mejorado en su favor, a los Reyes Católicos, y de una forma u otra conocemos los acontecimientos de aquella expedición histórica día a día. El segundo viaje pudo y debió tener su diario, pero ni a Colón ni a nadie le interesó su perpetuación. Conocemos detalles que nos facilitan Hernando Colón y Las Casas, probablemente apoyados en fuentes directas: pero no son muy explícitos por lo que se refiere a la travesía en sí. También Fernández de Oviedo conoció algunos detalles. No dejan de resultar interesantes las cartas —ambas muy extensas— de dos viajeros: el doctor

Álvarez Chanca, médico de la expedición, y el italiano Michele Cúneo. Chanca es un buen observador, pero le interesan más aspectos generales, sobre todo referentes a la flora exótica, a las enfermedades o al carácter de los indios, que un relato concreto del día a día: la cronología aparece intencionadamente descuidada. Por lo que se refiere a la navegación, el tema apenas le merece más que unas líneas. Y Cúneo es más periodista que cronista, más atento a las anécdotas y a detalles concretos que al seguimiento estricto de lo sucedido. Un conocido cronista de los Reyes Católicos nos proporciona noticias del segundo viaje: es Andrés Bernáldez, amigo de Colón, a quien por un tiempo hospedó en su casa al regreso de esta navegación: pero por él más conocemos los problemas del Almirante que el viaje propiamente dicho. Consuelo: el viaje en cuanto tal, la travesía tanto de ida como de retorno, la exploración de la costa sur de Cuba, encierra menos interrogantes, menos detalles dramáticos, menos aventuras reales, que cualquiera de los otros.

Preparativos

Todo lo que habían sido dificultades y recelos en la preparación del primer viaje fueron entusiasmo y deseos de embarcar en la segunda expedición: el descubrimiento de las «Indias» —fuera cual fuese su naturaleza exacta, que eso no estaba claro para nadie[10], ni siquiera quizá para el Almirante— causó al menos en la costa atlántica andaluza una expectación extraordinaria. Cristóbal Colón había llegado a unas tierras lejanas y desconocidas, provistas al parecer de riquezas sin cuento; y si lo visto en unas semanas de exploración había sido ya prometedor, lo que podía encontrarse y conquistarse en una expedición bien equipada podía significar la fortuna y la fama de quienes participasen en ella. De aquí el entusiasmo despertado por el anuncio de

un segundo viaje y la enorme demanda de candidatos a la aventura.

Taviani se admira de que en solo cinco meses pudiera equiparse una flota de 17 barcos con una tripulación de entre 1200 y 1500 hombres. Fue, ciertamente, un esfuerzo extraordinario, un verdadero «tour de force», pero resulta perfectamente explicable si tenemos en cuenta el enorme interés suscitado por la empresa y si contamos también con las posibilidades que ofrecía Sevilla como uno de los puertos fluviales más importantes y también más poblados de Europa. Colón, en la plenitud de su gloria, confirmados ya sus importantes cargos, se las prometía tan felices, aunque hubo de chocar desde el primer momento con una dificultad, o por mejor decirlo, con un hombre que no iba a permitirle montar las cosas de acuerdo con sus deseos concretos. Los reyes, cuyo conocimiento de las personas figuraban entre sus mejores virtudes, algo debieron intuir en la figura un poco estrafalaria del descubridor, cuando encomendaron la organización del viaje al arcediano Juan Rodríguez de Fonseca, un hombre de indudable capacidad y de fuerte carácter, que quiso dirigirlo todo, ante la indignación del Almirante, que se imaginaba desde el primer momento el alma indiscutible de la empresa. El choque entre los dos hombres fue absolutamente inevitable y dio origen a enojosos incidentes. Ya desde antes de partir las cosas no rodaban como Colón había esperado. Fonseca era indudablemente un hombre de capacidad organizadora y lleno de iniciativas, que supo estar encima de todo: Las Casas, quizá con un puntito de mala intención, nos cuenta que «era muy capaz para mundanos negocios, señaladamente para congregar gentes de guerra para armadas por la mar, que era más oficio de vizcaínos que de obispos». Conste que Fonseca no era obispo por entonces.

Cierto que organizar un viaje de tan grandes proporciones como el que se necesitaba en aquel caso no era tarea fácil. Tal vez hubiera sido preferible montar un segundo viaje de exploración, con más medios, pero sin ansias conquistadoras o repobladoras, para conocer mejor las tierras descubiertas y evaluar sus posibilidades; pero el entusiasmo con que Colón y sus compañeros hablaban de sus hallazgos, el deseo de aventuras de mucha gente, y quizá también el recelo de que los portugueses, decididos a coronar su secular empresa, se adelantasen por el este a lo que el Almirante ya había encontrado por el oeste, abonaban una expedición nutrida y poderosa. Había que combinar el número con la prisa, aunque esa combinación resultara difícil. Es muy probable que Colón hubiese sido incapaz de montar con su sola dirección tan imponente maquinaria; pero también es indudable que Fonseca se vio a veces impotente para resistir las muchas presiones que recibió. Se comenta que la mayor parte de los expedicionarios del segundo viaje fueron caballeros e hidalgos[11] más dispuestos a hazañas heroicas que al trabajo de pobladores, constructores y campesinos: en buena parte fue así, y de este choque de mentalidades vendrían los problemas de Colón en La Española; pero también es verdad que en la flota figuraron agricultores, ganaderos, albañiles, carpinteros y expertos en muchos oficios. Igualmente había clérigos —en el primer viaje no había figurado ninguno—, médicos y funcionarios: todo un pequeño reflejo de la sociedad europea dispuesto a llevar el modelo del Viejo al Nuevo Mundo. La verdad era que, de todas formas, iba a ser difícil aclimatar a toda aquella gente a las condiciones del Caribe: y más si tenemos en cuenta que las palabras del Almirante prometían tierras riquísimas y reinos capaces de garantizar la prosperidad de todos. Junto con aquel millar largo de expedicionarios de todas

condiciones figuraban también armas, caballos, vituallas de todo género, ropas de repuesto, corazas para la guerra, animales, ovejas, cabras, puercos, que se esperaba poder aclimatar en el Nuevo Mundo, esquejes de vid y de olivo que pudieran plantarse en lugar oportuno, y semillas —europeas, por supuesto— que todos confiaban que pudieran crecer en un clima tropical: «y fue esta la simiente de donde todo lo que hay acá: de las cosas de Castilla ha salido», escribiría años más tarde, desde La Española, Las Casas.

Cierto que no todo se hizo bien, al menos a juicio de Colón, siempre receloso de la gestión de Fonseca. Parece que los magníficos caballos árabes comprados para la expedición fueron cambiados por vulgares rocines (o fueron vendidos por lo que no eran). Las pipas preparadas para transportar vino y aceite no pudieron resistir los calores tropicales, y algunas reventaron o llegaron con su contenido en mal estado. Preciso es reconocer que muchas condiciones propias del clima antillano no pudieron ser fácilmente previstas. Pero lo cierto es que a los cuatro meses del nombramiento de Fonseca, las diecisiete naves fueron descendiendo, poco a poco, por el Guadalquivir, hasta reunirse de nuevo, en un conjunto espectacular, en la bahía de Cádiz. Zarparon a mar abierta el 23 de septiembre de 1493. Comenzaba la nueva aventura, con más expectativas y, por supuesto, con más optimismo que la de un año antes.

La ruta a las Indias

Conocemos muy pocos detalles de la travesía, porque ninguno de los viajeros que narraron los hechos del segundo viaje sentía afición por las cosas de la mar. Sabemos que la ruta hasta Canarias duró ocho días. Y al parecer no difirió mucho de la de un año antes, como que una de las carabelas se averió por el camino, y hubo de ser reparada en Gran

Canaria, probablemente en el mismo puerto de carenaje en que se había adobado la *Pinta*, y con el mismo éxito, porque en adelante todo fue bien. Quizá por ello la escala en las islas duró un poco más de lo previsto, pero la verdad es que allí era preciso realizar las últimas provisiones. Las Casas precisa que, además de alimentos frescos, tomaron semillas de árboles y plantas, cabezas de ganado, y aves diversas. Aunque Colón no parece haber destacado por su espíritu de previsión, fue prudente en escoger nuevas simientes y animales adquiridos en Canarias, por la relativa similitud entre el clima de las islas y las tierras de destino. Por lo que se refiere a los caballos, era mucho más natural haberlos adquirido en Andalucía y si bien el Almirante, en su carta remitida a los Reyes a través de Antonio de Torres, acusa a los sicarios de Fonseca de que no hubo juego limpio en la compraventa, tal vez no repara en que los equinos, después de una larga travesía y de una deficiente alimentación, podían presentar un aspecto encanijado. Eran tantas las naves, que algunas de ellas se aprovisionaron en Gran Canaria, la mayor parte en La Gomera, como el año anterior, y algunas en Hierro. Al fin, fue Hierro el punto de partida elegido por el jefe de la expedición. Hierro se consideraba como el hito final del Viejo Mundo, y durante muchos siglos se adoptó su meridiano como «meridiano cero» para la travesía del Atlántico. Fue Colón quien inició esta tradición simbólica. El 13 de octubre de 1493, casi exactamente un año después del Descubrimiento, la numerosa flota se hizo definitivamente a la mar.

Un punto que puede tener cierta importancia. El Almirante no siguió la misma ruta que el año anterior, sino que ordenó seguir un rumbo oestesuroeste. Se han dado muchas explicaciones: entre ellas la de que quiso evitar las «latitudes de los caballos», en que se había engolfado

involuntariamente durante el primer viaje, o bien que, ahora que una bula del papa Alejandro VI dividía el Atlántico —de acuerdo con el criterio de Colón— por medio de una línea «cien leguas al oeste de las Azores y Cabo Verde», arbitrando, por lo que se refiere a actividades descubridoras y colonizadoras, un hemisferio «español» y otro «portugués», ya no era necesario evitar derivar más al sur. Todo es posible, por supuesto, pero no parece que Colón tuviese aún una idea clara sobre la región de las calmas, ni tampoco que hasta entonces se hubiese considerado que las aguas portuguesas se extendían hasta el centro del Atlántico. Una explicación que nunca o casi nunca, que sepamos, se ha tenido en cuenta, es, sin embargo, muy probable. El descubridor, después de sus conversaciones con Guacanagarí, creyó identificar el sur de la Española con «Cipango, que ellos llamaban Cibao». O por lo menos, en sus ratos de realismo, con una tierra abundante en yacimientos auríferos. Convenía arrumbar, por consiguiente, más al sur. Por supuesto, Cipango era una isla enorme (en realidad Japón es un archipiélago que se extiende dos mil kilómetros de norte a sur), y a lo que parecía, era justo en la zona meridional donde habitaba el emperador del Sol Naciente. En el peor de los casos, el sur de la Española era la zona más abundante en oro. Hubiera sido un éxito rotundo llevar a aquellos mil quinientos expedicionarios a un país riquísimo y fascinante. Luego llegaría el momento de ir al norte, para visitar a Guacanagarí y rescatar a los treinta y nueve habitantes del fuerte Navidad.

La travesía del Atlántico fue rápida y feliz, al parecer sin incidentes: como que se realizó no en treinta y tres días, sino en veinte, y aun así por las razones que nos da el doctor Chanca: «desde aquí [desde Canarias] por bondad de Dios nos tornó buen tiempo, mejor que nunca flota llevó en tan

largo camino; tal que, partidos de Hierro a trece de octubre, dentro de veinte días hubimos vista de tierra; y viéramosla en catorce o quince si la nao capitana fuera tan buena velera como los otros navíos». Seguramente el buen médico sevillano exagera, porque jamás, hasta el siglo XVIII, un buen barco de vela hubiera podido hacer la travesía de Canarias a las Pequeñas Antillas en catorce días; pero también es verdad que don Cristóbal, y más ahora que mandaba una flota numerosa, provisto de altísimos cargos, gustaba viajar en una nao almiranta de gran porte, por lenta que resultase; y esta vez había elegido una enorme nao de doscientos toneles (doble que la *Santa María* del primer viaje): era *La Marigalante*, aunque Colón, en ocasiones la vuelve a denominar como *Santa María*. Aquel barco, como todos los de forma panzuda y ancho bordo, era lento; como de costumbre había orden de que los navíos no se perdiesen de vista unos a otros, de suerte que los más rápidos habían de recoger trapo para no dejar atrás a los más lentos. Con todo, los vientos fueron constantes y favorables. El «callejón de los alisios» señala la ruta ideal para viajar de Canarias a Indias en el menor tiempo posible, y en las mejores condiciones meteorológicas. Con frecuencia se levantan en la zona nublados inofensivos, pero la temperatura es agradable, y casi nunca se registran temporales. En tal sentido añade Álvarez Chanca que «en todo este tiempo hubimos mucha bonanza, que en él ni en todo el camino hubimos tormenta, salvo la víspera de San Simón [27 de octubre], que nos vino una que por cuatro horas nos puso en harto estrecho». Seguramente se trató de una ventolina o de un descalzamiento de alguna tormenta tropical. Para Las Casas, que probablemente tuvo acceso al relato colombino, el peligro no llegó a tanto: «comenzaron a venir algunos nublados y aguaceros, o turbiones de agua del cielo», un

hecho que el Almirante interpretó correctamente como señal de que ya se encontraban cerca de tierra.

Por lo demás, travesía feliz, con buena mar y sin incidentes. Colón había encontrado genialmente, o con intuición genial, la ruta más corta, por lo que a duración se refiere (no ciertamente por la longitud del recorrido) de la travesía a Indias. Todas las flotas españolas que durante siglos cruzaron el Atlántico, saldrían de Canarias y en veintiún días, casi siempre justos y sin apenas maniobras, llegaban a la isla Deseada. El Almirante podía haber escogido aquella ruta para acertar con Cibao-Cipango, pero de hecho descubrió un camino secular, el mejor de todos los posibles. Sin embargo, algunos testigos nos revelan que la mayor parte de los expedicionarios llegaron mareados, maltrechos y con las ropas mojadas; algunos casi enfermos: de aquí que el grito de *¡Tierra!*, fuera seguido de un júbilo general, casi indescriptible. Hemos de comprenderlo: los protagonistas del primer viaje fueron en su casi totalidad marineros profesionales, bien acostumbrados a las incidencias de la navegación, a los cabeceos y balanceos, a los pantocazos que provocaban rociones de agua, a dormir hacinados en un espacio mínimo. La mayor parte de los que fueron en 1493 eran caballeros, artesanos, campesinos, funcionarios, profesionales. Afortunadamente, tuvieron una travesía rápida y en las mejores condiciones; pero la experiencia de veinte días seguidos de mar era para ellos una realidad completamente nueva, y no siempre agradable. Afortunadamente, todo habría pasado en cuanto llegasen a la tierra prometida.

Las Antillas Menores

Llegaron un 3 de noviembre, domingo. Por eso Colón llamó a la tierra avistada Dominica. Cerca, otra isla, más

pequeña y en gran parte árida, recibió el nombre de Deseada: quizá porque era la más oriental de todas. Es extraño este bautizo de Colón, cuando todavía no sabía ni podía saber que la ruta que había seguido sería adoptada para la navegación a Indias durante tres siglos, y que la Deseada iba a ser comúnmente la primera tierra avistada del Nuevo Mundo: fue como una premonición, pero el hecho es que el nombre aparece, según los testigos, desde el segundo viaje colombino. Enseguida vieron otras islas: cinco o seis, según las versiones, ya el primer día.

De nuevo islas, e islas relativamente pequeñas. Por supuesto, es imposible adivinar un gesto de desilusión en el Almirante. Ni rastros de Cipango, ni siquiera de La Española. Sin embargo, tampoco en este caso es rastreable la menor decepción del descubridor. La isla que había visitado trescientos días antes, y cuyo extremo sur imaginaba muy rico, tenía que ser más pequeña de lo que había pensado… y probablemente no tan rica. El navegante podía encontrarse, por supuesto, frente a los millares de islas que anteceden a Cipango, y tal vez pensó que una búsqueda más al oeste pudiera reportarle muy gratas sorpresas; pero su finísima intuición le aconsejó abandonar la idea. Desde el primer momento tomó la decisión de dirigirse al norte, hacia las tierras ya descubiertas, que era lo único seguro. La Española era no solo una isla conocida y dotada de ciertas posibilidades, sino que en ella les estaban esperando los treinta y nueve valientes del Fuerte Navidad, a los que no convenía dejar solos por más tiempo. A las islas vistas el primer día fueron sucediendo en las jornadas siguientes otras muy parecidas: Marigalante —el nombre de la nao almiranta—, Guadalupe, Montserrat, la Antigua, Islas Vírgenes: la mayoría de los nombres fueron fruto sin duda de la devoción mariana del descubridor. Las Antillas

Menores, al sur y sureste de La Española, eran muy diferentes de las Bahamas, descubiertas en el primer viaje; esta vez eran montañosas, volcánicas, de cimas aguileñas y costas altas, rocosas, de difícil acceso por la escasez de puertos naturales. Eran bellísimas, para un viajero de hoy quizá más atractivas que Guanahaní y compañeras, cubiertas de una vegetación lujuriante, coronadas por soberbias y altivas montañas, no siempre visibles por culpa de una casi continua nubosidad, con lluvias frecuentes. El relieve provocaba la condensación del vapor del aire que procedía del mar, traído por el alisio. En otros tiempos, cuando los navegantes no disponían de medios exactos de orientación, un manojo de nubes en el horizonte, a veces en forma de coliflor, señalaba indefectiblemente la presencia de una isla. Cuando se forman estas nubes, en principio aisladas y poderosas —«cúmulus congestus»— constituyen un espectáculo celeste digno de contemplarse con la misma admiración que los conos volcánicos y los hilos de agua o cascadas que descienden de las cumbres: parecen pirámides, yunques, torres, que se desarrollan con una facilidad prodigiosa, hasta que se desata la tormenta, generalmente cerca de mediodía. Es posible que las nubes de las Antillas Menores figuren entre las más bellas del mundo. Estaban los viajeros ante islas tropicales, y aires templados en pleno noviembre: pero ni las tierras ofrecían el menor parecido con las descubiertas un año antes, ni tampoco el clima era exactamente el mismo.

En Dominica no hubo forma de desembarcar, tan escarpadas y desabrigadas estaban sus costas, aunque Álvarez Chanca vio con gusto aquella isla, «todo montaña, muy verde, hasta el agua, que era alegría mirarla». Se refiere, no al agua del mar, azul o plomiza, según las circunstancias, por culpa del tiempo, sino a la gran cantidad

de ríos bullentes y rápidos que caían desde las montañas. En Marigalante, donde al fin pudieron hacer aguada, «había tanta espesura de hierbas que era maravilla, y tanta la diferencia de árboles, no conocidos a nadie, que era para espantar». Hoy diríamos más bien admirar, porque aquellos árboles tan diferentes de los nuestros no tenían por qué producir espanto a nadie. Eso sí, el médico, que para eso estaba, observó pronto que alguno de los frutos de aquellos árboles hinchaban la cara. No era para sentir terror, pero sí para tener precaución ante aquella vegetación tan diferente de la europea, y aquellos frutos desconocidos. En Marigalante se plantó una cruz y se dijo la primera misa de la historia del Nuevo Mundo.

Guadalupe era la mayor de todas las islas encontradas en la zona, y probablemente la más bella de todas. Aquí sí que pudo desembarcar un grupo bastante numeroso, y hasta ocho exploradores se perdieron en las marañas de una selva cerrada, entre lianas y plantas trepadoras, con la consiguiente alarma del Almirante. Este envió un grupo de socorro, provisto de trompas y arcabuces, para orientar con sus sonidos a los extraviados, que regresó sin haberlos encontrado. Después de dos días y medio de angustia, los pioneros regresaron al fin, sanos y salvos: la brutal espesura de la selva los había desconcertado. Colón, que intuyó que se habían comportado con imprudencia, los castigó durante varios días a media ración. El susto, con todo, había pasado. Pero el detalle que más impresionó, tanto a Cúneo como a Chanca, fue una espectacular cascada que se despeñaba, en tres soberbios saltos, desde lo alto del monte. Ya desde la mar, «al oeste, tres leguas antes de llegar a esta isla, vieron una roca altísima, de la cual salía un golpe de agua..., la cual caía con tanto rumor y fuerza, que se oía desde los navíos». Era La Sufrière, una de las cascadas más bellas del Caribe,

que brota de un manantial sulfuroso en plena pared de una montaña volcánica; el agua sale a 95 grados de temperatura y cae impetuosa por entre peñas y selvas, en tres escalones, hasta alcanzar la mar. Pero también es verdad que en Guadalupe se encontraron los viajeros con algo más que bellísimos espectáculos naturales; al entrar en las chozas de los indios —que tendían a huir de los españoles—, vieron huesos humanos desparramados, y en una de ellas varias cabezas humanas colgadas del techo de paja. Habían dado con los famosos caníbales de que les había hablado Guacanagarí, los hombres que cazaban a otros seres humanos para alimentarse de su carne. Cúneo nos habla con viveza de estos macabros espectáculos, y Álvarez Chanca, médico al fin y al cabo, trata de distinguirlos y diferenciarlos de los taínos: mientras estos llevan el cabello corto, los caribes se dejan crecer amplias melenas, y son muy belicosos; como que en una de las islas atacaron a uno de los botes españoles con sus flechas e hirieron a dos castellanos, en tanto estos consiguieron embestir la canoa y volcarla: los caribes, cuatro hombres y dos mujeres, todos igualmente guerreros, huyeron a nado. Es también Álvarez Chanca quien nos cuenta que los caribes, «los hombres que pueden haber, llévanselos a sus casas, para hacer carnicería de ellos…; y luego se los comen: dicen que la carne del hombre es tan buena que no hay tal cosa en el mundo, y bien parece, porque los huesos que en estas casas hallamos, todo lo que se puede roer lo tenían roído». Colón, partidario desde siempre de la bondad natural y sencilla de los indios, defendió en un principio la idea de que aquellos huesos pertenecían a antepasados, conservados por devoción; hasta que las evidencias le demostraron otra cosa; el Almirante quedó francamente contristado por el hallazgo: estaba claro que había indios buenos e indios malos, y que estos últimos

no vacilaban en enfrentarse a los españoles. El mito del buen salvaje, pacífico, dócil, afectuoso, se había desvanecido. Desde entonces tuvo más prisa que nunca en llegar a La Española y conocer la suerte de los habitantes del Fuerte Navidad. Fue otra intuición. Pasó lo más rápidamente que pudo por las demás islas del largo cordón pequeñoantillano, y hasta despreció una isla relativamente grande y bellísima, una de las joyas del espacio caribeño, que los naturales llamaban Borinquen y que Colón bautizó como San Juan Bautista: es el nombre que hoy conserva, no la isla de Puerto Rico, sí su capital.

La Isabela

Es realmente admirable la capacidad de orientación del Almirante y sus dotes para la navegación por estima: intuyó que La Española se encontraba al norte del arco de las Pequeñas Antillas, y acertó. Una vez en Puerto Rico, se hizo cargo de que La Española tenía que estar un poco más al oeste, y acertó también. Sus compañeros se admiraron y hoy nos sigue admirando este prodigioso instinto que le permitió llegar a tierras ya conocidas desde puntos de partida hasta entonces no conocidos. A no mucha distancia de Puerto Rico encontró una isla muy grande y coronada por altas montañas: no tenía más remedio que ser La Española, y la identificación se hizo rápidamente, a pesar de que el descubridor hubo de costear centenares de millas hasta llegar a playas familiares. Conforme se acercaba al pequeño promontorio y al río donde habían quedado los primeros europeos de América, los presagios empezaron a confirmarse: aquí y allá se encontraron restos humanos, y uno de ellos llevaba todavía un jubón. Era sin duda alguna un español muerto. Los restos de la cara de otro tenían barbas, cuando los indios eran totalmente barbilampiños. Cúneo calculó que los muertos no llevaban en aquel

lastimoso estado más de quince o veinte días; Álvarez Chanca, quizá con mejores conocimientos al respecto, pensaba que la tragedia había ocurrido cerca de dos meses antes. ¡Por qué poco los expedicionarios no habían llegado a tiempo! Y cuando al fin toparon con el lugar donde se había edificado el fuerte, no hallaron más que restos de tablas rotas y quemadas. El pequeño establecimiento, que se había esperado convertir en la primera ciudad española del Nuevo Mundo, había sido asaltado y destruido. Todas las esperanzas se habían venido abajo. Los del fuerte contaban con armas de fuego y hasta con piezas de artillería, y sin embargo habían sido aniquilados por unos indígenas que parecían ser el colmo de la fidelidad y del afecto hacia los blancos. No solo había indios buenos y malos, sino que los buenos eran también capaces de matar. ¿Cómo presentar la situación a los mil quinientos compañeros de viaje, que esperaban llegar a una acogedora tierra de promisión? ¿Dónde estaba Guacanagarí? ¿Había consentido aquella atrocidad, o también a él le habían quitado la vida? Fue una de las pocas ocasiones de su vida en que sabemos con certeza que Colón lloró.

Pronto llegaron al poblado de Guacanagarí. El cacique, cuando se le preguntó por lo ocurrido, también derramó lágrimas (¿de cocodrilo?), y relató al Almirante que el ataque al fuerte había procedido de otro cacique de mala conciencia, Caonabó, contra quien él había luchado en defensa de sus amigos los españoles, pero le habían herido, y por eso les recibía ahora en la cama y entre gestos de dolor. Colón, que era un soñador idealista, pero no se dejaba embaucar fácilmente, y poseía, ya lo hemos visto, una intuición prodigiosa, dijo al cacique que traía en su expedición un hombre capaz de curar las enfermedades y las heridas, e hizo llamar al doctor Chanca. El médico pidió al doliente que le

enseñara la grave lesión que padecía. El indio obedeció, «con más de empacho que de gana». Le mostró una pierna vendada. «Después que llegamos a desatarle, es cierto que no tenía más mal en aquella [pierna] que en la otra, aunque él hacía el raposo, que le dolía mucho». El dictamen del doctor fue que Guacanagarí estaba perfectamente sano. Podía ser culpable o no; solo estaba claro que era mentiroso.

Colón, nada corto en cualidades diplomáticas, creyó conveniente mantener la ficción: Guacanagarí era amigo, y Caonabó el culpable. Tal vez podría obtener fruto de aquella situación. Una medida destinada a ganarse la admiración de los indios fue una exhibición de jinetes: los naturales jamás habían visto caballos, ni cuadrúpedos de tan gran tamaño, y quedaron como viendo visiones; la cabalgada fue sin duda un acierto definitivo en aquellos momentos.

Hoy sabemos muy poco sobre lo ocurrido en el fuerte Navidad. Cabe la posibilidad de que los indios entraran en guerra con los extranjeros cuando les vieron solos y pudieron aprovecharse de su indudable superioridad numérica. Pudieron atacar a los colonos de noche o por sorpresa. A juzgar por la dispersión de lo cadáveres en un área de bastantes kilómetros, cabe la suposición de que fueron muertos poco a poco, separadamente. Pero es bastante probable que los españoles no fueran del todo inocentes. Dos motivos suelen suponerse: o la concupiscencia del oro, o la de la carne. Guacanagarí alegó que el otro cacique los había atacado cuando buscaban los yacimientos de oro por el interior. Pero también es muy explicable que buscasen mujeres indias. El hecho, a lo que se cree hoy, no tenía por qué extrañar a los naturales, un tanto promiscuos a lo que parece, pero sí sintieron que les arrebataban algo propio cuando los colonos se llevaron a las mujeres al fuerte, y pretendieron quedarse con ellas.

Algunas teorías pretenden que los españoles se pelearon entre sí por las mujeres, y luego los indios les atacaron cuando los vieron divididos. Más vale no continuar por el camino de las suposiciones, pero sería más que aventurado dar por cierto que Arana y los suyos eran totalmente inocentes.

Ni Colón ni sus numerosos compañeros se sintieron felices ante la nueva situación, pero era preciso afrontarla. El Almirante tuvo gestos de amistad con Guacanagarí, y prometió perseguir al malvado Caonabó. Tampoco podemos en este caso repartir inocencias o culpas. La ficción funcionó de momento, y hasta podía ser un pretexto para organizar expediciones armadas al interior, en busca, más que del cacique supuestamente culpable, de los yacimientos de metal precioso. Por de pronto, el solar donde se había asentado Navidad no era el más conveniente para establecer la colonia; no disponía de buen puerto y era escaso en agua para una numerosa población. El Almirante navegó en interminables singladuras, contra la terquedad del alisio, una docena de leguas al este a lo largo de la costa hasta llegar a un lugar que le pareció conveniente (luego resultó que no lo era tanto). Aquella navegación lenta y trabajosa, durante jornadas y jornadas, después del cruel desengaño, y una vez comprobado que La Española no era tan acogedora ni tan rica como el Almirante había asegurado, minó la moral de los colonos, y fomentó los primeros descontentos. Al abrigo de un cabo, cerca de la desembocadura de un río y en una amplia llanura, pero por encima de una costa fangosa de poca profundidad, a la que no podían acercarse los navíos, fundó la ciudad de La Isabela, en honor a la reina. Fue la primera ciudad americana poblada por europeos. Las primeras casas fueron construidas, como las de los indígenas, de cañas y paja, a lo sumo de madera. Luego irían

construyéndose edificaciones más sólidas, de piedra. La ciudad fue tomando forma poco a poco. No todo el mundo se sentía llamado a aquella misión, y el descubridor se encontró con las primeras dificultades. Lo mismo ocurrió con las simientes traídas de España: las plantas brotaban en cinco días, en lugar de en un mes. ¡Qué maravillosa y fértil tierra aquella! Luego, se desarrollaban prematuramente, no granaban o no producían el fruto apetecido. La tierra tenía menos culpa que el clima de aquellos desconcertantes resultados.

No corresponde a nuestro interés recordar con detalle los éxitos o fracasos de Cristóbal Colón en sus primeros meses como gobernador de su propio descubrimiento. Las primeras expediciones al interior dieron con la fuente del oro: la llamada Vega Real, un hermoso valle cuyo río bajaba cuajado de pepitas amarillas: no eran tantas, ni tan fáciles de recoger como el Almirante había supuesto en un principio (la mayoría las recogieron los indios, más hábiles para introducirse en los puntos clave que los colonos), pero cuando menos La Española, aunque no era Cipango ni poseía tesoros fabulosos, comenzaba a ser rentable. Las versiones discrepan sobre la cantidad de metal precioso recogida en aquellos primeros meses: al parecer entre cinco y diez kilos, una cantidad nada despreciable respecto de lo que se podía encontrar en Europa, aunque muy inferior a lo que los portugueses estaban «rescatando» ya en Guinea. El aspecto más negativo, aparte la hostilidad manifiesta del cacique Caonabó —ya no todos los indios eran amigos— lo constituyó la salud de los colonos. Por causas nunca bien conocidas, y que tampoco el doctor Chanca y sus colaboradores consiguieron aclarar[12], muchos españoles enfermaban y se tornaban por largo tiempo incapaces para las tareas ordinarias. Se habla del «morbus gallicus» —la

sífilis— como de una enfermedad originaria de América, que para los indios sería una endemia perfectamente soportable, y que habría atacado con especial dureza a los españoles; pero la hipótesis no está probada. El nombre procede de un hecho conocido: la transmitieron los soldados franceses en las guerras de Italia; y es poco probable que hubieran sido contagiados de un mal americano. Los colonos de La Española se quejaban de «bubas», pero también de otras dolencias, que cabe imaginar como enfermedades tropicales, o consecuencia de un clima al que no estaban acostumbrados, de una alimentación que les resultaba difícil asimilar, o del mal estado de las aguas. El hecho es que un tercio de los pobladores de La Española estaban enfermos, y cuando estos sanaban otros contraían nuevas dolencias. Resulta perfectamente explicable que la mayoría de los recién llegados sufriesen crueles desengaños, y se arrepintiesen pronto de la aventura. ¿Dónde estaban las incontables riquezas y las delicias de aquel país maravilloso que había descubierto Colón?

En febrero de 1494, el Almirante envió una docena de barcos bajo el mando de Antonio de Torres, con muestras de oro para los Reyes Católicos, y una pintura de la situación más lisonjera que otra cosa, aunque no dejaba de manifestar carencias, y, sobre todo pedía ayuda en alimentos y pertrechos de todas clases. Un buen número de españoles regresaron en aquella armada, y la mayoría no volvieron a Indias. Los monarcas quedaron en general bien impresionados por las noticias, alabaron las decisiones del Almirante y trataron de atender todas las peticiones. No conocieron los motivos de queja sino por personas que regresaron más tarde, como el clérigo fray Bernat Boyl o el militar Pedro Margarit. De momento, Colón no tenía motivos para temer por su autoridad. Las cosas fueron, sin

embargo a peor; el propio Almirante enfermó, y tras su restablecimiento organizó una expedición poderosa a Vega Real y entró en guerra con el cacique Caonabó y sus secuaces. Estaba claro para los indios que los españoles eran tan mortales como los demás humanos, y sus medios relativamente limitados; también es evidente que los recién llegados querían aprovecharse del trabajo de los indios, que por su parte no estaban acostumbrados a él. De aquí que la hostilidad de los nativos se fuera agudizando con el tiempo.

La exploración de Cuba

El Almirante tenía perfectamente claro que La Española no colmaba sus expectativas, ni tampoco la de los hombres que le habían acompañado, muchos de los cuales estaban a punto de insubordinarse. O encontraba tierras más prometedoras, o la empresa estaba condenada al fracaso. El 24 de abril de 1494 partió de La Isabela con tres carabelas, y tomó rumbo oeste. Iba a explorar Cuba, pero su intención no era conocer mejor las costas que ya había descubierto en 1492, sino llegar más al oeste, y resolver de una vez dos dudas: Cuba, ¿era isla o continente? Y fuera continente o no lo fuera, ¿estaban cerca las costas ricas y civilizadas de Asia? Por fin Colón volvía a su elemento: la mar y la exploración de territorios nuevos. Sus miras eran si se quiere ambiciosas; por fin las «islas» cumplían el papel que desde un principio había imaginado: servir de base para exploraciones más profundas hacia occidente; pero no parece probable que aquel viaje, en barcos mal preparados y con solo setenta hombres tuviera la finalidad que le atribuye Hernando Colón: llegar a las verdaderas Indias y regresar por el oeste hasta alcanzar España después de haber dado la vuelta al mundo. La idea era tentadora, y con seguridad el Almirante la acarició más de una vez: ¡qué grandiosa hazaña, y qué mejor demostración de sus teorías! Tal vez pensó en ello con

ocasión de su cuarto viaje; pero de ningún modo podía esperar tal cosa con una flota tan reducida y tan mal pertrechada como la de 1494. Lo que quería era información, y regresaría a La Española más que satisfecho si esa información resultaba favorable. Todos los sueños eran realizables todavía.

En solo siete días de navegación, a una marcha sorprendentemente rápida favorecida por la fuerza del alisio, alcanzaba la punta oriental —San Nicolás— de La Española, y barruntaba hacia occidente las rocosas costas de Cuba. Esta vez no siguió, sin embargo, la orilla norte de la isla: tal vez conservaba malos recuerdos de aquellos encuentros, o quería evitar los vientos del norte que tanto le habían molestado dos años antes. La costa sur parecía más abrigada. La falta de viento o escasez de él retrasaban el viaje, pero cada milla que avanzaba hacia el oeste era un logro. O bien Cuba era una avanzada de las tierras asiáticas o era simplemente un camino: ambas alternativas encerraban una promesa, y Colón, sempiternamente aferrado a su idea de siempre, no estaba dispuesto a renunciar ahora que se veía más al occidente que nunca... o bien más al oriente —más cerca de Extremo Oriente, puesto que la Tierra era redonda— que en toda su vida. Y podía navegar todavía muchos cientos de leguas. Delante de él la aventura. Y Colón poseía una insaciable vocación aventurera. Si la gobernación (a la que no podía renunciar, so pena de perder los derechos ya adquiridos) no le seducía gran cosa, aparte de que pronto comprendió que no poseía las más deseables dotes para ello, la exploración constituía su más profunda razón de ser. Buscaba la riqueza, la gloria y la fama, pero también le impulsaba el ansia de todo buen renacentista: la curiosidad. Colón quería *saber*. Lo había querido siempre. Y así escribió en 1501 a los Reyes Católicos: «... la misma arte [de la

navegación] inclina a quien la prosigue a desear saber los secretos de este mundo...». O, durante su tercer viaje: «Quisiera en gran manera... ver la verdad de este secreto... y penetrar los secretos de aquellas tierras». Hubiera sido mucho más feliz si se hubiera limitado a una labor exclusivamente exploradora. Pero la idea que había concebido, con todos los prejuicios que la hubieran informado, le exigía algo más: y por culpa de esa exigencia acabó fracasando.

A comienzos de mayo exploraba Colón la costa sur de Cuba. Alguna noticia hubo de tener de otra tierra, cuando el día 3 se desvió hacia el sur y descubrió Jamaica: una isla más. En más sosegadas circunstancias, se hubiera detenido en el nuevo hallazgo, pero ahora sus miras eran muy otras. Más que nuevas islas, lo que ansiaba descubrir era un continente, o el camino definitivo hacia él. Por eso retornó inmediatamente al norte, para seguir la vía prevista. La costa sur de Cuba es más compleja que la septentrional. Al principio ofrece un perfil rectilíneo, sin apenas otros puertos de categoría que el de Guantánamo, al que dio el nombre de Puerto Grande, y aquel, no menos abrigado, en que hoy se encuentra Santiago: costa rocosa y bien firme. Luego se abre el amplio golfo de Guacanayabo —donde está Manzanillo— que pudo ser para Colón una alarmante amenaza: allí, sin haber encontrado nada de particular, podía acabarse la isla. Pero nuestro Almirante era tenaz en sus propósitos como pocos, y prosiguió su navegación hasta que la costa volvió a torcer al oeste. En aquella zona, gran parte del litoral está jalonado por millares de islotes y arrecifes de coral, que obligaban a continuos desvíos y exploraciones para tratar de adivinar cuál era la verdadera costa. Entre el verdor lujuriante de aquellas frondas destacaba de vez en cuando el tono chillón de «unas grandes grullas rojas, casi escarlatas»,

que probablemente eran flamencos. A veces los rodeos por canales y esteros llegaban a hacerse desesperantes, máxime que el buen tiempo alternaba con tormentas repentinas que requerían la mayor atención en aquel piélago de islotes bajos. Hubiera sido mil veces preferible adentrarse en alta mar y regresar a tierra de cuando en cuando; pero la idea de Colón —y ya sabemos que sus ideas no admitían rectificaciones— era seguir la costa milla a milla. Tal vez quería recabar información de los indígenas sobre lo que pudiera esperarle más adelante, o tal vez confiaba en la posibilidad de encontrarse, de pronto, con naos de otra cultura desarrollada o con algún puerto habitado por gentes ya no salvajes. De pronto, una visión pudo transformarlo todo, hasta colmarlo de infinitas sugerencias: en la costa se divisaban varios indígenas, y con ellos un hombre, al parecer de piel clara, y vestido con un manto blanco. ¡Podía ser un súbdito del Gran Khan, o de otro emperador oriental! Los personajes entrevistos desaparecieron en la selva, y aunque el Almirante organizó una expedición para encontrarlos, los exploradores se estrellaron una y mil veces con la espesura de la manigua, sin obtener el menor resultado. ¿Una ilusión? ¿Un sueño? Era preciso seguir adelante.

Sin duda alguna, no dejaba de tener su encanto aquel conjunto de islas que apenas surgían del agua, pero que estaban cuajadas de una exultante y florida vegetación, que Colón bautizó como «los Jardines de la Reina»: parecían casi la expresión real de aquellas islas flotantes tantas veces difundidas por las leyendas medievales, y de las que el descubridor había oído hablar en Madeira y en Canarias; ciertamente, aquellas islas frente a la costa sur de Cuba no flotaban ni cambiaban de posición, pero el surgimiento de aquellos frondosos islotes, cuyo terreno apenas podía adivinarse, por entre las aguas mansas, tenía un aire de

prodigio que no debió escapar de la viva imaginación del Almirante. En un solo día contaron los expedicionarios hasta ciento sesenta islas. En ocasiones, volvían tormentas, que les obligaban a una atención máxima. ¡Un descuido, y hubieran podido encallar en cualquier recodo de aquel florido archipiélago! En otras ocasiones, el tiempo se tornaba delicioso. La travesía, con todo, se hacía interminable, porque los continuos accidentes de la costa y sus islas, con pequeños canales navegables entre ellas, obligaron a los expedicionarios a recorrer, según testimonios recogidos de los mismos protagonistas, 333 leguas, es decir, cosa de 1850 kilómetros. Teniendo en cuenta la amplitud del costeo y los rodeos inevitables, es perfectamente creíble la afirmación. No olvidemos que Cuba es una de las islas más largas del mundo. Los marineros estaban cansados, y las vituallas, después de tres meses de viaje, comenzaban a escasear. Cansancio y hambre generan descontento. Colón, a quien sus aparatosos títulos de Almirante, Virrey y Gobernador habían conferido una inmensa autoridad meses antes, había perdido buena parte de su carisma desde los desengaños de La Española, y la tripulación de las carabelas que estaban explorando Cuba no permitía mayor confianza que la de las que habían llegado, casi por los pelos, a Guanahaní. No podía predisponerse a una insubordinación, y menos frente a aquella costa salvaje, ¡salvaje todavía!, muy lejos de donde pudiera recabar auxilio.

Y he aquí que de pronto, el 12 de junio de 1494, Cristóbal Colón decide dar media vuelta y renunciar a seguir navegando hacia occidente. ¡Estaba en Bahía Cortés, en la actual provincia de Pinar del Río, a menos de cien millas, veinticinco leguas, de Cabo Corrientes, o Cabo San Antonio, la punta occidental de la Perla de las Antillas! Qué mala suerte. O tal vez no. Precisamente Colón decide dar marcha

atrás, porque, con su prodigiosa intuición, se da cuenta de que Cuba es una isla. El hecho es que ofrece retirarse siempre que sus hombres firmen un documento jurado por el cual se declara que Cuba es tierra firme. Tiene que serlo, entre otras razones porque jamás se ha visto una isla de 330 leguas de longitud. Y a los que más tarde falten al juramento o digan otra cosa, amenaza con cortarles la lengua. Una vez más nos encontramos con una de esas manías tan irracionales del por otra parte genial Almirante. Que una tierra sea isla o continente solo porque setenta marineros lo juran, sin haberlo comprobado, no parece un argumento de peso, y suena más bien a un pretexto para justificar el no haber seguido adelante. Y aunque parece que el descubridor tuvo una discusión con el más prestigioso de sus pilotos, Juan de La Cosa[13], al final acabaron todos firmando y jurando aquel texto que más parece producto de la demencia que de la reflexión. Al fin y al cabo los marineros juraron con gusto: sin duda más que por miedo a que les cortasen la lengua (¿hubiera sido Colón capaz de cumplir su amenaza?), porque la firma equivalía al final de aquel fatigoso e interminable costeo del cual estaban ya todos aburridos y maltrechos. Regresar a La Isabela no era salir ganando gran cosa, pero cuando menos significaba volver a las precarias comodidades de una colonia segura, y, nadie lo dudaba tampoco, de poder regresar a España en alguna próxima expedición. De modo que por unanimidad se decidió que Cuba era parte de un continente, y ya no era necesario seguir explorando.

Pero pudo haber más, mucho más. Colón adivinó, cerca de su final, que Cuba era una isla, y no tenía el menor interés en comprobarlo de hecho. Pero Fray Bartolomé de Las Casas, que conoció muchos testimonios directos, añade un hecho más significativo: el día anterior el Almirante tuvo

una conversación con un indio de la costa, el cual le aseguró que muy cerca de aquel lugar había un cabo, y en él se terminaba la tierra. No cabía otro remedio que admitir la triste realidad. Ahora bien, Cristóbal Colón no estaba dispuesto a constatarlo y prefería cualquier cosa a la evidencia de esa constatación. Y en este punto sí que nos parece que acierta de pleno Taviani cuando afirma que Colón decidió dar la vuelta no porque temiera una prolongación interminable del viaje y el consiguiente amotinamiento de la tripulación, sino *porque no quería comprobar de hecho que Cuba era una isla*, ni que los setenta hombres que tripulaban las carabelas pudieran propalar este hecho en adelante. Necesitaba aferrarse a la tesis de que Cuba formaba parte del continente asiático, porque se le habían concedido derechos sobre las tierras que descubriese, y Cuba ya estaba descubierta por él. Descubierta una parte, descubierto el todo. Seguiría siendo virrey y gobernador de las Indias en tanto los poderosos emperadores de ellas (¿dónde estaban realmente?) no hiciesen valer sus derechos. Y, de momento, esto no parecía a punto de suceder. Colón, una vez más, juega entre el delirio y la realidad, pretende haber llegado a las «Indias» y figurar oficialmente como dueño de unos territorios inmensos que aún nadie sabe hasta dónde se extienden ni si tienen dueño oficialmente reconocido. Si Cuba forma parte de un continente, Colón será dueño de ese continente hasta encontrarse con límites de poder que no pueda traspasar. Si los encuentra, por supuesto.

En 1502 contaría al humanista Pedro Mártir de Anglería que en este viaje a Cuba había llegado al Queroneso de Oro (una tierra un tanto incierta al sur de China y al este de la India). Colón sabía indiscutiblemente que estaba mintiendo —si es que Pedro Mártir interpretó correctamente sus

palabras—; llegar al Queroneso de Oro podía figurar en todo caso entre sus hipotéticos objetivos; pero había regresado al darse cuenta de que Cuba no pasaba de ser una isla, un descubrimiento que hizo todo lo posible por que no trascendiese. Eso sí, en el famoso documento jurado que hizo firmar a sus hombres se dice que si hubieran seguido navegando hacia poniente, «encontrarían gente civil e inteligente, que conoce el mundo», es decir, que hubieran topado con hombres civilizados y no salvajes. ¡Cómo iban a saberlo si precisamente habían decidido no continuar explorando! El esperpento colombino alcanzó en aquel documento uno de sus extremos más irracionales. Si creía o no que el Queroneso de Oro se encontraba más allá —o mucho más allá— es perfectamente probable; no lo es que estuviese convencido de la posibilidad de encontrarlo en aquella expedición.

Es curioso: a partir de este momento —quizá a partir de su llegada a las Antillas Menores— Colón ya no habla nunca de Cipango y de Catay. Como si hubiesen desaparecido del mapa. O por mejor decirlo, tal vez, como si ya no creyese en el mapa: en el mapa de Toscanelli, entendamos. En sus viajes posteriores buscará la India, el Queroneso Áureo, el cabo-estrecho de Catigara, tierras más al sur; lo que hoy llamamos China y Japón, por causas que desconocemos y que sería preciso investigar, han dejado de constituir su objetivo. Ahora lo que le interesa es el espacio del sureste asiático, y, en definitiva, la India, lo que ya era objetivo de los portugueses. Curiosamente, durante siglos se iba a mantener la ficción colombina: los territorios descubiertos son «las Indias» y sus habitantes son «indios», una denominación que se ha mantenido hasta hoy, al punto de que a los habitantes de la India es preciso llamarles hindúes. Tal vez esta ficción es más fácil de mantener porque el conjunto de

las Indias es más variado, y en él hay pueblos salvajes; los mitos de Cipango y Catay, de Japón y de China, se han esfumado para siempre.

Un triste regreso

En el viaje de vuelta a La Española, Colón exploró al fin la isla de Jamaica, hermosa e interesante, —una vez más «la cosa más hermosa del mundo»—, pero no pudo dedicar mucho tiempo a aquella hermosura, porque tenía prisa por llegar a La Isabela y conocer cómo marchaban allí las cosas. Difícilmente podía imaginar el Almirante que Jamaica iba a ser, diez años más tarde, y en circunstancias extremadamente dramáticas, su último refugio en el Nuevo Mundo. De momento se impone regresar a La Española, que no es en absoluto Cipango. Es cierto que en Cibao se ha encontrado una pequeña cantidad de oro, pero los colonos están descontentos, porque se sienten engañados, porque adolecen de enfermedades tropicales, porque se les obliga a trabajar en oficios que no les corresponden, porque los indios se han hecho hostiles y no puede contarse con ellos, y porque el Almirante no ha querido constituir cabildo en La Isabela, una autoridad municipal que hubiera podido canalizar su descontento ante los caprichos del jefe supremo. El propio Colón cayó gravemente enfermo a raíz de su regreso de Cuba: «súbitamente le dio una modorra pestilencial que totalmente le quitó el uso de los sentidos y todas las fuerzas, y no pensaron que un día durara». Son palabras de Bartolomé de Las Casas. Fernández de Ybarra opina que aquella enfermedad, que tuvo al descubridor de baja durante seis meses fue el tifus exantemático y esta opinión la reiteran algunos buenos colombinistas. Con todo, bien sabido es que una afección de tifus dura de dos a tres semanas, aunque puede acarrear después complicaciones de otra naturaleza. Seis meses parecen excesivos. Quizá aquella

enfermedad fuera más «modorra» que «pestilencial»: llamémosle depresión. El Almirante, tan seguro siempre de sus ideas, tan esperanzado en sus proyectos, pudo comenzar a sentir en aquel momento, después de un viaje que se había saldado no ya con un fracaso, sino con una inmensa mentira, el mordisco tremendo de la decepción.

Colón había dejado a su hermano Diego como gobernador interino de La Española; luego, en uno de los ya frecuentes viajes que se efectuaban entre la Península y la nueva colonia, llegó el otro hermano, Bartolomé, hombre de más carácter, aunque tampoco consiguió congraciarse con los españoles, y menos con los indios. Restablecido Colón, organizó una expedición a Vega Real, que no solo encontró mayores cantidades de oro, sino que significó una auténtica guerra con los naturales, que ya sabían muy bien lo que apetecían los hombres blancos. En un encuentro al que los colonos acudieron con sus corazas y todas sus armas, derrotaron a los indígenas, provocaron una gran cantidad de muertos, y tomaron cientos de prisioneros, a los que hicieron trabajar como esclavos. Tal era la solución final de Colón: vender a los indios, aquellos hombres en principio ingenuos cuyo afecto había tratado de atraerse, y que ahora se mostraban hostiles, porque eran incapaces de adaptarse a las condiciones de vida que los europeos les imponían. Simplemente el trabajo, para pueblos que vivían de la naturaleza, pero que nunca habían practicado labor alguna de forma continuada y sistemática, les resultaba absolutamente insoportable. Comenzaba una tragedia que iba a prolongarse en la historia por mucho tiempo: probablemente, más que por crueldad, por incomprensión.

La idea de hacer esclavos a los indios —con la excusa de que eran caníbales o simplemente «paganos»— indignó a los religiosos que habían acudido a las nuevas tierras, y para

protestar contra aquel tratamiento regresó el superior de ellos, fray Bernardo Boyl, un personaje muy estimado por los Reyes Católicos, a los cuales ya había servido en misiones muy importantes. Boyl, como ha observado Consuelo Varela, era un hombre de carácter, que se sentía investido de una autoridad religiosa en Indias que le permitía imponerse en este campo al propio Almirante, a quien llegó a amenazar de excomunión. Era lógico que dos hombres que se consideraban dotados de poderes extraordinarios chocaran sin remedio. Algo por el estilo ocurrió con Pedro Margarit, que fue nombrado jefe militar de la colonia, y se creía dueño de una autoridad que muchas veces interfería la de Colón; máxime que Margarit cada vez podía soportar menos a los hermanos genoveses. El Almirante no siempre fue un hombre enérgico, pero sí convencido de sus supremas atribuciones, y sobre todo, muy susceptible. Era lógico que chocara con sus subordinados menos decididos a un total acatamiento. Abreviando situaciones que no interesan a la historia de los viajes de nuestro descubridor, recordemos que Fernando e Isabel enviaron en 1495 a Juan de Aguado como «pesquisidor», es decir, con una misión informativa, que no de mando, para que averiguase las condiciones en que se desenvolvía la colonia. Eso sí, en las cuatro carabelas que llegaron a la isla, venían alimentos frescos, y algo muy importante, mineros, capaces de beneficiar el oro de la forma más correcta. Aguado no interfirió directamente las funciones del Almirante y sus hermanos, pero hizo todas las averiguaciones pertinentes, y era tal el malestar de los colonos, que quedó convencido de la incapacidad de los Colón para administrar aquellas tierras y mandar a aquellos hombres desengañados. Tan pronto el virrey y gobernador se mostraba tolerante y concesivo, como, en un arranque de

ira, se volvía intratable y se comportaba, según sus críticos, como un tirano. Aguado regresó a la Península y su informe, en conjunto, no fue favorable.

Colón podía cometer torpezas en su ministerio, pero poseía una agudeza extraordinaria. Sabía que Boyl, Margarit y otros repatriados iban a ponerle como chupa de dómine, y que el informe de Aguado iba a serle bastante adverso. Si se mantenía al frente de la colonia, no solo se encontraría cada vez con más enemigos, sino que se exponía a una destitución inmediata. Frente a las acusaciones que sabía que se le iban a hacer, él sería el más adecuado defensor. Nunca dudó de su capacidad dialéctica. Se imponía un inmediato regreso a la Península para defender a toda costa sus derechos y las concesiones recibidas, fueran sobre aquel conjunto de islas tan poco atractivas, fueran, que era lo más importante, sobre lo que aún quedaba por descubrir. Dejó a Bartolomé como «Adelantado», y en marzo de 1496 emprendió el regreso a la Península, después de haber permanecido en Indias casi dos años y medio: una estancia, ciertamente, no todo lo feliz que hubiera deseado.

Un punto que sí hace relación a la historia de los descubrimientos: Colón se empeñó en navegar por bajas latitudes ciñendo interminablemente contra los alisios. Es un comportamiento incomprensible si tenemos en cuenta que en su primer viaje ya descubrió la ruta de retorno, o «vuelta de poniente», derivando al norte y buscando la zona de vientos variables. Samuel Morison explica el error suponiendo que Colón había acertado en 1493 por casualidad: realmente no había aprendido la ruta de retorno, que se consagraría muy poco después. Sin embargo, es un hecho que cuando Torres regresó a España, el Almirante le recomendó la ruta del nordeste, que le permitió completar su viaje en tres semanas; y parece que asimismo instruyó a

otros navegantes en el mismo sentido. Si no utilizó el camino que ya conocía y que aconsejó a otros, fue porque no quiso. Taviani piensa que pretendió aprovechar el regreso para conocer las islas de los caribes; pero estas islas ya las conocía, y las había explorado a su llegada, en el curso del segundo viaje. Cabe pensar que creía en la existencia de otras islas, grandes y ricas, en medio del Atlántico, en bajas latitudes; los portugueses ya las estaban buscando (y así llegarían a Brasil). Es un punto que tal vez podría explicarnos luego la derrota del tercer viaje. El hecho es que no encontró más que agua y vientos adversos. Al fin llegó a Cádiz el 11 de junio de 1496, después de tres meses de travesía, en su parte final ya más al norte. Por cierto que llegó vestido con hábito franciscano, una indumentaria no muy apropiada para un almirante. Pudo ser un acto piadoso (Colón siempre fue muy devoto de la orden de San Francisco), el resultado de un voto o un gesto de humildad. El descubridor ya sabía que iba a encontrarse con críticas e incomprensiones. Pero, si le conocemos un poco, ¿no podríamos suponer también una muestra de victimismo, un testimonio de autocompasión?

¿Quién descubrió América?

El Nuevo Continente lleva el nombre de un ciudadano de Florencia que se llamaba Alberico. No sabemos en qué momento, quizá desde su llegada a España, y por razones de facilidad, se le empezó a llamar Américo (con acento en la «i»). Vino a Sevilla en 1492, justo el año de la partida de Colón, como agente de Pier Francesco de Medici, miembro de aquella familia de políticos-financieros que gobernaba Florencia. Sevilla era una gran plaza comercial, intermediaria entre el Mediterráneo y el Atlántico, y aún hubiera seguido siéndolo sin el descubrimiento del continente que luego se llamó América. Alberico o Américo

Vespucio se asoció con otro italiano, Gianotto Berardi, y se interesó por los sensacionales hallazgos marítimos que españoles y portugueses estaban realizando por aquellos años. Hasta que sintió la poderosa llamada de la mar, y se hizo navegante y explorador, sin dejar por eso de ser nunca agente comercial. Era también hombre culto, un modesto humanista, y escribió memoriales o cartas sobre sus exploraciones, muchas de las cuales fueron falsificadas o interpoladas. La política y la polémica se metieron muy pronto por medio, sin que Américo, por lo que sabemos, tuviera la menor culpa. No parece, como ciertas memorias afirman, que en 1497 hiciera su primer viaje a las Indias, concretamente a las costas de Tierra Firme (Venezuela): probablemente sus cartas o referencias han sido falsificadas. Sí es seguro que participó en la expedición que Juan de La Cosa y Alonso de Ojeda organizaron a Tierra Firme en 1499-1500.

Es posible que Juan de La Cosa, disgustado con Colón por culpa, entre otras razones, del dichoso juramento forzoso sobre la continentalidad de Cuba, comprendiese ya por entonces que las tierras descubiertas no correspondían a las de Extremo Oriente, ya conocidas de antiguo, sino a un Nuevo Mundo. (El Almirante le acusaría una vez de «decir que entendía más que él de cartografía y navegación», un delito que difícilmente podía perdonar). El mapa que La Cosa a su regreso de la expedición de Ojeda y suya propia trazó como resultado de sus exploraciones y de otros —incluyendo las de Caboto[14] al continente del Norte— es el primer mapa auténtico de América, y en él no aparece, como en otros anteriores, ningún topónimo oriental. Juan de La Cosa revela una precisión nada común en su tiempo y un conocimiento muy completo de lo hasta entonces explorado. Dibuja con bastante perfección la costa de Norteamérica —

teniendo en cuenta la fuerte proyección de las longitudes respecto de la latitud—, y con una exactitud asombrosa para aquellos tiempos la de Sudamérica, hasta más allá de la línea ecuatorial. En medio, las Antillas, y en ellas, Cuba representada ya como una isla, y retorcida en su extremo occidental, como es bien sabido. Muchos expertos en cartografía se preguntan cómo La Cosa pudo adivinar la insularidad de Cuba ocho años antes de su constatación oficial por Sebastián de Ocampo. Bien, si hemos leído el apartado anterior, ya lo sabemos, como lo sabía Colón, aunque de muy mal humor hubiera tenido que jurar lo contrario. Ahora bien: no se conocía si los dos grandes continentes de lo que hoy llamamos América del Norte y América del Sur estaban unidos o no por un istmo. No se había explorado aún lo que hoy llamamos América Central. Colón, agarrado a sus últimos argumentos, aseguraba que por allí había un estrecho que permitía el libre acceso a las Indias. Juan de La Cosa, elegante e intencionadamente, esconde la parte desconocida de América Central con un cuadro que representa a San Cristóbal: por un lado reconoce honradamente que no sabe lo que hay allí; por otro deja con fina ironía a «Don Cristóbal» la responsabilidad de averiguarlo. En 1500, ya Juan de La Cosa, al regreso de su viaje a las costas de Sudamérica, estaba firmemente convencido de que las tierras descubiertas no correspondían a «las Indias», sino que eran otro continente, o tal vez dos continentes. Fue uno de los «descubridores» de América, aunque a lo que parece no el primero. En cuanto a Américo Vespucio, sus relatos del viaje con Juan de La Cosa no revelan descubrimiento alguno: a lo que parece, seguía pensando que se encontraba en Asia. A él se deben, sin embargo, algunas interesantes constataciones. Al llegar a la zona del lago Maracaibo encuentra poblados palafíticos,

edificados sobre estacas clavadas en el fondo fangoso del agua, y compara aquellos poblados con una «pequeña Venecia» o «Venezuela». De ahí viene el nombre de una de las grandes naciones sudamericanas. Y otra observación muy curiosa, que hoy nos produce un asomo de sonrisa: «toda esta región es muy pobre: en ella no hay más que petróleo».

Pero sigamos con Américo Vespucio. En 1501-1502 participa en una expedición portuguesa a Brasil, ya descubierto el año anterior por Cabral, y al parecer los exploradores costean ampliamente hacia el sur, hasta tierras argentinas; según dicen algunos, con probable exageración, hasta cerca de Patagonia. Es entonces cuando tardíamente (¡hasta, ya lo veremos, después que el propio Colón!), Vespucio se da cuenta de que aquel continente, salvaje y tan extendido hasta tierras australes, no puede ser Asia: debe tratarse de la *quarta pars mundi*, intuida teóricamente por Ptolomeo como contrapeso lógico de los demás continentes, que se extienden por el hemisferio Norte. La teoría fue aceptada como buena por los geógrafos prerrenacentistas. Ese cuarto continente tenía que ser enorme, para contrapesar a Europa, Asia y parte de África: muchos hablaban de una *terra australis incognita.* Pues bien: la larga costa que descubren los portugueses y contempla Américo como interminable, debe ser ese continente austral. Américo «descubre» así lo que, sin él saberlo, iba a llamarse América, aunque la realidad de ese continente ya la habían descubierto otros. Solo un historiador argentino, Roberto Levillier, en un libro que ha despertado fuertes polémicas, *América, la bien llamada*, defiende la importancia capital del descubrimiento de Vespucio, entre otros motivos por razones también patrióticas, ya que tal descubrimiento tuvo lugar frente a las costas argentinas. (El patriotismo se ha

entrometido increíblemente en la polémica vespuciana. Hasta los florentinos reclaman la misma prioridad frente a los genoveses, defensores de Colón. Y de paso frente a los españoles).

La suerte de Américo Vespucio fue inmensa. Y no deja de encerrar una cruel ironía que Colón le compadeciera por su mala suerte. «Hablé con Amerigo Vespuchi —escribe el Almirante a su hijo Diego en 1505— sobre cosas de navegación. Él siempre tuvo deseo de hacerme placer, es mucho hombre de bien; la fortuna le ha sido contraria, como a muchos». La fortuna, por lo menos la fortuna histórica, no le fue adversa; poco después sería nombrado para el importante cargo de Piloto Mayor de la Casa de Contratación; pero sobre todo: ya por entonces estaba circulando la carta de Américo que habría de bautizar un mundo. Vespucio no es culpable del entuerto. Tuvo la suerte de escribir a Pietro Soderini una carta en la que decía — como Colón en 1498, como tantos españoles ya por entonces — que la tierra firme hallada al sur de las Antillas no era la India, sino la *quarta pars mundi, la terra australis o terra incognita* de los clásicos. En suma, se trataba de un nuevo continente. Soderini, conocido humanista, publicó inmediatamente la carta, que hizo furor en gran parte de Europa y fue muy pronto traducida a varias lenguas: trascendió lo que no habían trascendido otras cartas u otros testimonios. En 1507 se reunió en St. Dié una comisión de humanistas decididos a la publicación completa de la *Cosmographia* de Ptolomeo: ¡un regreso a los conocimientos antiguos, cuando ya estaban cambiando drásticamente la imagen del mundo los modernos! Y allí fue donde el geógrafo alemán Waldseemüller propuso que al nuevo continente se le diese el nombre de **América**, por el nombre de su supuesto descubridor. Waldseemüller apenas tenía

noticias de los viajes de Colón, ni de todos los españoles que habían descubierto el continente, ni siquiera tenía idea del mapa de Juan de La Cosa, como que su mapa de «América», publicado en 1509, es más tosco, menos científico y menos exacto que el trazado nueve años antes por el cántabro. Así se escribe la historia, y a estas alturas ya no hay quien lo remedie. El intento que el libertador Bolívar hizo de llamar Colombia a las tierras emancipadas de Sudamérica se ha quedado solo en el nombre de una de sus trece naciones.

Pero volvamos ahora a Colón. Fueran cuales fuesen las sospechas e intuiciones en lo más profundo de su conciencia —que eso nunca lo sabremos—, siempre afirmó, y murió afirmando que había llegado al extremo oriental de Asia, aunque no había tenido la fortuna de dar con Cipango, Catay, la Trapóbana, el Queroneso de Oro, o la mismísima India, el topónimo que él usó siempre en plural, hasta consagrarlo en la historia: las Indias, con sus opulentos rajás, sus tesoros de metales y perlas, sus enormes elefantes, que impresionaron a Marco Polo y sus no menos fabulosas serpientes. Pero había llegado muy cerca, a tierras que ya correspondían a aquella parte del mundo. Si Colón insistió en ello por soberbia, por no dar su brazo a torcer, por convicción íntima, por razón de aquel carácter obsesivo y aquella tenacidad que le hacía persistir en sus empeños contra toda evidencia y contra toda esperanza…, o simplemente por no perder las riquísimas rentas que le habían ofrecido los Reyes Católicos… nos lleva a un mar de conjeturas en el cual toda afirmación categórica resulta aventurada. Pero parece que hay que dar la razón a Taviani cuando escribe que «para reconocer que las nuevas tierras no eran Catay y Cipango [o cualesquiera otras de Extremo Oriente] era necesario un acto de humildad imposible en Colón. Era demasiado altivo para rebajarse a humildes

concesiones de espíritu…». El Almirante nunca renunció a «sus Indias».

Pero los españoles, no tan incultos ni tan ignorantes como ha pretendido muchas veces la historiografía extranjera, supieron contestar muy pronto a Colón. Ya por 1494 —¡diez años antes que Vespucio!— el doctor Francisco de Cisneros (que nada tiene que ver con el cardenal consejero de los reyes del mismo nombre) escribió un memorial en que se afirmaba que las tierras descubiertas por Colón «no son en India, sino en el Océano Atlántico etiópico». La última palabra puede extrañarnos, por cuanto hoy la relacionamos con la nación-estado de Etiopía, situada en el Cuerno de África, cara al Océano Indico. Entonces lo «etiópico» se predicaba de las latitudes subsaharianas, lo mismo en la tierra que en el mar. El propio Colón empleó el término para designar islas que podría encontrar en su viaje, al suroeste de las de Cabo Verde. Las palabras de Cisneros significarían hoy «en la zona tropical del Océano Atlántico». Cierto que Cisneros, en otras frases de su alegato, se muestra demasiado pretencioso, y hasta se dice conocedor del camino a las verdaderas Indias; pero su aseveración acerca de la naturaleza de las tierras encontradas por Colón es sorprendentemente exacta ¡ya en 1494!, cuando el Almirante no había regresado de su segundo viaje. Seguramente este criterio coincidía con el no menos acertado de los técnicos de la Junta de Salamanca. Y fue justamente al regreso del segundo viaje cuando Colón se encontró con la discrepancia de los españoles, incluidos sus mejores amigos.

Ya apenas regresado, se hospedó en casa de Andrés Bernáldez, ilustre cronista, que siempre le había protegido. Y en una conversación —¡por desgracia en presencia del arcediano Fonseca, nada favorable al Almirante!— Bernáldez expresó su convicción de que las islas descubiertas nada

tenían que ver con las Indias; para llegar a estas sería preciso recorrer 1200 leguas más, es decir, más de otro tanto. Bernáldez seguía quedándose corto, pero tenía una idea mucho más acertada de las dimensiones del mundo que Colón; y, sobre todo, se dio cuenta desde el primer momento de que *América no es Asia*. Casi nadie ha concedido importancia a esta discusión de 1496. Y un año antes, en 1495, el profesor de Salamanca Francisco Núñez de Yebra, publica una edición de la *Corographia* de Pomponio Mela, a la que añade un prefacio que trata de poner las cosas al día. Y en él advierte que «hacia Occidente, los Serenísimos Reyes de España, Fernando e Isabel, encontraron tierra habitada, distante de Occidente 45 grados, que de manera abusiva algunos llaman India». Núñez de Yebra no se atreve a negar los derechos de los Reyes, pero no solo desautoriza claramente a Colón, sino que señala la auténtica longitud geográfica de las Antillas, 45º al oeste de las Canarias. Parece que los españoles sabían medir mucho mejor las longitudes geográficas que el Almirante de la Mar Océana, que por equivocación o por mentira (tampoco lo sabemos), coloca el cabo del Alfa y Omega, situado en la punta oriental de Cuba, en el antimeridiano, es decir, a 180º. Y poco después Maese Rodrigo de Santaella, fundador de la Universidad de Sevilla, escribe una introducción a la obra de Marco Polo, en que insiste en que las tierras encontradas por Colón no son las Indias, sino que se encuentran mucho más cerca. Testimonios como estos podemos encontrarlos a montones en la España de la época[15].

Colón, ante tantas contradicciones, lucha en dos frentes. Por un lado, planea nuevos viajes para superar las tierras descubiertas —que cada vez le interesan menos— y encontrar un paso hacia las verdaderas Indias. Por otro, lee, se ilustra todo lo que puede para demostrar que esas tierras

que ya ha visto corresponden a Asia o están por lo menos muy cerca de Asia. Adquiere las obras de Ptolomeo, de Posidonio, de Marino de Tiro, o de humanistas tempranos como Pedro de Ailly o Eneas Silvio Piccolomini, las estudia, y anota cuidadosamente en una serie de apostillas al margen todas aquellas ideas que parecen apoyar su tesis. Estos preciosos libros se conservan, con las anotaciones minuciosas de Colón, en la Biblioteca Colombina de Sevilla, enriquecida más tarde por las masivas adquisiciones de su hijo Hernando, autor —o por lo menos autor principal— de la *Historia del Almirante*; que fue, más que navegante o geógrafo, uno de los más extraordinarios bibliófilos de su tiempo. He aquí que las obras que siempre se han creído fuentes de la idea colombina de llegar a Asia atravesando el Atlántico no son la causa, sino la *consecuencia* del descubrimiento de América: y producto del afán del Almirante por demostrar que América es Asia. Pero es curioso y hasta deprimente: Cristóbal Colón, cuanto más estudia, más se equivoca. Quiso basar sus ideas en las aseveraciones de unos sabios clásicos que estaban equivocados y de unos comentaristas del Renacimiento (incluido Toscanelli, que sí influyó decisivamente en Colón), que no hacen más que copiar sus errores. Si hubiera sido un sencillo navegante bajomedieval, es posible que América hubiera pasado con otro nombre a la Geografía y a la Historia. Ahora bien: es seguro que también Colón —los hechos son tercos— acabó «descubriendo» América. Su tragedia consistió en que no quiso reconocerlo. En el próximo capítulo lo veremos.

7. EL TERCER VIAJE. EL NUEVO MUNDO Y EL PARAÍSO

El segundo intento de Colón, a pesar de los brillantísimos preparativos, no se había visto acompañado por el éxito. No había descubierto nuevas tierras —salvo algunas de las Pequeñas Antillas, a las que prestó muy poca atención, y Jamaica, en la que apenas llegó a detenerse—; y tampoco el establecimiento en las tierras ya descubiertas había rendido los frutos esperados. El descubridor, que había vivido unos instantes de gloria, regresó criticado y desacreditado. En España permaneció dos años, a la espera del favor de los Reyes Católicos, que era casi el único que no había perdido. Isabel, sobre todo, con intuición especial, adivinaba en aquel hombre extraño y desconcertante cualidades extraordinarias, que en algún momento podían producir resultados espectaculares. Realmente, aún no se sabía si las islas que había encontrado pertenecían a las «Indias», como aseguraba con una convicción que parecía artículo de fe el Almirante, o estaban aún muy lejos de ellas. Pero precisamente por eso convenía seguir explorando.

De aquí que cuando los monarcas se decidieron a patrocinar un nuevo viaje colombino, la finalidad estuviese mucho más cerca de la que se perseguía en el primero que de la que se pretendió en el segundo. No se trataba de colonizar las tierras recientemente encontradas, sino de encontrar tierras nuevas. En este sentido, el tercer viaje

tiene hasta cierto punto la misma emoción y la misma incertidumbre que el primero. Colón va a ir, como explica en su *Relación* a los Reyes, «por mares que se sepa nunca hasta ahora navegados». La afirmación es casi idéntica a la formulada en 1492. Está claro que pretende llegar a un objetivo distinto, que tal vez permita colmar de una vez todas las esperanzas. Si tras la infructífera exploración de Cuba el Almirante abandona la ilusión de llegar un día a Cipango o Catay, este abandono aparece mucho más claro en el tercer viaje, cuando busca una ruta mucho más al sur, destinada a llegar a «las Indias», en este caso la India o sus inmediaciones: la tierra de Catigara (más o menos la actual Malaca), el Queroneso de Oro, situado idealmente en la actual Indonesia, o el Sinus Magnus, el golfo de Bengala; la Trapóbana, identificada con casi seguridad con lo que hoy es Sri Lanka, y, por supuesto, la India propiamente dicha, el Indostán.

Las razones del cambio aparecen mucho menos claras por lo que se refiere al abandono del proyecto sobre Cipango y Catay, (un abandono que podía ser tal vez provisional, pero lo cierto es que no vuelve a hablarse de estos riquísimos países) como por lo que se refiere al objetivo más definido de la segunda parte de los viajes colombinos: «las Indias», los territorios del sureste y el sur de Asia. Y estas razones, a lo que parece, son muchas, y de peso. Por de pronto, tenemos un hecho decisivo: el 8 de julio de 1497 zarpaba de Lisboa Vasco da Gama, dispuesto a llegar definitivamente a la India por la ruta que seguían los portugueses, volteando África y dirigiéndose hacia el este. Desde que Bartolomeu Dias, diez años antes, había doblado el cabo de Buena Esperanza, las inmensidades del Océano Índico estaban abiertas a la indeclinable perseverancia de los lusitanos, que con una fe comparable a la de Colón llevaban casi un siglo

empeñados en un mismo proyecto. Entretanto habían llegado a lo que hoy es Mozambique, ya conocían Madagascar, y trabaron conocimiento con mercaderes árabes que al parecer practicaban el camino de la India. Esta vez Vasco da Gama estaba decidido a llegar de una vez a tan fabuloso país. Si tenía éxito, sería el primer navegante occidental que descubriera la verdadera derrota de las Indias. Colón había presumido de conocer un camino mejor, aunque, a juzgar por los resultados, aún no lo había encontrado. Pero los Reyes Católicos esperaban todavía un buen descubrimiento capaz de adelantarse a los portugueses por la ruta de Occidente, que era la permitida por las bulas alejandrinas. Entretanto, se había firmado el tratado de Tordesillas, en que españoles y portugueses habían decidido cambiar el límite de las zonas de influencia. Si en principio, sin duda por inspiración de Colón, se había adoptado como raya de separación el «meridiano mágico», cien leguas al oeste de Azores y Cabo Verde, ahora se aceptó trasladarlo hasta trescientas setenta leguas al oeste de las citadas islas: era una forma de partir el Atlántico en dos: el este para Portugal, el oeste para España, sin mengua de los bien consagrados derechos de los castellanos sobre Canarias. ¿Quién aconsejó el cambio? ¿Cuál de las dos partes salía ganando con él? Evidentemente, cada cual tenía sus motivos. Los cosmógrafos españoles ya habían convencido a los Reyes Católicos de que las verdaderas Indias se encontraban mucho más allá de las tierras descubiertas por Colón: convenía adquirir derechos sobre posibles descubrimientos situados más lejos. Por su parte, los portugueses intuían, quizá por efecto de algún atisbo, que en el Atlántico sur existían grandes e interesantes tierras: lo que hoy conocemos como Brasil: les interesaba llevar el «meridiano mágico» más allá, para quedarse con esas tierras.

Hoy sabemos que los lusitanos andaban más acertados: acabarían quedándose con Brasil y con la India. Pero en aquel momento, el tamaño del planeta y las distancias reales estaban muy lejos de haber quedado establecidas. Los Reyes Católicos, influidos por la idea persistente de Colón, esperaban llegar todavía a la India, o por lo menos a una parte de Asia oriental navegando por el Atlántico. De aquí que cedieran una parte del océano a cambio de poder llegar más lejos desde La Española sin salirse del hemisferio propio. Doscientas setenta leguas más allá de la raya inicial podían depararles riquísimos territorios. Por de pronto, se trataba de llegar antes y de acertar. Aún no estaba, ni muchísimo menos, definido el antimeridiano, y quien llegara primero gozaría de la inmensa ventaja de los hechos consumados. Por vieja tradición, el descubrimiento confiere el derecho a la conquista. Pasado el tiempo, se llegaría tal vez a una redistribución de dominios, pero ante todo se imponía la decisiva baza de la anticipación. De aquí la génesis del tercer viaje colombino, destinado no a explotar las tierras descubiertas, sino, sin dejar de navegar hacia Occidente, encontrar otro camino hacia tierras mucho más lejanas.

La búsqueda por el Atlántico de las «Indias» propiamente dichas es, qué duda cabe, el propósito fundamental a alcanzar. Pueden existir otros objetivos. Colón había intuido ya la existencia de otras tierras muy ricas existentes en regiones cálidas, al otro lado del Atlántico, frente a África. Una leyenda de origen clásico pretendía que el oro «busca» siempre los países cálidos. Las posibilidad de encontrarlo son tanto mayores cuanto más se navegue al sur. Ya al regreso de su segundo viaje había tratado el Almirante de encontrar territorios ricos en oro al este de La Española, en una fatigosa navegación contra los alisios, que al fin no

había respondido a sus esperanzas. Pero ahora, a favor del viento, y navegando más al sur todavía, podía realizar sensacionales hallazgos, correspondiesen las tierras riquísimas en oro a las Indias propiamente dichas o todavía no. En el fondo es más importante el oro que las mismísimas Indias. El oro, ya lo sabemos, era en la sociedad renacentista más que una necesidad, pero sobre todo en Colón resulta ser otra «idea fija», una verdadera obsesión.

El proyecto

¿Qué perseguía realmente Colón en su tercer viaje? Para J. Cortesão la finalidad es ante todo la información a costa de los más enterados, es decir, el espionaje: enterarse acerca de a dónde han llegado los portugueses, qué es lo que han encontrado, cómo han identificado sus objetivos, en qué territorios han logrado establecerse y en cuáles no. Es evidente que hay algo de misión informativa, o cuando menos Colón revela en su relato su interés por saber hasta dónde han llegado los lusitanos. Y el hecho es que emprende su viaje hacia las Indias, pero esta vez no de acuerdo con su antiguo criterio, sino *por las latitudes de los portugueses*, cerca del ecuador. Pero sin duda hay algo más. El Almirante deseaba encontrar tierras «nuevas», llegar a las cuales todavía no había llegado nadie: siempre lo intentó así, y en este caso tampoco dejaría de intentarlo. En su *Relación* del tercer viaje redactada para información de los Reyes Católicos, lo mismo que en una paráfrasis realizada por Bartolomé de Las Casas del diario de navegación (¡pena que apenas reproduzca frases textuales!), dos textos muy parecidos, ambos complementarios y muy aprovechables, se refleja el mismo propósito: «y yo navegué al austro con propósito de llegar a la línea equinoccial y de allí seguir a poniente». Está claro: la idea consiste en navegar hacia el suroeste hasta alcanzar el ecuador, y seguir desde allí hacia

el oeste todo derecho. He aquí que se repite una idea fija, paralela a la del primer viaje: entonces se trataba de seguir en lo posible el paralelo de Hierro, es decir, el 28º, y ahora se intenta seguir el paralelo 0º, el ecuador, siempre al oeste. Apoyándose en este propósito, Juan Gil ha aventurado la idea de que nuestro descubridor apostaba por un objetivo muy concreto: la Trapóbana (luego Ceylán, hoy Sri Lanka), una gran isla cuajada de perlas y riquísima en piedras preciosas de todos los colores, que, según enseña Ptolomeo y repiten los geógrafos renacentistas, está cruzada justamente por la línea del ecuador. En este punto aciertan todos: Sri Lanka se encuentra exactamente en esa línea. Por tanto, si seguimos la raya ecuatorial, iremos a parar necesariamente, tarde o temprano, a esa isla. Quizá no sea irrespetuosa la comparación de la idea colombina con la de los hijos del Capitán Grant, en una novela de Julio Verne que en otros tiempos encantó a los adolescentes: los protagonistas encuentran en una botella un mensaje de su padre, náufrago en una isla situada a 37º Sur; la longitud geográfica ha sido borrada del papel por la humedad. Y ni cortos ni perezosos dan la vuelta al mundo por el paralelo 37º Sur, hasta que dan al fin con su padre, después de una circunnavegación que atraviesa casi todos los meridianos, para que la novela sea lo suficientemente extensa y pródiga en aventuras. La idea de Colón puede ser tan infantil como la de los hijos del capitán Grant; pero a la postre tenía que surtir resultado. No es seguro, por supuesto, que pretendiera encontrar la Trapóbana: sin duda esperaba dar con otras islas por el camino. Ahora bien, si abordaba una tierra conocida, el resto, Catigara, el Queroneso Áureo, el Sinus Magnus y todas las maravillas de las Indias quedarían a mano, una vez localizado un punto bien concreto de ellas. Curiosamente, que así son las ironías de la historia, el intento definitivo de

descubrir el camino de las Indias llevará a Colón al verdadero descubrimiento de América.

Escala en los archipiélagos

«Partí en nombre de la Santísima Trinidad, miércoles, treinta de mayo [de 1498] de la villa de Sanlúcar…», con seis navíos, cinco carabelas y una nao. Como de costumbre, la nao era para el Almirante. Desde el primer momento tuvieron que alterar la ruta, porque a oídos de los expedicionarios llegó la noticia, propalada seguramente por los portugueses, de que una flota francesa de trece navíos les esperaba a la altura del cabo San Vicente para apresarlos. En efecto, había comenzado la guerra con Francia por el reino de Nápoles, y es posible que en aquel momento histórico los reyes concedieran más importancia a la aventura italiana que a la atlántica, de tan dudosos resultados hasta el momento. Era evidente, con todo, que en este otro campo no deseaban dejarse ganar de la mano por los portugueses: todo dependía de lo que se encontrase antes y por qué camino. No sabemos lo que Colón supo exactamente de la escuadra francesa ni de su situación, si siquiera de sus intenciones, porque resulta dudoso que no pretendieran otra cosa que apresar al Almirante; de hecho, estaban realizando otra operación, como enseguida veremos. Colón se queja en su informe de lo mal artillados que van sus navíos, y por tanto de su desventaja y del peligro que corren. El hecho es que decidió desviarse pegado a la costa africana, y luego torció bruscamente al oeste, para dirigirse de momento, no a las Canarias, sino a las Madeira, «por camino no acostumbrado», con el fin manifiesto de esquivar a sus contrarios. Era la primera vez en muchos años que Colón recalaba en las Madeira. En Porto Santo, a dónde llegó el 7 de junio, fue muy bien recibido, porque al parecer le recordaban con afecto, y ya, repartidos los caminos del

mundo, no existía una situación de rivalidad entre castellanos y portugueses. Luego, en Funchal, se pertrechó de agua, leña y «otros refrescos», y allí permaneció gratamente hasta el 16 de junio. Tal vez con aquella permanencia en aguas portuguesas esperaba despistar a los franceses. El 19 llegó a La Gomera. Aquí sí que corrió cierto peligro la expedición, porque en aguas de la isla «halló un corsario francés, con una nao francesa y dos navíos que había tomado de castellanos; y como vio los seis navíos del Almirante, dejó las anclas y un navío, y dio de ir con el otro el francés». El Almirante recuperó así uno de los dos navíos españoles, y como en la refriega, el otro se sublevó contra sus captores, pudo ser recuperado también; varios franceses fueron hechos prisioneros. Fue, que sepamos, el único acto bélico de Colón como marino al servicio de España, y las cosas no le salieron mal.

Vistos los hechos, el Almirante decidió no detenerse por más tiempo en Canarias. Los restantes navíos franceses podían estar al acecho y sorprenderle. La decisión de dividir su flota en dos probablemente no fue tomada a la vista de las circunstancias, sino que estaba pensada de antemano. Despachó tres carabelas directamente a La Española, para llevar provisiones a los colonos, y continuó él con la nao y dos carabelas la ruta del sur, en su misión descubridora. Uno de los capitanes de las carabelas del primer grupo se llamaba Juan Antonio Colombo, y «era deudo del Almirante», según Las Casas. Al parecer se trataba de un sobrino. El descubridor, fiel a la tradición italiana de colocar a todos los parientes en la misma empresa, enviaba un Colón más a La Española, donde ya estaban Bartolomé y Diego. Por entonces llegaría también a Indias otro sobrino —hermano de Juan Antonio—, Andrea. Demasiados Colones, sin duda, pudieron pensar los habitantes de la isla, uno de cuyos

argumentos era precisamente el de que los puestos clave estaban ocupados por «extranjeros». De ahí vendrían, entre otros motivos, las protestas de los españoles y las tribulaciones del Almirante. Otro hecho interesante: Colón dio instrucciones muy precisas a las tres carabelas sobre la ruta a seguir. Era la del segundo viaje. Deberían navegar de Canarias al Oestesuroeste por Oeste ochocientas cincuenta leguas; al final, encontrarían la Dominica, la Deseada o Guadalupe. De allí seguirían el rosario de islas hasta el final, para desviarse luego al oeste y dar enseguida con la de San Juan Bautista (Puerto Rico), tierra que debían bordear por el sur; de la punta occidental de esta isla deberían navegar al norte, y encontrarían La Española, más o menos por el lugar donde se encontraba Isabela la Nueva. Colón estaba bien enterado por las noticias que llegaban en los barcos que ya iban y venían entre el golfo de Cádiz y el Nuevo Mundo, de que Bartolomé había decidido abandonar La Isabela, una ciudad poco saludable y situada en un mal puerto, y había fundado una nueva capital cerca de la punta sur de la isla, mucho más protegida, en una costa más sana y con mejores posibilidades de desarrollo. Colón aún no estaba enterado del nombre de la nueva ciudad, o por alguna causa no quiere revelarlo: se llamaba Santo Domingo, al parecer en recuerdo del padre de los Colón. Familia completa. Hoy sigue siendo la capital de la República Dominicana.

Por su parte, el Almirante partió de la Gomera el 21 de junio con una nao, la *Santa María de Regla* y dos carabelas, la *Vaqueños* y la *Correo*. Se repetía el equipo del primer viaje, y con la misma finalidad: descubrir tierras absolutamente nuevas. Y siguió al sur, siempre al sur. Así llegó seis días más tarde —¡excelente velocidad!— a las islas de Cabo Verde. Colón tenía que conocer el Cabo Verde en la costa de África (junto a la actual Dakar), puesto que había navegado por allí

con los portugueses. El cabo no era precisamente verde, pero en él crecían unas palmeras que contrastaban con el amarillo parduzco del desierto, y de ahí su nombre, un tanto optimista, como la mayoría de los accidentes que bautizaban los exploradores; además, a partir de allí, empezaba a cambiar poco a poco el paisaje. Las islas del mismo nombre, en cambio, parece que sorprendieron a Colón, que repite una y otra vez su impresión, «porque son tan secas que no vi nada verde en ellas…»… «esterilísimas». La idea del navegante era tomar allí cabras, pues sabía que las islas eran abundantes en este ganado, que se criaba espontáneamente en los roquedales. Fue grande su alarma cuando supo que Boavista (que de buena vista tampoco tenía nada) estaba llena de leprosos, porque los portugueses la utilizaban como lazareto. El descubridor no depuso su desconfianza ni dejó desembarcar a nadie hasta que fue a visitarle el propio gobernador de la isla. Los españoles no correrían allí peligro. La razón de llevar a la isla leprosos era la gran abundancia de tortugas, que venían a desovar a sus playas. El gobernador contó (y Las Casas, a través del diario de navegación del Almirante lo relata cuidadosamente) que aquellos animales acudían en bandadas a la playa; ponían sus huevos, y «como por manos humanas» los cubrían de arena: los huevos se incubaban solos, por la acción del calor, y al cabo de un tiempo «salen los tortuguitos, que luego se van a buscar la mar, como si vivos y por sus pies hubieran salido de ella». Las tortugas son muy fáciles de cazar, pues basta volcarlas vientre arriba para que no puedan moverse; los portugueses las sorprenden de noche, les dan la vuelta y siguen a por otras muchas; finalmente, las transportan todas juntas en algún carro. La carne de tortuga es muy sabrosa, y especialmente curativa para los leprosos; pero lo que realmente surte resultados espectaculares es la sangre de

estos animales: el enfermo que se lava con ella, mejora rápidamente. No hay noticia de que Colón se haya dejado convencer sobre la excelencia de aquella carne y haya embarcado tortugas en sus naves; sí se hizo con una buena cantidad de cabras. El 4 de julio partió de las Cabo Verde bajo la luna llena: todavía más al sur, para alcanzar la línea ecuatorial: ahora sí, como en el primer viaje, rumbo a lo desconocido.

Tormentos ecuatoriales

«Navegué al sudoeste cuatrocientas ochenta millas, que son ciento veinte leguas; donde, en anocheciendo, tenía la estrella del Norte a cinco grados». Es difícil que Colón pudiera medir, en las brumas cercanas al ecuador, cinco grados sobre el horizonte marino, ni siquiera que pudiese ver la estrella. Lo adivinó en cierto modo. A partir del tercer viaje, señala siempre la hora en que mide la estrella o su posición respecto de las Guardas —como hará pronto en Trinidad o más tarde en Jamaica—: ya sabe que la estrella del Norte no está exactamente en el norte, y acompaña a su medida la hora o la posición de las estrellas acompañantes para deducir de ahí la latitud exacta. Realmente, y fuera cual fuese la precisión con que operó, no se encontraba a cinco grados, sino a siete u ocho de latitud norte. Le faltaba todavía un poco para llegar al ecuador; pero he aquí que Colón no se atreve a llegar a la línea equinoccial: «yo seguí al poniente; mas no osé declinar más abajo porque hallé grandísimo mudamiento en el cielo y las estrellas». Aquí tenemos una clara demostración de que Colón, contra lo que tantas veces se ha dicho, se guía por las estrellas. Los astros que le eran familiares, las Osas, Casiopea y sobre todo la Polar con sus Guardas, se iban sumergiendo en el horizonte, mientras por el sur aparecían otras constelaciones que no conocía y que no le servían para orientarse. Era preferible

navegar a seis u ocho grados del ecuador, para saber que el norte le quedaba exactamente a la derecha y por tanto caminaba hacia el oeste justo. ¿Es que el Almirante no se fiaba ya de la brújula? Los portugueses no habían tenido inconveniente en atravesar la raya equinoccial e introducirse de cabeza en el hemisferio sur, hasta llegar al cabo de Buena Esperanza o a Madagascar, pero Colón deseaba tener, en la medida de lo posible, un punto de referencia seguro. He aquí que el Almirante de la Mar Océana, de quien se ha dicho que fue el mejor navegante por estima de su tiempo, (y mostró en este arte una pericia extraordinaria muchas veces) no se atreve a navegar simplemente por estima y decide no perder de vista «su estrella». Tan importante era el caso, que Colón, por primera y única vez en su vida, confiesa su falta de valor: «no osé…».

De haber seguido, conforme a lo previsto en su momento, la línea del ecuador, hubiera llegado a Brasil, al delta del Amazonas; porque navegó diez grados más al norte, alcanzó las costas de lo que hoy es Venezuela, y el delta del Orinoco. Cometió un grave error: y no por equivocarse de punto de destino, o de delta, sino porque se metió de cabeza en las calmas ecuatoriales. El ecuador meteorológico no coincide con el geográfico, sino que se desvía al norte o al sur según la estación del año. Estaban en julio, y por tanto la faja ecuatorial se desviaba al norte. Pronto llegó a la región de las calmas, y enseguida a la faja ecuatorial, caracterizada por las nubes y las lluvias caliginosas. Las «calmas ecuatoriales» ocupan una reducida zona entre las dos corrientes ecuatoriales, la del Norte y la del Sur. Tampoco esas calmas son permanentes, y oscilan en latitud según la estación y las circunstancias; pero son desesperantes porque coinciden con las zonas de más calor, con fuerte grado de humedad. Por si

fuera poco, en aquella faja domina la contracorriente ecuatorial, que fluye de oeste a este, dificultando todavía más la marcha. Era lo peor con que podía encontrarse Colón. «Allí me desamparó el viento, y entré en tanto ardor y tan grande, que creí que se me quemasen los navíos…». O, según la versión de Las Casas, «sufrió tanto calor y tan vehemente, que temió que los navíos se le incendiaran y la gente pereciera». Colón exagera, como tantas veces exageró en su vida; pero refleja el bochorno casi insoportable de las calmas ecuatoriales, tórridas y húmedas al mismo tiempo. La gente se refugiaba en los castillos, trataba de exponerse el menor tiempo posible en cubierta, bajo el sol inclemente, y pronto llegó un momento en que tampoco fue capaz de bajar a las bodegas, convertidas en un horno. Allí, según la versión colombina, «ardió el trigo» que llevaban, o más bien se estropeó por efecto del calor; reventaron los aros de las pipas, y se derramó el vino; y el tocino y la carne salada se pudrieron. La catástrofe no debió llegar a tanto, porque en ese caso los navegantes no hubieran podido subsistir, pero sí es cierto que desde entonces se vieron en gran penuria. Y con una sed espantosa, precisamente cuando menos líquido les quedaba. «Duró este ardor ocho días; el primero fue claro, y los siete días siguientes llovió e hizo nublado… que así fuera el sol como el primero, yo creo que no se pudiera escapar de ninguna manera». La «cintura ecuatorial», desde el punto de vista meteorológico, —y que casi nunca ocupa el ecuador, sino que se desvía al norte durante el verano boreal y al sur durante el austral— se caracteriza por su abundante nubosidad y sus lluvias frecuentes: en África se la conoce como «la estación de las lluvias», que en aquellos momentos se elevaba de ocho a quince grados al norte del ecuador. En América se desvía todavía bastante más. No deja de ser curioso para nosotros que en Cuba, o en el Caribe

continental, Venezuela o Colombia, llamen «invierno» a los meses de junio, julio y agosto, no porque haga más frío, que no lo hace, sino porque llueve; se considera el verano en tiempo de Navidades, aunque la temperatura sea más fresca, porque el sol está casi asegurado. Colón hubo de soportar no solo los chaparrones propios de la estación de las lluvias, sino una neblina bochornosa «que parecía se podía cortar con cuchillo». Poco salían ganando con el cielo nublado; seguía el calor insoportable, y la humedad acrecentaba sus efectos hasta extremos de un total sopor. En aquellos días bochornosos el Almirante «enfermó de gota y de no dormir». Modorra, que no sueño reparador, por culpa de una temperatura que desbordaba la llamada «barrera del insomnio». Y lo peor de todo era que el viento no soplaba o lo hacía con tal tibieza, que los navíos no avanzaban, y todos sospechaban que iban a morir en aquel infierno.

Al fin, en la última decena de julio, el tiempo refrescó y comenzó a sentirse el alivio maravilloso del alisio. No era el alisio del norte, que había empujado a las carabelas en la primera travesía, sino el del sur, desplazado hacia latitudes boreales por el efecto de la estación y de la depresión creada por la zona de bochorno. Colón tuvo suerte, después de todo, y el corrimiento del alisio, como en el primer viaje tras los días inciertos de las latitudes de los caballos, le permitió disfrutar de una impensada brisa del estesureste. El Almirante, para mejor aprovechar el viento, giró suavemente al oestenoroeste, y por eso llegó a dónde llegó. Siguieron navegando con viento favorable, aunque en míseras condiciones. Todos estaban agotados hasta el extremo, hambrientos y sobre todo sedientos. Unos días más y habrían perecido sin remedio. Los navíos seguirían los vientos y las corrientes, como buques fantasmas, tripulados por hombres muertos. Quizá tampoco hubieran llegado muy

lejos, porque Colón cuenta que los cascos estaban «abiertos» por el calor. Por eso lo que ocurrió en el último instante fue interpretado como milagro, lo mismo que lo que había ocurrido en el último instante del primer viaje. A partir del 27 de julio vieron volar bandadas de aves, e interpretaron esta aparición como señal de tierra. El 29, el Almirante tuvo una extraña premonición: estaba llegando a algún sitio, aunque nada se veía aún en el horizonte. El 30, un marinero que estaba en la gavia, Alonso Pérez de Huelva, dio el grito de ¡*Tierra*!, y el júbilo de aquellos hombres no tuvo límites, aunque no les quedaban muchas fuerzas para expresarlo. De rodillas cantaron como pudieron la *Salve Regina* y dieron gracias por lo que habían encontrado. Lo que habían encontrado eran tres montañas que sobresalían del horizonte marino: de aquí el nombre de Trinidad que dio Colón a aquella isla antes de saber que lo era. Había salido en nombre de la Santísima Trinidad, y justo tres meses más tarde avistaba la isla de Trinidad. Es el nombre que todavía ahora conserva.

Colón descubre América

Los viajeros abordaron Trinidad por un cabo que el Almirante llamó de la Galera, porque de lejos semejaba un barco alargado. A su costado se abría un buen puerto —o quizá no tan bueno, desconfiemos de los elogios de Colón a sus descubrimientos—, en el que no pudo entrar por su escaso fondo. Pero sí pudieron ver «casas y gente, y muy lindas tierras, hermosas y verdes». Un poco más allá pudo fondear, y encontrar agua —¡qué alivio!— «remediar el trigo», no sabemos cómo, tal vez separando el sano del estropeado, y hasta «adobar los barcos». Sin duda llevaban brea o algo por el estilo, para arreglarlos un poco. No estaban en un país civilizado, pero al menos, al amparo de la tierra pudieron resarcirse de las angustiosas jornadas que

acababan de vivir. Pronto vio Colón a algunos naturales. Con gran satisfacción observó que no eran negros, sino «más blancos que otros que se hayan visto en las Indias». El Almirante se esfuerza una y otra vez en demostrar que se encuentra en un país muy distinto de África. Se considera «a la altura de Guinea», y no está demasiado lejos de esa latitud, pero los indígenas son blancos, o por mejor decirlo, de piel roja. Esta insistencia se debe, según observa Taviani, al hecho de que Marco Polo había afirmado que los indios (los habitantes de la India) eran de tez morena, pero no negros en absoluto. El hecho de que el color de la piel no cambiara en función de la latitud, como en el Viejo Mundo, sino que cerca del ecuador los naturales fueran de piel relativamente blanca, como los hindúes, podía demostrar que estaba en las Indias, que era, ante todo, de lo que se trataba.

Por cierto que el primer contacto con aquellos naturales no fue tan amistoso como fuera de desear, y todo por una decisión del Almirante que creyó acertada y resultó ser equivocada. Al día siguiente se acercaron a la nao, montados en una larga canoa, veinticuatro hombres, todos mozos a lo que parece, «de muy lindo gesto y hermoso cuerpo, y los cabellos largos y llanos, cortados a la guisa de Castilla»: es decir, a diferencia de los taínos, que llevaban el pelo corto, estos se dejaban crecer una melena hasta por debajo del nivel de las orejas, como los varones europeos de fines del siglo XV. Pero aquellos indígenas eran más desconfiados de los que en 1492 habían encontrado en las Bahamas, y se detuvieron a cierta distancia. Cuando los españoles les invitaban a acercarse, los indios recelaban y se alejaban un poco, para insinuar un nuevo acercamiento poco después. La curiosa escena se prolongó por espacio de dos horas, y al fin se resolvió con un desenlace propio del choque de dos

culturas distintas, que hoy nos suscita una cierta sonrisa. El Almirante, para atraerse a los indios, hizo traer unos tamboriles, y pidió a los más jóvenes que bailaran al son de alegres ritmos españoles. Era una forma festiva de demostrar amistad. Y los resultados fueron tan contraproducentes como cuando Leo Frobenius quiso complacer a los congoleños de Utamboni con el «Vals del Emperador» de Strauss. «Los indios, luego que vieron tañer y danzar, todos dejaron los remos y echaron mano a los arcos…, y comenzaron a tirar flechas». Para ellos las danzas al son de tambores no tenían otro significado que la guerra. Los españoles no se vieron libres de peligro hasta que Colón hizo sustituir los tamboriles por las ballestas. Los de la canoa retrocedieron a toda prisa, ante las armas superiores de los blancos.

A los pocos días, llegó Colón al extremo sur de la isla, que llamó Punta del Arenal, y vio al frente otra costa, que bautizó como Tierra de Gracia. Tal vez la palabra «tierra» está escrita *a posteriori*, porque durante un tiempo el descubridor pensó que se trataba de otra isla. Más tarde, al ver otra punta, le dio el nombre de Isla Santa. En realidad no se trataba de dos islas, sino de un único continente, el continente de América del Sur, visto por primera vez por el hombre blanco. Era la tierra de Paria, en la actual Venezuela, aneja al delta del Orinoco. Y ya en el estrecho entre las dos islas —o entre isla y continente— se encontró Colón con un fenómeno inexplicable: una serie de «hileros de corriente que atravesaban aquella boca y traían un rugir muy grande…, y detrás de este hilero había otro y otro, que todos tenían un rugir tan grande… como hace el Guadalquivir en tiempo de avenida». Corriente en un estrecho marítimo, como si se tratara de un río: nadie había visto hasta entonces nada parecido. Horas más tarde el fenómeno adquirió

caracteres alarmantes. «Y ya en la noche… oí un rugir terrible que venía de la parte del austro hacia la nao…, una loma tan alta como la nao…, que hoy día tengo el miedo en el cuerpo». Milagrosamente, o al menos el Almirante lo pensó así, aquella gigantesca loma de agua levantó el barco en lo alto, y luego la posó sobre las aguas mansas como si nada hubiera ocurrido. No hubo contratiempos, salvo que el salto rompió el amarre del ancla de la «Vaqueños» que no había tenido tiempo de levarla. Una ola en forma de loma y de varios metros de altura no puede ser consecuencia más que de un maremoto, y tal es lo que supone Morison. Con todo, ni la zona del delta del Orinoco es pródiga en movimientos sísmicos, ni el fenómeno parece desligado de los «hileros» de agua rugiente que Colón vio aquel día y el siguiente. No olvidemos que nuestros exploradores se encontraban ante el delta del Orinoco, que discurría por entonces la estación de las lluvias (y además el relato habla de fuertes aguaceros todos los días), que el río registraba una gran crecida, y que el estrecho favorecía el choque del agua dulce con la salada. El fenómeno es frecuente en el delta del Amazonas, y es conocido como *pororoca*. No parece tan propio del delta del Orinoco, pero los «hileros» de agua, semejantes a la crecida de un gran río no parece que puedan deberse a otra cosa. El propio Almirante, que junto con su prodigiosa fantasía tenía una capacidad de observación admirable, interpreta dos días más tarde el fenómeno como «la pelea del agua dulce con la salada». Hernando Colón, más tarde, sin duda ante el diario de su padre, explica las cosas con admirable claridad: «vino del sur un golpe de corriente con mayor ímpetu de lo normal, y acompañado de un enorme estruendo, saliendo de dicha boca en dirección norte. Como del golfo que ahora se llama de Paria salía otra corriente opuesta a la anterior, chocaron entre sí… en medio

de un gran ruido, dando lugar a que el mar se levantase como un alto monte o una sierra a lo largo de la boca». Es difícil describir mejor el fenómeno de la «pororoca», más explicable cuando se registran mareas vivas. Justo por aquellos días cercanos al plenilunio, tenían mareas vivas.

El intuitivo Almirante tardaría, sin embargo, un par de días en hacerse cargo de la situación. Entretanto, salieron del temible estrecho, que Colón bautizó como Boca de la Sierpe, y se adentraron en el golfo de Paria, que casi parecía un lago, engolfado como estaba entre la isla de Trinidad y el continente, sin otro contacto con el mar abierto que las dos bocas, de la Sierpe y del Dragón. Los españoles desembarcaron en la costa de la península de Paria: era la primera vez que unos europeos pisaban territorio del continente sudamericano. Y también por primera vez se encontraban ante una cultura superior a las que hasta entonces habían visto: campos labrados, cabañas con tejado a dos vertientes, en lugar de las circulares y de techo cónico a que estaban acostumbrados, e indios corteses, vestidos, que les ofrecían productos elaborados de cierta calidad. Aquellos indígenas no querían cuentas de colores; sí cascabeles, como que se volvían locos por ellos. A cambio ofrecían papagayos y un líquido blanco y dulce que apreciaban mucho, y que Colón interpretó como una suerte de «vino verde», elaborado al parecer con hierbas del país. También pudo el Almirante «rescatar» oro, aunque en pequeña cantidad: los naturales le dijeron que hacia occidente había mucho más. También encontraron ostras, y adquirieron la certeza, nada descaminada por cierto, de que habían llegado a una región rica en perlas.

Don Cristóbal hubiera querido seguir navegando a lo largo de aquella costa tan prometedora; pero los barcos estaban en malas condiciones, los tripulantes hambrientos

(quizá, después de la triste experiencia de La Española, no quisieron abusar de los productos indígenas), y decidieron acortar la exploración todo lo posible. Aquella masa de agua, entre la isla y la costa principal tenía todo el aspecto de un lago, y el Almirante, con su prodigiosa intuición, e inspirado por el recuerdo de los «hileros» observados en la Boca de la Sierpe, hizo recoger un balde de agua y la probó. ¡Era agua dulce! No se encontraba en un lago, puesto que había penetrado entre dos islas —poco después intuiría que entre una isla y un continente—, y allí «peleaban el agua dulce y la salada». Pero en el centro del golfo predominaba la dulce, aunque en ocasiones parecía un poco salobre. No era un fenómeno normal, «que yo jamás oí ni leí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vecina con la salada». Y Colón no necesita grandes dotes deductivas para tomar conciencia de que aquella enorme masa de agua dulce no puede proceder más que de un gigantesco río de fuerte corriente, capaz de chocar con las aguas del mar y endulzarlas por espacio de muchas millas. Efectivamente, porque la desembocadura es muy llana y las principales bocas se hallan un poco más al este, no podía verlo, pero estaba ante el delta del Orinoco, que por aquellas fechas justamente adquiere su máximo caudal. Y he aquí el gran descubrimiento: «no ha oído que ni Ganges, ni Nilo ni Éufrates tanta agua dulce trajesen». Aquel río debe ser uno de los más caudalosos, si no el más caudaloso del mundo entero. Lo cual no tiene sentido «salvo si esta no es tierra firme». Ya camino de La Española repetirá su certeza de que «aquella tierra de donde viene sea tierra firme», por necesidad un gran continente. De modo, sigue razonando el Almirante, que «yo estoy creído que esta es tierra grandísima, de que hasta hoy no se ha sabido. Y la razón me ayuda grandemente por esto de este gran río y de esta mar,

que es agua dulce». En una carta posterior a los Reyes Católicos deja su certeza todavía más clara: «Y creo que esta tierra que agora mandaron descubrir Vuestras Altezas sea grandísima, y haya otras muchas en el Austro, de que jamás se hubo noticia».

Colón ha descubierto América. La enormidad de un río capaz con su caudal de endulzar el mar en un amplio espacio —el golfo de Paria— no puede proceder sino de un continente. No solo la tierra ante la que se encuentra es tierra firme, sino «tierra firme grandísima», como la que alimenta el Nilo o el Ganges. Y una tierra «de la que hasta hoy no se ha sabido». De Cipango, Catay, la India, sí se tuvo noticia desde los tiempos antiguos: esta es en cambio una tierra nueva, un gran continente que Colón acaba de descubrir. Un continente que abarca ampliamente otras muchas tierras al Austro. Colón está pensando en la *quarta pars mundi*, la *Terra Australis* de Ptolomeo, está pensando exactamente lo mismo que Américo Vespucio... pero cuatro años antes que Vespucio. Los marinos y cosmógrafos españoles se habían dado cuenta, por lo menos desde una fecha tan temprana como 1494, de que las tierras descubiertas por Colón no eran Asia, pero nunca declararon paladinamente que constituyesen una nueva parte del mundo, un conjunto de continentes e islas distinto de las otras partes... aunque el mapa de Juan de La Cosa así lo insinúa. Quien descubrió su propio descubrimiento como un Nuevo Mundo («Vuestras Altezas tienen acá otro mundo») fue Cristóbal Colón. Y eso hay que reconocérselo. Para desgracia suya, no dio —en grandísima parte porque no quiso dársela— la debida importancia a ese descubrimiento.

El Paraíso

El desdoblamiento inconcebible del alma de Colón alcanza

su grado más extremo cuando explora el delta del Orinoco… o poco después, cuando trata de interpretar la realidad que ha descubierto. En el diario de navegación, que no conocemos directamente, pero del que nos ofrece una paráfrasis bastante detallada, incluyendo algunas frases textuales, Bartolomé de Las Casas, habla con admiración del agua dulce que encuentra en el golfo de Paria, e intuye una realidad grandiosa que poco después se completará en la alusión a un continente nuevo situado al Austro. Pero en cambio, no se lee alusión alguna a otro descubrimiento que creyó realizar Colón —o hizo creer que había realizado—, un descubrimiento si se quiere más grandioso todavía, pero disparatado, al que acompaña una interpretación, si cabe aún más disparatada, de la forma del mundo. Es posible que fray Bartolomé, por razones de respeto al tema, o por una piadosa indulgencia con la enfebrecida imaginación del Almirante, haya omitido las frases que le parecieron menos indicadas en su transcripción; pero lo más probable es que Colón haya retrasado su teoría hasta el momento de redactar su memorial a los Reyes Católicos o incluso a momentos posteriores. Por un lado está ante un nuevo continente, cruzado por un río extraordinariamente caudaloso, un continente en el que tienen que encerrarse numerosos países dignos de ser explorados y conocidos. Por otra parte, se cree a las puertas del Paraíso Terrenal. Las frases en que habla de uno y otro escenario se entremezclan en admirable desorden, como si Colón estuviese viviendo en dos mundos a la vez, y no quisiese prescindir de ninguno de ellos, por incompatibles que resulten: que son incompatibles, no solo por naturaleza, sino por los motivos que enseguida comprenderemos.

La idea de esta dualidad es en cierto modo antigua. Colón pretende haber llegado, o estar a punto de llegar al Extremo

Oriente, a Asia, con las incontables leyendas que se cuentan de aquellos fabulosos países: ese es, sin discusión alguna, el objetivo supremo, el destino final. Los jalones que pueda encontrar en el camino son solo accidentes secundarios, que conviene superar para llegar a la verdadera meta. Pero al mismo tiempo, el Colón que encuentra islas y tierras salvajes, de clima tropical, habitadas por seres más primitivos que los africanos que ya conoce, son, desde el momento mismo de Guanahaní, territorios paradisíacos, bellos hasta superar todo lo que el hombre puede decir en palabras. El descubridor siente por las tierras encontradas un amor que no contribuye, ciertamente, a la más exacta comprensión de la realidad del Nuevo Mundo, pero que es admisible como el propio de un enamorado, como el del artista por su obra, el del pensador por su teoría, el del científico por «su» ecuación. Ya desde el primer momento el Almirante ve paraísos. Aires temperantísimos, islas encantadas, playas deslumbrantes, selvas perfumadas, entre el cantar mágico de los pajaritos y la belleza de las aguas, de los peces multicolores que nadan por ellas, de los ríos inmensos, de los puertos donde cabrían todas las naos del mundo. Con un estilo que en ocasiones roza lo poético, el Almirante entrelaza el encanto de lo que ve con la fantasía que le transporta a un mundo soñado. Transforma los graznidos de los pajarracos tropicales en cantos de ruiseñores y las malezas intransitables en arcádicos jardines. Todo es dulce, suave, embriagador. Y el lector, conducido por ese hechizo, llega a ver en las islas del Caribe el paraíso soñado por Colón. Otro ingrediente de la idea paradisiaca es también antiguo: el cambio de clima que se experimenta de forma espectacular cuando se traspone el meridiano mágico, unas cien o ciento cincuenta leguas al oeste de las Azores, o de Cabo Verde: a las tormentas del Atlántico o a las terribles

calmas ecuatoriales sucede el clima siempre igual y delicioso de las aguas que bañan las Indias. Y así debe ser, porque según todas las versiones de los sabios y exégetas el Paraíso Terrenal estaba en el Oriente, «en lugar temperantísimo».

Y de este modo, el entusiasmo del descubridor por su descubrimiento, en un *crescendo* magnífico, llega en el tercer viaje a la plena identificación del Nuevo Mundo con el Paraíso. Una ola gigantesca, con un «rugir terrible» le despierta en plena noche y levanta la nao hasta el doble de su altura y luego la deposita de nuevo dulcemente sobre las aguas. Y un mar en que el agua es dulce. De pronto Colón —no olvidemos que es ya un Colón ilustrado— recuerda la descripción que hace del Paraíso uno de sus autores favoritos, Pedro de Ailly: tan maravilloso lugar se encuentra en una isla rodeada de un lago de agua dulce, alimentado por cuatro ríos caudalosos. Probablemente vuelve a leer la referencia después del regreso del tercer viaje y es entonces cuando realiza sus acotaciones. En el ejemplar de la *Imago Mundi* de Ailly, conservado en la Biblioteca Colombina, se leen estas palabras: «… las aguas que descienden de tan alta montaña forman un inmenso lago [escrito al margen: *un lago*]. La caída de estas aguas produce tal ruido que *las gentes nacen allí sordas*» [subrayado en el original]. El agua y el rugido. No cabe duda: allí está el Paraíso. Y cuando se acuerda de esta coincidencia —no en el momento del susto, sino algún tiempo, por lo menos días más tarde—, así lo declara el descubridor: «grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal…». Ahora todo se explica. Colón, entusiasmado por el hallazgo de las vecindades del Paraíso, echa por tierra todos sus descubrimientos científicos. La declinación de la aguja, el mayor movimiento de la estrella, los aires templados, el color de la piel de los indígenas, todo se debe a la proximidad de esa montaña altísima que

conduce al Edén, cuya elevación cambia el clima, las corrientes y la perspectiva de las estrellas. Y así surge la teoría complementaria de Colón, que contribuye a aumentar la magnitud del dislate.

«Yo siempre leí que el mundo era esférico, en las autoridades y experiencias de Ptolomeo y todos los otros que escribieron… y mostraban para ello así por eclipses de luna y otras demostraciones, como de la elevación del polo de Septentrión en Austro[16]. Y hallé que [el mundo] no es redondo, sino que es de forma de una pera… o como quien tiene una pelota muy redonda, y en un lugar de ella fuese como la teta de una mujer allí puesta, y que esta parte de este pezón sea la más alta y propinqua del cielo, y sea debajo de la línea equinoccial, y en esta Mar Océana, en el fin del Oriente». Existe, pues, una especie de polo elevado en el ecuador, que señalaría el lugar del Paraíso. Marchando hacia él, todos los caminos se dirigen —insensiblemente— hacia arriba: hasta los de la mar; y así «van los navíos alzándose suavemente, y entonces se goza de más suave temperancia». Existe, por tanto, un punto en la superficie de la Tierra en que se rompe la simetría para formar una punta, que lo explica todo: el clima más fresco, los indígenas de piel más blanca, la declinación de la aguja más intensa y el movimiento de la Polar más fuerte, puesto que allí estamos más cerca de la estrella. Hay todavía hoy quien pretende que el último descubrimiento de Colón es correcto, y habría intuido genialmente el abultamiento de la Tierra en el ecuador. No es así en modo alguno; el Almirante no intuye una esfera achatada por los polos y abultada en la zona ecuatorial, sino una montaña aislada a la cual se va ascendiendo poco a poco y cuya cima se encuentra en un punto del ecuador; nuestro mundo no tiene forma de trompo, sino forma de pera, y la punta de la pera no se

encuentra en todo el ecuador, sino en un lugar muy concreto del ecuador, el que él ha descubierto.

Hemos llegado así al ápice de las inconsecuencias colombinas. Cuando suponíamos que había llegado al momento más acertado, realmente genial, de sus concepciones científicas, cae, víctima de su calenturienta imaginación, en las teorías más increíbles para una mente de su tiempo. Ha calculado con precisión la latitud en función de la posición de la Polar con respecto de las Guardas, para hallar resultados como difícilmente hubiera podido conseguir cualquier marino de su tiempo. Y encuentra la causa de la presencia de una gran masa de agua en un golfo marino: tiene que haber un río de gran caudal que desemboque en él, y efectivamente lo hay. Este río procede del sur, puesto que al norte no hay más que islas y mar: luego no puede venir de la India, que vierte justamente al sur. Ahora bien, tan fabuloso caudal que este río tiene ha de alimentarse, se infiere, de un vastísimo territorio que se extiende hacia el sur, y por tanto la tierra que tiene a la vista no solo es tierra firme, sino un gran continente, distinto de Asia. Las deducciones de Colón son irreprochables, producto de dos grandes virtudes que siempre le distinguieron: la capacidad de observación y una intuición prodigiosa. La otra cara del Almirante es su facilidad para obtener conclusiones absurdas, propias de una mente calenturienta y alejada de la realidad, alejada también de sus propias y precisas observaciones. El «lago», o casi lago de agua dulce y el estruendo de las aguas, que poco antes ha interpretado correctamente como el choque entre las del río y las del mar, le sugieren que se encuentra cerca del Paraíso Terrenal, y en función de esta sugestiva teoría desvía observaciones correctísimas, aunque tal vez un poco exageradas, como el cambio de clima, el color de la piel de los indígenas, y algo

mucho más monstruoso, la existencia de una especie de cima de la Tierra, a la cual se va ascendiendo poco a poco, y que es causa de todos los fenómenos, por otra parte objetivos, que observa.

El falso descubrimiento del Paraíso mata al verdadero descubrimiento del Nuevo Mundo. No solo porque echa por tierra unas constataciones científicas que hubieran esclarecido definitivamente su figura ante sus contemporáneos y ante la historia, sino porque la idea del supuesto Paraíso le aleja brutalmente de su tiempo y de su lugar. La idea de que el Paraíso era una realidad todavía existente, tangible y bien localizable no cabía en una mentalidad moderna, y Colón era uno de los hombres que, sin advertirlo, estaban abriendo la puerta de los tiempos modernos. Pero, y esto es igualmente decisivo, esa idea le transporta nuevamente de América a Asia, puesto que el Paraíso, como muestran los ingenuos mapas medievales, y admite todavía un geógrafo como Ailly, está en el extremo este de Asia, o, como dice el propio Colón, «en el fin del Oriente». No encontrará jamás el Paraíso Perdido, y habrá perdido para siempre América. Dos pérdidas irreparables.

Regreso encadenado

Es muy difícil precisar lo que Cristóbal Colón creyó acerca de sus propios descubrimientos. ¿Por qué no buscó el río enorme que con tanto acierto había intuido? ¿Por qué no trató de acercarse a la inaccesible montaña sobre la cual se encontraba, según la tradición, el Paraíso? La segunda pregunta parece más fácil de contestar, aunque admite dos respuestas: primera, que el Almirante no tomaba en serio sus propias afirmaciones: solo quería sentarlas para conferir más sensación a sus hallazgos, y para demostrar que había llegado al «fin del Oriente», es decir, a Asia. Segunda,

porque la idea del Paraíso no se le ocurrió entonces, sino más tarde. No hay, repetimos, la menor mención al Edén en el resumen del diario de navegación recogido por fray Bartolomé. Debió tratarse de una curiosa idea «*a posteriori*» que sí aparece en la relación del mismo viaje a los Reyes Católicos, escrita más tarde. En cuanto al abandono de la exploración de la *quarta pars mundi*, puede ser un descuido imperdonable, pero Colón va a exponernos hasta seis causas distintas que le inducen a suspender momentáneamente su misión.

No la abandonó del todo, sin embargo. El 13 de agosto salió del golfo de Paria por la otra boca, la del Dragón (por alguna causa dio nombres ominosos a las dos salidas al mar libre), y siguió navegando a lo largo de la costa venezolana. Encontró ostras y algunas perlas; preguntados los indios, explicaron que hacia el oeste podrían recoger muchas más. Así fue como dio el Almirante con la isla Margarita, que sería por espacio de siglos uno de los más famosos criaderos de perlas del mundo. No es seguro que a la denominación latina de las perlas deba su nombre, porque los expedicionarios no hicieron más que soslayar la isla. Posiblemente deba su nombre a la princesa Margarita, la efímera esposa del malogrado príncipe don Juan. Sea lo que fuere, los expedicionarios perdieron una fabulosa ocasión (hay quien opina que Colón supo de las perlas, pero no quiso revelar su secreto). Algunas versiones recogen la idea de que el Almirante cedió a los indios unos cuantos toneles, y les encargó que depositasen en ellos las perlas que encontrasen: en otro momento vendría a recogerlas. De momento, tenía que dirigirse a toda prisa a La Española. El descubridor, en la versión transcrita por Las Casas, da hasta seis causas para obrar así. La enumeración de estas causas, al menos tal como se encuentra en la paráfrasis original, muestra un admirable

desorden, pero todos los motivos aludidos son perfectamente razonables: primero, tenía interés en conocer el estado de La Española, de la que había estado ausente casi tres años, y cuyo gobierno había dejado provisionalmente en manos de su hermano Bartolomé; segundo, se quedaría él en La Española, y enviaría a Bartolomé, más joven y sano, a reconocer los descubrimientos de su tercer viaje, para aclarar los puntos clave; tercero, le faltaban alimentos y aquellos de que disponía estaban en mal estado de conservación, de modo que no podía prolongar por más tiempo su periplo; cuarto, la gente estaba muy cansada y con deseos de llegar a puerto seguro de una vez; quinto, que los barcos se encontraban muy deteriorados, y no convenía seguir exponiéndolos a nuevos peligros; y sexto, que el Almirante estaba enfermo de los ojos y necesitaba reposo. En suma, hombres y barcos se encontraban ya en pésimo estado, escaseaban los alimentos, y el Almirante se sentía inquieto por lo que pudiera ocurrir en La Española: en este punto no le engañó su prodigiosa intuición. Colón perdió la mejor ocasión de su vida de cambiar de proyecto y aparecer ante la historia como el descubridor consciente de un nuevo mundo; pero en aquellos momentos no se sentía en condiciones de coronar la empresa. Lo haría más tarde. Esa ocasión no llegó nunca.

Es admirable el sentido de orientación del Almirante, que supo encontrar, sin referencia alguna, el rumbo necesario para llegar a La Española. El 15 de agosto abandonaba la costa sudamericana, y el 31, después de preguntar a los indios ya en la isla, fondeaba frente a Nueva Isabela, que se llamaba en realidad Santo Domingo. Apenas es necesario detenerse en las tribulaciones que le esperaban. También en este punto la intuición de Cristóbal Colón funcionó perfectamente. Bartolomé, cuyo acierto principal fue

probablemente haber fundado la nueva capital en el punto adecuado, había tratado de mostrarse más enérgico que Cristóbal, y no había conseguido otra cosa que aumentar el descontento de los colonos, algunos de los cuales llegaron a una situación de rebelión abierta. El caudillo de la revuelta fue Francisco Roldán, antiguo jefe de mineros, hombre de fuerte carácter, a quien Colón, tan extraordinario navegante como mal conocedor de los hombres, había hecho Alcalde Mayor. Cuando el Almirante regresó a la isla, a fines de agosto de 1498, se encontró en una situación de auténtica guerra civil entre su hermano y Roldán: los colonos, cuyo número tendía a disminuir por las enfermedades y las repatriaciones, se habían dividido en dos bandos, que obedecían a uno o a otro sin entenderse entre sí.

La situación se había hecho crítica, y no podía soñarse siquiera en la continuación de las sugestivas exploraciones del continente sudamericano. Colón trató de negociar, al fin devolvió sus cargos a Roldán, y, provisto de un documento real que le permitía hacer «repartimientos» en la isla, no solo repartió tierras sino que, en régimen de señorío, «repartió» indios, una competencia que no aparecía en el documento. Bien que mal, Colón y los suyos explotaron las riquezas de La Española, y valiéndose de los indígenas (condenados a un duro trabajo que no estaban habituados a realizar) obtuvieron más fruto de la colonia de lo que hasta entonces habían logrado, beneficiando sobre todo el oro de Vega Real. A fines de 1499 Colón había reunido unos cuatro millones de maravedíes en oro, aunque a su juicio mucho menos de lo que le habrían deparado las verdaderas «Indias», si hubiese podido llegar a los imperios más ricos. Por desgracia, no volvió a pensar en la tierra firme, ni en el río increíblemente caudaloso, ni en las posibilidades del continente enorme que acababa de descubrir, ni siquiera en

la isla Margarita. Porque sus preocupaciones en La Española nunca dejaron de ser grandes, o porque sus miras finales eran muy otras. El comportamiento del Almirante en este punto (no ocuparse en absoluto de lo descubierto en el tercer viaje) es un misterio más que añadir a los misterios colombinos. Y este olvido tendría que pagarlo caro.

La última fase del gobierno de Cristóbal Colón en La Española fue bien triste, y en este punto no merece a nuestro objeto más que una brevísima referencia. Los colonos, en su mayoría, se sentían defraudados, y muchos de ellos procuraban regresar a la Península. Las denuncias contra el Almirante eran sobre todo de dos clases: unos, los que habían aspirado a la fama y a enriquecimientos fáciles, acusaban a los Colón de haberlos engañado, de una mala gestión, de arbitrariedades en el gobierno de la isla; otros, los más altruistas, denunciaban el trato a los indios, que excedía de las condiciones previstas, y que los desgraciados naturales no podían soportar. Morían a montones. Ante el cúmulo de acusaciones, los Reyes Católicos enviaron como pesquisidor a Francisco de Bobadilla, provisto esta vez de plenos poderes para hacer y deshacer. No es este el lugar de precisar si los monarcas abolieron las Capitulaciones de Santa Fe mediante un «golpe de Estado», como designa Taviani a la comisión de Bobadilla, o si la medida resultaba obligada por la pésima administración del Almirante y el fracaso de la propia misión colonizadora en ultramar. Un error de Colón fue su esfuerzo en poner las mayores dificultades posibles a la acción del enviado, una actitud que no hizo sino aumentar la prevención de este. Lo cierto es que, como resultado de las pesquisas de Bobadilla, el 1.º de octubre de 1500 Colón fue preso y enviado a España. El tercer viaje, suprema paradoja, se había emprendido como una misión descubridora completamente nueva, y terminaba

con la destitución del descubridor como gobernante de lo que ya estaba descubierto. Cristóbal Colón, eso nunca nadie lo ha dudado, era un genial navegante y un mal administrador. Y en lugar de seguir navegando en busca de lo posible, prefirió seguir administrando lo seguro, por mediocre que fuera. Por su empecinamiento y por sus equivocaciones, o por ambos hechos a la vez, su carrera había fracasado.

8. EN BUSCA DE LO IMPOSIBLE. EL CUARTO VIAJE

El regreso de Colón en 1500 pudo haber sido el último. Qué suerte tan dispar la de los regresos: el de 1493 significó el triunfo, la fama y la gloria. El ya Almirante de la Mar Océana había roto las fronteras del mundo, había cumplido su propia profecía, una profecía en la cual casi nadie quería creer, había anunciado el hallazgo de nuevas y lejanísimas tierras, y tanto los Reyes Católicos como cuantos le recibieron en Sevilla o en Barcelona le habían colmado de parabienes. Todo el mundo quería apuntarse al segundo viaje, que fue, en verdad, una expedición imponente. El regreso de este segundo viaje, en 1495, había resultado mucho más triste. Las tierras encontradas eran menos ricas de lo que había anunciado el Almirante, y su clima resultaba malsano para los europeos. Cristóbal Colón, como símbolo de humildad, o por otras razones, desde el voto religioso a la búsqueda de lo espectacular, había vuelto vestido de fraile franciscano. El tercer viaje, que sirvió para el hallazgo consciente de un Nuevo Mundo, un hallazgo del que el descubridor no supo o del que no quiso prevalerse ni acertó a anunciar o a explotar como hubiera debido, terminó con el más trágico de los regresos: el Almirante, Virrey y Gobernador llegó a España preso por orden de la autoridad. Había pasado de la gloria al abismo, y en aquellas circunstancias parecía ya impensable un cuarto viaje. Por

otra parte, los Reyes Católicos habían comenzado ya a ofrecer concesiones por su cuenta: a Ojeda, Nicuesa, Alonso Niño, Diego de Lepe, el mismo Vicente Yáñez Pinzón. Cristóbal Colón había descubierto unas tierras que no eran las Indias. No se trataba de unas islas, que se confiaba en principio que el Almirante pudiera administrar más o menos acertadamente, sino, al parecer de un Mundo Nuevo, una realidad geográfica desconocida, al parecer de dimensiones inmensas, que no cabía encomendar a una sola persona. La idea de las Capitulaciones de Santa Fe, que concedían el gobierno de unas islas carentes de poder organizado, y unas ventajas en el comercio con grandes territorios sometidos a autoridades imperiales, había caído por su base. Colón ni había conseguido gobernar unas islas salvajes, ni los inmensos territorios ya columbrados correspondían a grandes imperios, sino a una parte del mundo que solo una gran potencia podía conquistar. Los Reyes tuvieron buen cuidado de individualizar sus concesiones a los distintos adjudicatarios de los llamados «viajes menores»: que posiblemente no merecerían este nombre. Pero el hecho es que Colón, que ni había descubierto las Indias, ni había conseguido gobernar islas salvajes, parecía haber perdido para siempre su papel.

Sin embargo, nuestro personaje, aunque fracasado ¡y encadenado!, poseía un tesón, una perseverancia, una capacidad para proseguir un empeño entre genial y disparatado, que no le permitía darse nunca por vencido. Poseía una gran capacidad de persuasión. Y estaba dispuesto a proseguir o a morir en su empresa. Y esta empresa ya no podía ser otra que la inicial, la que le había guiado en su primer viaje: llegar a Extremo Oriente navegando hacia Occidente. Sabía que los Reyes Católicos habrían de perdonar sus errores, y de alguna manera iban a

reivindicarle; sobre todo Isabel, que siempre había visto en él un hombre que encerraba un misterio especial, un secreto indefinible, que le hacía capaz de alcanzar lo más inesperado. (Por eso, aunque el capitán del barco quiso liberarle de sus cadenas, el Almirante se negó a ello: solo estaba dispuesto a considerarse libre por mandato de los reyes). Colón fue perdonado inmediatamente y logró ser recibido en Granada por los monarcas, que durante un tiempo le alojaron junto a ellos, y le trataron con el mayor afecto. Se dice que en una escena con la reina, en que el Almirante reveló todas las humillaciones sufridas, ambos personajes no pudieron evitar las lágrimas. Es cierto que don Cristóbal no consiguió rehabilitarse por completo: conservó el título de Almirante y las rentas que le correspondían de las tierras descubiertas, pero no recobró su gobernación. El mismo año 1501, los reyes enviaron a Nicolás de Ovando como gobernador de La Española, con la misión de convertir la mísera colonia en un establecimiento próspero y bien organizado. La expedición de Ovando, con treinta naves y 2500 hombres, bien provistos de todo lo necesario, fue la más numerosa que nunca había cruzado el Océano. Las cosas no fueron del todo felices en la isla que Colón consideró el centro del establecimiento de los españoles en las tierras ultramarinas, pero mejoraron bastante. Pasados los años, Cuba pasaría a ser el principal centro de recepción en las Antillas.

¿Y Colón? ¿Es que le cabía aún algún papel en la política transoceánica? Quedaba todavía, no había fenecido en absoluto, la idea principal: llegar a Asia por el Atlántico. Ya por entonces los portugueses habían alcanzado la India y Vasco da Gama realizaba su segundo viaje. Pero había sin duda mucho que descubrir aún, y, aparte de esto, era preciso demostrar a quién correspondía lo descubierto. Colón seguía

pensando que el mundo era más pequeño que lo que hoy sabemos que es, y cabía la posibilidad de que los portugueses se hubieran introducido en el hemisferio español. Efectivamente, el tratado de Tordesillas había cambiado la demarcación establecida por las bulas de Alejandro VI, aún no se sabía muy bien en beneficio de quién. Los portugueses ya habían descubierto Brasil y comenzaban a establecerse en él. Pero los españoles aún esperaban que, cediendo parte del Atlántico, una gran porción de la India o por lo menos del sudeste asiático les correspondiera; salieron ganando los lusitanos, porque nadie imaginaba todavía la presencia inmensa del Pacífico. La mayor parte del imperio español se extendería inútilmente sobre el océano más grande del mundo. Quizá la insistencia de Colón sobre lo cerca que los territorios asiáticos quedaban de lo descubierto en ultramar —es decir, de las Antillas— pesó en esta equivocada decisión.

Lo cierto es que los monarcas, aunque desconocían las posibilidades exactas de continuar la exploración hacia el oeste, acabaron devolviendo su confianza al Almirante, y le encomendaron la misión concreta y específica que desde el primer momento había concebido: llegar a Asia por el océano Atlántico. Pero no, como en el tercer intento, por la ruta del ecuador, para aventajar a los portugueses en la llegada al Indostán. Aquella batalla estaba ya perdida, tras el regreso triunfal de Vasco da Gama, que ya por entonces llegaba de nuevo, y con más amplias intenciones, a los territorios hindúes. El cuarto viaje tendría así la misma finalidad que el primero: llegar al Extremo Oriente por el hemisferio Norte, cualquiera que fuese lo que se encontrase más allá de las Antillas. Pero con una diferencia: esta vez no se trataba —como se había tratado también en el tercer viaje — de encontrar de paso las islas que se tropezara en el camino. Estas islas comenzaban a formar parte ya del

imperio español, y los audaces marinos que habían emprendido los llamados «viajes menores» estaban encontrando nuevas tierras en el área del Caribe. Colón recibió órdenes expresas de no recalar en La Española; su presencia podía suscitar allí nuevos conflictos, y demasiados habían surgido ya. Tenía que ir más lejos, a las maravillosas tierras que suponía más allá de Cuba, aunque no se sabía exactamente cuánto más allá. La responsabilidad del cuarto viaje era inmensa: orillar lo ya descubierto, como si no existiese, no abastecerse por el camino, y seguir adelante, hasta el fondo. Colón aceptó el encargo, pese a la distancia tal vez enorme que tendría que recorrer, porque era lo que más deseaba en su vida. En el viaje anterior había despreciado América y el inmenso significado que podría adquirir el Nuevo Mundo. Ahora tendría que afrontar las consecuencias de su elección, y tratar de alcanzar Asia por encima de todo. Tal era su supremo reto. Colón aceptó una misión imposible, aunque todavía no sabía que lo era. Y se decidió a lanzarse de cabeza a la aventura. Su terquedad, la obstinación de su «idea fija», pudieron más que todos los consejos de la prudencia.

Una vez obtenidas las correspondientes licencias y las ayudas necesarias, la preparación del cuarto viaje fue relativamente rápida. Colón ya no dependía de Fonseca. No iba a las Antillas, ni siquiera a la Tierra Firme encontrada más al sur, sino a una realidad geográfica que se encontraba «más allá», *plus ultra*, incluso respecto de sus anteriores descubrimientos. De nuevo volvía a ser pleno dueño de su propio destino, pero partiendo otra vez de cero. Nada más significativo que este despedirse para siempre de América.

Los propósitos y los sueños

Colón se preparó en Sevilla, pero partió definitivamente

de Sanlúcar de Barrameda el 9 de mayo de 1502. Llevaba cuatro carabelas, *La Capitana*, (rebautizada de nuevo como *Santa María*), la *Santiago de Palos*, la *Gallega* y la *Vizcaína*, la mayor de las cuales no pasaba de setenta toneladas; las restantes desplazaban unas cincuenta. Por primera vez el Almirante prescinde de las naos y se aviene a embarcar en una carabela, eso sí, provista de un nombre solemne, y con diferencia la mayor de las cuatro. No se trataba de transportar un contingente de colonos ni más mercancías que las necesarias para una larga navegación: la finalidad era exclusivamente descubridora. La tripulación estaba compuesta de unos 150 hombres. Entre los integrantes figuraba Bartolomé Colón, el colaborador casi indispensable y hombre de confianza del Almirante. Y entre los grumetes estaba Hernando Colón, entonces de trece años. Tal vez su padre aspiraba a convertirlo en un navegante (Diego estaba recibiendo una esmerada educación como heredero). Poco sabían ambos que el segundo hijo del descubridor iba a ser más culto y refinado que el primero. Así, el relato del cuarto viaje cuenta con un testigo de excepción y un narrador de primera mano en el capítulo correspondiente de la *Historia del Almirante*. Hernando debió vivir intensamente las peripecias de la navegación, una experiencia absolutamente nueva para él, las tempestades, la hostilidad de los indios, la pérdida de dos carabelas, el costeo interminable en busca del «estrecho», la angustiosa recalada en Jamaica, con las dos carabelas supervivientes ya inservibles, el terrible año en la isla, hasta que al fin los náufragos recibieron auxilio; las tribulaciones de su padre, enfermo, acabado, asediado por los rebeldes, entre arrebatos místicos y lágrimas. Tuvo que ser aquella para el muchacho una aventura apasionante y al mismo tiempo triste y amarga como pocas experiencias en su vida. Con todo, si esperamos encontrar en la *Historia del*

Almirante un relato dramático, nos equivocaremos. Hernando, o no concedió demasiada importancia a sus recuerdos de trece años, o prefirió seguir otras fuentes, distintas a su propia experiencia. En las páginas relativas a aquel viaje hay más reivindicaciones de su padre o críticas a sus detractores que noticias realmente nuevas. Hasta es posible que algunos hechos, como la famosa predicción de un eclipse por Colón, hayan sido casi inventados, en un intento de aumentar la gloria del descubridor. Con todo, no podemos despreciar este testimonio. Mucho más dramático, en ocasiones enloquecedor, como confesión del estado de ánimo del Almirante, sus tribulaciones espantosas, sus visiones celestiales, y su sentirse a las puertas de la muerte (todo ello en un increíble desorden) es el propio relato de don Cristóbal, escrito en las desesperadas jornadas de Jamaica, perdidas ya las carabelas y casi del todo —¡del todo nunca!— las esperanzas. Aunque resulte difícil creer su testimonio a pies juntillas, pocos textos de ese excelente aunque desigual escritor que fue Cristóbal Colón alcanzan tan tremenda intensidad. Otros cronistas de la época —y como siempre Las Casas y Oviedo—, nos proporcionan noticias de primera mano. Con todo, nunca será posible reconstruir con detalle las peripecias entre épicas y absurdas de un cuarto viaje, que merece ser conocido, siquiera sea tan solo por el dramatismo de aquellos dos años de periplo, un dramatismo mucho mayor, por supuesto, de lo que la epopeya supone en sí como parte de la historia de los descubrimientos.

El objetivo consistía en líneas generales, en navegar más al oeste de Cuba, encontrar un paso entre las islas y alcanzar la costa de Asia. Hernando Colón, que acompañó a su padre en el viaje, nos cuenta que «la intención del Almirante, cuando iba por el Océano, era ir a recorrer la tierra de Paria

y continuar la costa hasta dar con el estrecho...». Se deduce que el descubridor quería encontrar un paso por entre el dédalo de las Antillas y las tierras australes descubiertas en el tercer viaje —que Hernando ya sabía que se llamaban «tierra de Paria»—, para buscar un paso que les condujera al mar abierto y de allí aproar a las Indias propiamente dichas. Un marinero de la expedición, Martín de Riera, declararía más tarde que «fueron en busca de un estrecho donde decía el dicho Cristóbal Colón que había la especiería». La especiería: he aquí tal vez el objetivo primario del viaje. Es posible que cada autor se esté refiriendo a un estrecho distinto, aunque no sea posible asegurarlo. Por una parte, era necesario rebasar el área de las Antillas y la Tierra Firme del Sur para encontrar mar abierto hacia las costas asiáticas, y por otro era preciso seguir esas costas hacia el mediodía para dar por el estrecho de Catigara (el estrecho de Malaca) con el Sinus Magnum, o golfo de Bengala, y arribar a las fabulosas tierras de las especias, de que los portugueses tenían noticia, pero que todavía no habían alcanzado. Las especias, en la Europa del Renacimiento, se vendían por su peso en oro. Y después de haber tomado posesión de aquellas míticas regiones, y a no ser que las circunstancias lo impidieran, la idea era seguir a Occidente hasta dar la vuelta al mundo y regresar a España costeando África, que es como decir haciendo el «camino de los portugueses», pero en sentido contrario. Los Reyes Católicos, no tan seguros como Cristóbal Colón de la viabilidad de la empresa, admitían la posibilidad de dar vuelta atrás y regresar por el Atlántico; en este caso el Almirante tenía permiso para recalar en La Española: eso sí, como fracasado. Contra lo que parece que en un principio se había pensado, el proyecto, en su concepción final (seguir a Occidente después de hallar tierras aún no descubiertas por nadie) se cruzaba

frontalmente, mucho más que en el tercer viaje, con el de los portugueses; pero se trataba precisamente de aclarar la cuestión de los límites, no de un pugilato que a nada bueno podía conducir. De aquí que Fernando e Isabel entregaran a Colón una carta dirigida a Vasco da Gama, «capitán del Serenísimo rey de Portugal, nuestro hijo», por si en algún lugar se tropezaban los grandes navegantes: Colón «se dirige al mismo lugar por Occidente, y es posible que os encontréis en vuestra ruta». En modo alguno pretenden agraviar a Portugal, sino dirimir como buenos amigos los límites de sus dominios respectivos. Si Colón consigue regresar a España por Occidente, nada más claro que precisar cuál de las dos rutas, por un lado u otro, es la más corta. El cuarto viaje tenía, pues, como finalidad, dar con el fabuloso país de las especias, y de paso conseguir una demarcación de las dimensiones y las partes del mundo como jamás hasta entonces se había hecho.

Ciclón

Las ventajas de una expedición ligera se apreciaron desde el primer momento: llegaron a Canarias el 15 de mayo, tras solo seis días de travesía. Colón, llevado como siempre, y quizá en este viaje más que nunca, por el camino de las exageraciones, afirma que llegaron a las islas en cuatro días, un extremo muy difícil de creer, de acuerdo con las posibilidades de la navegación de aquellos tiempos. Y así asegura después que tardaron dieciséis en atravesar el Atlántico hasta Guadalupe, otro imposible, que además no permite encajar las fechas conocidas. En Canarias realizaron la consiguiente escala para adquirir víveres, agua y leña. No es posible precisar el tiempo que duró la detención. En cuanto a la travesía, la versión más lógica es que fuera realizada en veinte días, sin incidente alguno, al menos que sepamos. Debió ser, tuvo que ser, la etapa más feliz del viaje;

Colón asegura que en todo el camino disfrutaron de un tiempo «a pedir por la boca». Viento favorable, clima bonancible, excelente velocidad: no en balde estaban siguiendo la ruta descubierta por el propio Colón en el segundo viaje, y seguida por todos los navegantes durante siglos. Solo en Martinica, ya en las Pequeñas Antillas, el 15 de junio, se estropeó el tiempo, como prenuncio de un verano desastroso. Ya casi nada iba a salir bien a partir de aquel momento. Nada más triste y deprimente que la secuencia de aquella expedición desde esa misma jornada, en que se asociaron desgracia tras desgracia, decepción tras decepción, como en una tragedia griega, hasta llegar a la desesperación suprema.

De acuerdo con las instrucciones recibidas, y hasta con el plan fijado, Colón hubiera debido atravesar las Pequeñas Antillas para seguir hacia el Oeste, en busca de nuevos mares y nuevas tierras: debería esquivar lo ya descubierto, que en teoría al menos ya no le interesaba, y cuyo acceso tenía expresamente prohibido. Sin embargo, ya en Guadalupe, decidió recalar en La Española, tal era la querencia que tenía por «su» isla. Motivo: cambiar una carabela, la *Santiago de Palos*, que en su versión estaba estropeada y era «innavegable», por otra que pudiera encontrarse en Santo Domingo. ¿Simple pretexto, deseo de ver la tierra donde había establecido la primera colonia europea en América, saludar a viejos amigos, adquirir nuevas provisiones, sondear la disposición de Ovando, demostrar ante todo que era no solo el Almirante, sino que conservaba la legitimidad de la gobernación en las islas? Todo puede tener algo de cierto, como que el hecho menos probable fue el mal estado de la *Santiago*, que sería precisamente la que mejor podría resistir los temporales de América Central y los ataques de la «broma», y una de las

dos naves que conseguirían llegar a Jamaica, después de la pérdida de la *Gallega* y la *Vizcaína.* Colón llegó a las costas de La Española el 29 de junio, y lentamente, como en plan de tanteo, se fue acercando a Santo Domingo. Cuando al fin envió un esquife a la ciudad, supo que Nicolás de Ovando le negaba la entrada. Pudo ser un gesto duro o poco amistoso, propio de un hombre autoritario como era el nuevo gobernador, pero en el fondo Ovando no hacía más que seguir las órdenes recibidas. No por eso Colón dejó las costas de La Española, y no cabe la menor duda de que mediante pequeños desembarcos logró obtener provisiones y conocer noticias. En su relación a los Reyes Católicos el Almirante apenas recoge más que la actitud ingrata del gobernador, pero no se atreve a exagerarla, porque sabe al fin y al cabo cuál era la voluntad de los monarcas. La *Historia del Almirante*, Las Casas y Oviedo recogen algo más, que deja muy bien parada la reputación del descubridor.

En efecto: a comienzos de julio el tiempo era espléndido y la mar estaba en calma. Ningún momento mejor que aquel para enviar el mejor regalo que Ovando proyectaba hacer a los reyes. Una gran flota de regreso, compuesta por veintiocho barcos, quinientos hombres, 200 000 castellanos en oro, incluyendo la pepita más grande que se había encontrado en el Nuevo Mundo, y numerosas especias, o sucedáneos de ellas, se disponía a cruzar el Atlántico con destino a los puertos andaluces. En la expedición figuraban Bobadilla, Roldán —pendiente de juicio— y el «rey» o cacique Guarionex, con otros indios. Colón aconsejó que se demorase la salida de la expedición, porque estaba a punto de estallar una gran tempestad. Es muy probable, aunque no lo sabemos, que Ovando y otros colonos de la isla se mofaran del Almirante y de su presunto despecho, a la vista del éxito de los nuevos colonizadores. La gran flota zarpó, y

a poco se desató la tempestad, que pudo ser un ciclón de verano que atravesó, como suele, las costas cercanas de Cuba, o bien una tormenta tropical. No sabemos que Colón fuera un buen predictor del tiempo y sí que habría de equivocarse una y otra vez en aquel cuarto viaje. Pero pudo acertar por intuición, al advertir el aire cargado, la calma chicha, la mar aceitosa, y los cirrus en el cielo, en forma de parábola. Taviani pretende que ya tenía experiencia de dos ciclones en La Española, y sabía muy bien lo que iba a ocurrir. Lo cierto es que la magnífica flota enviada por Ovando fue sorprendida a poco de hacerse a la mar por una espantosa tempestad. Se perdieron veinte barcos, hundidos unos en pleno océano, estrellados otros contra las rocas de la costa; la mayor parte de los hombres y la totalidad de los tesoros… excepto, ¡qué casualidad!, el barco que transportaba las rentas reservadas a Colón, que el gobernador había respetado religiosamente, barco que consiguió sortear la tormenta, y desconocedor de la suerte de los otros, siguió su ruta hasta llegar felizmente a España. El acierto de la predicción meteorológica y la afortunadísima casualidad de que solo los tesoros del Almirante pudieran ser preservados valieron a don Cristóbal una curiosa fama de mago o profeta, que, basta conocerle, tuvieron que colmarle de ufanía. Sus cuatro carabelas lograron salvarse a duras penas, refugiándose al abrigo de una excelente bahía, Puerto Hermoso, hoy Azúa. No por eso Ovando accedió a su deseo de desembarcar, aunque no cabe la menor duda de que durante las dos semanas de permanencia en las costas de La Española —hoy se cree que recaló en Puerto Escondido— pudo recabar buenas ayudas.

La superación del primer estrecho

El 14 de julio de 1502 perdía de vista la isla y se hacía a la mar. ¿Definitivamente? A Colón le costaba abandonar

aquellas costas, y el 16 llegaba a Jamaica, donde por fin gozó de una mar en calma. Exploró la isla, que ya conocía, y de allí se fue a los Jardines de La Reina, en la costa sur de Cuba, a dónde, según Las Casas, llegó el 24 de julio. Qué buscaba el Almirante en aquel bello pero inextricable laberinto que ya había explorado detenidamente en el curso de su segundo viaje resulta inexplicable, como tantas otras decisiones colombinas. Pretendía quizá guiarse por la costa hacia el oeste, para saber exactamente qué había más allá de Cuba. Navegación interminable y pérdida de tiempo, entre calmas. Colón asegura que por allí anduvo durante sesenta días, una afirmación que debe ser exagerada si queremos que nos encajen las fechas. Abandonó Cuba al fin y se dirigió al suroeste. Comenzaba la verdadera misión. En mar abierto y por caminos nunca explorados. ¿Qué buscaba el descubridor de América? No América, por supuesto. En aquel viaje había renunciado expresamente al Nuevo Mundo por una parte del Viejo que siempre había sido su obsesión. Eso es indudable. Por dónde y en qué dirección, ahí estaba la raíz del problema. No olvidemos que dos años antes Juan de La Cosa había dibujado las dos partes descubiertas de América, y prudente o astutamente, colocó entre ambas un cuadro de San Cristóbal, tal vez, como queda insinuado, para dejar a «Don Cristóbal» la tarea de indagar lo que hubiera allí, y buscar un supuesto estrecho que le permitiera alcanzar las Indias de verdad. Colón navegaba justamente a la altura de ese espacio dejado en blanco en el mapa: si encontraba el estrecho habría realizado el sueño perseguido obsesivamente durante casi toda su vida. Hernando Colón nos revela una idea aparentemente muy parecida: «… La intención del Almirante, cuando iba por el Océano, era recorrer la tierra de Paria y continuar la costa hasta dar con el estrecho…». La idea, repetimos, no parece ser la misma, aunque se

equivoque al aludir a la idea de continuar la «costa de la tierra de Paria[17]». Hubiera podido, ciertamente, repetir la ruta del tercer viaje y seguir la costa. Quizá el desengaño hubiera llegado antes, y tal vez se hubiera abierto la posibilidad de tomar posesión de Sudamérica, con todas las consecuencias que el hecho hubiera tenido. Pero quiso encontrar un paso para salir de las Antillas al mar libre.

Por de pronto se imponía, primero, encontrar un paso hacia las costas asiáticas propiamente dichas; en segundo lugar, buscar en esas costas el paso hacia la India, el estrecho de Catigara, (hoy le llamamos estrecho de Malaca) para pasar de la península malaya al océano índico y consiguientemente a las tierras donde se producen las especias. Había que encontrar dos estrechos, pues: el que permitiera salir del complejo de islas del Caribe y alcanzar el mar abierto, y, una vez al final de la travesía de este mar, bordear la costa hasta encontrar el paso de Catigara. El siguiente capítulo consistiría en explorar las tierras anteriores a la India, tomar posesión de ellas, ya que los lusos no las habían alcanzado, y, a ser posible, llegar después a la India misma y entenderse con los portugueses, en la medida de lo posible. Y por último, si el camino no era demasiado largo (y Colón pensaba que no lo iba a ser) preveía continuar siempre hacia el oeste, hasta dar la vuelta al mundo. Tal es el proyecto completo del viaje de circunnavegación, que algunos atribuyen ya a los propósitos del Almirante cuando la exploración de Cuba en 1494, un viaje que entonces difícilmente hubiera podido tomar en serio, porque navegaba en barcos insuficientemente provistos y con tripulaciones descontentas. Ahora esta última y gloriosa aventura —adelantándose veinte años a Elcano— resultaba más factible… si el mundo, de acuerdo con las ideas del Almirante, era más pequeño de lo que

suponían sus contemporáneos, y si resultaba fácil alcanzar el Oriente poco más allá de Cuba. Y entonces, qué grandioso triunfo. La consagración de su prestigio y la vergüenza de sus enemigos.

El último error de Colón

Después de quince días de navegación, que se hicieron largos, no por la distancia recorrida, sino por los vientos y las calmas, el 30 de julio llegó a una tierra desconocida hasta entonces. Era una isla, la isla de Guanaja, en el golfo de Honduras y muy cerca ya de una tierra firme, de cuya existencia supo muy pronto: una tierra que llamamos hoy Guatemala. ¡Había atravesado el estrecho! ¡Era posible navegar sin obstáculo más allá de Cuba hasta una gran tierra firme! Esta vez no podía ser menos que Asia. Y allí encontraron los expedicionarios vestigios de una cierta civilización: indígenas vestidos, casas de piedra, piezas de cerámica, campos cultivados, y telas de algodón de muy fina labor, comparables a las que podían verse en los mercados de Europa. Al día siguiente vieron llegar una gran canoa, parcialmente cubierta, en la que viajaban hombres, mujeres y niños, hasta un total de cuarenta personas; las mujeres iban completamente vestidas. Aquel navío no ofrecía ni punto de comparación con las estrechas embarcaciones que utilizaban los naturales del Caribe. Y venía a vender a los de Guanaja telas pintadas, vestidos muy bien tejidos, entre ellos lo que a Hernando Colón parecieron «corazas de algodón», que eran en realidad sólidos chalecos. Aquellos individuos, según pudo averiguarse muy pronto, venían con propósitos comerciales, y se pusieron a intercambiar sus productos por cacao, con el cual elaborarían chocolate (naturalmente, el Almirante no podía ni sospecharlo). No cabe duda: se encontraba muy cerca de una civilización superior. Los indígenas relataron a Colón que aquellos prósperos

comerciantes procedían del norte, y podría conocer aquellos pueblos ricos y civilizados si navegaba a lo largo de la costa hacia el norte, o bien si penetraba por tierra hacia el oeste. Por lo que parece, hasta se ofrecieron a acompañar a los españoles en una expedición a aquellas tierras tan prometedoras. A punto estuvo Colón de descubrir la civilización maya, y si esto hubiera ocurrido, hubiese podido cambiar la historia del cuarto viaje, y hasta tal vez hubiese adelantado dos décadas la historia universal. Pero el Almirante no era experto en expediciones terrestres y posiblemente no se fiaba de los indios; en cuanto a costear hacia el norte, era una empresa que no entraba en sus planes: él quería dirigirse hacia el sur. Lo explica muy bien la *Historia del Almirante*: «Pese a que tuvo noticia por aquella canoa de la gran riqueza, progreso y prosperidad de que gozaban los habitantes de la región occidental de Nueva España[18], considerando que esta quedaba a sotavento y podía en cualquier momento navegar hasta allí desde Cuba, prefirió no ir a ella y perseverar en su empeño de descubrir el estrecho de tierra firme. Quería abrir a la navegación el mar del Sur, cosa que le resultaba indispensable para explorar la tierra de las especias. Decidió entonces navegar a tientas…». Colón dejaba para más tarde el contacto con la alta civilización mexicana, para conceder preferencia a la búsqueda de un estrecho que no existía. De esta manera desperdició la última gran ocasión de su vida[19].

¿Por qué hacia el sur? Siempre se ha dado la explicación, y la hemos aceptado varias veces, de que estaba convencido, de acuerdo con una vieja tradición, de que el oro se encontraba en los países cálidos, y, de hecho siempre escogió para encontrarlo el camino del sur. Pero en esta ocasión tenía otros motivos. Había superado un estrecho, o un paso más allá de Cuba, y su concepción del mundo le

hizo suponer que había alcanzado ya el continente asiático. Precisamente el hecho de encontrar pueblos más civilizados abonaba la idea de que se hallaba en otra parte del mundo. Se imaginaba en las costas de Catigara, lo que es ahora la península de Malaca, y lo que tenía que encontrar era otro estrecho, ya totalmente asiático, el estrecho de Catigara, tal como lo describen los geógrafos de la escuela ptolemaica y confirma Marco Polo: es decir, el estrecho de Malaca, entre la península de este nombre y la isla de Sumatra: imaginémonos al Almirante buscando lo que hoy es Singapur. Franqueado el estrecho de Catigara se alcanzaba sin más el Sinus Magnus, descrito por todos los cosmógrafos (hoy cabe identificarlo con el golfo de Bengala), y a partir de aquel punto tendría abiertos todos los caminos de la India, y también de la codiciada «especiería», el país de las especias, tan extraordinariamente valoradas por la sociedad occidental. Este segundo estrecho era la llave del mundo que buscaba. Se esforzó denodadamente en recorrer toda la costa de América Central imaginando que se encontraba en la península de Malaca, y buscando un paso hacia el oeste que le permitiera penetrar en el océano Índico. Ya hemos precisado que Colón se equivocó de estrecho —porque se había equivocado de parte del mundo—, y en esta equivocación radicó toda su tragedia.

Ciertamente que en el golfo de Honduras la costa no se dirige hacia el sur, sino casi hacia el este; pero Colón, que se creía en las riberas de Asia, sabía muy bien que si quería llegar a la India tenía que seguir esa costa *hacia la izquierda*, hasta llegar al punto que permitiera el paso hacia lo que hoy llamamos océano Índico. Observemos, aunque el hecho, tal como estaban entonces los conocimientos geográficos, no era demasiado relevante, que tanto la costa de la península de Malaca como la de América Central no se dirigen al sur,

sino al sureste. Concretamente, la que estaba siguiendo Colón ofrecía entrantes y salientes en que predominaba esa dirección resultante, desde la península de Yucatán hasta la soldadura del istmo de Panamá con América del Sur, en la actual Colombia. Colón, llegado a aquella costa, tenía que doblar hacia la izquierda para encontrar la esquina sureste de Asia que buscaba. Una vez más, y por desgracia la última, había supuesto un mundo más pequeño de lo que es realmente, y creía confirmarlo a la vista de que la travesía del extremo occidental de Cuba a las tierras asiáticas no le había llevado más de quince días. Tan cerca de Cuba estaba Oriente. Lo trágico del caso es que no estaba siguiendo el perfil sureste de Asia, sino el de América Central. Por si fuera poco, los indios le dijeron que más adelante la costa tuerce hacia el sur (entre Honduras y Nicaragua). El hecho venía a confirmar lo que Colón andaba buscando. Y al fin, el 12 de septiembre dio con el cabo de Gracias a Dios, así llamado por el descubridor porque creyó que le conducía a dónde le llevaban sus deseos.

La desesperada búsqueda de un paso

Un fuerte motivo de contrariedad: aquel mes de septiembre resultó anormalmente tempestuoso. Colón se encontraba en una de las regiones más lluviosas del planeta. Cuando el aire estaba claro, podía ver una costa baja, intensamente verde, abundante en una enmarañada vegetación, y a lo lejos una bellísima cadena de montañas esbeltas que se elevaban hasta alturas de dos y tres mil metros. Pero casi nunca pudo contemplar tan hermosos paisajes, porque los elementos se desataron como pocas veces. No cabe pensar en ciclones o tormentas tropicales, sí en una estación de las lluvias en que son frecuentes las tormentas eléctricas, los aguaceros torrenciales, acompañados de vientos a veces fuertes y racheados,

posiblemente no tan huracanados como el relato colombino quiere hacernos creer. Hernando Colón, que vivió con sus ojos de niño aquella experiencia, apenas habla de tempestades, sino de fuertes aguaceros y de tormentas de rayos y truenos impresionantes. Hernando tiene también una intuición excepcional (o un experto le hizo conocer los hechos más tarde): las lluvias copiosísimas de América Central se deben al choque de los alisios, cargados de humedad, contra las montañas; pero los alisios, como hoy sabemos, son vientos de baja estatura. Así, precisa Hernando, «las cumbres más altas [hacia los 3000 metros] llegaban hasta la región atmosférica donde se generan los cambios, y por encima de ellas nunca se ven nubes, permaneciendo estas en un nivel inferior». ¡Extraordinaria revelación en un cronista del siglo XVI, que más bien parece extraída de un texto de Humboldt! Por lo que respecta a las consecuencias, el modesto nivel del alisio no dejó de atormentar a Colón con un mal tiempo desatado y desesperante, que habría de inspirar al descubridor algunas de las páginas más vívidas y dramáticas de su tan expresiva literatura. «Nueve días anduve perdido sin esperanza de vida». «Ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma. El viento no era para ir adelante, ni daba para correr a algún cabo. Allí me detenía en aquella mar hecha sangre... El cielo ardió, y así echaba llamas, que cada vez miraba yo si me había llevado los mástiles y las velas... Los rayos venían con tanta furia y tan espantables, que todos creíamos que se habían de fundir los navíos. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, hasta parecer que resegundaba otro diluvio. La gente estaba tan molida que deseaban la muerte para salir de tantos martirios. Los navíos ya habían perdido por dos veces las barcas, anclas, cuerdas, y estaban abiertos, sin velas...». Apenas salía del resguardo

de un cabo o de una pequeña bahía, cuando una nueva tormenta venía a prolongar aquella agonía. Conociendo como ya hemos empezado a conocer al Almirante, su tendencia a dramatizar las situaciones hasta el extremo, y su gusto por las hipérboles literarias, sentimos cierto motivo para pensar que exagera en sus descripciones, entre otras razones porque, de ser cierto todo lo que relata, los barcos hubieran naufragado varias veces, por extraordinariamente diestra que fuera la arquitectura naval de aquellos tiempos: que ciertamente lo era, al punto de que hoy no somos capaces de igualarla. Pero no cabe la menor duda de que aquel otoño fue pródigo en tormentas, y que Colón y los suyos hubieron de pasar en las costas de América Central muchos sufrimientos y muchas calamidades.

Al fin, hacia el 16 de septiembre, llegaron a la desembocadura de un río importante, que el Almirante hizo explorar con una de las pocas barcas que le quedaban; nada de particular interés habían encontrado, cuando se desató de nuevo una riada, y perecieron todos los hombres que tripulaban el esquife: así, aquel paraje se denominó Río de los Desastres. Hacia el 25 de septiembre, los expedicionarios se hallaban frente a la actual frontera entre Nicaragua y Costa Rica. Avanzaban lentamente hasta el sur o sureste, y a veces decidían retroceder para explorar entradas entrevistas en días tormentosos para comprobar si eran practicables. Colón no estaba dispuesto a perder la menor oportunidad de encontrar el paso que buscaba, y aunque los cosmógrafos concedían la mayor importancia al estrecho de Catigara —que por tanto no debía ser un estuario o un pequeño accidente en la costa— no dejaba de explorar el más mínimo detalle geográfico, a tal punto había llegado su enfebrecido deseo de dar con el estrecho. Parece que fue a comienzos de octubre (las fechas son discordantes en los distintos relatos)

cuando vio Colón en la costa construcciones de piedra y grandes sepulcros. «Vi un sepulcro grande como una casa. Oí hablar de excelentes obras de arte». «Estos eran los indios con más razón que habíamos encontrado en aquellos lugares». ¿Si estarían llegando a un país más civilizado? Sin embargo, comenta con cierta tristeza Taviani, «el hallazgo de signos de la cultura más elevada encontrado en las Nuevas Tierras no le produce la más mínima emoción al Almirante». La razón es bien sencilla: cada «indicio de cultura elevada» era perfectamente natural y esperable, una confirmación de que se hallaban ciertamente en Asia: pero no en la parte más rica y famosa de Asia, sino tan solo en sus puertas. Pero para traspasar esas puertas era preciso encontrar primero el estrecho, y de aquí que el Almirante no quisiera detenerse para admirar aquellas construcciones, viviendas o tumbas, ni siquiera las «excelentes obras de arte», fueran o no producto de su enfebrecida imaginación.

Parece que fue el 6 de octubre cuando llegaron a un canal, que recibió, como uno de los que cierran el golfo de Paria, el nombre de Boca del Dragón, quizá por las fuertes corrientes que fluían por él. Y el canal iba a dar a una gran bahía: ¡podía ser al fin el estrecho! A partir de este momento todo se hace más esperanzador. Los indios le dicen que más al oeste existe un gran mar, y en él se encuentra oro puro, no el «guanín» o metal mezclado que emplean ellos. Las expectativas siguen acrecentándose. Por otro canal interior, van a dar a la gran laguna de Chiriquí, de 50 por 20 Km de extensión. Las nubes impiden contemplar las altísimas montañas que, al fondo, rodean la laguna. Ni siquiera puede el Almirante asegurar que se encuentre realmente en un lago, aunque tropiece por muchas partes con una costa baja en la que se abren multitud de entradas practicables: son un dédalo de esteros que se empeña en explorar con paciencia

infinita, porque alguno de ellos —pese a su estrechez— puede ser el paso que busca. El 8 de octubre está seguro de haber encontrado ese paso. Horas más tarde comprueba que se ha equivocado. Pero con un ardor desesperado, en lucha contra la adversidad y las dificultades, sigue explorando todos los esteros de la laguna, hasta los menos probables. Cada uno de ellos acaba revelándose como el estuario de un río que desemboca en la laguna. No hay salida hacia el oeste. Es doloroso reconocerlo, pero el Almirante acaba rindiéndose ante la terquedad de las evidencias. Hay que volver atrás, que salir como se pueda de aquella cerrazón empantanada. Taviani estima que esta fue la desilusión definitiva en un Colón ya enfermo y moralmente hundido y descorazonado. A partir del 16 de octubre ya no vuelve a hablar del estrecho. La pregunta que se nos impone es: ¿por qué entonces siguió costeando América Central *seis meses* más? Seis meses locos, sin orden ni tino, con continuas vueltas atrás y nuevos intentos de seguir adelante, a pesar de todo. Cabe pensar que Colón no había perdido enteramente la esperanza de encontrar, tarde o temprano, el tan buscado estrecho; pudo sufrir un momento de desánimo, pero su fe en su destino tenía una fuerza casi inexplicable; por otra parte, preciso es reconocerlo, aunque se sintiera desfallecido, o precisamente por eso, *no tenía a dónde ir*. Regresar a España sin haber encontrado nada que valiera la pena significaba la confesión de su fracaso definitivo. Le habían desposeído de la gobernación de La Española, y no iban, si regresaba de vacío, a confiarle nuevos encargos ni a concederle nuevos derechos. Por otra parte, regresar a las islas conocidas para buscar nuevos barcos o reparar los que ya no podían seguir navegando era exponerse a tropezar con las iras de Ovando y a que le enviasen de nuevo preso a la Península. No había opción. O encontrar la tierra prometida,

o encontrar la muerte en el empeño.

Si admirable, por absurdo que pueda parecemos, es el coraje del Almirante para continuar explorando contra toda esperanza, no lo es menor la fidelidad de las tripulaciones, que aceptan seguir al mando de un loco que ha fracasado ya una y otra vez y se empecina en mantener la búsqueda de un imposible. O los marineros no sabían qué hacer sin don Cristóbal ni don Bartolomé (se sabe que Colón hizo destruir los mapas para evitar que la gente conociera el camino de regreso), o la capacidad de persuasión del navegante fue todavía más asombrosa que la que ya conocemos en él. Tampoco los marineros creían ganar gran cosa buscando refugio en La Española, que ya había adquirido la peor de las famas, ni menos podían soñar con alcanzar las costas de la Península a bordo de aquellos barcos a punto de hundirse, carcomidos por una perniciosa calamidad de aquellos mares. Los exploradores de las Indias ya tenían noticia de la «broma», un molusco no muy diferente del mejillón, pero de costumbres mucho menos recomendables. La «broma» se incrustaba en la obra viva de los barcos e iba devorando poco a poco la madera. No había forma de arrancarla sin arrancar también gran parte de los fondos o los costados del navío: resultaba peor el remedio que la enfermedad. Y poco a poco la madera se iba carcomiendo, hasta que el barco hacía agua, y terminaba por hundirse. La «broma» fue el mayor enemigo que encontraron los primeros exploradores de América; ni los indios hostiles, de los que se podía huir o con los que se podía llegar a un acuerdo mediante dádivas; ni los temporales, de los que bien que mal era posible resguardarse al abrigo de un cabo o en el primer puerto natural que apareciese en la costa, eran tan peligrosos como aquel molusco que se hacía uña y carne con los propios navíos, y con cuya compañía era absolutamente preciso

seguir navegando en tanto el barco flotase. Más tarde, se emplearían buques forrados de cobre para evitar que el molusco se incrustase en la madera; pero el recurso era desconocido en tiempos de Colón. Los marineros del cuarto viaje estaban agotados de achicar agua con las tres bombas de que disponía la carabela capitana, y con cubos utilizados a mano, cuyo contenido era necesario arrojar una y otra vez al mar. Los hombres, además de desesperanzados, estaban agotados, y sin embargo siguieron siendo fieles. Es un hecho que no deja de ser admirable.

Los navíos se encontraban en estado lastimoso. A comienzos de 1503 la *Gallega* encalló en un banco de arena, y tan maltrecha se encontraba, que se juzgó preferible abandonarla. Al parecer semanas más tarde, la *Vizcaína*, casi completamente anegada y carcomida por la «broma», hubo de ser abandonada también, en la costa panameña, cerca del punto que luego se llamó Nombre de Dios. Sobre los restos de la *Vizcaína* se ha hablado mucho últimamente. En 1996 fue descubierto por casualidad el casco de una nave antigua, en el lugar indicado por unos buceadores. En 1998, un grupo de técnicos confirmó el hallazgo y recuperó algunas de sus pertenencias. Los materiales encontrados parecían corresponder a un barco construido a fines del siglo XV, y en ese caso no podían pertenecer sino a una de las carabelas del cuarto viaje de Colón. No todas las versiones coinciden, como si hubiera restos de dos naufragios distintos, pero las posibilidades de que los fragmentos de un barco hundido pertenezcan a la *Vizcaína* son todavía muy grandes. No es necesario encarecer la fabulosa importancia histórica que significaría identificar una carabela de Colón y rescatar de ella todo lo rescatable. No solo por su inmensa significación simbólica, sino porque nos encontraríamos ante los restos y el utillaje de una carabela del siglo XV, un tipo de joya que

hoy solo podemos conocer por referencias. En 2002 comenzaron las operaciones de rescate por obra del Institute of Nautical Archeology de la Universidad de Texas, pero inmediatamente el gobierno panameño ha reclamado el derecho de encargar la misión a una institución propia. El litigio continúa sin resolverse en 2005. Poco es lo que puede decirse actualmente sobre la autenticidad del descubrimiento, ya que los distintos informes y dataciones son contradictorios. Si un día pudiéramos afirmar con seguridad que hemos encontrado una carabela de Colón, nuestros conocimientos habrían resultado enriquecidos desde muy diversos puntos de vista. Entretanto, será preciso seguir esperando.

Colón siguió esperando también. Con una perseverancia digna de mejor suerte, después de explorar gran parte de la costa que hoy pertenece a Panamá, regresó a la región de Veragua, donde había encontrado mayor cantidad de oro. Siempre recordó con cierta gratitud esta zona, comprendida entre las repúblicas de Costa Rica y Panamá. Quizá por haber reclamado sus derechos sobre América Central, a la cual concedió el nombre genérico de Veragua, una vez resueltos los pleitos colombinos, se habría de otorgar a sus descendientes el título de duques de Veragua. No todo fue feliz, sin embargo. Colón quiso fundar un establecimiento permanente en el lugar que llamó Belén, con la idea de beneficiarse en lo posible del metal precioso, más abundante allí que en ninguna otra de las tierras que había explorado. En la Relación del descubridor a los Reyes Católicos se asegura que «yo vi en esta tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días primeros que en La Española en cuatro años». ¿Hace falta decir que la afirmación es monstruosamente exagerada? Ello no obsta, sin embargo, para reconocer que aquella costa era relativamente rica en

metal precioso. Pero el proyecto fracasó trágicamente. En cuanto los indios tomaron conciencia de que aquellos extraños extranjeros tenían la intención de establecerse permanentemente en su territorio, se mostraron hostiles. En marzo de 1503 se fundó al fin el establecimiento de Belén, pero los ataques de los naturales se hicieron incesantes. El Almirante, enfermo y acabado, ya no estaba para hazañas bélicas. Bartolomé sí quiso resistir, y se registraron varios combates entre los colonos y unos indígenas decididos a todo. El hermano de Colón se salvó por los pelos, y resultó herido en el pecho, pero varios españoles resultaron muertos en la pequeña batalla. Belén hubo de ser abandonada. Es la segunda vez en que tenemos noticia concreta de que el descubridor de América derramó abundantes lágrimas.

Revelaciones

Ya no había nada que hacer. Ni era posible acceder a las Indias ni obtener fruto de la relativamente rica Veragua. El Almirante sufrió por entonces un descorazonamiento similar al que había sentido tras el fracaso en la laguna de Chiriquí, y su estado físico y psicológico ofrecía signos alarmantes de debilidad. No podía dormir, ni por tanto descansar, pero tampoco se sentía con fuerzas para seguir adelante en un empeño que durante ocho o nueve meses consecutivos no le había proporcionado más que desastres. Fue en esta situación de extrema crisis interior cuando Colón dijo haber tenido una visión celestial, o por mejor decirlo, una audición, puesto que lo que se le reveló no fue más que de palabra.

> Cansado, me adormecí gimiendo. Una voz muy piadosa oí diciendo: «Oh, estulto y tardo a creer y a servir a tu Dios… ¿qué hizo más por Moisés o David su siervo? Desde que naciste, siempre Él tuvo de ti muy grande cargo… Maravillosamente hizo sonar tu nombre en la Tierra. Las Indias, que son parte del mundo tan ricas, te las dio por tuyas, tú las repartiste a dónde te plugo, y te dio poder para ello. De los atamientos de la Mar Océana, que estaban cerrados

con cadenas tan fuertes, te dio las llaves... Tú llamas por socorro. Incierto, responde: ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces, Dios o el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios no las quebranta, ni dice, después de haber recibido el servicio, que su intención no era esa... Él va al pie de la letra: todo lo que Él promete cumple con acrecentamiento... No temas, todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa...».

Pudo ser un sueño, una especie de pesadilla reconfortante, una alucinación de un hombre tan propenso a los desbordamientos de su psique, el resultado de una reflexión interna: incluso, tampoco puede negarse la posibilidad de una invención del propio Colón puesta en clave simbólica y literaria. Lo que está perfectamente claro es que el Almirante no desvariaba del todo, pues que supo enderezar con habilidad suprema el sueño o revelación en favor de sus intereses. No deja de ser curioso que en un momento de tribulación casi insoportable, la voz consoladora no le reconforte de las desgracias sufridas en aquel funesto cuarto viaje, ni del absoluto fracaso de sus proyectos, sino que se limite a la mención de sus méritos y de sus derechos. Comienza astutamente con una lección de humildad: «oh, estulto y tardo en creer...». En otra ocasión la voz le llama «incierto», equivocado. Está claro que Colón no se presenta hablando con voz propia ni con prepotencia. Los reproches vienen de fuera, como vendrán después las alabanzas. El Almirante es un hombre predestinado por Dios a misiones grandes (siempre, tal vez desde que concibió su idea, se sintió un predestinado), y Dios le ha premiado con extraordinarios logros: le ha concedido la llave de la puerta de las Indias, le ha regalado enormes territorios e incalculables riquezas, le ha hecho famoso por los siglos. La voz no le conforta del sufrimiento en medio de continuas tempestades, la inutilidad de su búsqueda de un estrecho, el fracaso en la fundación de un establecimiento, la pérdida de dos carabelas... Le conforta recordándole la concesión de

vastísimas tierras que de hecho no son suyas, y de innúmeras riquezas, que no ha logrado. Y añade que si es desgraciado, la culpa no es de Dios, sino de los hombres. No de las tormentas ni de las exploraciones infructuosas, ni de las equivocaciones propias, sino de los hombres. Porque Dios cumple su palabra al pie de la letra, pero los hombres no la cumplen. Solo los hombres pactan unas concesiones, y luego alegan que «su intención no era esa»… ¡Qué hábil es Colón en este punto! Solo transcribiendo una revelación divina puede echar en cara a los Reyes Católicos el haber faltado a su palabra y no haber cumplido las condiciones estipuladas. No olvidemos que la melodramática escena de las palabras venidas del cielo está contenida en una relación del cuarto viaje redactada expresamente para los Reyes Católicos. El reproche está dirigido a ellos, o a sus mandatarios. El nombre de Cristóbal Colón, en cambio, pese a todas las injusticias sufridas, quedará escrito para siempre en «piedra mármol». La relación, aunque está referida a la época de la enfermedad y los infortunios vividos en América Central y a una «voz piadosa» oída durante aquellas jornadas, está fechada en Jamaica, en medio de una aterradora soledad, el 7 de julio de 1503. En el fondo, estas palabras, soñadas o inventadas, pero escritas con autocomplacencia, tuvieron que ser para el desgraciado consoladoras, en medio de una turbación sin precedentes.

Otro mar. Últimas esperanzas

No sabemos si fue en Veragua o en Panamá donde el Almirante oyó decir a los indios que al otro lado de las montañas había otro mar inmenso, y junto a él habitaban gentes poderosas y ricas, dueñas de una fastuosa civilización. El desorden del relato colombino es tal, que resulta muy difícil una referencia concreta al lugar y al momento en que se reciben estas maravillosas noticias del

«país de Ciguare». Tanto es así, que C. Jane cree que Colón se refiere a la civilización maya, y A. Cioranescu que se trata de una noticia sobre el imperio de los Incas. Parece lo más razonable suponer dos referencias distintas. Al principio, en agosto de 1502, Colón llega al golfo de Honduras, no lejos de la península de Yucatán, donde viven indios relativamente civilizados, que están en contacto con una civilización todavía superior: y hasta se ofrecen a guiar a los españoles a esa tierra de hombres tan dignos de ser conocidos. No cabe duda de que en este caso se trata de una alusión a los mayas, entonces ya en decadencia, pero que conservaban muchos restos valiosos de una admirable cultura, que no había desaparecido ni mucho menos. Y más allá estaban otros pueblos mexicanos, ocupando uno de los núcleos más poderosos, organizados y ricos del Nuevo Mundo. Sin embargo, Colón rechaza la oferta, porque lo que le preocupa es encontrar el estrecho de Catigara y llegar por su cuenta, y navegando, hasta el país de la especiería y otras culturas avanzadas. En cambio, lo que oye el Almirante en Veragua y Panamá es otra cosa. Allí no llega la influencia de los pueblos del Anáhuac y el Yucatán, pero sí alcanza la de otra civilización fastuosa. Colón entiende o cree entender, —o quiere entender— que a poca distancia, tras las montañas, hay otro océano, y que llegan a sus playas hombres del país de Ciguare. «Allí dicen que hay infinito oro, y que traen collares en las cabezas, manillas a los pies y a los brazos de ello [de oro] y bien gordas, y de él sillas, arcas y mesas las guarnecen y enforran… En Ciguare usan tratar en ferias y mercaderías… Otrosí dicen que las naos traen bombardas, arcos y flechas, espadas y corazas, y andan vestidos, y en la tierra hay caballos, y usan la guerra y traen ricas vestiduras, y tienen buenas cosas…».

¿Qué es lo que Colón traduce mal o añade de su propia

cosecha? Lo cierto es que no deja de pensar en el país de Ciguare, y en las infinitas posibilidades que reportaría el llegar a él. Lo ingrato del caso es que los indios ya no hablan de estrecho, sino de la necesidad de atravesar las tierras para llegar al otro mar. En otras palabras, parece que no hay un estrecho, sino un istmo. Y el Almirante deduce que Ciguare se encuentra con Veragua «como Pisa con Venecia o Tortosa con Fuenterrabía». Supone bien, solo que en realidad el istmo es mucho más estrecho. Hay puntos de Panamá en que el Atlántico y el Pacífico no distan más que ochenta y tres kilómetros. Y las noticias que recibe Colón no son muy distintas que las que le comunicaron a Vasco Núñez de Balboa los panameños del Atlántico nueve años más tarde, y que le decidieron a atravesar aquellas montañas y descubrir la Mar del Sur, en cuyas orillas encontraron aún más indicios de aquel país maravilloso. Es cierto que los incas no habían ocupado las tierras de Panamá, pero comerciaban en sus grandes naos —las balsas a vela— con aquellas tierras, y hacían ostentación de su grandeza. No tenían caballos, pero sí llamas, único animal de carga que se empleaba en el Nuevo Mundo. Uno de los soldados que acompañaban a Balboa y oyó pregonar tantas maravillas se llamaba Francisco Pizarro.

Colón pudo haber desperdiciado todavía otra ocasión única: atravesar el corto istmo y descubrir el Pacífico; tal vez traer más referencias de aquel imperio situado un poco más al sur. Pero en este caso no es posible pronunciarse sobre la cuestión. P. E. Taviani se pregunta si Colón, o un grupo de hombres enviados por él hubiesen podido atravesar las montañas y encontrar el mayor océano del mundo que se abre al otro lado; y concluye que no. La distancia, ciertamente, no es grande, pero el terreno es accidentado a más no poder, y ni el Almirante ni ninguno de los hombres

que le acompañaban eran expertos en expediciones terrestres. El mismo Balboa, que saldría de un punto de partida situado ya en Panamá y vendría bien provisto de armas y pertrechos, se vería en grandes dificultades para superar aquellas montañas y la hostilidad de unos indios que le pusieron en graves peligros. Bastante hazaña fue en 1503 que Bartolomé Colón —que el Almirante ya no estaba para esos trotes— subiera, acompañado de unos españoles y de unos indios, a una montaña desde la cual los naturales aseguraban que se veía el otro mar. Las nubes cubrían el horizonte, y nada columbraron. ¿Sería todo, a fin y al cabo, un invento de los indígenas? Con cuánta frecuencia, ya desde el primer viaje, los naturales habían asegurado que existían grandes riquezas en otras regiones algo distantes, tal vez para alejar a los descubridores de las suyas. Quizá, al final de su carrera descubridora, Colón empezó a aprender que las noticias maravillosas que los indios contaban de regiones alcanzables y riquísimas no correspondían a la realidad. Bastantes desengaños había sufrido ya. Y el hecho de que en las orillas de un mar al otro lado de las montañas existiera una fabulosa civilización de hombres vestidos fastuosamente, dueños de grandes naves, comerciantes de riquezas sin cuento, dotados de caballos y de piezas de artillería, producía la sensación de una mentira más, una mentira gigantesca. Ciertamente que los incas no poseían armaduras ni cañones, pero para una vez que las noticias de una avanzada civilización eran en líneas generales, ciertas, el Almirante no quiso concederles mayor importancia.

Colón, ya deshecho física y moralmente, no sabemos si para siempre desengañado o todavía no del todo, siguió descendiendo por la costa panameña. Por desgracia, ni el itinerario ni la cronología del cuarto viaje son susceptibles de una adecuada reconstrucción, porque las noticias de las

fuentes son en alto grado imprecisas y contradictorias. Pero de acuerdo con muchas versiones, parece que en abril de 1503 el Almirante llegó al golfo de Urabá, en la actual Colombia, la única nación del mundo que lleva su nombre. Oh, desesperación. La costa torcía definitivamente al norte. Se había perdido toda esperanza, y tanto el jefe de la expedición como sus colaboradores y sus marineros lo sabían. Los barcos carcomidos y medio llenos de agua, ya no podían seguir navegando: bastante milagro era, después de once meses de navegación casi ininterrumpida, haber llegado hasta allí. No sabemos casi por qué Colón quiso seguir a lo largo de la costa colombiana hacia el nordeste; tal vez pretendía empalmar con las tierras descubiertas en el tercer viaje, constatar lo entrevisto, o beneficiar las perlas de la isla Margarita; tal vez, simplemente, regresar a La Española por el mejor camino, ya que su prodigioso sentido de la orientación le decía que la isla estaba hacia el nordeste. Los pilotos y los marineros querían volverse al norte sin más. No olvidemos que, según testimonios bastante fiables, Colón había destruido o escondido sus mapas, de suerte que solo él conocía el camino del regreso. Pero esta vez su capacidad de persuasión había alcanzado su límite extremo, y la paciencia de los marineros también. Por primera vez se impuso la fuerza del número, y el Almirante hubo de ceder, por más que supiese, como los demás no sabían, que la salvación no estaba exactamente al norte. Derrota total, y, por si fuera poco, una decisión que podía costar cara a todos.

Al fin, en mayo, llegaron a los Jardines de la Reina, cerca de la costa sur de Cuba. Aquel dédalo de islas que parecían masas de vegetación flotante no ofrecía refugio alguno a los náufragos. Tenía razón el Almirante: La Española se encontraba más al este. Con infinitas dificultades, porque los barcos se hundían, trataron de encontrar un puerto de

salvación. Al fin, y porque el viento era contrario, hubo que llevar las dos carabelas hasta la cercana isla de Jamaica, que Colón ya había entrevisto dos veces. Después de una búsqueda que costó días, dieron con la acogedora bahía de Santa Gloria, y allí, el 15 de junio de 1503, embarrancaron las dos carabelas que quedaban en la arena de la playa, borda con borda. Ya no habían de flotar jamás. En ellas se hacinaban los tripulantes de los cuatro barcos, en total, ciento dieciséis supervivientes, de los ciento cincuenta que habían emprendido el viaje. Ya era un verdadero milagro que hubieran conseguido llegar hasta allí. Al fin en tierra, pero condenados a permanecer en ella durante no se sabía cuánto tiempo. Jamaica apenas era conocida más que por el Almirante, y muchos colonos de La Española ni sabían de su existencia. Los náufragos quedaban al albur de que algún día o algún año, un barco asomase por el horizonte, si es que llegaba a asomar alguna vez.

Eclipse

Los indígenas no dispensaron un mal recibimiento a los españoles, a pesar de que los vieron exhaustos y desvalidos. Es increíble que a Colón le quedasen todavía chucherías que intercambiar con ellos, pero el hecho es que le quedaban. Los españoles ya no reclamaban oro —tan inútil en aquellos momentos para ellos como para Robinson Crusoe el arca llena de tesoros que encontró en su isla desierta—, sino alimentos. Y los indios se los proporcionaron. La vida de los náufragos fue mísera, pero pudieron subsistir en precarias condiciones. Todos eran hombres duros, acostumbrados a las privaciones y a las exigencias de un ambiente hostil. Por lo demás, la bahía de Santa Gloria era un lugar acogedor, y los indios, a veces desinteresadamente, les proporcionaban lo más indispensable. Poco a poco, se acostumbraron a las condiciones de la dieta indígena. Colón sabía muy bien que

en aquella isla no podrían mantenerse indefinidamente, y negoció con los indios la adquisición de una canoa. Era un medio de navegación demasiado rudimentario, pero calculaba, y calculaba bien, que La Española no quedaba muy lejos, hacia el este. Con buen tiempo, la travesía podría efectuarse en unos cuantos días. Una vez encontradas las costas de La Española, todo consistía en seguir por ellas hasta llegar a Santo Domingo. No podía ni soñarse en utilizar este rudimentario medio de navegación para salvar a los náufragos, sino solo para llevar la noticia de su precaria situación, y pedir ayuda. En la canoa partiría Diego Méndez, al parecer especialista en estas lides, acompañado de algunos indios que actuarían de remeros. Era toda una aventura, de muy dudoso éxito, pero Méndez se ofreció animoso. Bradford le considera «el héroe del cuarto viaje», y en cierto modo tiene razón, por cuanto los náufragos fueron rescatados gracias al riesgo que quiso correr. La «relación» de Colón a los Reyes Católicos está fechada el 7 de julio de 1503, justo el día del primer intento de Méndez. El Almirante se valía de esta posibilidad para dar cuenta de su viaje y de paso recordar todos sus derechos y las injusticias de que había sido objeto; en un estado de enfebrecimiento anímico, de sensación de fracaso y de incomprensión, se explican tanto el admirable desorden del relato como la alternancia entre este y las más diversas consideraciones, incluidas las revelaciones celestiales; con todo, el documento es de un valor inigualable.

Había comenzado la estación de las lluvias, y con ella los frecuentes temporales. Diego Méndez salió de la isla por lo menos cuatro veces, y hubo de regresar ante la hostilidad desatada de los elementos. Fue paciente, y al fin creyó poder realizar el viaje definitivo el 15 de agosto. Desapareció en la lejanía, y desde entonces, transcurrieron días, semanas,

meses, sin que llegara a conocerse noticia alguna del resultado de su intento. El desánimo comenzó a cundir entre los náufragos. ¿Estarían condenados a permanecer indefinidamente en aquellas playas? ¿Convendría intentar de nuevo la peligrosa aventura? Los abandonados en la bahía de Santa Gloria no sabían absolutamente nada; nosotros sabemos que el intento final de Diego Méndez tuvo éxito: en una navegación de solo cinco días, consiguió llegar a La Española, y de allí pudo seguir hasta Santo Domingo. Ovando tuvo conocimiento de la situación de los náufragos de Jamaica, pero no parece que pusiera demasiado entusiasmo en su rescate. Tal vez la dureza de su carácter, tal vez su estricto legalismo —puesto que había recibido órdenes concretas de no dejar desembarcar a Colón en La Española—, tal vez, como aducen algunos, el temor de que la presencia del Almirante en la isla pusiera en peligro su gobernación, le llevaron a una conducta reticente que difícilmente puede merecer más que censuras de la historia. El hecho de que el gobernador no supiese que los reyes habían concedido autorización a Colón para recalar en La Española si se veía precisado a regresar por el Atlántico no le disculpa gran cosa. Con todo, parece que Ovando envió una carabela a las órdenes de Diego Escobar, que no habría conseguido localizar a los náufragos o se limitó a enviarles algunas provisiones. No lo sabemos con certeza. Tan solo sabemos que el 4 de marzo de 1504 Colón escribió una carta a Ovando —sin dejar de alegar sus derechos, pero en el tono muy sumisa— contestando a otra del gobernador: por tanto, hubo alguna forma de contacto entre los dos hombres.

Sea lo que fuere, que no lo conocemos bien, lo cierto es que transcurrieron meses sin que los náufragos de Santa Gloria tuviesen noticia alguna del exterior. Había sobrevenido la estación seca, el llamado «verano» del

Caribe, aunque coincidiese con el invierno astronómico. ¿No sería aquel el momento de tratar de establecer de nuevo contactos con Santo Domingo? Diego Méndez, al parecer, había fracasado; pero otros podían tener éxito. Algunos españoles exigieron a Colón la autorización para huir en canoas. El Almirante se negó. Cabe suponer que la petición cobró aires altaneros a los que el jefe supremo, muy celoso siempre de su autoridad, no debía plegarse; o bien es que este cobró la conciencia de que aquel sistema de evacuación no serviría sino para provocar defecciones aisladas sucesivas, dejando a muchos de los náufragos —cada vez menos y cada vez más desasistidos— en la isla. Lo cierto es que la disputa degeneró en violencia, y al fin en abierta rebelión. En enero de 1504 se llegó a una lucha abierta. Tres amotinados resultaron muertos, pero no por eso volvió la armonía, porque los rebeldes, dirigidos por Francisco de Porras, mantenían su desobediencia. La colonia se había dividido en dos bandos. Y entonces se repitió la situación que ya se había vivido en La Española años antes: mientras los españoles se mantuvieron unidos, los indios se mostraban sumisos. En cuanto intuían discordias entre aquellos seres superiores, se esfumaba su carisma y surgían las actitudes hostiles de los nativos. Esta vez la colaboración fue haciéndose cada vez más fría, hasta cesar por completo. Los españoles se vieron en trance de desvalimiento, y rodeados de una actitud muy poco amistosa por parte de los isleños que les hacía muy difícil procurarse medios de subsistencia por su cuenta. Hubo que prohibir a los náufragos que salieran de la playa y se alejaran de la inmediación de las carabelas varadas, ante las emboscadas de los indios. La situación se estaba haciendo insostenible. Colón se quejaba de que los jamaicanos no fueran capaces de distinguir entre españoles buenos y españoles malos, pero

la verdad es que los indígenas no contaban con criterios suficientes para establecer esa distinción. La vida de la mísera colonia llegó a un momento extremo de crisis. Y fue entonces cuando se produjo un acontecimiento que al parecer cambió por completo la situación.

Muchas biografías medianas de Colón, o hasta diversos relatos dispersos nos cuentan la misma historia: el descubridor de las Indias se veía en una situación desesperada por la hostilidad de los naturales, cuando acertó a predecir un eclipse de sol. Amenazó a los indígenas con borrar la luz del día y castigarles con una noche eterna si no le ayudaban. Y, efectivamente, el eclipse predicho por Colón se produjo. El sol desapareció del cielo, se hizo la noche en pleno día, y los indios corrieron aterrados a rogar al descubridor que suspendiera el pavoroso prodigio. El Almirante, asumiendo toda la solemnidad que requería el caso, exigió a aquellos salvajes que le suministraran todos los alimentos que les pedía, el sol volvió a lucir como no podía menos de esperarse, y desde entonces los expedicionarios fueron servidos con sumisa fidelidad. Hay personas cultas no muy versadas en historia que siguen creyendo esta leyenda tan difundida por el mundo. La verdad fue bastante distinta, aunque es cierto que se produjo un eclipse. Ante todo, preciso es tener en cuenta que Colón no poseía los conocimientos ni los medios para hacer por sus propios cálculos tal predicción. Los fenómenos estaban señalados en las efemérides de Regiomontano que llevaba consigo. Por supuesto, un eclipse de sol, aunque figurase en las tablas, solamente era visible en zonas muy concretas de la Tierra, zonas que ni Regiomontano podía precisar con seguridad. Lo que ocurrió, como sabe casi todo el mundo, es que el eclipse predicho no fue de sol, sino de luna, un hecho mucho menos espectacular, pero visible en un área muy

amplia, todo un hemisferio —aquel en que eventualmente es de noche— y por tanto susceptible de ser predicho con bastante acierto. Así lo precisa la *Historia del Almirante*, la fuente que nos proporciona más detalles sobre el hecho. Don Cristóbal «acordóse de que al tercer día habría un eclipse de luna, al comienzo de la noche, y mandó que un indio de La Española que estaba con nosotros, llamase a los indios principales de la provincia… y les dijo por el intérprete… que viendo Dios el poco cuidado que tenían en traer bastimentos…, estaba irritado con ellos, y tenía resuelto enviarles una gran hambre y peste. Como ellos quizá no le diesen crédito, quería mostrarles una señal evidente de esto, en el cielo, para que más claramente conociesen el castigo que les venía de su mano. Por tanto que estuviesen aquella noche con gran atención al salir la luna, y la verían aparecer llena de ira, inflamada, denotando el mal que quería Dios enviarles…».

Tampoco esta versión es segura. Si don Cristóbal suele exagerar las cosas, no menos exagerado es su hijo a la hora de destacar acendradamente los méritos del padre. En efecto, se produjo un eclipse de luna en la noche del 29 de febrero de 1504, año bisiesto, al 1.º de marzo. Las tablas de Regiomontano predecían el eclipse para la ciudad alemana de Ulm en que se encontraba, para la 1 h 36 m del día 1.º de marzo. No es fácil que Colón pudiese calcular la hora exacta en que el fenómeno se produciría en Santa Gloria, porque no tenía medios para calcular su longitud geográfica. Evidentemente, se encontraba más al oeste que Europa, y la hora local del eclipse sería bastante anterior a la de Ulm, seguro que el 29 de febrero: pero no sabía exactamente con qué diferencia. Y es más, como creía o se empeñaba en creer que se encontraba en el antimeridiano, el eclipse podría tener lugar en pleno día, con la luna invisible bajo el

horizonte. ¡Nuestro Almirante se habría lucido delante de los indios, y en ese caso sí que estos hubiesen podido comérselo de verdad! Ahora bien, Jamaica se encuentra en el hemisferio occidental, y la diferencia de hora con Ulm no es tan fuerte como Colón hubiera podido suponer. El Almirante estaba atento a lo que pudiera ocurrir para aprovecharse del evento. Hoy sabemos que el primer contacto del eclipse en Santa Gloria se produjo a las 18.01 hora local, del 29 de febrero, y la luna salió a las 18.10, es decir, apenas comenzado el fenómeno: solo un observador perspicaz hubiese podido advertirlo. Colón, ya lo sabemos, era un observador perspicaz. Y únicamente en aquel justo momento hubiera podido realizar su ominosa profecía.

Todavía podemos preguntarnos algo más: ¿es que los indígenas no habían visto nunca un eclipse de luna? Estos fenómenos se repiten con relativa frecuencia para un lugar cualquiera de nuestro planeta, por lo menos una vez al año, en ocasiones dos. Los indios vivían en pleno contacto con la naturaleza, y, dieran o no importancia a los eclipses, tenían que estar familiarizados con ellos. ¿Iban a quedar los jamaicanos aterrados por un fenómeno que ya habían contemplado bastantes veces en su vida? ¿Fue aquel un eclipse rojo, «sangriento», o cobró la luna un apacible tono gris oscuro? Hernando Colón, que debió presenciarlo, y escuchó sin duda las lecciones de su padre, tan aficionado a la didáctica, recuerda sin duda que fue un eclipse «sangriento». Pero eso tampoco hubiera podido predecirlo el Almirante.

Sea lo que fuere, parece que este aprovechó el fenómeno para atemorizar a los indios, y estos le sirvieron desde entonces con fidelidad. Eso es al menos lo que nos cuenta Hernando, y no hay motivos para no creerle, siempre que no exageremos la importancia de lo ocurrido, que no debió

tenerla en grado excesivo. Por otra parte, a las 20.06 terminó la totalidad del eclipse, y a las 21.27 brillaba la luna en toda su plenitud. Colón, en su increíble *Libro de las Profecías*, nos cuenta el desarrollo de este fenómeno celeste, y, aunque calcula mal la longitud geográfica —exagerando siempre a favor de su tesis— deja bien en claro que lo observó con detalle. Es posible, aunque no seguro, que la actitud de los indios hubiese cambiado desde aquel momento. En marzo debió de llegar, de alguna manera, un mensaje de Ovando, y al fin, a finales de mayo, Diego de Salcedo pudo enviar dos barcos de rescate. La odisea había terminado.

El último regreso

En junio de 1504 llegaron a Santa Gloria las dos carabelas dirigidas por Diego de Salcedo, que procedieron al rescate de los náufragos. Colón perdonó entonces a los rebeldes, excepto al mayor de los hermanos Porras, que juzgaba el más peligroso de sus enemigos, al que se llevó prisionero. Al fin aquellos españoles, que habían vivido precariamente un año entero en una isla, a punto de morir mil veces y enemistados entre sí, se hallaban a salvo, a bordo de naves seguras, y camino de La Isabela. Nicolás de Ovando, qué duda cabe, se había portado mal, incluso inhumanamente, con el Almirante, prolongando de manera inicua su abandono en Jamaica. Ahora, al fin en La Española, le recibió de modo afable y supo de todas sus penurias. Las relaciones entre los dos hombres parecen haber sido cordiales, aunque Ovando quiso dejar en claro quién gobernaba en la isla, y se negó a juzgar a Porras, con el argumento de que quienes tenían que fallar en el contencioso eran los reyes. En los dos meses y medio que permaneció en Santo Domingo, Colón pudo restablecerse parcialmente, y al fin, a mediados de septiembre embarcó en una de dos carabelas que regresaban a España. Por cierto

que una de ellas quebró el mástil apenas salida de Santo Domingo, y llegaría más tarde a España, con bienes, documentos y pertenencias del Almirante. La primera carabela, con Colón a bordo, llegaría a Sanlúcar el 7 de noviembre de 1504. Fue el último viaje por mar de Colón, aquel hombre que había pasado la mayor parte de su existencia surcando las aguas.

Ninguno de los regresos había sido del todo feliz, según hemos comentado en otro momento, y por diversas razones. El cuarto pudo ser más plácido que el tercero, en cuanto que el Almirante pudo realizarlo en plena libertad, sin eventos ingratos, pero también sin alegrías, por la «vuelta de poniente» y la región de los vientos variables, que le tuvo surcando las aguas más de mes y medio. Tal vez Colón intuyó que era su último viaje. Había corrido infinitas penalidades, no había encontrado el estrecho de Catigara ni la entrada al Sinus Magnus que le hubiera abierto el camino de las especias ni de la India; tampoco había dado con las fastuosas civilizaciones de que le habían hablado los indígenas. Había perdido sus cuatro naves, se había ganado enemigos, y había permanecido en Jamaica un año entero, en las más penosas condiciones, y sin saber si alguna vez podría salir de allí. Ahora se hallaba a salvo, de regreso a España, enfermo y con pocas esperanzas, aunque su ánimo tenía una condición indomable, y sabía que los Reyes Católicos, especialmente la comprensiva Isabel, no le abandonarían nunca. De Sanlúcar se trasladó a Sevilla. Ya no volvería a ver el mar.

CONCLUSIÓN

El resto de la historia nos interesa muy poco. Porque es muy triste y porque existen excelentes biografías de Colón, que reconstruyen todos los detalles de su existencia hasta el final, aunque nada tengan que ver con los viajes marítimos y con los descubrimientos. El Almirante de la Mar Océana pudo haber muerto al regreso de su primer viaje. Sin duda, hubiera sido más probable la catástrofe que la salvación. Pudo fallecer de calor y sed en las calmas ecuatoriales en julio de 1498. Se lo pudo haber tragado el ciclón que envió al fondo de los mares a la flota enviada por Ovando en el verano de 1502. Pudo haber fallecido en los días tremendos de Santa Gloria. Sin embargo, murió con relativa placidez en Valladolid, en 1506. No le estaba reservado un final heroico ni tampoco un final trágico: que hubieran sido, supuesto lo que fue su vida, los desenlaces más probables. Por supuesto, la despedida de Colón no fue feliz. Tampoco lo había sido, pese a todo, gran parte de su existencia, ni antes —incomprendido— ni después —discutido— del descubrimiento de América. Su gloria sería reconocida más tarde. Pero la historia del mundo fue como fue merced a sus ideas y a sus iniciativas. Genial y disparatado, perseverante, con una insistencia infinita en todo, hasta en sus errores, ¡pero no solo en ellos!, abrió las puertas de un Nuevo Mundo y también de una nueva edad. Y, como consecuencia de su obra, ya nada podría ser como hasta entonces.

Marino en tierra

Marino en tierra

Era noviembre de 1504. El otoño de Sevilla suele ser relativamente tibio y con frecuencia sereno, más que la inconstante primavera. Pero Cristóbal Colón estaba acostumbrado a los climas tropicales, y se quejaba del frío. Cansado y enfermo, se movía con dificultad. En sus cartas, la mayor parte de ellas a su hijo Diego, se considera tullido e inválido, incapaz de acudir a Valladolid, donde suponía a los reyes. Fray Bartolomé nos aclara que padecía gota. Lo más probable es que sufriera de artritis o artrosis, contraída en tantos días de navegación, a veces en las más penosas circunstancias, rociado por los pantocazos de las olas y sin haber dormido, porque Colón nunca quiso abandonar el control de sus naves día y noche, y acabaría perdiendo el hábito del sueño. Era un hombre acabado, aunque posiblemente no pasaba de los cincuenta y cinco años; según todas las descripciones, aquel hombre pelirrojo que había llegado a España veinte años antes, tenía entonces los cabellos, sobre escasos y ralos, completamente blancos.

En Sevilla contaba con buenos amigos, pero necesitaba visitar cuanto antes a los reyes. Para rehabilitarse y para recobrar sus derechos sobre las tierras descubiertas. Tal vez no volvería ya nunca a ellas, pero podría disfrutar de sus beneficios y convertirse al fin en un personaje importante. Se le vio también interesado en dejar la herencia íntegra de estos derechos a sus sucesores. Los reyes lo arreglarían todo, o por lo menos casi todo. Pero no se sentía capaz de cabalgar hasta Valladolid o dondequiera que los monarcas se encontrasen en aquel momento. En aquel mismo mes de noviembre, solicitó del cabildo catedral la cesión de las andas que habían servido para traer el cuerpo del cardenal don Diego Hurtado de Mendoza: un modo un tanto fúnebre de viajar, al menos por el recuerdo que aquellas angarillas

suponían, pero el mejor medio de transporte para un hombre tullido como él. Muestra de que Colón tenía buenas amistades en Sevilla es el hecho de que a los pocos días de la solicitud, el 26 de noviembre, el cabildo catedral accedió a ella. Justamente aquel día, aunque Colón no lo supo hasta por lo menos una semana después, moría en Medina del Campo Isabel la Católica. Había desaparecido su principal valedora, y las esperanzas de encontrar resarcimiento se habían desvanecido casi totalmente. Fernando se había hecho cargo de la regencia de Castilla, en tanto no llegaba de Flandes la nueva reina doña Juana, con su esposo don Felipe el Hermoso. ¿En quién encontrar ayuda? ¿Quién querría escucharle? ¿Podía albergar todavía esperanzas?

Colón permaneció en Sevilla mucho más tiempo del que había pensado. Quizá porque no sabía muy bien lo que tenía que hacer, ni a qué persona real acudir; pero probablemente, sobre todo, por su precario estado de salud. En diciembre hizo un frío intenso (o al menos Colón lo sintió así). En enero de 1505 se registraron fuertes riadas, una de las cuales anegó las calles de la ciudad. Colón no se sintió con ánimos para emprender el viaje —un viaje casi humillante y en cortas jornadas— hasta abril. En mayo fue recibido por don Fernando en Segovia. El monarca supo hacer gala de su hábil diplomacia, y no se comprometió a nada. En parte porque desconfiaba de aquel hombre que a su juicio había fracasado en la mayor parte de sus empresas y se había revelado como un pésimo administrador, que ahora reclamaba sus derechos sobre todo lo descubierto, cuando ya otros descubridores habían encontrado nuevas tierras y las estaban colonizando con éxito. Conceder a Colón la responsabilidad de tan inmensos territorios le parecía un disparate. El genovés merecía, ciertamente, reconocimiento y buenas rentas, pero no se podía acceder a todo lo que pedía, so pena de poner en

peligro el naciente imperio español. Don Fernando esgrimía también que el Almirante se había comprometido a llegar a las Indias, y no había cumplido ese compromiso. Colón se aferró una vez más a su obsesión, cada vez más discutible, de que los territorios a que había llegado formaban parte de las Indias: era quizá, aunque él no se diera cuenta, la forma más evidente de demostrar que había fracasado. Cierto que don Fernando ordenó que se le pagase todo lo que se le debía por su cargo y sus rentas, y que se sufragase el coste de su último viaje; pero el descubridor, de acuerdo con su lógica, pretendía mucho más. Al fin parece que el rey, deseoso de zanjar la cuestión, le ofreció tierras y buenas rentas, con que pudiesen él y sus descendientes vivir como grandes señores, a costa de la renuncia a los territorios ultramarinos. Colón, indignado, rechazó la oferta. El monarca no negó los posibles derechos del descubridor, pero todo dependía de lo que decidieran en su momento los tribunales. Él no poseía entonces la plena soberanía de Castilla.

Colón se retiró a Valladolid, y allí esperó la llegada de doña Juana y don Felipe, que tal vez se mostrarían más comprensivos. Les escribió varias cartas de sumiso acatamiento, que no fueron contestadas. En la capital castellana viviría así más de un año. No pobre, como tantas veces se ha dicho. Seguía siendo Almirante y disfrutaba de apreciables rentas, aunque no tan cuantiosas como él hubiera querido. Nunca le faltaron amigos y personas reconocidas. El 25 de agosto de 1505 había dictado su testamento en Segovia, y el 19 de mayo de 1506, en Valladolid, intuyéndose ya muy cerca del fin, dictó la versión definitiva. Moriría, rodeado de unos cuantos amigos, al día siguiente. Su fallecimiento no causó gran sensación. Mucha gente, en Valladolid y en otras ciudades de España, apenas le conocía. Su fama, inmensa, pero efímera, le había

rodeado desde su presentación en Barcelona en 1493, hasta la partida de la segunda expedición en el verano siguiente. Luego, las malas noticias que llegaban de la Española, las críticas de quienes estaban a sus órdenes, el relativo fracaso de viajes sucesivos, y su destitución como gobernador de La Española le habían dejado en una especie de segundo lugar ante sus contemporáneos, una situación de la que ya nunca se resarció. La empresa de Indias siguió despertando interés en Sevilla, Cádiz, Sanlúcar, pero tardaría algunos años en ser bien conocida y popular en el resto de España, y entonces serían otros, los conquistadores, los gobernadores, los grandes mercaderes de Indias, los que estuvieran en el candelero. En los siglos XVI y XVII se habló muy poco de Cristóbal Colón. América estaba allí, y su presencia enorme se había hecho patente en la conciencia de los españoles y de los demás europeos, pero el nombre de su descubridor apenas sonaba. En el XVIII empezó a reivindicársele, y en el XIX, por obra de la historiografía y la literatura romántica, sería considerado ya como uno de los grandes personajes de la historia universal. El siglo XX es el que, al fin, registra un enorme interés de los especialistas y del público en general por la persona y la obra de Cristóbal Colón. Su memoria tuvo que esperar sorprendentemente mucho tiempo antes de que se le hiciera justicia. En parte tal vez por su empecinamiento en atribuirse un mérito que no había alcanzado, y haber renunciado a un mérito incomparablemente mayor. En parte también por otros motivos menos explicables. Hoy figura, qué duda cabe, entre los personajes más ilustres y famosos de la historia universal.

El secreto y el tormento de Colón

Aquel empecinamiento no solo pudo disminuir la fama

del descubridor en vida o después de su muerte, sino que habría de marcar uno de los sentimientos más secretos y hasta más profundos de los últimos años de su vida. Está perfectamente claro que su proyecto, concebido no sabemos muy bien cómo y cuándo, pero despierto ya por lo menos desde sus años portugueses, consistió en llegar al Extremo Oriente, Cipango y Catay, navegando por el Atlántico hacia el oeste Tal vez, sin modificar en absoluto la idea original, fue pasando, —quizá por obra de la creciente inminencia de la llegada de los portugueses a la India, y la fama no menos creciente de la valoración de la especiería en las sociedades renacentistas— de los sueños de los imperios orientales descritos por Marco Polo a los del mundo indostánico y del sureste asiático. Pero, en definitiva, la idea era —esa y no otra— llegar a Oriente por Occidente, a los extremos de Asia a través de la Mar Océana. Esa idea, ya lo hemos visto, no es en absoluto original, pues que la encontramos en Aristóteles, en Ptolomeo, en Marino de Tiro, en Séneca, también, hasta cierto punto, en los geógrafos prerrenacentistas, y muy especialmente en Paolo del Pozzo Toscanelli. Observemos de paso que lo que se trataba de descubrir no era una tierra nueva, sino un camino nuevo a una tierra ya conocida, que habían visitado viajeros occidentales y de la cual se poseía un buen número, aunque no del todo suficiente, de referencias.

A muchos se les había ocurrido semejante idea, pero, al menos que sepamos, nadie pretendió llevarla a la práctica antes de Cristóbal Colón. En la iniciativa de poner por obra lo que había sido siempre una teoría, pero nada más que una teoría, radica el mérito insigne del descubridor. Y Colón, por razón de su carácter obstinado, por su tendencia a las ideas fijas, por un convencimiento interno especialísimo, o por sentirse personalmente predestinado a la empresa, puso en

la realización del proyecto su alma, su vida, un empeño sobrehumano capaz de sobrepujar toda adversidad. Durante años insistió en la corte portuguesa, a pesar de los dictámenes adversos de los técnicos. No menos de siete se afanó por encontrar ayuda en España, pese a todas las oposiciones y todas las contrariedades. A punto estaba de ofrecer su proyecto en Francia e Inglaterra —a quienquiera que fuese, antes que renunciar— cuando los Reyes Católicos lo aceptaron, y hasta se comprometieron a favores excesivos precisamente porque no tenían excesiva confianza en el proyecto. Todo el primer viaje es un ejercicio de fe casi inexplicable. Una travesía arriesgada y maravillosa, que constituye una de las aventuras más hermosas de la historia. Y al término de aquel viaje rumbo a la esperanza, que apenas otra cosa se podía llamar, Colón encontró la otra orilla del Océano, y descubrió un Nuevo Mundo, no simplemente un nuevo camino, como pretendía. Su descubrimiento fue en sí más importante y tendría consecuencias históricas mucho más decisivas y espectaculares que aquello que había proyectado. El contacto de Europa con América, en los tres siglos de la Edad Moderna, fue incomparablemente más profundo y fecundo que el contacto con Asia. Y, sin embargo, el descubridor persistió obstinadamente en su idea de siempre, y contra toda evidencia. Colón era un hombre extraordinariamente inteligente, dotado de rasgos geniales, un excepcional navegante, capaz de superar dificultades que parecían insalvables. Tuvo un golpe de vista como pocos llegaron a tener en su tiempo. Casi autodidacta, llegó a ser algo parecido a un humanista, y supo mostrar una cultura impropia de un marino de fines del siglo XV. Agudo, perspicaz, convincente, hizo gala de una capacidad admirable para proseguir su empresa a pesar de todas las dificultades y todas las contradicciones. Y, sin embargo, se

sintió presa de su idea fija, y en ningún momento quiso abdicar de ella, pese a todas las compensaciones que pudiera depararle su abdicación. Se empeñó en ver Cipangos y Catayes donde no había más que salvajes. Hizo jurar a sus compañeros que Cuba era un continente cuando ya estaba seguro de que era una isla, despreció el continente sudamericano, cuya existencia supo intuir como nadie hasta entonces, en aras de la cada vez más lejana posibilidad de llegar al asiático, y se desgañitó buscando un estrecho donde no lo había. El cuarto viaje, concebido exclusivamente para llegar a la India, selló su fracaso y le dejó herido para siempre.

Sin embargo, Colón tuvo que saber, porque aunque obstinado y visionario, era inteligente y finísimo observador, que había llegado a otra parte. Esa intuición debió cobrar caracteres definitivos cuando en 1498 llegó a las bocas del Orinoco y dedujo con lógica impecable que hacia el sur tenía que extenderse un continente inmenso. Luego, no sabemos si intencionadamente o no, pero con la intención de insistir en su tesis «oriental» mezcló este sensacional hallazgo con otro mucho más sensacional todavía, pero sin el menor asomo de racionalidad. El río enorme procedía del Paraíso Terrenal, y todos los entendidos y exégetas de la baja Edad Media sabían o creían saber que el Paraíso, por inaccesible que fuera de hecho, estaba «al extremo del Oriente». Colón sacrificó todos sus descubrimientos, aun los más insignes, en función de su prurito invencible de haber llegado a tierras orientales. Contradicho una y otra vez por sus contemporáneos, insistió en sus tesis, cada vez menos probables, cada vez menos evidentes, hasta empeñarse en lo imposible y despreciar la importancia de lo que realmente había descubierto. Y lo que había descubierto era un mundo nuevo —«Vuestras Altezas tienen acá otro mundo»—, un

mundo que solo treinta o cuarenta años más tarde habría de revelarse como más rico y más lleno de maravillas que la China y la India juntas: eso, por supuesto, Colón no pudo adivinarlo, porque no era un profeta, a pesar de sus raras dotes de clarividencia. Pero pudo intuirlo, porque, además, era excepcionalmente intuitivo.

Un hecho que en ningún momento debemos perder de vista es que el descubridor no solo se engaña, diríamos que casi inconscientemente, a sí mismo, sino que intenta engañar, al menos con imprecisiones o exageraciones, a los demás. Renunció demasiado pronto a Cuba-Catay cuando todavía era posible, aunque incómodo, barloventear contra los «nortes». De haber estado tan seguro como dice de encontrarse entre Zaitón y Quinsay, hubiera expuesto mil veces su vida con tal de llegar a tan adorables destinos. Identificó al país de Cibao, en La Española, con Cipango, el Imperio del Sol Naciente, pero no se esforzó demasiado en continuar viaje para dar con él. El maravilloso proyecto se relegó para una segunda expedición, si es que en ella encontraba tan deseado objetivo, que no lo encontró En el tercer viaje huyó como del fuego del delta del Orinoco, y luego, en La Española, no quiso organizar una expedición al país de Paria, para no encontrarse con la evidencia de que había llegado a un continente nuevo, extendido hacia el sur, que no a Asia.

Colón intuyó su error tal vez desde muy pronto, y en ocasiones revela, casi inconscientemente, ese error, pero no quiere confesarlo paladinamente. Ya sea porque su obsesión no admitía contradicciones, ya porque no perdía la esperanza de tropezarse un día con las verdaderas Indias, y beneficiarse de las rentas que le habían prometido los Reyes Católicos. El desengaño anidó en el alma de Colón no sabemos a partir de qué momento, quién sabe si en forma de

sospecha, relativamente pronto; pero sin duda en los últimos años de su existencia. Y comprendió al fin que había cometido un colosal error. Había despreciado un hallazgo de posibilidades inmensas, un mundo nuevo, la *quarta pars mundi*, por una zona del mundo viejo a dónde no había podido llegar por el Atlántico, y a dónde los portugueses ya estaban llegando por el otro lado. ¿Acaso no hubiera valido la pena presentarse ante los reyes, ante los españoles, ante la inquieta curiosidad de los hombres del Renacimiento, como el descubridor de un Nuevo Mundo? Un buen ensayo de una historiadora genovesa, Laura Balletto, al filo del Quinto Centenario, analiza con sagacidad este remordimiento final de Colón, la conciencia de la obstinación que le hizo reconocer demasiado tarde que más le hubiera valido agarrarse a las realidades infinitamente prometedoras de lo que había encontrado y empezado a explorar, que a su viejo proyecto. Era el Nuevo Mundo su verdadero y sensacional descubrimiento, un descubrimiento que quedó grabado —este sí— en «piedra mármol», y que por siglos habría de recordarle la humanidad. ¿Fueron la terquedad, la obstinación o el amor propio los que le impidieron reconocerlo públicamente a tiempo? Al regreso de su cuarto viaje, era ya demasiado tarde. Y al fin parece que lo comprendió. «Sin duda —escribe Balletto— fue este su último e inconfesado tormento». Cristóbal Colón murió amargado. No sabía que, pasados los siglos, el mundo le agradecería el hecho de haber encontrado más que lo que se había propuesto, y de haber cambiado la historia más allá de toda esperanza.

BIBLIOGRAFÍA

Arciniegas, Germán, *Américo Vespucio y el Nuevo Mundo.* Madrid, Alianza, 1990.

Arranz, Luis, *Cristóbal Colón.* Madrid, *Historia 16*, 1986.

—*Los viajes de Colón.* Madrid, *Información e Historia*, 1996.

Asensio, José M.ª, *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos.* México, Edit. Valle de México, 1991.

Ballesteros Beretta, Antonio, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América.* Vols. IV y V de la *Historia de América y de los pueblos hispánicos*, dirigida por el mismo autor, Barcelona, Salvat, 1955. Sigue siendo un clásico.

Balletto, Laura, *Cristoforo Colombo e la sua época.* Roma, Bulzoni, 1993.

Bedini, Silvio, A., (edit). *The Christopher Columbus Encyclopedia.* Houndmills, Macmillan, 1992.

Benassar, Bartolomé y Lucille, *Un monde nouveau?* París, Plévin, 1991.

Bernardini-Sjoestedt, A., *Cristóbal Colón.* Madrid, Castilla, 1965.

Berton, Georges, *Christophe Colomb.* París, Bordas, 1982.

Carrero, Luis María, *El secreto de Cristóbal Colón.* Salamanca, Universidad, 1994.

Cioranescu, Alexandre, *Colón, humanista.* Madrid, Prensa Española, 1967.

—*Colón y Canarias.* La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 1959.

Clare, John, *Christophe Colomb*. París, Gamma, 1992.

Coín Cuenca, Luis Miguel, *Aspectos náuticos de los cuatro viajes colombinos.* Cádiz, Publicac. Universidad, 1993.

Colón, Cristóbal, *Diario de a bordo.* Madrid, Globus, 1994

—*Diario de a bordo*, edición de Luis Arranz, Madrid, *Historia 16*, 1991.

Colón, Cristóbal, *Diario del primer y tercer viaje*, edición de Consuelo Varela. Madrid, Alianza, 1989.

—*Textos y documentos completos*, edición de Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1992

Colón, Hernando, *Historia del Almirante*, edición y estudio por Luis Arranz. Madrid, *Historia 16*, 1985.

Colón, Hernando, *Historia del Almirante*, última edic. por M. Carrera Díaz. Barcelona. Ariel, 2003.

Comellas José Luis, *El cielo de Colón. Técnicas náuticas en la época del descubrimiento.* Madrid, Tabapress, 1991.

—*El mapa de Cristóbal Colón.* Barcelona, Moleiro Editor, 1995.

Debray, Régis, *Cristóbal Colón, el visitante del alba.* Madrid, Hyperion, 1992.

De Lollis, Cesare, *Cristoforo Colombo nella leggenda e nella storia.* Última edic., «definitiva», Firenze, Sansoni, 1969.

Descola, Jean, *Cristóbal Colón, el infortunado descubridor del Nuevo Mundo.* Barcelona, Provensa, 1985.

Díaz Alejo, R., *La gran aventura del Descubrimiento de América.* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1963.

Duchet-Sachaux, Gaston, *Christophe Colomb.* París, Hachette, 1991.

Díaz Trechuelo, Lourdes, *Cristóbal Colón primer Almirante de la Mar Océana.* Madrid, Palabra, 1991.

Eslava Galán, *El enigma de Colón y el descubrimiento de América.* Barcelona, Planeta, 1992.

Fernández Armesto, Felipe, *Cristóbal Colón.* Madrid, Crítica, 2004, última edición, Madrid, Ediciones Folio, 2004.

Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia General y Natural de las Indias.* Madrid, Edic. Biblioteca Autores Españoles, 1959.

Flint, Valerie, *The imaginative landscape of Chistopher Columbus.* Princeton University Press, 1992.

Gallego, Gregorio, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América.* Madrid, Urbión, 1981.

Gance, Abel, *Christophe Colomb.* París, Berton, 1991.

Gil, Juan, *Mitos y utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo.* Madrid, Alianza Universidad, 1989.

Granzoto, Gianni, *Cristóbal Colón.* Barcelona, Vergara, 1985.

Guillén Julio, *El primer viaje de Cristóbal Colón.* Madrid, Edit. Naval, 1990.

Heers, Jacques, *Cristoforo Colombo.* Milano, Musconi, 1983.

Houben, H. H., *Cristóbal Colón: de la leyenda al descubrimiento.* Barcelona, Juan Gili Editor, 1942.

Jos, Emiliano, *El plan y la génesis del descubrimiento colombino.* Valladolid, Museo de Colón, 1980.

Kneib, Martha, *Christopher Columbus*. Nueva York, Rosen, 2003.

Kaguarda Tría, Rolando, *La ciencia española en el descubrimiento de América*. Valladolid, Museo Colón, 1990.

Landström, Bjorn, *Colón*. Barcelona, Juventud, 1971 (texto e ilustraciones).

Las Casas, Bartolomé de, *Obras escogidas. Historia de las Indias*. Madrid, Ed. Biblioteca de Autores Españoles, 1957. Para los viajes de Colón, vid. vols. I y II.

Lequenne, Michel, *Cristóbal Colón, Almirante de la Mar Océana*. Madrid, Aguilar, 1992.

—*Christophe Colomb contre ses mythes*. Grenoble, Millón, 2002.

Lucena, Sandoval, B., *Descubrimiento de América: Novus Mundus*. Madrid, Anaya, 1988.

Luzzana Caracci, Ilaria, *Colombo vero e falso*. Génova, Dagep Editrice, 1989.

Madariaga, Salvador de, *Vida del Muy Magnífico Señor D. Cristóbal Colón*. Madrid, Espasa, última edic., 1982.

Manzano Manzano, Juan, *Cristóbal Colón: siete años decisivos de su vida*. Madrid, Edic. Cultura Hispánica, 1989.

—*Colón y su secreto*. Madrid, Cultura Hispánica, 1989.

—*Los Pinzones y el Descubrimiento de América*. Madrid, Cultura Hispánica, 1982.

Martínez Hidalgo, José María, *Las naves de Colón*. Barcelona, Teide, 1969.

Merrien, Jean, *Christophe Colomb*. París, J'ai lu, 1985.

Milhou, A., *Colón y su mentalidad mesiánica*.

Valladolid, Museo Colón, 1983.

Morales Padrón, Francisco, *Cristóbal Colón, Almirante de la Mar Océana*. Madrid, Anaya, 1988.

Morales Padrón, Francisco, *Diario de Colón. Libro de la primera navegación*. Prólogo de P. E. Taviani. Sevilla, Ed. Guadalquivir, 1995.

Moreu, José M.ª, *Cristóbal Colón, el gran Almirante*. Pontevedra, Diputación, 1997.

Morison, Samuel E., *The European discovery of America*. Oxford University Press, 1971.

—*El Almirante de la Mar Océana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Munn, George E., *The Geographical concepts of Columbus*. Milwakee, University of Wisconsin, 1992.

Núñez Jiménez, Antonio, *El Almirante en la tierra más hermosa. Los viajes de Cristóbal Colón a Cuba*. Jerez, Diputación Provincial de Cádiz, 1985.

Obregón, Mauricio, *Colón en el mar de los Caribes*. Bogotá, Uniandes, 1991.

Palmis Sánchez, M., *Gran Almirante de la Mar Océana*. Cartagena, ed. autor, 1980.

Peck, Douglas, *Cristoforo Colombo: god's navigator*. Columbus, Wisconsin, 1993.

Pérez de Tudela, Juan, *Mirabilis in altus: estudio crítico sobre el origen y significado del proyecto descubridor de Cristóbal Colón*. Madrid, CSIC, 1983.

Pleitos colombinos. Edición preparada por Antonio Muro Orejón con la colaboración de Florentino Pérez Embid. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1989.

Poch y Noguer, J., *Cristóbal Colón*. Madrid, Juventud,

1940.

Portuondo, Fernando, *El segundo viaje de descubrimiento.* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977.

Ramos, Demetrio, *Algunas cuestiones de fondo en el descubrimiento de América.* Granada, Diputación Provincial, 1990.

Ramos Gómez, L. J., *Cristóbal Colón y los indios taínos.* Valladolid, Museo Colón, 1993.

Rey Pastor, Julio, *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.* Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1951.

Rumeu de Armas, Antonio, *El «portugués» Cristóbal Colón en Castilla.* Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1982.

Sanz, Carlos, *El descubrimiento de América.* Madrid, Real Sociedad Geográfica, 1972.

Taviani, Paolo Emilio, *Cristóbal Colón, génesis del gran descubrimiento* (versión texto español). Novara, Istituto Geográfico De Agostini, 1983.

—Los viajes de Colón. El Gran Descubrimiento. Barcelona, Planeta-Agostini, 2 vols., 1989.

Taylor, William, *Cristóbal Colón.* Barcelona, Ediciones D. L., 1989.

Varela, Consuelo, *Cristóbal Colón, retrato de un hombre.* Madrid, Alianza Editorial, 1992. Otra edic., Altaya, 1997.

Varela Marcos, Jesús, *Colón y su tercer viaje: la fantasía del Paraíso Terrenal.* Valladolid, Seminario Iberoamericano, 2002.

Varela Marcos, Jesús y León Guerrero, Montserrat, *El*

itinerario de Cristóbal Colón (1451-1506). Valladolid, Diputación, 2003. (Se trata de una cronología).

Verlinden Charles y Pérez Embid, Florentino, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América.* Madrid, Rialp, 1967.

Vigneras, Louis-André, *La búsqueda del Paraíso y las legendarias islas del Atlántico.* Valladolid, Museo Colón, 1973.

Voltes, Pedro, *Cristóbal Colón.* Barcelona, 1988.

Wassermann, Jakob, *Cristóbal Colón, el Quijote del Océano.* Buenos Aires, Losada, 1949.

Wiesental, Simón, *Operación Nuevo Mundo: la misión secreta de Cristóbal Colón.* Barcelona, Orbis, 1986.

Ximénez de Sandoval, Francisco, *Cristóbal Colón, evocación del Almirante de la Mar Océana.* Madrid, Edic. Cultura Hispánica, 1963.

Zaragoza, G., *Colón y el Descubrimiento.* Madrid, Anaya, 1988.



JOSÉ LUIS COMELLAS (Ferrol, La Coruña, 1928), es un historiador español aficionado a la astronomía. Inició los estudios de bachillerato en 1940 en el colegio Fundación Fernando Blanco, pasando en 1942 al colegio Tirso de Molina de Ferrol. Posteriormente, pasó a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Santiago, donde se licenció en 1951, obteniendo el Premio Extraordinario Fin de Carrera y el Premio Ourtvanhoff al mejor estudiante de la universidad.

Se doctoró en Historia por la Universidad Complutense de Madrid en 1953 con una tesis titulada *Los primeros pronunciamientos en España*, que le valió el sobresaliente *cum laude* y por la que recibió en 1954 el Premio Nacional Menéndez Pelayo. Profesor emérito de la cátedra de Historia de la Universidad de Sevilla, en 1967 publicó su *Historia de España moderna y contemporánea*, un manual que ha alcanzado ocho ediciones. El centro de la atención investigadora del autor es el siglo XIX español, acerca del que sobresalen sus estudios sobre la década moderada y Cánovas.

Ha desempeñado diversos cargos académicos entre ellos: Miembro de la Junta Técnica de la Escuela de Historia Moderna, 1965-1972. Director de la Sección de Historia de España en sus relaciones con América, en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1966-1971. Director de la Revista de Historia Contemporánea desde 1981 a la actualidad.

Su afición por la astronomía se ha hecho notar en varias publicaciones que han realizado sobre este tema. Destaca su catálogo sobre estrellas dobles. Entre otras obras, publicó la primera edición en español del *Catálogo Messier*. Su obra más representativa es *Guía del Firmamento*, editada ya siete veces y considerada la «biblia española de los aficionados a la astronomía».

Como catedrático de Historia ha publicado: *Cánovas del Castillo*, 1997, *Isabel II*, 1999, *Último cambio de siglo*, 2000 *Beethoven*, 2003, *Historia de los españoles*, 2003 y *La primera vuelta al mundo*, 2012.

Notas

[1] Lo que Colón no sabía es que al tiempo de su histórico viaje, ya no existía el imperio del Gran Khan. El imperio mongol desapareció a mediados del siglo XIV, y en China fue sustituido por la dinastía Ming, que prohibió con severísimos castigos todo contacto con Occidente. Si Colón hubiera alcanzado los tan deseados Zaitón o Quinsay probablemente hubiera sido ejecutado. <<

[2] Hoy los técnicos piensan que la irregularidad en las variaciones de la brújula depende además de otro hecho sorprendente: ¡el polo sur magnético no se encuentra a 180°, es decir, en los antípodas del polo norte magnético!; y las agujas, lógicamente, tienden a combinar el sentido de estas distintas atracciones y repulsiones. <<

[3] Sin duda se trata de un error en la copia del manuscrito. Colón fingió haber andado menos, tanto a la ida como al regreso. <<

[4] En realidad, en tiempos de los fenicios el Alfa del Dragón ya no ocupaba el polo celeste: es un error en que incurren frecuentemente los historiadores de la antigüedad. Los fenicios se guiaban por las estrellas, pero sabían que el Norte se encuentra a mitad de camino ente el Alfa del Dragón y la Beta de la Osa Menor. La referencia de la primera estrella como polar se debe sin duda a una tradición anterior, tal vez caldea. <<

[5] Contra lo que comúnmente se afirma, Colón no

concedió primacía a la brújula. De haberse guiado por ella, y supuesta la declinación magnética de fines del siglo XV, hubiera ido a parar a las Pequeñas Antillas, al Sur de Cuba y Haití, y no a las Bahamas, mucho más al norte. Parece haber seguido, indeciso, una ruta intermedia, o quizá más de acuerdo con la estrella. En otro lugar estudio con más detenimiento esta eventualidad. No parece este el lugar para detenerse en precisiones técnicas. <<

[6] Al propio Las Casas le parece tan absurda, que introduce aquí el inciso más extenso del Diario de Colón, tanto más grotesco cuanto que no advierte que es inciso: «pero si esto es verdad, mucho ha llegado, y tan alto andaba con la Florida; pero ¿dónde están agora estas islas que entre manos traía? Ayudaba a esto que hacía dice que gran calor, pero claro es que si estuviera en la costa de la Florida, que no hubiera calor, sino frío; y es también manifiesto que en cuarenta y dos grados en ninguna parte de la tierra se cree hacer calor, si no fuese por alguna causa per accidens, lo que hasta hoy no creo yo que se sabe». Curiosamente, Las Casas continúa el texto colombino sin advertir que se trata de una observación suya. Por otra parte, el buen fraile también se equivoca: ni Florida está a 42° de latitud (es la latitud de Nueva York), ni hace frío. <<

[7] Pekín se encuentra, efectivamente, en esa latitud. Catay no es, como cree Colón, una ciudad (Marco Polo llama a la capital, hoy Pekín, por su nombre tártaro, Cambaluc). Catay era la parte norte de China. <<

[8] Colón escribe «Alfa y O» porque el nombre de Omega no quedó generalizado hasta los tiempos de Erasmo, uno de los máximos expertos del Renacimiento en griego clásico. <<

[9] En ese caso, llevaban entre las provisiones algo más que pan, vino y «ajes». <<

[10] Los Reyes Católicos, con su característica prudencia, confirmaron a Colón como virrey y gobernador de las «islas» que había descubierto. Para nada mencionan la «tierra firme». <<

[11] Entre estos caballeros figuraba D. Pedro de Las Casas, padre de Bartolomé, que luego regresaría a Sevilla con un grupo de indios que llamaron la atención. Uno de ellos le sería regalado a Bartolomé como paje. En 1502 embarcó Bartolomé para Indias. <<

[12] Álvarez Chanca era el único doctor en medicina que figuraba en la expedición. Pero no era el único médico. Contaba con la colaboración de por lo menos media docena de «físicos» —reconocidos como personas capacitadas para tratar enfermedades, pero sin títulos universitarios superiores—, y «cirujanos», que curaban heridas o realizaban sangrías u otras operaciones elementales. Entonces un cirujano tenía menor consideración que un médico. <<

[13] Fue uno de los hechos que acabaron consagrando la incompatibilidad entre los dos grandes marinos. Curiosamente, en el mapa, el primero de América que cinco años más tarde Juan de La Cosa trazó en el Puerto de Santa María, Cuba aparece como isla, antes de que nadie confirmara oficialmente su condición. Fue una especie de pequeña venganza contra el Almirante (en realidad, tanto Colón como De la Cosa sabían muy bien que Cuba era una isla). <<

[14] No debemos olvidar que Juan Caboto, veneciano al servicio de Enrique VII de Inglaterra, realizó en 1497 un viaje en un pequeño barco para encontrar tierras al norte de las descubiertas por Colón. Vio las costas de Cap Bretón y contiguas. Se dice que él y su hijo Sebastián realizaron un

segundo viaje en 1498, en que recorrieron parte de la costa norteamericana. No colonizaron. Estas noticias eran ya conocidas cuando Juan de La Cosa dibujó su mapa. <<

[15] Los propios monarcas empiezan a titularse «rey e reina de las islas y tierra firme de la Mar Océana», sin comprometerse en la naturaleza asiática de los descubrimientos. Y ya bastante antes de que termine el siglo XV conceden permisos a diversos navegantes —Ojeda, Nicuesa, De La Cosa, Alonso Niño, Vicente Yáñez Pinzón— para que exploren «otras tierras», «nuevas tierras», distintas de las descubiertas por el Almirante, sin alusión alguna a su carácter «indiano». Este carácter se consagró, de modo oficial, que no científico, por razones de prestigio o por otras diferentes, bastantes años después. <<

[16] Los dos argumentos a que aquí alude Colón no son de Ptolomeo, sino que están tomados de la *Física* de Aristóteles: la sombra de la Tierra en los eclipses de luna y la elevación de la altura de la Polar en función de la latitud. <<

[17] El nombre de Tierra de Paria es posterior a la exploración del continente sudamericano por Colón. Sin embargo, Hernando, en 1530, ya conocía este nombre. <<

[18] Hernando Colón escribe hacia 1530. Adelanta el nombre de Nueva España, que ya entonces se aplicaba a México. <<

[19] Este hecho sorprendente está relacionado con otro no menos sorprendente: Colón ha renunciado ya, desde el costeo de Cuba en el segundo viaje, a todo propósito de llegar a Cipango o Catay. ¿Y si la civilización avanzada de que le hablan los indios, y que se encuentra más al norte, es la del Gran Khan? El Almirante, por extraño que resulte, prefiere desentenderse de todo. <<

Índice